

KIM IL SUNG

O B R A S

¡TRABAJADORES DEL MUNDO ENTERO, UNÍOS!

KIM IL SUNG

O B R A S

47

Memorias

En el Transcurso del Siglo 3

(Febrero de 1933-Febrero de 1935)

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
PYONGYANG, COREA
97 DE LA ERA JUCHE (2008)

매 앓기 조국을 되찾기
위하여 귀를 흘리고 목숨을
바친 사람들만이 조국이
얼마나 귀중하고 조국에로 다시
가는 길이 얼마나 험난하고
시련에 찬길인가를 진정
뼈에 사무치게 느낀다고
말할수 있다.

김일성

Traducción del texto en coreano del anverso

Sólo quienes derramaron la sangre luchando a riesgo de la vida por el rescate de la patria, pueden decir que sienten en las fibras de su corazón lo valiosa que es ella, y de cuán enormes dificultades y pruebas está preñado el camino de la repatriación.

Kim Il Sung

ÍNDICE

CAPÍTULO VII. EL MUNDO DEL PUEBLO <i>(Febrero de 1933 - febrero de 1934)</i>	1
1. Nido de felicidad	1
2. Por el día reinaba el enemigo; la noche era nuestra	25
3. ¿El soviét o el gobierno revolucionario popular?.....	54
4. Enviado de La Internacional	78
5. Mi caballo blanco	101
CAPÍTULO VIII. BAJO LA BANDERA ANTIJAPONESA <i>(Febrero de 1934 - octubre de 1934)</i>	125
1. Ri Kwang.....	125
2. Negociaciones con Wu Yicheng	148
3. Asalto a la ciudadela de Dongning	169
4. La democracia militar extremista.....	188
5. Operación de Macun.....	207
6. Taller de armamentos en el bosque.....	240
7. Eterna flor.....	263
CAPÍTULO IX. LA PRIMERA EXPEDICIÓN A MANCHURIA DEL NORTE <i>(Octubre de 1934 - febrero de 1935)</i>	289
1. El Ejército Revolucionario Popular de Corea	289
2. Ricos y pobres	310
3. Escalando el Laoyeling.....	327
4. Melodías de armónicas en tierras de Ningán	347
5. Nevasca en el monte Tianqiaoling	364
6. Amor del pueblo	386

CAPÍTULO VII. EL MUNDO DEL PUEBLO

(Febrero de 1933 – febrero de 1934)

1. Nido de felicidad

A mediados de febrero de 1933 salimos hacia la zona guerrillera de Wangqing. El guía fue el anciano Ma. Éramos 18 guerrilleros que, tras 20 días de cargante discusión política en la cabaña de la montaña, recobrábamos el ánimo al ponernos de nuevo en camino, y acelerábamos el paso. Las filas ahora se veían frescas y lozanas, aunque no habían desaparecido del todo las huellas de las dificultades sufridas durante el invierno.

En la actualidad, según cuentan, si alguien les pregunta a los vecinos de la región de Wangqing qué es lo que caracteriza su terruño, responden con estas ingeniosas palabras: tiene fama por la extensión del discurso de su gobernador, de su escuela primaria y de su valle. Tal vez las inventó un chistoso, en manifestación de su afecto por su patria chica.

Si en 1933 hubiera conocido ese chiste, habría arrancado una alegre risotada a mis compañeros de armas que sobrevivían a duras pruebas. En cambio, a la pregunta “¿cómo es Wangqing?” les respondí simplemente: allí se encuentran muchos exiliados.

Muchos exiliados significaban muchos revolucionarios.

Entre los distritos de Jiandao fue en Wangqing donde desde muy temprano y con mayor ímpetu se desarrolló el movimiento independentista antijaponés. Allí el fogueado veterano Hong Pom Do había asestado una rotunda derrota a una unidad “punitiva” del ejército japonés, y desde ese lugar So Il, Kim Jwa Jin, Ri Pom Sok y

otros, dirigieron las acciones de las huestes independentistas pertenecientes a la Junta de administración militar del Norte. En la misma región Ri Tong Hwi se dedicó en cuerpo y alma a la formación de sus cuadros.

Las enérgicas actividades de dichas tropas y las frecuentes apariciones de los independentistas coadyuvaron a despertar la conciencia nacional de sus moradores y alentaron con fuerza su lucha patriótica antijaponesa.

Desde que esas tropas comenzaron a descomponerse y los dirigentes del movimiento independentista se marcharon a Primorie y a la zona fronteriza Manchuria-Unión Soviética, la hegemonía de la lucha de liberación nacional en la región de Wangqing pasó gradualmente a manos de los comunistas, y su corriente principal giró del nacionalismo hacia el comunismo. Los pioneros de la nueva corriente ideológica empezaron a desarrollar el movimiento comunista sobre un terreno patriótico fertilizado por los nacionalistas, sin que se produjera un cambio sensible en su fuerza motriz.

La abrumadora mayoría de los que protagonizaban el movimiento nacionalista pasó al comunista, cuyas filas estaban integradas por los que desde el principio se habían unido y por quienes, aunque eran partidarios del nacionalismo, poco a poco fueron transformándose ideológicamente. Era imposible que las integrara sólo gente inmaculada que no había nadado en otra corriente.

Este es el principio de continuación y renovación que mantenemos como guía en el desarrollo de la revolución. Es erróneo pensar que el movimiento comunista se inicia y efectúa sobre la nada, considerando el hecho de que representa la etapa superior del movimiento revolucionario en todas sus formas, y las ideas del comunismo ocupan la cima de la historia de la ideología de la humanidad.

Wangqing tenía una amplia historia de lucha antijaponesa y era una sólida base política y de masas. Se encontraba a corta distancia de la región de los seis pueblos de Corea y colindaba con Yanji y Longjing, centros de ilustración cultural y patriótica en Jiandao. Era favorable, en fin, en varios sentidos. Como dice el refrán que en

aguas profundas se reúnen los peces, era natural que hasta allí acudieran muchos revolucionarios.

El dicho, de moda por entonces, de: quien quiera estudiar costeándolo con su propio trabajo, vaya a Japón; quien tenga ganas de comer pan, viaje a la Unión Soviética y quien desee hacer la revolución, vaya a Jiandao, refleja fielmente el estado anímico de los jóvenes coreanos que simpatizaban con Manchuria del Este considerándola la línea de combate en el movimiento por la restauración de Corea.

Ir a Jiandao era tan peligroso como pararse ante la tronera de un fortín enemigo. Mas, nosotros, para desarrollar con mayor ímpetu la revolución, avanzábamos sin vacilación hacia ese fortín.

Marchamos con pasos ligeros rumbo a la base guerrillera de Wangqing, no porque allí nos esperaran manjares o mullidas camas, sino porque se encontraban compañeros y habitantes con quienes estábamos dispuestos a compartir la vida y la muerte, era una tierra donde podíamos transitar libremente, y un auténtico mundo a nuestro estilo que ni las órdenes del emperador japonés ni los mandatos del gobernador general podían eliminar.

El anciano Ma nos guió hacia Zhuanjiaolou. Por esa época las bases guerrilleras creadas, en lo fundamental, en distintas zonas de Manchuria del Este habían comenzado a mostrar su vitalidad.

En la Conferencia Invernal de Mingyuegou los comunistas coreanos propusimos construir esas bases y desarrollar ampliamente la lucha armada apoyándonos en ellas, y lo adoptamos como una de las tareas centrales, como un lineamiento. En esa reunión fui categórico al insistir en la necesidad de preparar posiciones para una resistencia armada. Con el sencillo término posición quise significar, a mi manera, base guerrillera.

En la reunión de Xiaoshahe, efectuada en la primavera de 1932, planteamos, como un punto independiente de la agenda, la creación de las bases guerrilleras en forma de zonas liberadas, y discutimos exhaustivamente las vías para su ejecución, asunto que habíamos examinado en la Conferencia Invernal de Mingyuegou. Concluida la reunión enviamos a competentes activistas de la dirección a distintas

regiones de Jiandao con la misión de revolucionar sus aldeas a ritmo acelerado. Esa fue la primera etapa de la creación de bases guerrilleras en forma de zonas liberadas.

El área rural, convertida en área revolucionaria, sirvió de punto de apoyo provisional para la Guerrilla Popular Antijaponesa hasta que se estableciera la zona guerrillera, y de sementera para la creación de las bases.

Estas se crearon una tras otra en Niufudong, Wangyugou, Hailangou, Shirengou, Sandaowan, Xiaowangqing, Jiayahe, Yaoyingou, Yulangcun, Dahuangou, Yantonglazi y otros muchos lugares montañosos de Antu, Yanji, Wangqing, Helong y Hunchun, que la Conferencia Invernal de Mingyuegou había considerado como los más indicados para ese fin.

En las zonas guerrilleras de las regiones montañosas de Jiandao estaban impresos los tesoneros esfuerzos que los comunistas coreanos realizaron en medio de un agudo enfrentamiento con los enemigos, y su dolor y sangre.

La historia recordará eternamente la sangre y el trabajo que les costaron a Ryang Song Ryong, Ri Kwang, Jang Ryong San, Choe Chun Guk, Ju Jin, Pak Tong Gun, Pak Kil, Kim Il Hwan, Cha Ryong Dok, Kang Sok Hwan, An Kil, Ri Kuk Jin, Ri Pong Su y otros comunistas coreanos para la creación de las bases guerrilleras en las riberas del río Tuman.

A la sazón, personalidades del interior y exterior del país acudieron, como en una emulación, a las bases guerrilleras de la región de Jiandao. Fueron numerosos los que se reunieron también en la comarca de Wangqing. A Xiaowangqing vinieron Kim Paek Ryong, Jo Tong Uk, Choe Song Suk, Jon Mun Jin y otros comunistas de Manchuria del Norte. Su nueva población estaba formada por comunistas e independentistas que actuaron en Primorie, por personas que, al verse descubiertas luego de muchos años de actividades clandestinas en la región enemiga, cambiaron de escenario de lucha, y por patriotas y partidarios del marxismo, quienes, al escuchar que el centro de la revolución coreana se

encontraba en Jiandao, cruzaron la frontera de Corea.

Así, a las bases guerrilleras de Manchuria del Este llegaron elementos élite dispuestos a participar en la revolución o dotados ya de fecundas experiencias de lucha, porque se habían forjado directamente en la práctica. Por eso, la composición de sus habitantes era tan limpia como el agua del río Dawangqinghe. En cuanto a su ánimo y brío, cada uno era capaz de enfrentarse a cien enemigos.

Bajo las favorables condiciones creadas con el establecimiento del centro político de la revolución, los comunistas coreanos ampliaron las filas guerrilleras en las bases antijaponesas y constituyeron organizaciones del Partido y la Juventud Comunista, agrupaciones por sectores como la unión antimperialista, la asociación de campesinos, la asociación de mujeres antijaponesas, y el Cuerpo Infantil, así como organizaciones paramilitares como la guardia roja, la vanguardia de niños, etc., las cuales coadyuvaron a la preparación de las estructuras para la resistencia de todo el pueblo. El poder revolucionario, que nacido allí, le aseguraba al pueblo auténtica libertad y derechos democráticos de los que nunca disfrutaron nuestros abuelos, y que defendía y representaba realmente sus intereses, se dio a la tarea de construirle un nido de felicidad. Le distribuyó tierras, aseguró el derecho al trabajo, al estudio y a la asistencia médica gratuitos, y por primera vez en la historia levantó una sociedad donde se hizo realidad el ideal de igualdad y se puso en vigencia la noble moral de ayudarse, guiarse y respetarse mutuamente. En la zona guerrillera no existían ricos, que se comportaran petulantes, blandiendo el bastón, ni quienes se quejaran del mundo abrumados por deudas e impuestos.

Imperaba tal entusiasmo que ningún martirio ni sufrimiento pudo enfriar. Se trataba del optimismo de la población que, liberada de toda clase de males y trabas sociales, forjaba una nueva vida independiente. La imagen de los campesinos que, después de estacar las tierras que les distribuyó el gobierno revolucionario popular, bailaban tocando platillos, fue un cuadro irrepetible, una gran transformación que sólo los comunistas coreanos pudieron realizar

en los páramos de Jiandao. La vida estaba llena de vicisitudes, y constantemente perturbada por el derramamiento de sangre y la muerte, sin embargo, se soñaba con el mañana, había esperanzas y canciones.

Las bases guerrilleras, erguidas majestuosamente en Jiandao, un punto del Oriente, imperturbables ante cualquier provocación o ataque enemigo, comenzaron a escribir una nueva y digna página de la historia de liberación nacional, convirtiéndose en un paraíso terrenal que suscitaba la admiración y simpatía de la población de la Patria. Viendo en esos baluartes, creados a costa de la sangre de los comunistas, el único faro de liberación para la Patria, los coreanos los ayudaron y apoyaron de todo corazón, independientemente de su lugar de residencia o ideal.

En una palabra, en la zona guerrillera se vivía con optimismo, esperanza y alegría; era el territorio ideal donde florecía el deseo que el pueblo venía abrigando por siglos.

Para los amos del Gran Cuartel General en Tokio su existencia era un dolor de cabeza crónico. La región colindante con la zona septentrional de Corea, con el río Tuman por medio, fue para ellos una espina clavada en los ojos. Takagi Takeo escribió acertadamente que la región de Jiandao era el “corazón de la resistencia antimanchú y antijaponesa y parte de la arteria del partido comunista que se extiende desde el Norte hacia Japón pasando por Corea”.

A las bases guerrilleras en Manchuria del Este los militaristas japoneses las llamaron “cáncer de la paz en el Oriente”. Esta expresión reflejaba correctamente su psicosis de miedo.

Las consideraron así no porque fueran muy extensas o estuvieran allí desplegadas enormes fuerzas armadas comunistas capaces de mantener a raya al ejército de Guandong ni porque cayeran sobre los tejados del palacio real o del Gran Cuartel General en Tokio las bombas lanzadas desde Jiandao. Era porque la abrumadora mayoría de la población del lugar estaba formada por coreanos que odiaban implacablemente a los japoneses y casi en su totalidad tenían un espíritu revolucionario tan fuerte que no vacilaban en sacrificar la

vida en la lucha contra la dominación japonesa.

Si se tiene en cuenta que más de la novena parte de los miembros del Partido Comunista y de la Juventud Comunista en la región de Jiandao eran coreanos, se comprenderá con claridad por qué los gobernantes japoneses consideraban esas zonas guerrilleras como el mayor dolor de cabeza para su dominación en Manchuria.

Allí se quedó la mayor parte de los valientes jefes de voluntarios y del resto del Ejército independentista que durante más de diez años lucharon contra el “tratado Ulsa” y la “anexión de Corea a Japón” en el interior del país y los páramos de Manchuria, y ahora apuntaban sus arcabuces hacia los soldados y policías de Japón.

Del mismo modo, allí se crearon el modelo de la amistad fraternal y los nexos de sangre entre los comunistas de Corea y China, y extendieron por todo el territorio de Manchuria y otras regiones de China.

Las bases guerrilleras en Jiandao no eran el “cáncer de la paz en el Oriente”, sino su flor y su faro.

La tarea estratégica de nuestra revolución de establecer las bases guerrilleras se enfrentó a una grave prueba por las indiscriminadas operaciones “punitivas” de las fuerzas militaristas japonesas que actuaban con frenesí para liquidar la Lucha Armada Antijaponesa aún en pañales. Por el contrario, la táctica de exterminio de los enemigos aceleró su cumplimiento en la tierra de Jiandao.

En la primavera de 1932 el ejército Guandongy el estacionado en Corea consultaron sobre la llamada medida para la solución del problema de Jiandao. Fue una perniciosa discusión para improvisar un destacamento con una parte de los efectivos acantonados en Corea con el fin de reprimir el movimiento revolucionario en la región de Jiandao. Según lo acordado, quedó formado un destacamento provisional para Jiandao integrado por la guarnición de Kyongwon (Saepyol), con caballería, artillería, e incluso una escuadra de aviación, y teniendo como eje al regimiento japonés perteneciente a la 19 división de Ranam. Su blanco fueron todas las aldeas y ciudades de los cuatro distritos de Manchuria del Este donde se

habían alzado con furia las llamaradas de la Huelga de Cosecha y la de Miseria Primavera. Bombas y proyectiles cayeron despiadadamente sobre todos los que se levantaron en aras de la libertad y la independencia de la Patria y de una vida digna, y sobre sus hogares.

Con el asalto a Dakanzi efectuado a principios de abril de 1932, las llanuras y montañas de Wangqing comenzaron a sumergirse en un mar de sangre. En ese poblado Ri Kwang, junto con Ri Ung Gol, Kim Yong Bom y otros, había dirigido la Huelga de Cosecha, y Kim Chol, Ryang Song Ryong, Kim Un Sik, Ri Ung Man, Ri Won Sop y demás combatientes asaltaron una estación policíaca y se apropiaron de sus armas. Cuando en Dakanzi irrumpieron grandes cantidades de efectivos de la división de Ranam armados con cañones, ametralladoras y aviones, la unidad de salvación nacional bajo el mando de Wang Delin se retiró apresuradamente a Xidapo cruzando el monte Mopanshan, y el cuerpo de defensa local abandonó la resistencia y se entregó a las tropas “punitivas”.

Después de ocupado ese poblado el ejército japonés bombardeó la ciudad de Wangqing y se abalanzó sobre las viviendas para saquearlas, incendiarlas y matar a sus moradores. También quemó la casa de Li Hengzhong, el terrateniente y plutócrata de mayor influencia en la ciudad.

Luego Tokwonri y Sanggyongri se convirtieron en un mar de fuego.

Las operaciones “punitivas” fueron tan crueles y frenéticas, que por entonces se difundió entre los vecinos de Wangqing esta canción:

*El 6 de abril de 1932
inicióse en Dakanzi
la guerra antijaponesa.
Los cañonazos estremecieron los montes,
y llovieron balas y metrallas.
Los aviones bombardearon
a las desposeídas masas.*

*Sobre Daduchuan se alzaron llamaradas
y a cenizas se redujo Tokwonri.
Cadáveres de inocentes paisanos
llenan el campo
y el silencio rige en Wangqing.
Masas desposeídas en Manchuria,
uníos y levantáos en la lucha.
Con sangre y coraje desbordante
enarbolemos la bandera triunfal
en el campo de batalla.*

Por los valles de Xiaowangqing y Dawangqing se internaron ininterrumpidos ríos de refugiados que perdieron sus hogares y parientes. Los aviones japoneses dejaron caer bombas a diestro y siniestro sobre esas oleadas de simples habitantes.

El agua del río de Wangqing, antes tan limpia como el cristal de cuarzo, se tiñó de rojo en pocas horas. Se veía flotar incluso vísceras humanas.

Zhuanjiaolou, adonde nos llevó el anciano Ma, también estuvo sometido a la cruel razzia de las hordas del destacamento provisional para Jiandao. Esos asesinos lanzaron a decenas de hombres, mujeres y niños a una casa envuelta en llamas. En un santiamén la aldea se redujo a cenizas. Para tener una noción de la envergadura y la crueldad de esas operaciones “punitivas” es suficiente recordar que en diversos distritos de Manchuria del Este se difundió la proclama “Advertencia a todos los compatriotas con motivo de la catástrofe de Zhuanjiaolou”.

Desde temprano, Zhuanjiaolou, situado cerca de Xiaowangqing, una importante fuente de la revolución en Jiandao, y Luozigou recibió mucha influencia de la lucha antijaponesa. Entre los miles de campesinos, almadieros y taladores que lo llenaban se crearon las organizaciones de vanguardia como el partido y la Juventud Comunista, y demás agrupaciones revolucionarias por sectores. Estas, movilizando a las masas, habían atacado incluso el cuerpo de

defensa que tenía su madriguera en el poblado, cuando la Huelga de Miseria Primavera.

Entonces, los integrantes de ese cuerpo, atemorizados ante el ímpetu de las masas, se refugiaron en un monte y se convirtieron en merodeadores, sin atreverse a bajar.

Triunfó la Huelga, pero a las masas revolucionarias le costó 13 víctimas.

En medio de esa lucha, Zhuanjiaolou se hizo una cantera de excelentes revolucionarios. Jang Ryong San, jefe de la compañía No. 3 de la guerrilla de Wangqing, fue almadiero en el tramo desde ese poblado a Sanchakou; y Hamatang, donde Ri Kwang actuaba, disfrazado de jefe de cien familias, se encontraba sólo a unas decenas de *rés* (Medida itineraria equivalente a 0.4 kilómetros –N. del Tr.) de distancia.

Los enemigos, si conocían que en una aldea se encontraba un comunista, asesinaban a todos sus habitantes. Los soldados y policías japoneses repetían la consigna de que era permitido matar a cien habitantes con tal de eliminar a un comunista. La política de los tres exterminios –matar a todos, quemarlo todo y saquearlo todo– que, según se dice, aplicó Okamura Yasuji, comandante de las fuerzas japonesas estacionadas en Huabei cuando la guerra Chino-Japonesa, al atacar la zona liberada de esa región, ya se había probado, de hecho, en la operación “punitiva” en Jiandao en la década de 1920, y a principios de los 30, se puso al desnudo con toda su crueldad al emprender de lleno la práctica de arrasar las zonas guerrilleras en todos los confines de Manchuria del Este.

La política de los tres exterminios y la de aldeas de concentración, encaminada a separar de la población a los denominados bandoleros, políticas que el imperialismo japonés preconizó para Corea y el territorio manchú, fueron aplicadas por los colonialistas franceses en las operaciones militares contra los rebeldes de Argelia, y perfeccionadas por las tropas norteamericanas en Vietnam.

Sandaowan, Hailangou, Longjing, Fenglindong y otras conocidas aldeas revolucionarias en el distrito de Yanji también quedaron

cubiertas de cadáveres. En la zona de Samhanri, en el distrito de Hunchun, fueron quemadas más de 1 600 casas. Sólo en el distrito de Yanji más de diez mil personas resultaron asesinadas. Ante esto, ¿qué palabras podríamos emplear para condenar los crímenes del destacamento provisional para Jiandao?

Además de la vida y los bienes de los habitantes, las tropas japonesas destruyeron sus utensilios de cocina, medios elementales de existencia. Rompieron las ollas para que no pudieran cocinar, quitaron las esteras y las losas del sistema de calefacción por el piso. Al final derribaron las casas y se llevaron la madera en carruajes para la ciudad de Daduchuan. Los sobrevivientes dormían en chozuelas hechas de hierbas y cocinaban en lajas.

Los que no lograron refugiarse en las montañas fueron amenazados de que perderían la vida si no se trasladaban a ciudades como Dakanzi y Daduchuan.

Esa orden de traslado forzado no excluía a los terratenientes. De hecho, no era secreto que una gran parte de las provisiones y artículos de uso diario de las unidades antijaponesas provenía de los terratenientes y otros acaudalados. Con el bloqueo de esa fuente los enemigos trataban de asfixiar a las fuerzas armadas revolucionarias que constantemente sufrían la escasez de alimentos y vestidos.

Huyendo del acoso de las tropas “punitivas” las masas revolucionarias vagaban hambrientas por las montañas. Mas, tampoco éstas les ofrecían refugios seguros. Por muy profundo que fuera un valle, si se llegaba a su fondo, ya no se podía seguir y se estaba obligado a esconderse entre los árboles. Si en ese caso lloraba un nené, todos corrían el peligro de ser descubiertos y asesinados en masa.

Se cuenta que, mientras unos soldados de las tropas “punitivas” registraban los alrededores de un lugar, una mujer abrazó con tal fuerza a su hijo y le puso la teta en la boca, para que no se oyera su llanto, que cuando los militares se retiraron y ella lo soltó, estaba muerto. Tal vez, de otra forma no hubiera podido defender la seguridad de decenas o centenares de personas que estaban ocultas

ante la mismísima boca del arma enemiga. Tal tragedia era un fenómeno común en todas las aldeas y valles de Jiandao.

Para evitarlo, en algunos lugares daban a comer opio a los niños, porque los hacía dormir profundamente. Hubo mujeres que, sin poder resistir más las repetidas operaciones “punitivas”, entregaron a otros sus queridos hijos, haciendo de tripas corazón.

Defender a las masas revolucionarias y a los compañeros de armas de las zonas guerrilleras, y a la causa antijaponesa, les resultó a las mujeres de este país, más precioso que su vida propia.

Tal vez los humanistas burgueses se burlen del amor de las comunistas por sus hijos diciendo que no existen mujeres más impasibles ante el destino de los suyos, ni más irresponsables ante su vida.

Empero, no se deberá achacar a las mujeres de este país la responsabilidad de la muerte de sus tiernas criaturas. Si se tienen en cuenta las copiosas lágrimas que derramaron y las profundas heridas que quedaron en sus corazones al despedirse de sus hijos ante la puerta de una casa ajena o al sepultar sus cuerpecitos con hojarasca, descargarán la condena y el odio sobre los imperialistas japoneses que enviaron esas hordas de asesinos a Jiandao. Ellas sometieron su amor maternal a criminales e insoportables pruebas.

Para saldar su pasado, Japón deberá reflexionar necesariamente sobre esos crímenes. Desde luego, no es grato recordar ni hacer balance de los delitos pasados. Pero, por muy amargo y humillante que sea, resultará llevadero si se compara con el dolor que nuestras madres o hermanas sintieron al abandonar a sus hijos junto a la valla de una casa ajena o darles opio.

Si los gobernantes de Japón exigen pruebas de sus delitos, será una mordaz ofensa a millones de coreanos asesinados por su ejército.

Las masas revolucionarias se encontraban ante el dilema de trasladarse a las ciudades según la orden de los jápis o rechazarla internándose en las montañas más profundas para sustentarse y seguir la lucha. Entre los coreanos, que forzados a abandonar sus fértiles arrozales en la tierra natal, se mudaron a Jiandao, ¿cuántos

realmente optaron por la primera alternativa yendo a la guarida de las tropas niponas?

La mayoría de la población de Jiandao era de campesinos arruinados, que, privados de su base económica a causa del saqueo colonialista del imperialismo japonés, se habían puesto en camino junto con sus familiares, en busca de la vida, deseando encontrar un lugar tan confortable como *Ryultoguk*.

Con tesón quitaron piedras y arrancaron de raíz árboles en los valles y las estribaciones de las cordilleras de Laoyeling y Haerbaling, a pesar de que eran esquilados por los mandarines y los terratenientes aborígenes. Era duro el cultivo por desmonte y atroz la miseria, no obstante estaban a salvo de los desmanes de los jÁPIS, lo cual les hacía sentirse contentos. Sin embargo, ahora se les ordenaba trasladarse a las ciudades en pos de las tropas japonesas sin igual en crueldad, pero ¿quién vendría a las buenas abandonando sus tierras fertilizadas con su sangre y sudor?

Tratábase de una enorme prueba para los moradores del valle de Wangqing que sufrieron la hecatombe.

En su mayoría aspiraban y anhelaban ardientemente un mundo nuevo y se adentraron todavía más en las montañas pese a las amenazas del enemigo, no obstante, algunos, atemorizados por las fechorías de las tropas “punitivas”, se trasladaron con sus familias a las ciudades.

Así se dispersaron, los más por los montes y los menos por las ciudades, quienes hasta ayer, uniendo corazón y propósito en aras de la revolución, compartieron penas y alegrías en un mismo poblado.

Los que optaron por las montañas se refugiaron en lo profundo de los extensos bosques de Xiaowangqing y Dawangqing a 40 kilómetros de distancia de la cabecera distrital (Baicaogou). Por esa época también la familia de Ri Chi Baek se mudó de Junggyongri a Macun.

El comité distrital del partido comunista en Wangqing y otros organismos se establecieron en Xiaowangqing. También el comité especial del partido comunista en Manchuria del Este que actuaba

con su sede indistintamente en Xilinhe, del distrito Yanji, en Taipinggou, Wangyugou y Beidong, en la primavera de 1933 la fijó en el desfiladero de Lishugou, en el valle de Xiaowangqing, que se convertiría en centro y capital de la revolución en Jiandao. Durante ese histórico proceso nos vinculamos estrechamente nosotros y el partido de China, y nuestra revolución y la china.

La base guerrillera de Wangqing estaba compuesta por cinco zonas en atención a las organizaciones revolucionarias, entre ellas la No. 1 que abarcaba a Yaoyinggou, y la No. 2, a Macun y Shiliping. Sus fuerzas las integraban tres compañías, y entre sus jefes estaban Ri Kwang, Ryang Song Ryong, Kim Chol, Jang Ryong San, Choe Chun Guk y Ri Ung Man.

Este era, en general, el conocimiento preliminar que tenía del distrito de Wangqing. Me lo proporcionaron Ryang Song Ryong, uno de los fundadores de la guerrilla de Wangqing, y Ri Yong Guk, secretario del comité distrital del partido. Ellos me habían servido de guía en el otoño de 1932, cuando visité la base guerrillera al frente de mi unidad para conocer su situación.

En esa ocasión recorrí las zonas guerrilleras del distrito y dirigí las actividades de las organizaciones de base del partido y de las agrupaciones de masas como la asociación antijaponesa y la asociación de mujeres antijaponesas. También me informé del trabajo de los agentes enviados a las unidades antijaponesas chinas.

Fue en aquellos días cuando citamos a Xiaowangqing a los que trabajaban en los talleres de armamentos y a los comandantes de las guerrillas en los distritos de Manchuria del Este, para impartirles un cursillo sobre la producción y el uso de bombas de mano.

A la sazón, los cuadros de Wangqing estaban muy preocupados por los alimentos. En el estrecho valle de Xiaowangqing, donde residían unas decenas de familias campesinas, se reunieron de golpe más de mil personas, y no existían reservas para alimentarlas. De vez en cuando la guerrilla atacó al enemigo para arrebatarle provisiones, pero con ello ni siquiera era posible engañar el hambre de los moradores de la base. Y era pobrísima la cosecha anual en las áridas

y diminutas parcelas de las zonas guerrilleras.

Así fue como se puso en el orden del día el problema de la recogida en la región intermedia como una solución inmediata para conseguir alimentos. Por región intermedia se entendían las aldeas de nadie, entre las bases guerrilleras y la región dominada por el enemigo.

En las proximidades de Xiaowangqing y Dawangqing varias aldeas se despoblaron. En sus sembrados quedaron cereales ya que, a consecuencia de las correrías de las tropas “punitivas”, sus habitantes se habían ido hacia las zonas guerrilleras o a las enemigas. Eran propiedad tanto de los terratenientes y los reaccionarios que se trasladaron a las zonas enemigas como de los campesinos que las tropas de “castigo” llevaron por la fuerza de las armas, hacia Baicaogou, Daduchuan y otros lugares.

También los agresores ponían los ojos en esos cereales. Diariamente los terratenientes y reaccionarios se presentaban en las zonas intermedias bajo la protección del cuerpo de autodefensa para llevárselos en carretas. Hubo días en que llegaban y disparaban sus fusiles en las cercanías de las eras.

Después de analizar la situación pusimos sobre el tapete el problema de organizar grupos de recogida en todas las zonas guerrilleras y terminar la cosecha a la mayor brevedad en las áreas intermedias con la movilización de los habitantes, y consultamos a los de Wangqing sobre su solución. Un grupo de recogida empezó la siega en la cercanía de Xiaowangqing, desplazándose en dirección a Daduchuan. Guardó lo cosechado en los depósitos el mismo día de la recogida para luego distribuirlo a los habitantes.

De la aldea “Trece familias” hacia abajo era indispensable poner guardia para efectuar la recolección. De lo contrario, no se podía evitar el asalto del cuerpo de autodefensa armado con fusiles de cinco cartuchos. En algunas ocasiones la guardia roja y el cuerpo de autodefensa sostuvieron intensos tiroteos, por encima de las cabezas de los integrantes del grupo de recogida que estaban desperdigados por el sembrado. Estábamos muy conmovidos al presenciar la batalla que desplegaban a ultranza los habitantes de Wangqing para conseguir un

puñado de granos, sin descansar ni en las altas horas de la noche.

Había partido de Xiaowangqing muy satisfecho porque todo marchaba bien de acuerdo con lo que se deseaba, aunque existían enormes dificultades.

Volviendo a la base guerrillera me propuse dos tareas: hacer crecer mucho las filas combatientes, y desarrollar con más energía las actividades encaminadas a aglutinar en un frente unido a las fuerzas patrióticas de diversas clases y capas sociales y estrechar las relaciones con las unidades antijaponesas chinas, conforme a las nuevas circunstancias y condiciones creadas con el traslado del escenario de nuestras acciones a las cuencas del río Tuman.

El anciano Ma regresó a Luozigou después de habernos guiado hasta Zhuanjiaolou.

En su lugar nos sirvió un hombre de carácter abierto, miembro de la asociación antijaponesa, quien nos contó con amenidad, como si narrara un cuento de viejas, sobre los duros golpes que las pequeñas unidades de la guerrilla de Wangqing les asestaron a los agresores japoneses en Yaoyingou y Sishuiping.

Al día siguiente, enarbolando la bandera en que se leía Guerrilla Popular Antijaponesa, y tocando al clarín, entramos en la región guerrillera de Yaoyingou, capital de la zona No. 1 de Wangqing.

Desde la vera del camino Hong Yong Hwa, junto con unos 20 integrantes del Cuerpo Infantil nos dio una entusiasta bienvenida. Ella era tía de Choe Kum San, que posteriormente cayó sirviéndome de enlace. En aquel entonces dirigía las actividades de la asociación de mujeres bajo la jurisdicción del comité del partido de la zona No. 1 de Wangqing, y con su sincera ayuda a las guerrillas y las tropas antijaponesas, se granjeó el afecto de éstas y de la población.

Los vecinos de Yaoyingou nos agasajaron con *tok* (Comida tradicional hecha con harina de cereales –N. del Tr.) de panizo y *kuksu* (Una especie de fideo tradicional –N. del Tr.) de alforfón. Por la noche los miembros del Cuerpo Infantil ofrecieron una función artística.

Terminada la representación, guerrilleros y habitantes se

divirtieron juntos cantando y bailando. Ri Ung Gol, jefe de organización del comité del partido en la zona No. 1 de Wangqing, quien a mi lado observaba muy emocionado la escena, expresó:

—Desde hace meses se difunden noticias sobre la unidad de Kim Il Sung. Estuvimos al tanto de su marcha por Manchuria del Sur y de su ataque a Dunhua y Emu en Manchuria del Norte. Los moradores de aquí esperábamos con ansia su llegada. Ahora nos sentimos más seguros.

Poco después abandonamos el lugar donde la gente se divertía y nos dirigimos hacia la oficina del comité zonal del partido. Allí intercambiamos largas horas opiniones sobre las labores de la zona guerrillera. El centro de la discusión estuvo en cómo ampliar nuestras organizaciones del partido y otras agrupaciones revolucionarias en puntos como Zhuanjiaolou y cómo armar a todos los habitantes de la zona guerrillera.

Cuando profundizábamos en el asunto de su defensa, se presentó un enlace procedente de la región enemiga, con un recado secreto que avisaba que al otro día la guarnición japonesa establecida en Daxinggou iba a realizar una incursión por la zona.

—Estoy seguro que se propone hacerlo para desquitarse del golpe que recibió en diciembre pasado. ¡Cuán irrespetuosas son esas hordas con nuestros distinguidos huéspedes que caminaron miles de *riés*. En realidad, comandante Kim, queríamos que su unidad descansara aquí unos días. Me da pena que ocurra esto —dijo Ri Ung Gol, esbozando una embarazosa sonrisa, como si él fuera el culpable de aquella operación “punitiva” del ejército japonés.

—¡Nada de pena! Eso nos viene bien; estos meses sin batalla casi acaban con nuestra paciencia. Me parece que llegó la oportunidad para cobrar la sangre que nuestro pueblo derramó en la matanza de Dakanzi, Zhuanjiaolou, Tokwonri y Samhanri —dije y envié un recado a Ri Kwang para que viniera de inmediato con la unidad a Yaoyinggou.

Ri Ung Gol, tras continuas chupadas al cigarrillo y muy impaciente, se levantó para llamar al jefe de la guardia roja que se

encontraba en el lugar de esparcimiento. Leí en su tenso semblante la decisión de dar la orden de movilización general.

Sonriendo, tiré de su manga para que se sentara.

—Compañero Ung Gol, ¿para qué quiere avisar a los miembros de la guardia roja? Déjelos divertirse. La velada está en su apogeo; no perturbe la alegre atmósfera. Y, dentro de una hora, permítalos ir a casa para que duerman a pierna suelta hasta la madrugada. Por mi parte, haré que mis compañeros se acuesten temprano esta noche.

Desde el punto de vista de la práctica militar, el haber dejado que la velada siguiera, en lugar de disponer hacer frente al inminente asalto enemigo, de cuyo plan nos informaron, puede decirse que fue un acto ilógico. No sin razón, Ri Ung Gol, jefe de organización del comité zonal del partido y encargado de los asuntos militares, me clavó una mirada inquieta, impaciente.

Sin embargo, no di a conocer a mis subalternos lo que decía la esquila aun después de que, terminada la velada, se acomodaron en los albergues. No quise alterarles los nervios porque estaban cansados por la caminata. Sabía que, una vez informada la inminencia de un combate e impartida la orden, ninguna persona, por muy acorado que estuviera su corazón, podría conciliar el sueño.

“Los dejaré dormir lo suficiente. ¿Acaso en este invierno han dormido como es debido una sola noche?” Esta obsesión se apoderaba de mi mente. Podría decirse que tuve una compasión en la que no debía incurrir un comandante guerrillero. De todas maneras, mis subalternos entraron en sus albergues a las 11 de la noche y durmieron a pierna suelta.

Solo el miembro de la asociación antijaponesa que nos sirvió de guía, y el enlace que vino de la zona enemiga, no lograron conciliar el sueño hasta pasada la medianoche; quizá eso se debía a la duda que tenían de mi disposición. Ri Ung Gol tampoco podía; se revolvía en el lecho. Le dije al oído:

—Al llegar a Yaoyinggou me fijé en las extrañas cotas a ambos lados de su entrada. ¿Qué le parece si entablamos combate allí? Por ese lugar pasa la carretera, ¿no?

Ri Ung Gol se levantó como impulsado por un resorte:

—¿Se refiere usted al monte del oeste de Dabeigou? ¡Pero si es el punto más indicado!

Esta charla tuvo lugar sobre las cuatro de la madrugada.

Poco después nos dirigimos hacia aquel lugar que podría llamarse puerta de Yaoyinggou. Nos acompañaron el jefe de la guardia roja y un miembro de la asociación antijaponesa de Zhuanjiaolou. Al sur, el monte estaba cortado por un barranco y a sus pies pasaba la carretera paralela con un río llamado Xiaotonggou. En la cima había muchas rocas que para los guerrilleros constituían excelentes resguardos naturales.

Hice que levantaran varios obstáculos de piedras entre barranco y barranco. Luego ordené a los integrantes de la guardia roja de Yaoyinggou, a los guerrilleros de mi unidad y a una parte del destacamento especial que escalaran al monte y cavaran la tierra helada para perfeccionar la trinchera.

Mi orden de combate terminó con esta arenga:

—Nuestros antepasados llamaban a los lugares como éste kumsongtangji que significa reducto inexpugnable. Es desfavorable para los atacantes, pero, ¡cuán favorable para los defensores! Sin embargo, confío más en la habilidad de ustedes. Compañeros, dejemos ya de cantar elegías; cobremos hoy cien veces la sangre que nuestro pueblo derramó. ¡Sangre con sangre!

Más de 80 hombres de la unidad japonesa que, divididos en cuatro camiones, se lanzaron al ataque, cayeron en nuestra emboscada y dejaron varias decenas de cadáveres.

Al día siguiente, la guarnición japonesa de Daxinggou atacó a Yaoyinggou con todos sus efectivos, y también se retiró tras sufrir enormes pérdidas.

Fue nuestra primera batalla en la región guerrillera de Jiandao. En la Historia quedó registrada como el combate por la defensa de la zona guerrillera de Yaoyinggou.

Por la noche, los vecinos de Yaoyinggou organizaron en el poblado de Dabeigou un acto para festejar la victoria. Lo guardo aún

en la memoria. Los representantes de las agrupaciones hicieron uso de la palabra, uno tras otro, agitando las manos con extraordinario entusiasmo. Yo también hice una alocución de elevado tono.

Conocí a O Jin U en Yaoyinggou, no recuerdo si en el invierno de aquel año o en el otoño del anterior. Como instructor dirigía el Cuerpo Infantil, en cuya escuela los vecinos de Xiaobeigou organizaron un acto de recibimiento en nuestro honor.

De vez en cuando, O Jin U ha recordado con emoción nuestro primer encuentro, y dicho que mi imagen al hacer el discurso, apoyado en un fusil modelo 38 le había producido una fuerte impresión. Entonces él tenía 15 ó 16 años, si no recuerdo mal. Me seguía a todas partes, y acariciaba constantemente mi pistola Luger. Parecía que tenía muchas ganas de poseer una igual. Las armas que teníamos eran fusiles de tipo 38 o pistolas de último modelo con buenas cualidades.

Le pregunté si quería ingresar en la guerrilla, a lo que respondió con tono quejoso que sí, pero que no lo aceptaban por la edad.

Al año siguiente, o al otro, lo alistamos en la compañía No. 4 de Wangqing y le permitimos participar en la expedición a Manchuria del Norte.

Después de rechazar a los enemigos en Yaoyinggou, y conocer las actividades del partido y las organizaciones de masas en la zona, me disponía a marchar a Xiaowangqing, cuando de allí llegó una nota en que me pedían que fuera a Macun para consultar sobre un problema militar importante.

Partí de inmediato.

En Xiaowangqing me recibieron Wang Runcheng y otras dos personas. Wang Runcheng tenía otro nombre, Maying, aunque lo llamaban con más frecuencia “Wangdanaodai ” que significa hombre de cabeza muy grande.

“Dagezi” y otros cuadros de la zona guerrillera hicieron que me hospedara en la casa del anciano Ri Chi Baek en la ladera del monte al norte de Macun, en la cual me encontré con los representantes del partido en Manchuria del Este. “Dagezi” era el apodo de Ri Yong Guk y quería decir larguirucho. Por esa fecha él actuaba como secretario

del comité del partido en el distrito de Wangqing. En Macun existía un albergue para solteros llamado “centro de ambulantes”, pero me alojaron en la casa de Ri Chi Baek, con el pretexto de que en esa posada había demasiados clientes y mucha bulla. Él era suegro de Kim Jung Gwon. Su esposa se llamaba So Song Nyo.

Era una familia patriótica. Todos sus miembros se dedicaban a la revolución.

En esa casa, vestido con un abrigo chino, conversé con Wang Runcheng y su comitiva.

—¡Agradecemos su presencia en Wangqing! —me saludó “Wangdanaodai”.

—Estoy contento por volver a verle —respondí con alegría estrechándole la mano.

Podría decirse que para mí era una suerte encontrarme con un revolucionario conocido en un lugar tan poco familiarizado como Wangqing.

Nos habíamos visto por primera vez en Antu adonde había regresado al terminar el recorrido por Manchuria del Sur. Entonces me dedicaba en cuerpo y alma al trabajo con las tropas antijaponesas chinas, mientras Wang Runcheng junto a Chen Hanzhang, realizaba actividades en la unidad del comandante Meng para atraer al Ejército de salvación nacional.

Esa unidad había mudado el escenario de sus actividades de Manchuria del Norte a Antu con el objetivo de establecer relaciones con la legión de autodefensa de Tang Juwu en la región de Liaoning y realizar acciones conjuntas. Los comunistas chinos, que trabajaban en las tropas de salvación nacional para incorporar a Wu Yicheng, trataban de ampliar la lucha en toda la Manchuria mediante la alianza de las fuerzas armadas antijaponesas de su Norte y Sur.

Otro fin que perseguía Wu Yicheng al enviar la unidad del comandante Meng a la región de Antu consistía en conseguir opio para cubrir la necesidad de fondo militar. Antu era una de las principales zonas de producción de ese narcótico y de *insam*. También Tang Juwu mandó allí a sus subalternos para monopolizar

su opio. A la sazón, en la región de Manchuria esa planta se consideraba como un fuerte equivalente de la moneda.

En casa de Ri Kwang, durante una reunión del comité de soldados antijaponeses, Wang Runcheng me dijo medio en serio y medio en broma:

“Cuando el Ejército de salvación nacional atacó las ciudades en Dunhua y Emu junto con la unidad del compañero Kim Il Sung, había consumido gran cantidad de opio comprado en Antu. Su distribución entre los soldados ayudaba.”

Ya en aquellos tiempos éramos amigos tan íntimos que hablábamos sin titubeos sobre secretos de tal índole.

Durante su permanencia en Antu, Wang Runcheng nos colaboró mucho. Transmitió los recados entre Hu Zemin y yo, o entre Zhou Baozhong y yo. Como era el encargado de propaganda en las tropas de salvación nacional, podía visitar libremente, no sólo la comandancia, sino también las jefaturas de regimiento, batallón, compañía, etc. Cumplió excelentemente el papel de enlace entre los comunistas enviados a dichas tropas y yo.

Era un hombre bonachón, de alta estatura, y de carácter apacible, como ocurre, en general, con los pedagogos. Inició las actividades revolucionarias en Ningan, cuando cursaba la escuela normal, bajo la influencia de sus condiscípulos que habían estudiado en Beijing, Nanjing, Tianjin y otras urbes. Según se decía, fue grande la influencia de Pan, miembro del comité provincial del partido en su desarrollo como revolucionario profesional.

Después de saludarnos, Wang Runcheng dijo:

“Ahora, cuando se levanta con furia la llamarada de la revolución en Manchuria del Este, depositamos muchas esperanzas en usted, compañero Kim Il Sung. Nos sentimos contentos de que haya venido cuando la revolución necesita a competentes estrategas para el desarrollo de las labores del partido, de la guerrilla y de las encaminadas a captar a las tropas de salvación nacional.”

Hizo un análisis relativamente detallado de los acontecimientos que estaban produciéndose en Manchuria del Norte y del Este e

intercambió conmigo, con toda sinceridad, opiniones sobre las tareas inmediatas que enfrentaba el partido en Manchuria del Este. Un asunto acuciante que se puso sobre el tapete aquel día fue establecer un sistema de mando unificado para las compañías que actuaban dispersas en sus respectivas zonas guerrilleras, y ampliar y fortalecer con prontitud, en lo cuantitativo y cualitativo, las fuerzas armadas. Posteriormente, consulté también en detalle con Dong Changrong sobre el particular.

Así fue como las compañías guerrilleras de Wangqing comenzaron a actuar bajo el mando unificado de una jefatura a nivel de batallón. Más tarde, también en otros distritos de Manchuria del Este las compañías se integraron en batallones y se nombraron nuevos comandantes. Mediante ese proceso de reorganización el movimiento guerrillero fue preparándose para un período de plena actividad.

Como se ve, los primeros días de nuestra estancia en el distrito de Wangqing fueron testigos de impresionantes sucesos y detalles. No tardamos en aclimatarnos en Wangqing; había desaparecido el embarazo que sentíamos cada vez que llegábamos a un nuevo escenario de actividades o a un nuevo sitio de residencia, dando lugar al afecto y curiosidad por la población.

Por aquel año de 1933 me sentía muy solo. Con la pérdida de mi madre nosotros, los tres hermanos, nos quedamos huérfanos, y nuestro entrañable hogar en el poblado Kalbat, en Xiaoshahe, se llenó de telarañas. Mis dos hermanos se mantenían en casas ajenas comiendo cohibidos, y mis abuelos, que entregaron a sus amados hijos a la Patria, vivían con tristeza en mi casa natal, a la que no podía ir aunque quisiera. Me mortificaba la nostalgia por mi terruño que frecuentemente aparecía en sueños. No podía llegar hasta allí mi lealtad a mis abuelos, y no dejaba de lacerarme el deseo de atender y acariciar a mis hermanos.

Ahora volcaba mi cariño sólo en la zona guerrillera. Sus habitantes eran como parientes; hacían las veces de abuelos, padres y hermanos. En la persona de So Song Nyo volví a ver el amor, las virtudes y los dones de mi madre.

A causa del permanente bloqueo y las repetidas operaciones “punitivas” de los enemigos las bases guerrilleras en Manchuria del Este no podían menos que enfrentarse desde el principio a múltiples pruebas y contratiempos. En Wangqing, esa inolvidable tierra histórica, tuvieron lugar muchos combates, se derramó mucha sangre y se meditó mucho. Hubo días en que sólo en una zona guerrillera se registraban decenas de muertos y se quemaban igual número de casas y cuarteles. Los hospitales estaban repletos de heridos y enfermos. La carencia de provisiones que se sufría en todas partes y el hambre periódica causaron muchas muertes. A veces una epidemia era una declaración de muerte masiva contra todo el territorio de Jiandao.

No existían tiendas, ni mercados, ni comerciantes. En esa única región del mundo donde no había comercio, no valían las monedas ni surtía efecto la ley del valor. Las demandas de la población por el vestido y el calzado se cubrían con el botín de guerra. Mas, de vez en cuando la arbitrariedad izquierdista hacía estremecer de inquietud la atmósfera de la zona guerrillera.

Sin embargo, esas dificultades no era lo más importante de la vida en la base guerrillera. Lo principal lo constituían los aires de libertad y la felicidad de que disfrutaban, si bien en forma limitada y relativa, sus moradores emancipados de la represión enemiga, así como su espíritu optimista. Grandes eran las dificultades, no obstante, la moral de los guerrilleros y los habitantes era tan alta como el Paektu. En esa tierra, comparable con una inaccesible isla en el océano y donde no tenían efecto ni el poder administrativo de Japón ni el del Estado manchú los comunistas coreanos crearon las más progresistas y revolucionarias cultura y moral en el mundo.

Por eso amamos de todo corazón la base guerrillera.

En el territorio de Manchuria del Este cada día los coreanos inscribían nuevos actos heroicos para defenderla.

Ese recóndito lugar de Jiandao del Norte, donde el sol salía y se ponía en medio del combate, esa base guerrillera, donde aun en medio de atronadores fogonazos se dejaba oír el palpar de la nueva vida y la nueva moral, pasó a ser mi entrañable morada.

2. Por el día reinaba el enemigo; la noche era nuestra

También en Macun sentimos la hospitalidad. Como por todo el territorio de Jiandao corría con rapidez la noticia de nuestra victoria en la batalla de Yaoyinggou, la bienvenida que nos brindaron los habitantes de Xiaowangqing fue extraordinaria.

La vida en la zona guerrillera, liberada de la dominación enemiga, nos proporcionó una indecible satisfacción.

Pero, no todo lo que ocurría en este mundo nuevo nos agradaba. En la manera de trabajar y razonar de ciertos dirigentes que conducían la revolución en Jiandao, había cosas que nos disgustaban.

Lo que más nos asombró fue el aire izquierdista que se propagaba como si fuera una fiebre en las actividades de los revolucionarios del Este de Manchuria. Esta enfermedad izquierdista se hizo sentir con especial gravedad en la constitución de las bases guerrilleras.

Ya en las reuniones de Mingyuegou y Xiaoshahe, al debatir la cuestión del establecimiento de estas bases, habíamos determinado hacerlo en tres formas: zonas guerrilleras, zonas semiguerrilleras y puntos de apoyo para las actividades, y habíamos acordado asegurar un correcto equilibrio entre ellas.

No obstante, algunos comunistas acelerados de las regiones de Manchuria del Este se empeñaban nada más que en las zonas guerrilleras, como zonas liberadas, y se interesaban poco por el establecimiento de las zonas semiguerrilleras y los puntos de apoyo para las actividades. En Wangqing se constituyeron al principio sólo las liberadas. Por ejemplo, en Xiaowangqing todo un territorio, de una superficie igual a la de un distrito actual de nuestro país, se había convertido en una zona soviética, con estructura de zona liberada, bajo la jurisdicción de las fuerzas revolucionarias. Por aquel tiempo a la zona guerrillera también se le llamaba soviética.

Sobre territorio tan extenso flameaba la bandera soviética, símbolo del poder obrero-campesino, y sus dirigentes andaban muy atareados, exclamando a cada paso: “¡revolución!”, “¡revolución!”. Casi no salían a combatir; se dedicaban únicamente a lanzar consignas altisonantes acerca de la dictadura del proletariado o de la construcción de una sociedad proletaria, perdiendo el tiempo sin hacer nada efectivo. En días conmemorativos la gente se reunía en los patios de los cuarteles o escuelas y bailaban a la usanza rusa y entonaban la canción del Primero de Mayo. Algunas veces los cuadros del comité especial del partido en Manchuria del Este y del distrito polemizaban a voz en cuello.

Arrastrados por este ambiente, nosotros también pasamos la primavera de aquel año algo aturcidos, hasta que poco a poco fuimos percatándonos de las desviaciones que se revelaban en el trabajo de las zonas guerrilleras a causa del infantilismo de izquierda y empezamos a buscar vías y tácticas para erradicarlas.

En esas zonas había mucha gente. A raíz de su fundación, en la de Wangqing pululaban miles de refugiados y exiliados. Lo mismo ocurría en Hunchun, Yanji y Helong.

Como en aquel valle con escasa tierra labrantía hormigueaban tantos seres, escaseaban los víveres. Todos se alimentaban de gacha de soya. Primero con piedras molidoras la trituraban y luego la hervían junto con un puñado de arroz. Aunque siempre aparecían quienes se quejaban de ella, cuando no había ni gacha, consumían *tok* hecho a base de albura de pino pilada luego de hervida con soda cáustica, e incluso aplacaban el hambre con hierbas o raíces cocidas, como helecho, *tacjisak*, farolillos, *todok* y *tunggule*. Después entonaban canciones revolucionarias y pronunciaban discursos. Con los puños en alto exigían combatir al imperialismo, a los elementos projaponeses y a los parásitos que no se ganaban el pan que comían. Así era, en resumen, la vida en las bases recién creadas.

Por supuesto, hubo también combates, pero insignificantes: asaltaban puestos de policías, caravanas de carretas con suministros, y rechazaban y arrebatan armas a las tropas “punitivas” que

penetraban en las áreas guerrilleras. Al retornar los vencedores, los habitantes agitaban banderas y gritaban hurras. Pero tuvieron pocos combates de magnitud; casi todos los días se limitaban a montar guardia en las cotas o a proteger a los refugiados. El extenso territorio se defendía con escasos efectivos y armas y los guerrilleros se veían obligados a ocuparse enteramente de la defensa de las bases con los pocos fusiles que repartían entre sí.

Cuando tratábamos de aumentar las filas armadas, los llamados secretarios o miembros de comités se oponían tajantemente. Decían que el ejército revolucionario no pertenecía al frente unido y por tanto debía admitir en sus filas sólo a elementos élite de procedencia obrera o campesina, porque si se aceptaba a la ligera a cualquiera, saldría una verdadera soldadesca. Por entonces, la Guerrilla Antijaponesa se denominaba Guerrilla obrero-campesina, por constituir fuerzas armadas dislocadas en las zonas soviéticas. Así se quería definir el ejército de los obreros y los campesinos.

Era realmente difícil defender esa extensa área, de varios miles de kilómetros cuadrados, con unas cuantas compañías guerrilleras. Como teníamos una pobre densidad defensiva, en las operaciones de “castigo” los enemigos rompían sin dificultad nuestras líneas, llegando hasta la profundidad. En esos casos, que se daban casi todos los días, se armaba tremendo alboroto: miles de habitantes, con sus bártulos a las espaldas o sobre las cabezas, huían en busca de refugio.

Los contagiados con el mal izquierdista, sin calcular científicamente la correlación de fuerzas entre nosotros y los enemigos, y poniendo en primer plano sólo sus deseos subjetivos, establecían las zonas liberadas en grandes áreas y se dedicaban únicamente a su defensa, como si la extensión de su territorio constituyera el signo determinante de la victoria o el fracaso de la revolución. E, incluso, separaban adrede las zonas guerrilleras de las dominadas por los enemigos llamándolas “zonas rojas” y “zonas blancas”, y sospechaban o rechazaban sin fundamentos a los habitantes de las zonas enemigas o de las intermedias, poniéndoles la etiqueta de “masas reaccionarias” o “masas de doble cara”. Desde luego, los que

vivían en el país tampoco escapaban de ese calificativo de “masas reaccionarias”. Ese era el mayor problema.

En las “zonas rojas” las mujeres se cortaban el cabello, señal que las distinguía de las que residían en las “zonas blancas”. Entre ambas zonas eran diferentes también el modo de hablar y escribir, las canciones, las escuelas, la instrucción y las publicaciones. Todos los que se trasladaban de las “zonas blancas” a las “rojas” se sometían incondicionalmente a control e interrogatorio, y aun después de esto no les resultaba fácil regresar a sus casas.

Hasta las organizaciones del Cuerpo Infantil recibieron instrucciones de la instancia superior en que se exigía considerar de modo incondicional como agente enemigo a cualquier persona proveniente de una “zona blanca”. Algunos cuadros del comité del partido en el distrito Wangqing veían siempre con ojeriza a quienes se mudaban del valle de Xiaowangqing a las ciudades.

Una vez, en la aldea Dongricun, centinelas de la guardia roja apresaron e interrogaron a un campesino de Daduchuan que vino a la zona guerrillera para comprar un toro. Un izquierdista del partido distrital, al ser informado de que un campesino sospechoso, procedente de una “zona blanca”, estaba preso y sometido a interrogatorio en la guardia roja, ordenó que como podía ser un espía, lo forzaran, incluso aplicándole crueles torturas, a confesar su verdadera intención. Pero, por más que se le torturaba, el campesino lo negaba. En realidad no era ni espía ni esbirro. A pesar de ello, los izquierdistas le confiscaron el dinero que poseía y lo sometieron a crueles torturas, sin miramientos.

En una ocasión, al recordar los fenómenos acaecidos en las zonas guerrilleras como consecuencia del izquierdismo, Choe Pong Song, que había militado varios años en la Unión de la Juventud Comunista en Wangqing, me decía:

“Sólo de oír mencionar la palabra izquierda veo ante mis ojos lo que ocurrió en la época inicial de las zonas guerrilleras. Realmente, en Jiandao el izquierdismo fue terrible. Una vez, un grupo de guerrilleros trajo a Xiaowangqing una carreta cargada de sal que

había arrebatado a unos militares japoneses en el paso Wangqingling. Como eso ocurrió a raíz de la creación de la base, creo que usted, querido Líder, se encontraba en la expedición al Sur de Manchuria. El carretero era un coreano de la capa más humilde, que apenas se sustentaba con lo que le pagaban por su trabajo. No obstante, los izquierdistas lo trataron como a un delincuente, colgándole el cartelito de ‘masa de doble cara’. Según ellos, era un traidor porque conducía una carreta de los japoneses. Los que vivían fuera de la zona guerrillera no la podían ver con buenos ojos. Reinaba un lamentable ambiente.”

Actos insensatos como castigar sin titubeos a las masas de la base, sin distinguir los suyos de los enemigos, sucedían a menudo también en las zonas guerrilleras de otros distritos. La gravedad de esas acciones tan descabelladas radicaba en que al perpetrarse sin vacilación, bajo el sagrado nombre de la revolución, tuvieron como dolorosa consecuencia el que una nutrida masa revolucionaria, dispuesta a luchar contra el imperialismo japonés, fue empujada hacia las “zonas blancas”.

Tales izquierdistas cometieron además un acto tan detestable como arrestar, bajo la acusación de ser “masa reaccionaria”, a un pariente del anciano Ri Chi Baek, quien había ido de Onsong a Sanggyongri para visitar las tumbas de sus padres, asesinados durante una acción “punitiva” japonesa.

Cada vez que presenciaba esos actos, sentía en todo mi cuerpo y alma una vergüenza intolerable. Si un comunista castiga a su antojo a inocentes habitantes, poniéndoles el sello de reaccionarios, al momento deja de ser comunista para convertirse en un criminal de especial categoría.

Sin embargo, cuando estuvimos en la zona guerrillera de Wangqing, tales criminales gobernaban según sus caprichos, conduciéndose como “revolucionarios de especial categoría”, a quienes nadie se atrevía a tocar.

Había quienes creían que sólo con tener el soviét todo se resolvería a pedir de boca, pero nosotros veíamos en esto un serio

problema. La conclusión a la que llegamos era que tanto para defender la base como para desarrollar la revolución se precisaba acabar con la tendencia a encerrarse, y ampliar el radio de las acciones. En otras palabras, pensábamos librarnos de la estrecha fórmula de actividades de defensa de la base guerrillera, y constituir una gran unidad élite para desplegar dinámicas acciones militares y políticas, moviéndonos libremente.

Para que el ejército pudiera pasar a operar plenamente era necesario aliviarlo en su tarea de defensa de la base, y una solución era crear numerosas zonas semiguerrilleras en los territorios alrededor de las zonas guerrilleras, de modo que protegieran a éstas. En su establecimiento hallamos la brecha para garantizar nuevas victorias de nuestra revolución.

Con el fin de tomar como referencia las experiencias del establecimiento de bases guerrilleras en el interior de China, en varias ocasiones sostuve intensas conversaciones también con Dong Changrong.

En el otoño de 1931, en Ruijin, en la provincia de Jiangxi, se proclamó la constitución del gobierno soviético provisional de China y se creó la zona soviética. Según la afirmación de Dong Changrong, la zona central soviética donde se concentraban los dirigentes de la revolución china, ocupaba un territorio inmenso, con una población de varios millones, y había poderosas fuerzas armadas correspondientes a varios cuerpos de ejército. El mismo Dong Changrong tenía la experiencia de haber organizado una región soviética en la provincia de Henan.

Por aquellos tiempos, el Ejército rojo, dirigido por el Partido Comunista de China, contaba con más de 100 mil efectivos y bajo su jurisdicción entraba una amplia región que se extendía desde el sur de la provincia de Jiangxi hasta el norte de la de Guangdong.

Mientras le escuchaba llegué a reafirmar mi criterio de que la experiencia de los chinos en la construcción de zonas soviéticas, cada una tan grande como todo un Estado soberano en cuanto a extensión territorial y población, no podía aplicarse literalmente en

las riberas del río Tuman, y que en el caso de los comunistas coreanos que tenían en Jiandao su base de actividades, el único camino para defender con seguridad la fuente de la revolución y desplegar en toda su magnitud la guerra de guerrillas, era establecer zonas semiguerrilleras alrededor de las guerrilleras y en las regiones septentrionales de Corea.

La necesidad de crear zonas semiguerrilleras se presentó con mayor urgencia en la práctica de la lucha armada. Para defender extensos territorios no nos alcanzaban las fuerzas y ante tal situación nos vimos obligados a buscar con rapidez una salida. Si, en vez de experimentar la guerra de guerrillas, nos hubiéramos limitado a meras discusiones sobre las experiencias de los bolcheviques de Rusia y de los chinos en Ruijin, hojeando las obras clásicas, nos habríamos circunscrito a comprender que hacían falta, además de las bases guerrilleras en forma de zonas liberadas, otras, sin sentir la imperiosa necesidad de su creación ni acelerarla con rapidez.

La cuestión de las zonas semiguerrilleras no implicaba una simple observación formal sobre las bases. Atañía a la posición ideológica, de adoptar o no una actitud propia ante la revolución, erradicando el servilismo a las grandes potencias y el dogmatismo, y al punto de vista de masas, que determinaba si, librándose del izquierdismo, se consideraría, o no, como fuerzas motrices de la revolución a los amplios sectores del pueblo, otrora rechazados por ser “masas de doble cara”; asimismo era un serio asunto directamente relacionado con la constitución de las fuerzas revolucionarias, que decidía si se agrupaba o no a esas masas en el frente unido nacional antijaponés.

Por zonas semiguerrilleras se entendían los territorios controlados tanto por nosotros como por el enemigo, que siendo formalmente gobernados por éste, se encontraban bajo nuestro dominio, creaban condiciones de apoyo a la Guerrilla Antijaponesa, y servían para la preparación de relevos para ésta y otras fuerzas revolucionarias y de puntos de enlace entre las zonas enemigas y las guerrilleras. Dicho en términos algo más descriptivos, se trataban de territorios donde por el día dominaban los enemigos, pero la noche era nuestra.

En la construcción de las bases revolucionarias, la estructura de zonas semiguerrilleras correspondía a las condiciones de nuestra lucha. Esa forma de bases casi no existía en las experiencias guerrilleras de otros países. El proceso de desarrollo de nuestra revolución planteaba entonces como tarea apremiante su establecimiento.

Como una de las medidas para extender las operaciones militares hacia el interior del país y dar un vertiginoso auge a la revolución coreana en su conjunto, cuyo centro era la Lucha Armada Antijaponesa, nos fuimos a mediados de marzo de 1933 a la región del monte Wangjae, en el distrito Onsong, en la provincia Hamgyong del Norte. Extender la lucha armada al interior del país y alcanzar su emancipación constituía el objetivo estratégico que veníamos persiguiendo de modo invariable desde el día en que declaramos la guerra antijaponesa y un incommovible credo que nunca, ni un momento, abandonó nuestro corazón. La premisa para operar en el interior del país era la organización de zonas semiguerrilleras en las regiones septentrionales de Corea, sobre todo en la región de los seis pueblos. Bien establecidas posibilitarían superar diversas tendencias izquierdistas que surgían en la creación de las zonas guerrilleras.

Integramos el destacamento que marcharía al interior del país con 40 combatientes de la compañía No. 2 del batallón de Wangqing, que tenía como base de operaciones la Tercera Isla y con otros 10 jefes y trabajadores políticos seleccionados de todas las compañías, y enviamos a la zona de Onsong una avanzadilla bajo el mando del jefe de sección Pak Thae Hwa.

Ciertas personas que ocupaban puestos responsables en las organizaciones del partido en el Este de Manchuria, se pusieron muy molestas ante nuestra decisión y trataron de impedirla por todos los medios. Tachaban como tendencia nacionalista de “expansión hacia Corea” el hecho de que los comunistas coreanos dentro del territorio chino lucharan por la revolución coreana, y aconsejaban que de entrada renunciáramos al avance hacia el interior del país, pues sería, decían ellos, un acto contradictorio con el principio de un partido en un país.

Contrarresté esa posición con mi propia opinión de que ser fiel al deber nacional significaba serlo al internacionalista y que era un derecho sagrado e inviolable del revolucionario coreano pelear por la emancipación de su Patria. Y sin alteración continué los preparativos de la expedición al país.

En esos precisos momentos se produjo un incidente que ensombreció la expedición y provocó nuestra indignación. Un integrante de la compañía No. 2 que había estado en la zona de Onsong para entablar contactos con el interior del país, tan pronto como regresó después de cumplir la misión fue detenido por un hombre llamado Kim Song Do y llevado al comité especial del partido en el Este de Manchuria.

El jefe de la compañía No. 2 era An Ki Ho, y su comisario, Choe Chun Guk. No bien ocurriera el hecho, vinieron a la carrera a Macun y me manifestaron su indignación por el arbitrario acto de Kim Song Do de llevarse preso a su albedrío a uno de sus soldados, sin que lo supieran siquiera los jefes de la compañía.

Choe Chun Guk, tímido como una recién casada y con un corazón tan bello como la seda, casi nunca hablaba mal de otros. Pero esta vez blasfemó contra Kim Song Do e incluso lo llamó por su apodo de “Wang el Tuerto”. Me limité a escucharle sin decir nada, porque conocía poco a Kim Song Do. Lo que sabía de él se reducía a que anteriormente se había desempeñado como jefe del departamento de propaganda del comité especial de la Juventud Comunista en Manchuria del Este; que acababa de ser trasladado al comité especial del partido en ese territorio; y que estaba realizando inspecciones circulares por los distritos. En las organizaciones del partido en el Este de Manchuria se llamaban inspecciones circulares las visitas de orientación que hacían los cuadros de instancias superiores a las inferiores.

No me agradó que Choe Chun Guk llamara a Kim Song Do por un apodo tan feo y le hice una dura crítica:

—Compañero Chun Guk, ¿desde cuándo tiene ese mal hábito de llamar a otras personas no por sus nombres sino por sus apodos? Es

verdad que Kim Song Do cometió el descabellado acto de menospreciarnos, pero ¿no tiene usted ni pizca de comprensión para respetar su personalidad?

Choe Chun Guk era abierto con respecto a la crítica. Con una seria expresión en el rostro habló en un tono tímido:

—Lo siento. Si mis palabras han sido en lo más mínimo indecentes o insolentes, permíteme.

—Por supuesto, como también en las zonas guerrilleras viven seres humanos es imposible que no haya apodos, pero éste resulta demasiado bajo. ¡Decirle tuerto ...!

De pronto me enfadé más por el hecho de que la gente de Wangqing le dijera a Kim Song Do “Wang el Tuerto” que por el de que éste hubiera detenido a un soldado de la compañía No. 2.

A mi pregunta de por qué le decían Wang y no Kim, Choe Chun Guk respondió que le parecía que en Jiandao le habían puesto ese apodo en sentido de repudio porque, aunque era coreano, se daba aires de genuino chino y, encima, era demasiado sumiso y adulator con los cuadros.

De camino hacia el comité especial del partido en Manchuria del Este hice una corta visita al comité distrital, donde también le decían a Kim Song Do “Wang el Tuerto”.

Allí Ri Yong Guk me contó que Kim Song Do era un viejo militante puesto que ya en 1927 había ingresado en el Partido Comunista de Corea y había sido miembro del comité de una célula de la dirección general del grupo Hwayo (Una de las fracciones que aparecieron en el seno del movimiento comunista de Corea en sus comienzos y causaron grandes daños a su desarrollo. —N. del Tr.) en Manchuria. Incluso fue detenido por la policía del consulado japonés y sufrió torturas en la cárcel. Al salir de ésta se cambió con rapidez para el partido chino, donde fue promovido como cuadro a nivel del comité especial. Siempre usaba espejuelos oscuros, quizás para disimular la cuenca del ojo que perdió a causa de una infección, y vestía un abrigo chino.

Ri Yong Guk lo calificó como “hombre tan hábil y tan buen

orador que podría poner medias hasta en las patas de un cao en vuelo”.

En la oficina del comité especial del partido en Manchuria del Este sostuve con Kim Song Do una conversación de tres horas aproximadamente.

Una vez sentados frente a frente tuve primero un sentimiento de compasión, dejando en segundo plano la intención de reprenderlo por su abuso de autoridad. Quizás ese sentimiento me lo produjo el verlo sin un ojo y su sombría expresión, señal de mucho cansancio. Era altamente elogiosa y emocionante su actitud ya que pese a su desdichada condición de mutilado se había consagrado a la revolución, escalando intrincadas montañas de Jiandao.

—Compañero inspector, ¿por qué se llevó preso a uno de nuestros guerrilleros en misión, sin consultarnos?

Traté de hablarle cortésmente, sin alzar la voz.

Kim Song Do me miró atentamente por encima de los espejuelos. Parecía estar bastante molesto preguntándose cómo me atrevía a interrogar de modo reprobatorio a un inspector del comité especial.

—Realmente me extraña tal pregunta. No creo que usted no sepa que el acto de aquel guerrillero de pasar la frontera es una expresión del nacionalismo que contraviene al internacionalismo proletario. Nosotros lo consideramos perteneciente a la “Minsaengdan”.

—¿Por qué motivo?

—Estuvo en Corea, lo que es un acto nacionalista. ¿Qué otra cosa es si no un “minsaengdan” quien ha cometido ese delito?

—¿Es su opinión personal?

—Sí, y además mi superior también piensa así.

Al oír su respuesta, de inmediato no pude hablar porque antes de considerarlo insolente vi en él un ser lastimoso. Realmente fue extraño que me dejara llevar por una especie de sentimiento de piedad en vez de manifestar indignación y repugnancia ante sus disparates, sin ninguna validez científica o verdad, y demostrarle lo equivocado que era su argumento con una lógica tan contundente como un mazazo. Me pareció todavía más infeliz al pensar en el

contraste entre su prejuicio tan iluso y modo de razonamiento tan bajo y su altisonante rango de inspector del comité especial del partido en Manchuria del Este.

“¿Qué ser más desgraciado siendo mutilado física y espiritualmente! Por supuesto, debería valorarse su disposición a consagrarse en cuerpo y alma a la revolución disimulando con los espejuelos oscuros su condición de tuerto, que podía atraer la atención de los agentes enemigos. No habría cosa mejor que a esta disposición se añadiera un espíritu sano, pero ¿cómo enfermó tan gravemente su mentalidad?”

Mientras así pensaba traté de aconsejarle en un tono todavía más bajo:

—Parece que usted considera idénticos el nacionalismo y la “Minsaengdan”; ¿cómo se atreve a ponerlos en la misma balanza? ¿No sería un silogismo demasiado forzado identificar el nacionalismo y la “Minsaengdan” por el simple hecho de que ésta fue creada por iniciativa de unos cuantos nacionalistas, entre otros Pak Sok Yun, Jo Pyong Sang y Jon Song Ho? Sé que al principio usted también perteneció a la organización de los nacionalistas y luego pasó al movimiento comunista. ¿Estaría de acuerdo si ahora por este antecedente, se le acusara de “minsaengdan”? ¿Qué cree?

—¿Cómo podría aceptar...? —Kim Song Do balbució ininteligiblemente las últimas palabras.

Luego de concederle tiempo para que reflexionara con espíritu crítico, continué tratando de convencerlo con lógica:

—Cuando usted habla de su superior, parece que se refiere al secretario Dong Changrong, pero no lo considero una persona con un modo de pensar tan estrecho. Si él toma una decisión como esa por tener prejuicios o mala comprensión a causa de no conocer bien la situación, lo correcto sería que ustedes, que conocen bien el panorama de Corea, hagan todo lo posible y le asesoren para que tenga un conocimiento cabal.

Kim Song Do siguió en silencio.

Ni en el camino de regreso a la Jefatura, llevándome a aquel

guerrillero de la compañía No. 2 que estuvo detenido, pude dejar de pensar acerca de lo desdichado que era Kim Song Do.

Dicho con toda franqueza, hasta que no se puso al frente y dirigió el “trabajo de liquidación de reaccionarios”, bailando al son de otras personas, siempre mantuve ese sentimiento, si bien nos enfrentamos por cuestiones teóricas.

Pero, desde que vi que a título de liquidar la “Minsaengdan” asesinó a numerosos revolucionarios leales, dejé de simpatizar con él. Con posterioridad, él mismo fue ajusticiado bajo la acusación de ser “minsaengdan”. Podría decirse que otra enseñanza que obtuve de la vida a lo largo de decenas de años turbulentos es que el terrorismo sucumbe por el terrorismo y el izquierdismo muere por el tribunal izquierdista; que la autoeliminación es el destino que corren las personas que sin fe y criterio propio se pasan de un lado a otro.

El destacamento de expedición al interior del país que había partido de Macun a principios de marzo, llegó a la ribera fronteriza con el valle Thamak, en el distrito Onsong, estableció su campamento en un lugar llamado Solgol, y durante una semana, aproximadamente, se dedicó a la concientización de la población local por vía revolucionaria con el fin de convertir la región en una zona semiguerrillera, mientras esperaba la llegada de la avanzada que había penetrado en Onsong. Por el día íbamos a la ladera oeste del monte Songdongshan y realizábamos ejercicios de combate, y por la noche recorríamos la aldea para formar organizaciones clandestinas.

Trabajábamos también con los responsables de 10 y de 100 familias, que eran por esa época jefes de unidades administrativas inferiores del Estado manchú. Ellos tenían una grata impresión de nosotros porque mantuvimos buenas relaciones con los habitantes, conforme a los reglamentos de servicio del ejército revolucionario, sin lesionar sus intereses. Los guerrilleros prestaron mucha ayuda a los campesinos locales en sus faenas. Hubo quienes, además, hicieron las cercas de las casas donde se hospedaban con retamas que recogían en los bosques.

El famoso episodio del hacha a que se refería Pak Yong Sun en

sus memorias, ocurrió precisamente entonces.

En el invierno, los moradores del lugar consumían agua del río Tuman. Se abrían huecos en la superficie helada con la ayuda de hachas o picos y el agua se sacaba con cubos.

Uno de esos días, con el fin de aliviar los quehaceres del viejo matrimonio chino de la casa en que me hospedaba, cogí un hacha y un cubo y me fui a la orilla del río para abrir un hueco como esos. Cuando el boquete estaba hecho, el hacha se zafó del mango y se deslizó al agua. Con una vara larga rastree durante varias horas el fondo del río, pero el hacha no apareció.

Pagué ampliamente el precio de la herramienta al dueño, sin dejar de pedirle me disculpara. El viejo no quería aceptarlo diciendo que ya estaba indeciblemente agradecido al señor comandante quien cada madrugada le había acarreado agua, mientras él por ser tan viejo, sin fuerzas, no podía ayudar al ejército revolucionario. Le rogué recibiera el dinero por lo menos pensando en la situación del comandante que si se iba de aquel lugar sin recompensar la pérdida provocada, violaría la disciplina del ejército revolucionario.

Aunque le entregué suficiente dinero, no dejé de pensar ni por un momento en aquella hacha. ¿Cómo se podría suplir, por mucho dinero que se pagara, aquel sentimiento de vacío de los dueños por la pérdida de un instrumento tan familiar? Por eso, en la primavera de 1959, cuando el grupo de visita a los ex campos de batallas del período de la Lucha Armada Antijaponesa, iba a partir hacia las zonas del noreste de China le rogué ofreciera disculpas en mi nombre, si se encontraba con aquel viejo en Liangshuiquanzi.

Lamentablemente, el viejo había fallecido.

Eran aproximadamente las 4 ó las 5 de la tarde cuando nuestro destacamento, guiado por el grupo de avanzada, llegó a la cima del monte Wangjae.

Nos recibieron los responsables de las organizaciones revolucionarias y los trabajadores políticos, procedentes de la región de los seis pueblos, que hasta nuestra llegada habían permanecido escondidos en el lomo del monte y en un bosque de alerces.

Desde lo alto del monte, poblado densamente por robles muy jóvenes, aprecié por un buen rato el panorama de los contornos. Se dice que en 10 años los montes y ríos cambian su fisonomía, pero aquel lugar estaba transformándose, si bien no habían pasado tres años. Los montones de escombros de la explotación carbonífera no se veían cuando creamos en la cima Turu la organización del partido en el interior del país; también los trenes que corrían por la vía Ungí (Sonbong)-Onsong, constituían una novedad en comparación con el otoño de 1930 o la primavera de 1931.

Junto con el cambio del paisaje progresaron también los hombres y la revolución. Después que estuvimos aquí, nuevas organizaciones revolucionarias antijaponesas aparecieron, unas tras otras, y comenzaron a actuar en los seis pueblos y en sus alrededores.

Los combatientes de esta región tenían cercados con una enorme red de acero, es decir, con sus organizaciones revolucionarias, los aparatos de dominación enemiga en el territorio limítrofe norteño de la Patria, donde el mando del ejército y de la policía japoneses, encargados del mantenimiento de la seguridad y orden locales, se jactaba de la férrea vigilancia fronteriza.

Creció también nuestra lucha armada. Sólo en el Este de Manchuria las fuerzas guerrilleras se incrementaron al grado de batallones. Las que operaban en cada distrito podían convertirse, en un futuro no lejano, en regimientos e incluso en divisiones. Las fuerzas armadas de los comunistas coreanos para la guerra de guerrillas actuaban tanto en el Sur como en el Norte de Manchuria. No estaba lejano el día en que nuestras divisiones y cuerpos de ejército avanzarían hacia la Patria y descargarían golpes demoledores sobre los enemigos. Como su avanzada, ya estábamos en la tierra de Onsong.

Sumergido en esos pensamientos recité para mis adentros los versos en caracteres chinos del general Nam I, que me había enseñado mi abuelo materno en la escuela Changdok.

La traducción al coreano es la siguiente:

*El peñasco del monte Paektu
lo haré desaparecer afilando mi sable,
y secaré el río Tuman,
abrevando a mi caballo.
Un varón que
a los veinte años
no asegure la paz al país,
nadie en la posteridad
dirá que fue hombre verdadero.*

El abuelo materno me había dicho que el general Nam I, a los 20 años había ocupado el cargo de jefe de asuntos militares gracias a su valerosa actuación en la lucha contra los enemigos en las zonas norteñas del país, y me había alentado para que cuando creciera fuera un comandante o un general de avanzada en la lucha contra los invasores nipones.

Al escucharle me sentí muy indignado ante la lamentable muerte del general Nam I como consecuencia de una intriga de los desleales. Y había tomado la decisión de que cuando fuera mayor procedería como él, poniéndome al frente en la lucha contra los enemigos extranjeros, en defensa de la seguridad del país y el pueblo.

“Si el general Nam I rechazó a los enemigos del norte apoyándose en las seis fortalezas, nosotros, basándonos en las zonas semiguerrilleras de los seis pueblos, extenderemos la lucha armada hasta la profundidad del país y excavaremos la trampa para la ruina del imperialismo japonés”, éste fue el juramento que hice también en la cima del monte Wangjae.

Los trabajadores políticos y los responsables de las organizaciones revolucionarias convocados me informaron de la situación en el país y de sus actividades.

Les dirigí palabras alentadoras por la marcha exitosa de la constitución de las bases de apoyo masivo para la revolución antijaponesa en los seis pueblos y otras regiones fronterizas septentrionales, y les indiqué algunas tareas para la ampliación y

desarrollo de la lucha armada hacia el interior del país.

Entonces subrayé el asunto de la creación de zonas semiguerrilleras. Nuestro propósito consistía en establecerlas en diversas partes del país, teniendo como eje la región de Onsong, y al mismo tiempo, preparar en lugares boscosos centros de enlace secretos y otros puntos de apoyo. Ello sería la piedra angular para la extensión y avance de la lucha armada hacia el interior del país.

En la reunión del monte Wangjae se examinaron las tareas para agrupar a toda la nación como una poderosa fuerza política bajo la bandera del frente unido nacional antijaponés, basado en la alianza obrero-campesina, y las que enfrentaban las organizaciones revolucionarias dentro del país para impulsar con energía el movimiento de masas y los preparativos de la fundación del partido.

La expedición de la guerrilla a Onsong constituyó el prelude de la expansión y despliegue de la Lucha Armada Antijaponesa hacia el interior del país y un nuevo hito en el progreso de la lucha de liberación nacional. Mediante esta operación demostramos en el interior y el exterior la indeclinable fe y posición de que para los comunistas coreanos luchar por la revolución era su deber sagrado y derecho absoluto, inviolables por nadie.

Con la expedición de la Guerrilla Antijaponesa a Onsong y en la reunión del monte Wangjae se comprobó lo certero de nuestra opinión de crear bases semiguerrilleras en los contornos de las guerrilleras y dentro del país y de que en Jiandao y en la región de los seis pueblos habían madurado suficientemente las condiciones subjetivas y objetivas para su establecimiento.

Concluida la reunión del monte Wangjae nos desplazamos a la isla Ryuda y al valle Paksok, de Kyongwon (Saepyol), a la loma Kumsan en la aldea Sinhung, en el distrito Jongsong, y a varios sitios más del país, donde efectuamos reuniones, cursillos y otras tareas políticas. El objetivo principal era enseñarles a los jefes de las organizaciones revolucionarias y trabajadores políticos los principios y métodos que debían regir en la lucha revolucionaria clandestina.

Vinimos con frecuencia a reunirnos con los revolucionarios en el

país para enseñarles los lineamientos revolucionarios y los métodos de trabajo basados en la idea Juche, y de esta manera prepararlos con solidez para que pudieran guiar con iniciativa propia la compleja lucha práctica. La adecuada preparación política y práctica de los dirigentes y otros elementos de avanzada de las organizaciones revolucionarias del país, constituía una premisa para crear con éxito las bases semiguerrilleras.

Los elementos medulares de la dirección que enviamos por aquel entonces penetraron hasta la profundidad del país, se arraigaron en los sindicatos obreros y los campesinos que encaminaban todas sus fuerzas hacia la resistencia antijaponesa, y crearon por doquier agrupaciones revolucionarias de masas. Nuestros activistas extendieron sus redes a Seúl y otras regiones meridionales de Corea.

Las organizaciones del partido surgidas en las riberas del río Tuman desempeñaron un rol determinante en la consolidación de las zonas semiguerrilleras en los seis pueblos y dieron auge al movimiento revolucionario dentro de nuestras fronteras.

Con posterioridad, los dirigentes de Manchuria del Este adoptaron como orientación nuestra iniciativa de establecer las zonas semiguerrilleras y trazaron las tareas para hacerla realidad. Hubo quienes censuraron, calificándolo de derechista, nuestro justo y razonable proyecto, pero en el acto fueron contrarrestados.

A partir de la primavera de 1933, en las regiones soviéticas de Manchuria del Este se llevaron a cabo intensas labores para establecer zonas semiguerrilleras. Estas surgieron en amplios territorios de Wangqing como Luoizigou, Dahuangwai, Zhuanjiaolou y Liangshuiquanzi, y de Yanji, Hunchun, Antu y Helong, e hicieron grandes aportes al desarrollo de la Lucha Armada Antijaponesa. Algunas zonas guerrilleras que resultaban desfavorables para la defensa fueron transformadas en semiguerrilleras.

No fueron pocos los alcaldes nombrados por el Estado manchú que nos apoyaron o simpatizaron con nosotros. En lugares como Luoizigou, si salíamos del área urbana, pronto nos encontrábamos en nuestro mundo y entre nuestra gente.

La experiencia del establecimiento de las zonas semiguerrilleras y lo correcto de este lineamiento se corroboraron sin reservas en el curso de las actividades posteriores del Ejército Revolucionario Popular de Corea en la región del monte Paektu.

Dichas zonas resultaron muy valiosas. Por eso, en la segunda mitad de la década del 30, cuando nos desplazamos hacia las riberas del río Amnok y emprendimos la habilitación de los contornos del monte Paektu, construimos campamentos secretos sólo donde se estacionaban las unidades del ejército revolucionario, y en las demás partes establecimos zonas semiguerrilleras. Constituimos organizaciones revolucionarias entre las masas, sin hacer distinción entre las rojas de las blancas, y a ellas enviamos nuestros activistas. Nosotros no permanecíamos en una determinada zona, sino nos trasladábamos de una a otra, según hacia dónde se dirigiera la atención enemiga. En este proceso emergieron Jong Tong Chol, Ri Hun, Ri Ju Ik (Ri Chwi) y otros numerosos patrióticos alcaldes, jefes de 10 y 100 familias, jefes de ayuntamientos cantonales, policías y miembros de cuerpos de autodefensa. Infiltramos a muchos hombres sagaces como activistas en los organismos de gobernación de base de los enemigos. Llevamos a cabo eficientes labores políticas también entre no pocos funcionarios de esos organismos y logramos que apoyaran a la revolución. Por el día fingían cumplir con lealtad las tareas que les imponía el Estado manchú, pero por la noche ora servían de guía al ejército revolucionario, ora se entrevistaban con sus activistas clandestinos para entregarles informaciones recogidas por el día, ora conseguían materiales de auxilio para dicha tropa. Las zonas semiguerrilleras en el Este de Manchuria y en el país constituyeron seguros satélites para la protección del ejército y la población de las áreas liberadas y del poder popular fundado en éstas y los frutos de su política democrática.

Desde que los extensos contornos de las zonas guerrilleras fueron transformados en zonas semiguerrilleras, la Guerrilla Antijaponesa, penetrando en la profundidad del territorio enemigo, sembró conciencia revolucionaria entre la población y amplió las organizaciones de

vanguardia como el partido y la Juventud Comunista y diversas agrupaciones de masas, lo que hizo posible consolidar el cimiento de masas de la Lucha Armada Antijaponesa y que pasáramos de la defensa pasiva a activos combates de ofensiva. Al convertir la guerra antijaponesa en acciones ofensivas, que desplegábamos con nuestra iniciativa, pudimos romper la perversa operación de bloqueo económico del enemigo y resolver de modo más fácil el aprovisionamiento, que constituía el mayor dolor de cabeza en las zonas guerrilleras.

El establecimiento de las zonas semiguerrilleras posibilitó dejar atrás la desviación izquierdista, que al definir regiones rojas y blancas empujó a un gran número de personas al lado enemigo, aglutinar a amplios sectores del pueblo en una fuerza política bajo la bandera del frente unido nacional antijaponés, y contribuyó en gran medida al desarrollo de la revolución coreana con un estilo propio, venciendo el servilismo a las grandes potencias y el dogmatismo.

Entre las zonas semiguerrilleras de Wangqing, las más ejemplares fueron Luozigou y Liangshuiquanzi.

En la transformación de Luozigou tuvo una participación inapreciable Ri Kwang. Al ser enviado allí, y mientras realizaba actividades entre las tropas antijaponesas chinas y las personas procedentes del Ejército independentista, preparó sólidos fundamentos para nuestro posterior asentamiento.

Desde principios de la década del 20, el grupo de Ri Tong Hwi fue habilitando a Luozigou como una importante base del movimiento independentista. Como por esos lares señoreaban aquellos viejos que lo siguieron en ese movimiento, por su conducto Ri Kwang pudo formar por vía revolucionaria a los habitantes locales.

A Luozigou fue enviado un gran número de trabajadores políticos competentes con la tarea de establecer la zona semiguerrillera. No pocos de ellos no pudieron regresar vivos a nuestras filas. Allí cayó también Choe Jong Hwa quien acumuló grandes méritos en la implantación del ambiente revolucionario en el lugar.

Por esa época, en Luozigou realizaban actividades clandestinas Pak Kil Song quien sería hábil comandante de un destacamento del ERPC y Choe Kwang.

En sus desesperados esfuerzos por aniquilar las fuerzas revolucionarias los enemigos crearon en esa localidad perversas entidades reaccionarias tales como las sociedades de cooperación y conciliación, y de ayuda; nosotros, mientras tanto, constituíamos agrupaciones de amplia cabida, por ejemplo, la asociación antijaponesa, y unimos así en una sola a todas las fuerzas patrióticas. Luozigou desempeñó el papel del granero para alimentar a las masas revolucionarias de Wangqing. Cada vez que había dificultades con las provisiones, de la zona guerrillera de Xiaowangqing iban allí a pedir auxilios. Los miembros de las organizaciones revolucionarias de Luozigou llevaban a cuestas los granos hasta la puerta de piedra de Shiliping, donde se los entregaban a los de Wangqing. A pesar de la ocupación de Luozigou por el enemigo, las zonas liberadas consiguieron ininterrumpidamente alimento en ese lugar. No es una exageración decir que a partir de la segunda mitad del año 1935, cuando se disolvieron las zonas guerrilleras y el grueso del Ejército Revolucionario Popular de Corea emprendió la expedición al Norte de Manchuria, los revolucionarios del distrito Wangqing pudieron sobrevivir gracias a las provisiones procedentes de Luozigou. También una parte de las masas revolucionarias y los integrantes de la compañía No. 3 de Wangqing que se encontraban en el monte, al oeste de Luozigou, para ponerse a salvo de las operaciones de “castigo” enemigas, pudieron pasar el otoño y el invierno de 1935 consumiendo los granos que llevaban los pobladores del lugar.

Si Luozigou pudo cumplir con eficiencia su función de centro de suministro para los revolucionarios de Wangqing, fue gracias a que el poblado era originalmente un fértil granero, donde, incluso, se decía, a los mendigos se les servían platos de panizo, pero también, principalmente, porque actuaban varias organizaciones revolucionarias que prestaban su constante atención a la preparación espiritual de las masas.

Kim Ryong Un, como jefe de 100 hogares en Luozigou, era un servidor de la unidad administrativa inferior y disfrutaba de la confianza del Estado manchú, aunque en realidad pertenecía a nuestra organización. Aprovechando su posición oficial prestó mucha ayuda a los revolucionarios.

Para impedir la penetración de los activistas guerrilleros en ciudades amuralladas y los contactos de los habitantes con el ejército revolucionario, los enemigos implantaron un recio control sobre la salida de alimentos y otros artículos de uso imprescindible, por una parte, y por la otra, movilizaron permanentemente a los jóvenes para vigilar con todo rigor a los que salían y entraban en las ciudadelas. A cada uno de los movilizados se le entregaba una porra, que podía considerarse como una credencial emitida por el Estado manchú.

Cada vez que el ejército revolucionario enviaba su gente a Luozigou para conseguir provisiones, Kim Ryong Un hacía de guardia sólo a aquellos jóvenes que estaban bajo nuestra influencia. Cuando los encargados de conseguir víveres aparecían en las proximidades, los jóvenes que vigilaban les daban sus porras y corrían al poblado para, bajo la guía del jefe de 100 hogares, reunir los cereales, cargarlos en sacos y de regreso, entregárselos.

En Luozigou, los miembros de las organizaciones revolucionarias trabajaron con tanta habilidad con los integrantes del ejército títere manchú, que incluso lograron sacarles decenas de miles de balas. En esta ciudadela había una tienda particular, administrada por una de aquellas organizaciones. Su dueño, un veterano activista de la Juventud Comunista, estableció incluso relaciones de hermandad espiritual con esos militares con el fin de llevar libremente auxilios al ejército revolucionario.

Uno de esos militares, loco por ganar dinero, traía a la tienda mercancías conseguidas a bajo precio en otras localidades con el encargo de revenderlas a precios varias veces más elevados. Estaba obligado a recurrir a esa tienda porque en su condición de militar podía ser castigado si se descubría su negocio. Desde que se hicieron hermanos espirituales le vendió al dueño hasta proyectiles. Éste le

pagaba 25 *jones* por cada uno y así pudo enviar 5 000 al ejército revolucionario.

Ello no dejaba de ser un simple ejemplo que evidencia lo correcto y valedero de la creación de las zonas semiguerrilleras.

Al sostenimiento del ejército revolucionario también hizo un valioso aporte una de esas zonas establecida en Liangshuiquanzi, en la parte meridional de Wangqing. Las organizaciones revolucionarias de la localidad les suministraron decenas de veces provisiones y artículos de uso imprescindible a las zonas liberadas.

En aquel tiempo, una gran parte de los cereales, ropas, fósforos, medicamentos, pólvora, sal y otras cosas esenciales para los habitantes de las zonas guerrilleras, la obteníamos por conducto de las organizaciones revolucionarias de Onsong y de Liangshuiquanzi.

Para asfixiar a todos los seres vivos de las zonas guerrilleras los enemigos impusieron un control riguroso en cuanto a los víveres y la sal. En otoño obligaban a los campesinos a guardar la totalidad de sus cosechas anuales en los depósitos de las aldeas concentradas que ellos mismos administraban y suministraban raciones diarias, según el número de bocas de cada familia. Sabían que si los campesinos tenían reservas de cereales, las mandaban a los combatientes antijaponeses o a los habitantes de las bases guerrilleras.

La sal era lo que más escaseaba. La situación llegaba al extremo de que por cada 5 cucharadas de gacha se ingería un grano del tamaño de una gragea y con él a duras penas se mantenía su sabor.

Para impedir la desaparición de la sal formaron incluso los llamados cuerpos de recogida de sal, con policías, y frecuentemente registraban los hogares. Si alguien poseía siquiera un poco más de salsa y pasta de soya de lo necesario, le imponían multas y le pegaban furiosamente con toletes triangulares que denominaban “azotes de nalgas”.

En el otoño de 1934, con miras a resolver la difícil situación de la sal en las bases guerrilleras enviamos a Liangshuiquanzi un grupo integrado por unos 30 combatientes de la compañía No. 2, y otros muchos soldados, pobladores y niños, y hasta un cierto número de

caballos. Entre Wangqing y Liangshuiquanzi había una distancia de 100 *ries*.

Las organizaciones revolucionarias de esa localidad, previamente avisadas lo acogieron en las riberas del río Tuman donde ya tenían acopiada una gran cantidad de sal, obtenida a través de las de Onsong y de la empresa de transporte de Namyang.

Los enviados pudieron regresar sin problemas a la Tercera Isla con los caballos cargados cada uno con dos o tres sacos. El resto de la sal fue traído a la base guerrillera a las espaldas de los hombres, cargando cada uno de 20 a 30 kilogramos. Una parte fue cambiada en Luoizigou por harina de trigo.

La mayor parte de los suministros que nos mandaban las organizaciones de Liangshuiquanzi provenía de Onsong y de otros lugares de la región de los seis pueblos. Sus habitantes conseguían en Tumen y Longjing una gran cantidad de los artículos esenciales para las guerrillas y la población de las bases. Estas cosas no se podían comprar en grandes cantidades en el país a causa de la rigurosa vigilancia y control de los enemigos, por lo que los miembros de las organizaciones tenían que pasar disimuladamente al otro lado del río para adquirir lo necesario en centros comerciales como Tumen y Longjing, y enviarlo a las bases antijaponesas por las vías establecidas.

De hecho, ambas localidades nos servían de seguros suministradores. Por esta razón, no atacábamos impensadamente a lugares como Tumen, Longjing y Baicaogou donde existía una densa red de nuestras organizaciones revolucionarias. Una vez nuestros compañeros asaltaron Baicaogou, pero inmediatamente después el padre de Ri Kwang nos hizo saber que las consecuencias no resultaron favorables, pues habíamos asustado sobremanera a las personas ricas con conciencia nacional cuando se debían incorporar en el frente unido. Desde entonces no atacamos más localidades como Baicaogou. En la tarea de asegurar la sustentación a los combatientes y pobladores de Wangqing y de otros territorios liberados, las zonas semiguerrilleras de los seis pueblos alcanzaron realmente un mérito que merece ser grabado con mayúsculas en la historia.

Fuera de las zonas guerrilleras y semiguerrilleras, establecimos un gran número de bases invisibles de apoyo para facilitar las actividades militares y políticas del ejército revolucionario y de sus enlaces en los territorios dominados por el enemigo. Estaban constituidas por las organizaciones revolucionarias clandestinas y los puntos de enlace, y como eran una especie de bases guerrilleras con carácter móvil y temporal, se instituyeron densamente en grandes ciudades como Longjing, Hunchun, Tumen, Laotougou y Baicaogou, entre otras y en las regiones cercanas a las vías férreas.

Cada vez que evoco los inolvidables días cuando fundábamos zonas semiguerrilleras en Jiandao y el interior del país, a quien recuerdo con más nitidez es a O Jung Hwa.

Tan pronto fue liberado de la Cárcel de Sodaemun, tomó el tren en dirección hacia el norte y llegó a Tumen y en la casa de sus suegros, que se encontraba cerca de Huimudong, pasó algunos días para restablecerse. Inmediatamente después se desplazó a Shixian para entrevistarse conmigo.

Yo acababa de llegar a la zona guerrillera al concluir las expediciones al Sur y al Norte de Manchuria; la salida de la cárcel y el retorno a Wangqing de O Jung Hwa me proporcionaron una gran alegría y ánimo.

Al encontrarnos me rogó le encomendara una tarea grande. Teniendo en cuenta su rostro desmejorado, debíamos dejarlo durante algunos meses para que se recuperara, pero como insistió tanto en que le encargara de algún trabajo, le propuse que preparara ciertas localidades de los contornos de Jiayahe como zonas semiguerrilleras.

La zona No. 5 a la que pertenecía O Jung Hwa, limitaba con Liangshuiquanzi, Tumen, Yanji, Baicaogou, Daduchuan y otras importantes bases “punitivas” y en Jiayahe existía incluso un puesto policíaco del consulado japonés. A principios de enero de 1933 los enemigos asaltaron Liucaigou y después efectuaron dos operaciones de “castigo” contra Sishuiping.

Aunque él había sido puesto en libertad seguía perseguido por el enemigo. Pese a eso al recibir la tarea no pudo disimular su satisfacción.

Se la asigné porque las localidades donde iba a actuar se encontraban muy cerca de importantes nudos militares del enemigo y, además, eran consideradas por éste objetivos de ataque. Era difícil y riesgosa, pero tenía confianza en él.

Ya en el otoño de 1930, durante nuestro primer encuentro, me había inspirado plena confianza. Entonces sostuvimos una sincera conversación en su hogar. Al salir vi que unos fornidos jóvenes montaban guardia con celosa actitud en torno a la casa. Lo mismo ocurría a la salida del pueblo. Esas imágenes evidenciaban la capacidad de trabajo de O Jung Hwa y sus rasgos de revolucionario, lo cual me impresionó profundamente.

Esas cualidades suyas resaltaron en su capacidad de atraer a las masas.

Una de las iniciativas que puso en práctica para llevar la revolución a su aldea, fue la de conseguir una maquinilla de cortar el pelo y crear una asociación de tijeras a la que incorporó a todos los moradores de la aldea. En esa época, en las barberías había que pagar por lo general 15 *jones* por persona. Pero O Jung Hwa cobraba sólo cinco. Con el dinero que aportaba el oficio compraba libros para instruir a los miembros de la asociación. Como el servicio era barato y se podían leer libros, creció el interés de la gente. Y él aprovechaba esas ocasiones para educar a sus miembros.

Luego de haber enseñado en lo elemental a los aldeanos por conducto de la asociación de tijeras, fundó la sociedad de amistad Ryongdong al unir las agrupaciones de instrucción existentes tales como la sociedad de condiscípulos, la de estudiantes, y la de amistad. Esta era una organización legal de jóvenes y estudiantes de Dunhua, y Yanji, Hunchun, Helong y Wangqing, regiones orientales del monte Haerbaling.

Para crear conciencia revolucionaria en la aldea O Jung Hwa organizaba a menudo representaciones de dramas. Si él escribía un guión, sus primos, que formaban todo un pelotón, se encargaban de los papeles, de la decoración y la dirección y así llevaban al escenario una obra irreprochable.

Después de entusiasmar a las masas con tal método, incorporó a la organización revolucionaria primero a sus parientes y después a todos los vecinos. Antes y después de la Reunión Invernal de Mingyuegou, junto con Kang Sang Jun, Jo Chang Dok, Yu Se Ryong y otros, participó en la tarea de obtención de armas, uno de los importantes eslabones en los preparativos para fundar la Guerrilla Antijaponesa. Las armas que ellos consiguieron, exponiendo sus vidas, sirvieron de inapreciable caudal para equipar al escuadrón volante, integrado por Choe In Jun, Han Hung Gwon, Kang Sang Jun, Kim Un Sik y otros combatientes. De acuerdo con nuestro propósito, preparó magníficas zonas semiguerrilleras en la región No. 5, considerada blanco del primer ataque enemigo. También cumplió con honor la tarea de organizar puntos de apoyo para las actividades en los territorios bajo la dominación nipona. El taller tipográfico Chonil, en Tumen, uno de los importantes puntos preparados por él, desempeñó el papel de ojos y oídos del ejército revolucionario.

El enemigo consideraba a O Jung Hwa y a sus parientes como espías en los ojos y acechaba la oportunidad para exterminarlos. En la primavera de 1933, un grupo de guerrilleros se apoderó de un documento secreto que el consulado en Longjing enviaba a la estación policíaca de Shixian. Era la orden criminal de exterminar la estirpe de O Jung Hwa.

Tan pronto como recibimos esa información movilizamos la tropa, y en un abrir y cerrar de ojos evacuamos hacia Shiliping a todos los de su genealogía que en total eran 31 personas.

O Jung Hwa vivió con un inapagable entusiasmo y voluntad, en permanente y rápida carrera con respiración entrecortada, como si fuera un velocista de distancias cortas. Cayó desgraciadamente en manos enemigas en el verano de 1933, en un lugar de cita secreta de Beifengwudong. Lo asesinaron cruelmente en el mismo sitio de la detención. No hubo ningún testigo que pudiera decir cómo le llegó ese momento final y con qué actitud enfrentó la muerte.

Los únicos conocedores de esto fueron los verdugos que lo

asesinaron a él y a sus compañeros, pero desaparecieron llevándose el secreto.

Cuando el viejo O Thae Hui, con los puños apretados, llegó corriendo a Beifengwudong desde Shiliping, O Jung Hwa ya estaba muerto. Su cuerpo se encontraba en medio de un charco de sangre, cerca del punto secreto. En sus ojos abiertos, en los que todavía no se había apagado del todo la chispa de la vida, se reflejaba el cielo azul de la zona guerrillera hacia donde él solía dirigir su mirada llena de cariño. Tenía la boca más herméticamente cerrada que cuando vivía. Sólo con verla el viejo O Thae Hui se dio cuenta que su hijo no había cambiado el secreto de la organización por su vida. Un sentimiento de orgullo le hizo llorar con más tristeza. Su hijo había vivido 34 años, una corta pero digna existencia.

“No hay ley que diga que quien viva más, disfrute también de mayor dicha. Pero, hijo mío, te has ido demasiado temprano del lado de tu padre. ¡Cuán dolido se sentirá el General Kim Il Sung que te apreciaba tanto!”, así pensó, me dijeron, el viejo mientras abrazaba el cuerpo inanimado de Jung Hwa.

Al recibir la noticia, no quise creerla. Me parecía imposible y absurdo que muriera tan quietamente una persona que tenía una vida tan ardorosa como el fuego, que hablaba y caminaba constantemente, dejando imborrables huellas.

Nadie le acompañó en sus últimos momentos. Cayó sobre la tierra sin haber podido dejar ni una palabra como legado. Si lo hubiera hecho, ¿qué habría expresado en él? Quizás deseara una nueva tarea, concluida la creación de las zonas semiguerrilleras.

De estar vivo, le habría encomendado una misión todavía más importante. Según la ética de los revolucionarios, encargar a uno muchos trabajos es expresión del supremo sentimiento de afecto y confianza.

Nuestra revolución perdía otro competente organizador y propagandista, que gozaba de la simpatía general en el territorio de Jiandao, un hombre de gran habilidad, abnegado e indomable que insuflaba orgullo en el pueblo y atemorizaba a los enemigos. Fue una

pérdida realmente dolorosa para nuestra revolución que avanzaba como ola brava en Manchuria del Este.

Con su heroica muerte, O Jung Hwa despertó y puso en acción a las masas. Él se fue de nuestro lado, pero en las zonas semiguerrilleras regadas con su sangre surgían cual brotes de bambú después de la lluvia, los futuros protagonistas de la nueva etapa de avance de la guerra antijaponesa, que sería trascendental.

3. ¿El soviét o el gobierno revolucionario popular?

El viento izquierdista se sintió más en el establecimiento del poder en las zonas guerrilleras, sobre todo, en el lineamiento de constitución del soviét y en ciertas políticas promulgadas en nombre suyo, los cuales derivaban de la impaciencia pequeñoburguesa de los contaminados con el dogmatismo, el servilismo a las grandes potencias y el aventurerismo.

El problema del poder era el centro de acaloradas polémicas desde los tiempos de la Unión para Derrotar al Imperialismo, y nadie podía dejarlo pasar por alto. Algunos decían que eso era una cuestión que los jóvenes coreanos debían plantearse en el futuro, después de independizado el país, y otros, que era un asunto conceptual, ya que su establecimiento podía realizarse sólo bajo la premisa del rescate de la estatalidad, pero no nos identificamos con esas opiniones. Nuestra posición era que el criterio de cada cual sobre el tipo de poder se relacionaba directamente con el carácter de la revolución que propugnaba.

Fue en Jilin donde la cuestión se presentó como blanco de la más acalorada polémica en nuestra vida política. En el escenario político de Jilin, casi todos los días se discutía qué tipo de Estado se escogería después de la independencia. Los dirigentes del Ejército independentista pertenecientes al sistema de las tres juntas abogaban con voz entusiasta por la política de la dinastía real o por el régimen republicano burgués, en tanto que los políticos del antiguo Partido Comunista como Kim Chan, An Kwang Chon y Sin Il Yong clamaban por la introducción inmediata del socialismo y de la dictadura del proletariado.

También Pak So Sim, atado a fórmulas clásicas, sacaba a colación la dictadura de los obreros y campesinos, si bien meneaba la cabeza

haciendo la salvedad de que no le gustaba la palabra dictadura, mientras apoyaba la conversión de ellos en dueños del poder.

Los jóvenes de Jilin, según su nivel de preparación y sus intereses, salían en defensa de la política de la dinastía real, o cifraban esperanzas en el sistema republicano burgués o aplaudían el socialismo al estilo de la Unión Soviética.

Kim Hyok, Cha Kwang Su, Kye Yong Chun, Sin Yong Gun y otros comunistas de la joven generación expresaban su disgusto con los viejos del Ejército independentista que se pronunciaban por la recuperación de la dinastía real, y en cuanto al establecimiento inmediato del socialismo mantenían reservas.

La situación nos exigió elevar a un primer plano el asunto del poder y debatirlo con seriedad en la tribuna de los jóvenes estudiantes, allí donde solían analizarse principalmente los temas políticos.

Más tarde, en la Conferencia de Kalun definimos como democrático, antimperialista y antifeudal el carácter de la revolución coreana y, sobre esta base, subrayamos que los comunistas, como era natural, debían establecer en la Patria restaurada un poder al servicio del pueblo, opuesto a la política de la dinastía real o a la parlamentaria burguesa, o sea, un poder democrático que defendiera los intereses de los obreros, campesinos, trabajadores intelectuales, capitalistas nacionales, religiosos y otras amplias masas populares.

Ya en la Conferencia Invernal de Mingyuegou efectuada en diciembre de 1931, al discutir lo relacionado con el poder propusimos, en esencia, la misma opinión.

A medida que se creaban las bases guerrilleras en la región de Jiandao, nuestra revolución presentó este problema en el orden del día como tema principal de debate. Para mantener y administrar la zona guerrillera liberada se necesitaba implantar un poder capaz de desempeñar el papel de organizador económico y de educador cultural entre las personas bajo su jurisdicción. Si no se establecía un poder en ella, que pudiera considerarse un diminuto estado, era imposible alimentar a los pobladores y movilizarlos hacia la lucha.

Partiendo de esto, los comunistas que actuaban en la región de Manchuria del Este acometieron en el otoño de 1932, la histórica tarea de establecer el poder en las zonas guerrilleras. En el mismo año, con motivo del aniversario de la Revolución de Octubre organizaron una concentración de masas en Jiayahe, del distrito de Wangqing, y proclamaron ante todo el mundo el nacimiento del gobierno de los soviets. Antes y después del evento éste se fundó también en Wangyugou y Sandaowan del distrito Yanji. La instauración del poder revolucionario en las zonas guerrilleras fue, sin lugar a dudas, un acontecimiento significativo que satisfizo la aspiración secular del pueblo.

Al comienzo, me alegré, pues consideraba que era suficiente con la implantación de un poder que defendiera los intereses del pueblo, sin que nos importara su denominación.

Por aquella época el “viento caliente de los soviets” abrasaba todo el territorio de Manchuria del Este. Establecer este tipo de gobierno constituyó una moda, una consabida tendencia para los revolucionarios y los pueblos progresistas del mundo que aspiraban al socialismo y al comunismo. Ese viento no diferenciaba Europa de Asia. Excelentes ejemplos fueron los soviets de Ruijin, en China, y Nghe-Tinh, en Vietnam.

También los que consideraban democrático burgués el carácter de la revolución coreana comentaban sobre el poder del soviets obrero-campesino.

Choe Song U, y otros coreanos que trabajaban en la sede de La Internacional, junto con Kuusinen, Majiyar y Okano, encargados del departamento de asuntos orientales del comité ejecutivo de la misma organización, formularon el “Programa de acción del Partido Comunista de Corea”, que presentó como tarea inmediata la independencia completa de Corea y el “establecimiento del soviets obrero-campesino”.

Apoyar el lineamiento de los soviets y aplicarlo incondicional y fielmente en la práctica revolucionaria devino fórmula universal irrefutable en el movimiento comunista internacional, y un cartabón

que distinguía la posición revolucionaria y comunista de la oportunista. No ya los partidos y las organizaciones comunistas de las naciones coloniales y semicolonias, sino también los de los países capitalistas acordaron como tarea suprema implantar el poder del soviét. Ciertamente, ese modelo de gobierno implicó un ideal para los proletarios de todo el mundo.

Si el soviét ejerció tan enorme influencia, fue porque se reconoció como único tipo de poder capaz de construir una sociedad bienhechora, exenta de toda clase de explotación y opresión y de representar exclusivamente los intereses de las masas populares trabajadoras.

Construir un mundo nuevo, libre y pacífico sin explotación y opresión, era el anhelo e ideal secular de la humanidad.

El joven soviét establecido en Rusia mostró una vitalidad nunca vista en regímenes anteriores al frustrar motines de la clase explotadora derrotada, defender la patria de la agresión de la alianza imperialista, reconstruir la economía e impulsar la construcción del socialismo. Este avance triunfal sembró ilusiones en la mente de la gente.

En ningún caso era incongruente que la humanidad mirara como faro a la Unión Soviética y aceptara el soviét como el más ventajoso y avanzado tipo de poder. Era harto natural que las ilusiones hacia el soviét prendieran en los corazones de los pobladores de la región de Jiandao, colindante con la Unión Soviética e influenciada en diversos aspectos por este joven país.

De las expediciones al Sur y al Norte de Manchuria regresé a Wangqing y quedé pasmado al escuchar los rumores que circulaban por toda la zona guerrillera sobre la política que aplicaba el soviét. Comprendí que contenían serios problemas que no debíamos obviar.

No tardamos en conocer que esos murmullos, aunque eran fragmentados, encerraban una verdad.

Recorrí la zona guerrillera y me esforcé por saber con más claridad la actitud de los habitantes hacia el soviét. Los encuentros con cientos de personas y las charlas sinceras y francas con ellas me

permitieron calcular integralmente las consecuencias de la política izquierdista del poder del soviét.

Habían empezado a mirarlo con malos ojos desde que éste, bajo la consigna ultraizquierdista de la realización inmediata del socialismo, proclamó la eliminación de los bienes particulares y convirtió en propiedad común todos los bienes muebles e inmuebles, tales como sembradíos, cereales, hoces, almocafres y horquillas. Después de concluido, en un santiamén y forzadamente, este proceso, el gobierno del soviét obligó a los vecinos de la zona guerrillera, sin distinción de hombres y mujeres, de viejos y niños, a actuar bajo un nuevo orden de vida colectiva, de trabajo conjunto y de distribución igualitaria. Esta era, precisamente, la vida de “artel” de la que los radicalistas del soviét recitaban de memoria como los sutras. Era como si un niño del jardín de la infancia fuera matriculado directamente en la universidad, sin pasar por el curso primario, secundario y preuniversitario.

Además, el gobierno del soviét confiscó sin compensación las tierras cultivables de todos los terratenientes y campesinos ricos radicados en las zonas guerrilleras, sin diferenciar los pequeños de los grandes ni los antijaponeses de los projaponeses, e incluso arrebató indiscriminadamente los animales de tiro y alimentos.

Después que Manchuria del Este se dividió en “región roja” y “región blanca”, en las zonas guerrilleras quedaron, en líneas generales, terratenientes patriotas, de fuerte espíritu antijaponés. Prestaron sincera asistencia a los comunistas cuando estos organizaban un destacamento armado en el valle de Wangqing. Entre ellos figuraba Zhang Shiming, terrateniente progresista de China, cuyo almacén de cereales fue quemado por el destacamento provisional para Jiandao en una gran operación “punitiva” en la primavera de 1932. El enemigo, a punta de bayoneta, le ordenó trasladarse a Daduchuan, pero él no obedeció. Desde aquel entonces su rencor hacia los japoneses crecía más y en la misma medida se hacía sincera su ayuda material y espiritual a los pobladores de la zona guerrillera. Si nuestros combatientes lo visitaban para pedirle algo, él solía decirles:

“Señores de la zona guerrillera, me quedé aquí, en este valle, para no ver más hocicos de júpis. Les ruego los lancen aunque sea de la ciudad de Daduchuan.”

Los habitantes de la zona guerrillera se llevaban bien con él.

Sin embargo, el gobierno del soviét lo expulsó al territorio gobernado por el enemigo. Aunque Zhang suplicaba que le permitieran quedarse allí, lo rechazaron y sentenciaron:

“El poder del soviét decidió confiscar las haciendas de todos los terratenientes. Verdad que usted demuestra un fuerte espíritu antijaponés y hasta la fecha ha ayudado con sinceridad a la zona guerrillera, pero como pertenece a la clase explotadora, no tenemos otro remedio que expulsarle. Así, pues, márchese pronto de aquí.”

De inmediato le fueron arrebatadas sus pertenencias y llevadas al depósito del gobierno del soviét. Y se vio obligado a trasladarse con las manos vacías, derramando lágrimas, a Daduchuan donde estaba estacionado el ejército japonés.

Los que ejecutaron esa purga se llevaron hasta los llamados zapatos de flor para niños de los armarios de los terratenientes. Por entonces, los chinos poseían una costumbre interesante según la cual si parían hembras preparaban esos zapatos de flor para sus nietos. Los confeccionaban por edades: de menos de un año, un año, dos años y así sucesivamente, y los guardaban en el armario; algunos eran tan pequeños como dedales.

Al ser privados de tales menudencias, en qué no habrían pensado los terratenientes cuando debían tolerarlo sumisamente y abandonar la zona guerrillera.

En el valle de Xiaowangqing pululaban las reses y los caballos expropiados: eran tan numerosos que sobraban para crear una granja pecuaria. Por eso todos los jóvenes de la base guerrillera, sin excepción, andaban a caballo, lo cual se podría calificar de moda bajo el régimen del soviét.

Los izquierdistas combatieron incluso la costumbre de las chinas de llevar los pies entorchados y aretes.

En la primera mitad de la década del 30 la izquierda en

Manchuria del Este acogió una época de prosperidad, mientras que los sublimes principios revolucionarios padecían por culpa de sus arbitrariedades. ¿Por qué ese torbellino de la izquierda podía martirizar tanto el territorio de Manchuria del Este? ¿Acaso los revolucionarios radicados en las zonas guerrilleras de Jiandao eran tunantes o habían perdido la razón?

No. La abrumadora mayoría de los que las gobernaban eran personas honestas que poseían un noble ideal revolucionario y un fuerte sentido de obligación moral. Más que nadie, amaban fervorosamente al hombre y aspiraban con sinceridad a la justicia. Entonces ¿por qué ellos, tan sensibles y sensatos, cometieron errores irreparables, convirtiéndose en portavoces y ejecutores de los lineamientos izquierdistas?

Encontramos su causa en esos lineamientos y en la inmadurez ideológica de quienes los elaboraron. Ignorante de la realidad, gente que ocupaba cargos superiores formuló directivas ajenas a lo que ocurría, asimilando totalmente principios universales de los clásicos y experiencias de los precursores, razón por la cual no podía menos que cometerse excesos en la práctica.

Rechazar sin fundamentos, y purgar, derrotar y enterrar sin piedad todo lo que se veía, fue considerado como expresión del más fuerte carácter clasista y apreciado como rasgo de los revolucionarios más avanzados.

La izquierda absolutizaba de tal forma que campesinos de Wangqing calificaron de usurera a una viuda que les prestaba cierta cantidad de dinero ganado con la venta de tejidos de su propia producción, y rehusaron devolvérselo después de haber quemado su comprobante. Si los dirigentes no los hubieran manipulado entre bastidores, esos ingenuos campesinos no habrían podido actuar tan reprobablemente.

Una vez, en Wangqing quedé estupefacto al escuchar cómo el jefe de compañía Ri Ung Man había entrado al destacamento armado.

Al comienzo, sólo se admitía a quienes procedían de las filas obrera, del campesinado pobre y peones agrícolas. Entonces, la

familia de Ri Ung Man contaba con unos diez mil *phyong* (Un *phyong* equivale aproximadamente a una tresmilésima parte de una hectárea —N. del Tr.) de rozas estériles, motivo por el cual no era reconocido como campesino pobre ni como peón agrícola. Varias veces solicitó que lo dejaran ingresar en el destacamento armado, pero no lo aceptaban cuestionando su origen familiar. Argumentaban que era un campesino medio.

Ri Ung Man se quedó pensativo y, por fin, vendió sus sembradíos sin siquiera consultarlo con sus padres y con el dinero conseguido compró una caja de pistolas Browning. Con ellas volvió a solicitar a sus compañeros que le admitieran en la unidad, y alcanzó su objetivo. Se sentía muy alegre, mas sus familiares, que perdieron de la noche a la mañana ese medio de producción, miraban sólo hacia el cielo preocupados por el sustento.

En Jiandao fue donde redoblé la decisión de estar alerta ante el izquierdismo y no tolerarlo. Desde entonces, he dedicado toda mi vida a luchar contra él. La experiencia acumulada en la etapa de Jiandao nos sirvió de gran ayuda en nuestra lucha por prevenirlo y eliminar el burocratismo, en los días posteriores a la liberación.

Los izquierdistas, tras la cortina de melosas palabras revolucionarias y consignas ultrapartidistas, se burlan siempre de las masas, las oprimen, las engañan, mientras que sueñan con notoriedad y arribismo. Para alcanzar este propósito se autodefinen como tanques o carros blindados que avanzan en la primera línea del frente. Esto da pie a que la contrarrevolución solapada se presente como de izquierda. Sin perderlo nunca de vista, los comunistas tienen que arreciar la vigilancia para cerrar al izquierdismo toda posibilidad de encontrar espacio entre ellos.

En la base guerrillera hubo vacilación y se originó un caos difícil de remediar a consecuencia de la política izquierdista del soviét. Un gran número de familias se disgustaron con esas medidas y se marcharon hacia las zonas gobernadas por el enemigo.

Una noche, mientras caminaba al frente de unos guerrilleros en dirección a la Tercera Isla donde actuaba Choe Chun Guk, comisario

de la compañía No. 2, me encontré con un hombre de unos 50 años más o menos, que, junto con su esposa y tres hijos huía abandonando la zona guerrillera. Escogió la noche teniendo en cuenta que por el día podría ser apresado y tildado de contrarrevolucionario. Llevaba unos bártulos, nada más.

Tan pronto como nos vio, con los fusiles al hombro, empezó a temblar de miedo. Parecía que pensaba que todo había acabado al ser descubierto por un comandante guerrillero.

—¿De qué tiene culpa?

Le pregunté con voz amigable, abrazando a cada uno de los tres niños, que tiritaban de frío.

—No tengo culpa de nada.

—¿Y por qué decidió abandonar la zona guerrillera?

—Me siento ahogado aquí, y por eso...

—¿A dónde quiere ir? Si se traslada a la zona dominada por el enemigo lo sentirá más.

—¿Cómo volver allí si vinimos para la zona guerrillera por no poder tolerar más las fechorías de los feroces japoneses? Nos internaremos en una recóndita montaña despoblada y viviremos cultivando la tierra por desmonte. Entonces nos quedaremos tranquilos.

Sentí que el corazón se me encogía. Era de dudar que en una montaña más profunda que Macun encontrarán una vida sosegada quienes no tenían asegurado el sustento ni para el otro día.

—¿Han preparado alimentos? La tierra no se ha deshelado aún, ni las hierbas han brotado.

—Nada. Si sobrevivimos hasta agotar nuestras fuerzas, es que tenemos suerte. Ya nos pesa vivir.

De súbito, la esposa que cerca le escuchaba comenzó a sollozar. Los tres niños, que estaban acomodados en mi pecho, también se echaron a llorar.

Me bebí las lágrimas que me corrían por las mejillas y permanecí estático en medio de la oscuridad. “¿Con quién haré la revolución si todos, unos tras otros, se alejan de mi lado? ¿Por qué nuestra

revolución está al borde de tan lúgubre paraje?”, pensé. Así eran de desastrosas las consecuencias de las disposiciones insensatas del soviét.

—Pronto mejorará la situación, y sugiero que no pierda el ánimo y esperemos juntos la llegada de ese día.

Después de alentarlos, ordené a mis acompañantes que los llevaran a su hogar y, cambiando el plan de dormir en el cuartel de la compañía No. 2, me dirigí hacia la casa del anciano Choe Ja Ik, situada en Xidapo. Quise conocer con precisión la opinión pública de la zona guerrillera, aunque esto pudiera causarme más dolor. Él era el padre de Choe In Jun, que había caído combatiendo como jefe de regimiento de una brigada independiente tras haber servido como soldado del escuadrón volante de Wangqing y luego como jefe de una compañía, y a quien cada vez que visitaba la Tercera Isla no olvidaba ir a ver.

Tenía tan elevada preparación que había servido como secretario en la Junta de administración militar del norte dirigida por So Il. Era, además, de carácter abierto y franco. Cada vez que nos veíamos me sugería muchas cosas que merecían ser tomadas como referencia.

—¿Cómo está hoy, viejo?

Me respondió con voz gruñona:

—Vivo porque sobrevivo.

Su tono representaba todo el rumor de la zona guerrillera y volví a interrogarle:

—¿Es tan molesta la vida en la zona guerrillera?

Al escucharme, montó en cólera y gritó:

—Cuando el gobierno del soviét se llevaba los animales de tiro y aperos de labranza, lo toleré creyendo que seguía el ejemplo de Rusia durante la colectivización agrícola. Sin embargo, hace unos días al ver que reunía hasta cucharas y palillos, alegando el establecimiento de un comedor común, le escupí y maldije: ¿quiere que nosotros, los viejos, viajemos tres veces al día para comer, abandonando los cuartos bien calentados de nuestros hogares?; no podemos vivir así; si desean crear un mundo diabólico como comuna o “artel”, háganlo

sólo con los jóvenes; no podemos seguirles por más tiempo, nos falta aliento. Entonces, nos reunieron en un salón, con el objetivo de eliminar, decían, el feudalismo o cosas por el estilo, e incluso allí hicieron que nuestras nueras nos criticaran. ¿Cuándo existió tal absurdo en nuestra historia de no menos de cinco milenios? Pese a ello, mi hijo In Jun seguía molestándome, advirtiéndome que no censurara al soviético. Por tanto, traté de romperle el espinazo.

En vista de que incluso el padre de un comandante guerrillero procedió así, ya no había necesidad de escuchar a otras personas.

Pasado el tiempo recordaba con frecuencia cómo este anciano se golpeaba con los puños el pecho lamentándose del destino de la nación, en el período de terror cuando en la zona guerrillera el enfrentamiento contra la “Minsaengdan”, tenía ribetes ultraizquierdistas y en aquellos días en que los guerrilleros y los habitantes debían despedirse con tristeza en vísperas del desmantelamiento de esa zona.

Apenas medio año después de la fundación del gobierno del soviético, las relaciones entre el pueblo coreano y el chino se volvieron a agravar bruscamente. Como la mayoría de los terratenientes a quienes se les confiscó eran chinos, era natural que resurgieran los conflictos como en la rebelión del 30 de mayo. Las unidades antijaponesas chinas trataban con enemistad, como antes, a los comunistas coreanos. A fin de cuentas, ellas y esos terratenientes se convirtieron en nuestros enemigos como el ejército japonés y el del Estado manchú.

La Guerrilla Antijaponesa se retiró con cautela a los caseríos coreanos, retornando a la situación de los días de su fundación en que como una pequeña unidad clandestina debía estar escondida en el cuarto trasero de una casa ajena. Pero esto no fue motivo para volver a presentarse con el nombre de escuadrón volante. Las unidades de salvación nacional nos golpeaban tan pronto nos veían, llamándonos “Gaolibangzi”. Las actividades de la Guerrilla eran, literalmente, semiclandestinas.

Todos los méritos alcanzados en poco más de un año de lucha

desaparecían sin dejar rastros, como la espuma.

La política del soviét también dio inicio a un proceso de descomposición entre nuestros compañeros. Algunos insistían en reanudar la revolución después de aprender de Rusia; otros se pronunciaban por hacerla de manera independiente alegando que si copiábamos a la gente de Jiandao se iría a pique, y otros abogaban por regresar a casa para servir a sus padres, sin necesidad de entregarse a tan absurda revolución. Así fue como devolvimos a un chino a su casa y enviamos a otro a la Unión Soviética para que estudiara allí, según el deseo de cada cual.

A despecho de que las cosas marchaban así, los responsables del destino de las zonas guerrilleras no decidieron imprimirle un cambio radical a su política. Aunque el comité especial del partido en Manchuria del Este funcionaba como un organismo directivo, no tenía definida una línea que permitiera modificar la orientación política de La Internacional.

Con miras a remediar el estado caótico y salvar la zona guerrillera del derrumbe, alguien debía actuar con audacia, sin reparar en el peligro de que lo tildaran de derechista. Se necesitaba determinación y una nueva tesis para enfrentar los lineamientos izquierdistas del soviét. Precisamente fue cuando publiqué en un folleto la tesis sobre la eliminación del fraccionalismo y el fortalecimiento de la unidad y cohesión de las filas revolucionarias.

En Macun decidí discutir con Dong Changrong el asunto de la edificación del poder. Pero, Ri Yong Guk, secretario del comité distrital del partido y algunas otras personas me sugirieron que renunciara a ello, porque, dijeron, la polémica no serviría para nada, e incluso corría el riesgo de ser objeto de una sanción, puesto que ya se había emitido la “Decisión del comité especial del partido en Manchuria del Este sobre la gran obra de construcción del soviét” y establecido en Sishuiping un gobierno de soviét. Ri Yong Guk me explicó brevemente cómo a Kim Paek Ryong le habían colgado la etiqueta de derechista por haber rozado de soslayo al soviét.

En una etapa, Kim Paek Ryong actuó como miembro del comité

distrital del partido en Manchuria del Norte. Se decía que en vísperas de la organización del soviét en Jiandao, cuando la campaña de propaganda al respecto estaba en su apogeo, había llegado, no se sabía porqué, a la zona No. 5 de Wangqing, pasando por el comité especial del partido en Manchuria del Este. Esta localidad estaba elegida como primera unidad modelo para el establecimiento del gobierno del soviét.

Al oír que allí se establecería el gobierno del soviét dijo que era aún prematuro, motivo por el cual fue tildado de derechista y objeto de crítica y finalmente expulsado a Manchuria del Norte.

En el invierno de 1934, al cabo de dos años, me encontré con él en Badaohezi, del distrito Ningán; se desempeñaba como secretario del comité zonal del partido.

Recordó con tristeza aquel amargo otoño de 1932. Censuró sin titubeos a los promotores del catastrófico lineamiento izquierdista del soviét porque hacía ya mucho tiempo que se había rectificado y los gobiernos revolucionarios populares empezaban a ejercer su política en las zonas guerrilleras en Manchuria del Este. Era una persona inteligente y de carácter intransigente.

Le pregunté por qué había opinado que el establecimiento del soviét era prematuro, y me contestó:

—Por una razón sencilla. En Jiayahe conversé con muchos campesinos y ni conocían siquiera el sentido del soviét. Me pareció que era insensato abogar por la implantación de tal poder, por lo que me atreví a calificarla de prematura.

Su respuesta era un reflejo fiel de aquella realidad. Los ancianos de Jiayahe que participaron en las elecciones del soviét zonal lo tomaron por una especie de cañón y dijeron:

—Al escuchar que aparecería el soviét dirigimos las miradas hacia la mesa, considerando que pronto se presentaría allí un cañón que mataría a numerosos japoneses, pero, para nuestra sorpresa, vimos una bandera roja.

Entre los habitantes de Macun asistentes al acto de fundación del soviét de la zona No. 2 de Wangqing, hubo quienes pensaron que el soviét era un recipiente metálico. Contaban que en un lugar los

aldeanos solicitaron a los electores que regresaran tras observar bien qué forma tenía el soviet, y si era grande o pequeño, y en otro se fueron con cestos a recoger hierbas comestibles, diciendo que vendría el señor Soviet, y les preocupaba no tener comida para ofrecerle.

Si los pobladores interpretaron así, a su manera, al soviet y le dieron nombres tragicómicos que hacían reír a todo el mundo, la causa fue, desde luego, su ignorancia, pero, principalmente, la insuficiencia de la propaganda por parte de sus dirigentes. Los materiales explicativos tenían, desde sus títulos, términos extranjeros incomprensibles para las masas, entre otros “¿Qué es el soviet?”, “¿Qué es un koljoz?” y “¿Qué es una comuna?”, y los propagandistas tampoco conocían el concepto de soviet.

Por doquier, los radicalistas envenenados por la izquierda establecieron los soviets que ni siquiera comprendían los habitantes, dieron vivas a la dictadura de los obreros, campesinos pobres y peones agrícolas, y fanfarronearon como si con ello concluyera la revolución.

Rechacé la sugerencia de los compañeros de Wangqing y entablé la polémica con Dong Changrong en torno a la cuestión del tipo de poder.

—Es, de veras, plausible que el poder revolucionario haya nacido en el seno de Jiandao y proclamado su existencia ante todo el mundo. Pero, compañero Dong Changrong, no puedo permanecer como mero observador ante el daño que le causa la línea del soviet a la nuestra, a la del frente unido.

El interlocutor se sorprendió y me preguntó:

—¿Qué fundamento tiene para afirmar que la línea del frente unido se perjudica?

—Ya en la Conferencia de Mingyuegou le dije que nos planteábamos como lineamiento aglutinar en un sólido bloque político a todas las fuerzas patrióticas antijaponesas que se interesaban por nuestra revolución, y que para plasmarlo, hacía varios años que desplegábamos una incansable y sangrienta lucha en el interior de Corea y en la región de Manchuria. En este decursar hemos logrado

aglutinar grandes masas, entre ellas están patrióticos religiosos, comerciantes, mandarines del nivel inferior, e incluso terratenientes. Mas, el soviét impuso la política de rechazarlos parejamente y como consecuencia, los que hasta ayer apoyaban o simpatizaban con la revolución hoy le dan la espalda o se le oponen. También las relaciones entre el pueblo coreano y el chino volvieron a agudizarse.

Dong Changrong, palpándome ligeramente un brazo con una sonrisa en el rostro, argumentó:

—Eso es probable, el quid consiste en que el poder del soviét cubrió todos los deseos del pueblo. También la revolución marcha por el camino de sucesivos triunfos. La absoluta mayoría de las masas, incluidos los obreros y campesinos, siguen al poder del soviét. No hay nada que temer. Insisto en que mientras existan los obreros y campesinos podemos realizar cualquier revolución. ¿No quiere reconocer que es inevitable cierta pérdida?

—Sí, lo reconozco, pero, no hay por qué rechazar hasta aquellas personas a las que podemos captar. Nuestra estrategia general radica en aislar al máximo al enemigo y ganarnos a la abrumadora mayoría de las masas. De ahí que durante todo el pasado año trabajáramos a riesgo de la vida, con las unidades antijaponesas chinas. A duras penas logramos recuperar el prestigio de los comunistas, perdido con motivo de la rebelión del 30 de mayo, así como también eliminar la discordia sembrada entre los pueblos de Corea y China, mas esa torre levantada con tantos esfuerzos se encuentra en peligro de derrumbarse de la noche a la mañana.

—Compañero Kim Il Sung, ¿no será que observa el problema con demasiado pesimismo?

—No. Desde el principio, me he habituado a tratar con optimismo todos los asuntos. No cabe duda de que en lo adelante la revolución avanzará por la vía de sucesivas victorias, pero, compañero Dong Changrong, no puedo dejar de preocuparme profundamente por las consecuencias de la política izquierdista en Manchuria del Este. Creo que el comité del partido en esta región debe reflexionar, como es natural, sobre este particular.

—Entonces, ¿quiere que yo analice esa política?

—Sí. Hay que escudriñarla, así como el tipo de poder que la engendra.

Dong Changrong frunció el ceño y expresó con un tono malhumorado:

—Compañero Kim Il Sung, es probable, desde luego, que las políticas del gobierno del soviét tengan errores. Pero el tipo de poder es intocable. Establecer el soviét constituye el lineamiento del Centro.

El debate continuó.

Dong Changrong no renunció a su insistencia, absolutizando el soviét. Era un hombre de carácter quieto y virtuoso, pero testarudo. Aunque poseía ricos conocimientos, con frecuencia caía en el dogmatismo, al pensar y actuar.

Más tarde, volví a discutir el asunto con él, principalmente, si se mantendría o no el soviét y qué tipo de poder se escogería en este último caso.

Lo persuadí diciéndole que la vida había demostrado que el soviét era un tipo de poder inadecuado a la realidad en las zonas guerrilleras de Manchuria del Este donde debían cumplirse las tareas de la revolución democrática, antimperialista y antifeudal, y por tanto los comunistas de Corea y de China debían cambiarlo con decisión y ejercer una política que se correspondiera con la vocación de los pueblos para remediar el caos reinante.

Dong Changrong respondió:

—Reconozco que el soviét no concuerda con la realidad de Manchuria del Este y algunas de sus disposiciones políticas dañan a la revolución. Ahora comprendo por qué en el encuentro anterior usted se preocupaba, y sostenía que la línea del frente unido se perjudicaba con el soviét. Los serios sucesos de los últimos meses en Manchuria del Este me llevaron a meditar profundamente en la sugerencia que usted me hizo. Pero, por desgracia, no hemos logrado determinar qué tipo de poder puede sustituir al soviét.

El cambio surgido en su mente me alegró. Ya no era el secretario

del comité especial del partido que insistía obstinadamente en que el soviét era la única forma de poder que los comunistas debían escoger en el período de ascenso de la revolución, cuando crecía el ímpetu de las masas.

—Hasta la fecha, la humanidad no ha descubierto nada más que la Comuna y el soviét como tipos de poder de la clase obrera. ¿No es así?

Dong Changrong hizo una pausa y clavó su vista en mi rostro. Pareció que su mirada me insinuaba que si yo exponía una aceptable forma de poder, él no la rehusaría con obstinación.

—Entonces, la crearemos con nuestra propia fuerza.

—¿Con nuestra propia fuerza, dice? Desgraciadamente, no soy un genio que pueda hacerlo. ¿Cómo podré inventar lo que ni siquiera existe en los clásicos del marxismo?

Yo no podía consentir con el criterio y la posición de quien trataba de absolutizar un problema considerándolo invariable y se dejaba atar por él.

—Compañero Dong Changrong, ¿acaso la clase obrera de Francia consultó algún clásico para organizar la Comuna? ¿Y el soviét de Rusia era un tipo de poder descrito en los clásicos por los creadores del marxismo? ¿Cómo puede considerarlo sólo como producto del cerebro de un genio? Creo que el soviét no hubiera aparecido en el escenario de la historia, si la realidad de Rusia y su pueblo no lo hubieran necesitado.

Mi interlocutor no accedió, sacó de un bolsillo una abultada tabaquera y llenó su pipa, invitándome a fumar. Siempre que recorría las zonas guerrilleras, él la llevaba a mano y en el caso de encontrarse con campesinos en el camino se la ofrecía para que fumaran. Era su singular carácter. Por su sencillez disfrutó del respeto y amor de los habitantes. En invierno se cubría la cabeza con un gorro de pieles que usaban los campesinos.

Me sentí angustiado ante su silencio, pero consideré como un síntoma positivo que no me rebatiera.

Después que me despedí de Dong Changrong, discutí seriamente

durante varios días, junto con Ri Yong Guk, Kim Myong Gyun, Jo Chang Dok y algunos otros cuadros político-militares, sobre el asunto de establecer un poder revolucionario susceptible de reemplazar al soviét.

Para hacer más efectivo el debate dediqué la mayor atención a la importancia que tenía encontrar la norma para definir el tipo de poder, y expresé: no pensemos en algo complicado, todos somos combatientes del pueblo y sus fieles servidores, decididos a consagrar la vida en favor suyo, y nos bastaría definir como esa norma el carácter de nuestra revolución en la etapa actual circunscribiéndonos principalmente a cómo el poder defendería los intereses de todos los sectores del pueblo y sus capas y disfrutaría de su apoyo y aprobación.

Mis compañeros exclamaron al unísono: “Ahora todo se ve más claro; en la categoría de esos sectores y capas se incorporarían no sólo los obreros, campesinos pobres y peones agrícolas, sino también otras grandes masas trabajadoras, así que un gobierno al servicio de sus intereses debería basarse en un frente unido; tal poder, sin lugar a dudas, se avendría al carácter de la revolución democrática, antimperialista y antifeudal; tal gobierno lo aprobaremos con aplausos”.

Volví a acentuar la necesidad de que ese gobierno del frente unido fuera un gobierno revolucionario popular basado en la alianza obrero-campesina. Esta es la línea que hoy está inscrita como la del gobierno revolucionario popular en los libros históricos.

Pienso que no necesitaría mencionar el resultado de la votación.

Si lo escogimos como modelo de poder adecuado a la región de Manchuria del Este donde residían muchos coreanos, fue porque lo consideramos como la forma ideal para el carácter de la revolución coreana, antimperialista, antifeudal y democrático y que se correspondía con las demandas populares. La norma para definir el tipo de poder la encontramos en las exigencias del pueblo y en su firmeza para representar y proteger sus intereses.

Una vez definido el tipo de poder, acordamos establecerlo

como modelo en un territorio para luego generalizarlo en otras organizaciones revolucionarias, si se corroboraba su ventaja. Como unidad modelo se seleccionó la zona No. 5 de Wangqing.

En compañía de Ri Yong Guk y Kim Myong Gyun, asistí a la reunión para elegir representantes al comité de la zona No. 5 del gobierno revolucionario popular. La concentración se efectuó en la aldea Xiamudanchuan, a unos cuatro kilómetros de Sishuiping, el día del aniversario de la MOPR (siglas en ruso de la Organización Internacional de Asistencia a los Combatientes Revolucionarios). En 1923 el comité ejecutivo del Komintern había constituido esa organización para ayudar a los familiares de los combatientes revolucionarios caídos y declaró el 18 de marzo como su día internacional.

Jo Chang Dok, presidente del gobierno del soviet de la zona No. 5 nos condujo a su oficina, donde conversé con una veintena de campesinos de Jiayahe.

—Hemos decidido establecer un nuevo tipo de gobierno, en lugar del soviet. Debe ser un gobierno que responda a las demandas de ustedes. ¿Qué tipo de poder sería el adecuado?

Al poco rato, un anciano se levantó del asiento y contestó:

—No deseáramos más si se estableciera un gobierno que asegure vivir sin zozobras espirituales.

Declaré, lleno de entusiasmo, que queríamos implantar el gobierno revolucionario popular en sustitución del soviet, y que ese sería el primer gobierno auténticamente popular en la historia mundial.

—Ese gobierno representará y defenderá los intereses de todas las personas que aman a la patria y a los compatriotas y satisfecerá sus deseos. ¿Cuáles son esos deseos? Poseer la tierra, tener el derecho al trabajo, instruir a los hijos y vivir todos con igualdad ..., todas estas demandas las cubrirá el gobierno revolucionario popular.

Al escucharme, los habitantes de Jiayahe lo apoyaron por unanimidad.

Antes de proclamar el nacimiento del gobierno revolucionario popular, devolvimos a sus dueños todos los recursos confiscados por

el soviét. Para recompensar objetos gastados o averiados, Ryang Song Ryong debió organizar el asalto a un aserradero. Con bueyes y caballos conseguidos como botín, los campesinos realizaron la siembra primaveral de ese año en las tierras distribuidas.

En la reunión de aquel día pronuncié un discurso en el que argumenté que el gobierno revolucionario popular era un auténtico poder del pueblo, y se hicieron explicaciones sobre el contenido de su programa político de diez puntos, que más tarde se incluiría casi totalmente en el Programa de Diez Puntos de la Asociación para la Restauración de la Patria.

En la aldea Sishuiping me impresionó mucho, y aún se mantiene fresca en mi memoria, la imagen de Ri Yong Guk, secretario del comité distrital del partido. Una vez clausurada la reunión, cuando todos bailaban alegres, lo ví llorar sentado en un lugar apartado. Sin decir nada salí del baile, fui hacia él y le pregunté:

—Compañero secretario, ¿qué le pasa ahora que todos están bailando?

Ri Yong Guk suspiró profundo y sin siquiera enjugarse las lágrimas, respondió:

—No comprendo por qué no me escupen. No hice nada más que molestar a los pobladores de Wangqing con el izquierdismo. Sin embargo, hoy ellos me han saludado expresando su agradecimiento. Quien merece recibirlo no es otro sino usted, comandante Kim.

—Nuestro pueblo es valiente y de corazón generoso. Si le expresó su gratitud sin preguntarle sobre el pasado, fue porque usted aceptó de buena gana la línea del gobierno revolucionario popular. Ahora pensaremos sólo en el mañana.

Al instante, Ri Yong Guk me tomó las manos y exclamó con fervor:

—Hasta la fecha no he vivido con mi propia cabeza, sino con la ajena. Usted me enseñó una verdad muy valiosa. ¡Que vivamos en bien del pueblo!, esta consigna común contiene un sentido muy profundo y no la olvidaré en toda mi vida.

No pudo cumplir satisfactoriamente su compromiso, pues el

comité especial del partido en Manchuria del Este lo revocó de su cargo, alegando que había pertenecido al grupo M-L (Fracción del Partido Comunista de Corea fundado en 1925 y disuelto en 1928 –N.del Tr.) y su comité partidista en el distrito de Wangqing había cometido errores ultraizquierdistas en la aplicación de la línea del soviét, e incluso que probablemente se hubiera alistado en la “Minsaengdan”.

La acusación de que Ri Yong Guk había militado en el grupo M-L era falsa. Esa relación la tuvo sólo la persona que cuando él se dedicaba al trabajo con la juventud en Xilinhe, lo promovió como secretario de la Juventud Comunista, del comité especial del partido en Manchuria del Este. Era, además, injusto e inmoral que le imputaran a él como secretario distrital del partido todas las consecuencias por la ejecución de la línea ultraizquierdista del soviét. Si a él se le destituyó del cargo, ¿qué sanciones les corresponderían entonces a los que le impusieron el lineamiento del soviét y le obligaron a aplicarlo?

También era un disparate irracional el argumento de que había ingresado en la “Minsaengdan”.

Garanticé desde diferentes ángulos que él no era fraccionalista ni miembro de la “Minsaengdan”.

A pesar de ello, cuando fui a Luozigou para entablar conversaciones con Wu Yicheng, mataron a Ri Yong Guk tildándolo de contrarrevolucionario. A juzgar por sus antecedentes, no tuvo motivos para asociarse con la “Minsaengdan”. En un tiempo, vivió exiliado en Primorie evitando una gran ola de detención y allí podía haberse quedado tranquilo como emigrado. Sin embargo, regresó a Jiandao para incorporarse a la revolución y se sumergió en su oleaje.

Hasta la fecha, no sé por qué a una persona tan sincera y honesta como él debió ponerse la etiqueta de “minsaengdan”.

Poco después de establecido el gobierno revolucionario popular en la zona No. 5, Dong Changrong vino a verme y me dijo con una amplia sonrisa en el rostro:

—Compañero Kim Il Sung, pronto discutiremos el cambio de

lineamiento ante la presencia del enviado de La Internacional. Usted ya experimentó el establecimiento del gobierno revolucionario popular en la zona No. 5, por tanto le ruego pronuncie el discurso principal relativo al problema del poder.

En el verano de ese año, se efectuó esa importante reunión para discutir aquella cuestión. A ella asistió el enviado de La Internacional para Manchuria del Este, quien traía un documento al respecto.

En el evento volví a argumentar la línea de establecer el gobierno revolucionario popular como un gobierno del frente unido, basado en la alianza obrero-campesina, y el proyecto de su orientación política, que preveía la reforma agraria y demás medidas democráticas para las diversas esferas de la economía, enseñanza, cultura, salud pública y asuntos militares. Nuestro proyecto concordó también con la nueva línea de La Internacional, y también lo apoyó y aprobó su representante.

En la reunión, que duró varios días en medio de serias discusiones y lucha ideológica, se adoptó la decisión de transformar el soviet en gobierno revolucionario popular según la línea presentada y de batallar por eliminar las consecuencias del lineamiento izquierdista del soviet en todas las zonas guerrilleras.

Más tarde, todos los sovietes de Manchuria del Este se convirtieron en gobiernos revolucionarios populares. Y en aquellos lugares donde no maduraron las condiciones se procuró que como etapa transitoria se estableciera el comité de campesinos para luego transformarlo paulatinamente en gobierno revolucionario popular. En cuanto a los recursos confiscados en razón de la eliminación de la propiedad privada y gastados por los pobladores de las zonas guerrilleras, se hizo que el gobierno revolucionario popular los recompensara con dinero contante o con valores en especie.

Este gobierno, cuyo dueño era el pueblo, ejerció la democracia sobre las masas populares, mientras que aplicaba la dictadura a los enemigos.

Con motivo del establecimiento del gobierno revolucionario

popular en Jiayahe y de la reunión para producir el viraje en el lineamiento, en cada zona organizativo-revolucionaria y en cada aldea de los distritos de Manchuria del Este apareció el correspondiente gobierno revolucionario popular. En el primer caso existieron un presidente, un vicepresidente y 9 u 11 miembros del comité ejecutivo y funcionaron las secciones de la tierra, de asuntos militares, de economía, de la alimentación, de comunicaciones y de asistencia médica.

Después de la liberación, nos sirvió como embrión y modelo para nuestro Poder popular.

El gobierno distribuyó gratis las tierras entre los campesinos e implantó la jornada de ocho horas en todas las zonas guerrilleras. Por aquella época, en la base de Xiaowangqing residían más de mil obreros, que en su mayoría eran taladores, armaderos y carboneros, de los cuales la mitad laboraba en la Tercera Isla, capital de la zona No. 2 y el resto al pie del Fangcaoling lindante con Macun: todos se beneficiaron de la jornada de ocho horas.

Por otra parte, el gobierno exigió con rigor a los empresarios que pagaran a los obreros el doble del salario anterior.

Al mismo tiempo, puso bajo su control los bosques que rodeaban las zonas guerrilleras y no permitió talar sin permiso.

Tan pronto como esta medida se puso en vigencia, el gerente japonés de la compañía maderera Qinhe y el comerciante chino en Daduchuan, acudieron a la base guerrillera y solicitaron entablar negociaciones para adquirir el permiso de tala. Después de ese suceso, los empresarios y comerciantes madereros se vieron obligados a entregarle ropas, alimentos y artículos de uso diario calculados en razón de un won por árbol.

El gobierno revolucionario popular instauró en las aldeas guerrilleras las escuelas para el Cuerpo Infantil, donde se impartió la enseñanza gratuita, y dispensó la asistencia médica también gratis a todos los habitantes por conducto de los hospitales guerrilleros situados en Lishugou y Shiliping. Y puso en vigencia la Ley de igualdad de derechos del hombre y la mujer, de manera que ésta

participara en las actividades sociales con las mismas condiciones que aquél.

En las zonas guerrilleras funcionaban, además, imprentas, sastrerías y talleres de reparación de armas.

Y su cultura vio nacer una gran cantidad de famosas canciones que nuestro pueblo podría entonar aun después de milenios, y abrirse una época de florecimiento del arte dramático, que posibilitaría la creación de obras como *Mar de sangre* y *El destino de un miembro del cuerpo de autodefensa*.

El soviet, que fue símbolo de la impiedad y del arrebatamiento, quedó sólo como un término aislado que hacía evocar el pasado. Los que habían escapado a las zonas gobernadas por el enemigo, para evitar posibles daños por las medidas izquierdistas del soviet, empezaron a regresar a las guerrilleras. Los ancianos, con pipas a la cintura, andaban de tertulia, a sus anchas. Las zonas guerrilleras volvieron a convertirse en una gran comunidad armoniosa donde todos se confiaban, se ayudaban y amaban, dejando oír sus risas alegres.

En las montañas y los valles de Wangqing, que vencieron el furor del invierno, empezó a crearse una nueva y briosa vida en medio de los susurros de flores que embellecían el paisaje.

Era una vida tan admirable que un hijo de terrateniente detenido como rehén por la tropa del comandante Chai imploraba que no lo expulsaran de Xiaowangqing.

4. Enviado de La Internacional

En abril de 1933, cuando desplegábamos una recia batalla contra el izquierdismo en la base guerrillera, Dong Changrong vino a verme junto con un hombre de mediana edad, cubierto con un abrigo chino. El acompañante, tan pronto como me vio desde lejos se le dibujó en el rostro una amplia sonrisa y con una mano me hizo una señal de saludo. Se acercó con tanta alegría que le tomé por un viejo amigo. Era digno e impecable en el atavío y comportamiento.

Intercambiamos un apretón de manos y entonces fue que supe que nos veíamos por primera vez. Por extraño que pareciera, sentí que era un conocido, así que lo recibí amablemente, sonriendo.

Se trataba, precisamente, de Pan Shengwei, enviado de La Internacional que venía en calidad de inspector. Pan era su apellido y Shengwei, la abreviatura de miembro del comité del partido en la provincia de Manchuria, y no su nombre. Las personas le decían, generalmente, Lao Phan, lo mismo que denominaban Lao Wei a Wei Zhengmin. Phan era la pronunciación china de Pan. Los chinos tenían como ética agregar Lao delante de los apellidos de las personas ya mayores o que merecían respeto. Muy pocos lo llamaban por su nombre propio de Ri Ki Dong o su seudónimo Pan Kyong Yu.

Pan era un revolucionario y activista del partido bien conocido entre los comunistas de Manchuria.

La primera persona que me habló de él fue Wang Runcheng, quien después del Incidente del 18 de Septiembre, se desempeñó como miembro del comité del partido encargado de la propaganda en el distrito Ningnan, cuando Pan actuaba como su secretario. Wang Runcheng se sentía muy orgulloso por haber cumplido esa misión por su recomendación. Me dijo que Pan era un veterano y competente cuadro, que una vez graduado de la Academia Militar de Huangpu, había participado en la rebelión de Wuchang y en la guerra

expedicionaria al Norte de China, y también había estudiado en la Unión Soviética. Y que trabajó un tiempo de secretario en el comité distrital unificado del partido en Suining, y que sus cualidades humanas, su aguda perspicacia le habían seducido más de una vez.

Era singular su sentimiento de veneración hacia Pan Shengwei.

En aquel entonces, al escuchar a Wang me sentí muy contento de tener alrededor nuestro a excelentes revolucionarios como Pan.

Tiempo después, también Choe Song Suk y Jo Tong Uk, que procedían de Manchuria del Norte me hablaron sobre él. Choe Song Suk contó que Pan Shengwei era quien le había sugerido que fuera a Wangqing, y narró con soltura lo que había ocurrido durante las manifestaciones del Primero de Mayo organizadas bajo su dirección en la ciudad de Ningan.

Esta premisa, creo, nos llevó, como era natural, a emplear muchas horas en los relatos de Wang Runcheng y Choe Song Suk. Pan Shengwei inició nuestra plática al preguntar:

—¿Está bien Choe Song Suk después que vino de Ningan?

Al instante, sentí que algo cálido me invadía. Vinieron a mi memoria las palabras de Choe Song Suk de que una cualidad singular de Pan era atender a sus subordinados.

—Tiene buena salud. En cuanto llegó de Manchuria del Norte fue elegida representante del soviet de Dawangqing y ahora, como miembro de la sección de mujeres de la zona de Xiaowangqing, se esfuerza para cumplir la misión asignada.

—¿Aquí también monta a caballo?

—Lo oí decir, pero aún no lo he visto.

—Ella aprendió a cabalgar con la decisión de servir en la caballería en el ejército revolucionario. Es una muchacha de firme voluntad y dedicada.

—Entonces, debe ser un tesoro para los lugareños de Wangqing. ¿No se arrepiente por habérsela enviado?

—No, y ¿por qué? Aunque sus familiares viven en Manchuria del Norte, le aconsejé que viniera a Manchuria del Este. Hablando sin ambages, el centro de la lucha revolucionaria en la región manchú es

Jiandao, por eso le sugerí: si quiere participar de lleno en la revolución, vaya a Wangqing, pues allí está su base, ya convertida en un mundo del pueblo; cifro una gran esperanza en ese lugar y quisiera trabajar allí.

Le estuve agradecido por considerar a Manchuria del Este como cantera de la revolución coreana, pero, al mismo tiempo, no pude menos que sentirme apesadumbrado. Me inquietaba pensar qué impresión se llevaría de la lucha revolucionaria en Jiandao si presenciaba los desmanes izquierdistas en las zonas guerrilleras. Desde luego, para mí aún era una incógnita su concepto y posición políticos. Si bien era un hombre de amplia visión política y con rica experiencia de lucha, no podía asegurarse que mantuviera incondicionalmente una actitud de enfrentamiento al izquierdismo.

Yo le daba gran importancia a la valoración que Wang Runcheng y Choe Song Suk habían hecho de Pan Shengwei. Más de una vez garantizaron que era un veterano que en ningún caso trataba con prejuicios a sus subalternos y que sabía abordar cada problema con criterio propio, imparcialidad y prudencia. También fue muy buena la impresión que me causó en el primer encuentro.

Ese día, tuvimos que suspender la charla con ese intercambio de saludo habitual; y acordamos entablar en alguna otra ocasión una conversación efectiva.

Resultó que el visitante de La Internacional había escogido un mal momento; la situación era tan adversa que, al mando de la unidad, yo debía salir a rechazar a miles de efectivos de las tropas “punitivas” que nos atacaban en oleadas.

—Quiero participar también en el combate con la unidad, y le ruego me dé un arma aunque sea rústica.

Expresó que si partía de Manchuria del Este sin siquiera presenciar una batalla, no tendría cara con que presentarse como enviado de La Internacional y sentiría remordimientos de conciencia hasta el último momento de su vida, y pidiendo que le permitiera participar en una jornada del combate, se dispuso a seguir a la unidad.

—Compañero Pan, las balas no saben reconocer al enviado de La Internacional. Tendrá muchas otras ocasiones para experimentar un combate; ahora es necesario que se reponga del cansancio del viaje.

Le persuadí así y partí hacia el campo de batalla.

El enemigo atacaba tres días consecutivos la zona guerrillera de Xiaowangqing por tres flancos. Lo manteníamos a raya con una fuerte defensa y le causábamos centenares de bajas, lo cual lo obligó a retirarse. Por aquellos días las tropas “punitivas” infiltradas por entre la niebla primaveral, desde dos puntos: Guanmenlazi (parte interior de la puerta de piedra) y el monte Jianshan, representaron una tragicomedia ya que se tirotearon unas a otras. Durante algún tiempo, eso fue tema de conversación para la gente de Xiaowangqing. También Pan Shengwei dijo que se había reído mucho al escuchar la noticia de esa “batalla”.

La aparición del enviado tuvo diferentes repercusiones entre los habitantes de Wangqing.

Los que consideraban como orientación política de La Internacional el lineamiento izquierdista del soviét y se habituaban a estornudar o bostezar según la orden de esta organización, creían que Pan apoyaría su posición y por eso su presencia sería oportuna para tildar de derechistas a quienes abogaban por el lineamiento de gobierno revolucionario popular e impedirles que volvieran a crear conflictos con el asunto del tipo de poder.

En contraste, aquellas personas que, censurando como izquierdista el lineamiento del soviét, insistían obstinadamente en establecer un nuevo tipo de poder según la línea del gobierno revolucionario popular, seguían con agudeza cada movimiento de Pan, recelosos de que saliera en contra de su posición e incluso les aplicara una sanción en nombre de La Internacional. Muchas de ellas profetizaban que la presencia de Pan sería un motivo para complicar de nuevo la situación de la zona guerrillera que apenas se sacudía del lineamiento del soviét.

Si las primeras daban vivas a su triunfo inminente, las segundas rumiaban una canción triste por el fracaso. La causa era que los dos

adversarios absolutizaban por igual el prestigio y la autoridad de La Internacional. Para ellos ésta resultaba tan temible como una “Corte Suprema”, en el sentido de que tenía autoridad para proclamar la desintegración de un partido o sentenciar a una persona como criminal. Consideraban que podía decidir el destino de cada revolucionario.

Con la llegada de Pan Shengwei la tensión en la zona guerrillera alcanzó su clímax. También lo sentí a cada instante. Nos despertaba un gran interés saber cómo reaccionaría ante nuestra conducta de oponer al soviét el gobierno revolucionario popular en contra de la voluntad de La Internacional, y de calificar de desatino izquierdista la política del soviét.

De todos modos, pensé que para la revolución era afortunado que La Internacional enviara un emisario al territorio de Manchuria del Este, donde el pueblo gemía bajo el despotismo del izquierdismo. La presencia de Pan era una coyuntura decisiva para rechazar o apoyar uno de los dos lineamientos: el del soviét o el del gobierno revolucionario popular, que enfrentados competían para hacerse valer.

Nadie aseguraba aún que La Internacional apoyaría nuestra posición. Sin embargo, estuve decidido a denunciar ante ella, al comité del partido en la provincia de Manchuria y a otras organizaciones por emitir sucesivamente directivas inadecuadas a la realidad de la base guerrillera, así como también, en caso necesario, a entablar polémicas teóricas para rectificar las tendencias ultraizquierdistas reveladas en la ejecución del lineamiento del soviét y en la lucha contra la “Minsaengdan”. Lejos de mí estaba la preocupación por una sanción o medida restrictiva. En una palabra, consideré que ya era hora de poner fin a tal situación.

Al parecer, algunos compañeros dolidos habían enviado cartas de queja a La Internacional, solicitándole que remediara la situación de Manchuria del Este. Después que las analizó y, teniendo en cuenta que el lugar estaba poblado por numerosos coreanos, mandó allí al compatriota Pan Shengwei con la misión de encontrar una solución. Posteriormente, también Pan afirmó que hubo tales cartas.

Cuando regresamos del combate de defensa de Xiaowangqing,

Pan volvió a presentarse ante mí. Descubrí que su rostro era menos radiante que cuando nos habíamos encontrado por primera vez. Aunque mostraba una aparente sonrisa, denotaba que estaba pesaroso por algo y que se esforzaba por ahuyentarlo. Mientras tanteaba su estado de ánimo, me di cuenta que entraba, por fin, en la encrucijada de la dura vida real, donde se cruzaban complicadamente las filosofías políticas. Seguro que se había enfrentado a Dong Changrong por lo del lineamiento.

Para su alojamiento, escogí un cuarto del hogar del anciano Ri Chi Baek, la mayor casa en Macun, y durante más de diez días intercambiamos allí opiniones en torno a muchos asuntos.

Pan hablaba muy bien en chino. Empezó a relatar en este idioma, así que me vi obligado a seguirle. Conversábamos, principalmente, en la noche y la madrugada, porque por el día yo debía mandar la unidad. También él trajinaba por el día para conocer la realidad de la zona guerrillera.

Las personas que han estado largamente separadas de sus familias, sabrán que el alojamiento en el último cuarto de una casa ajena crea inconvenientes, pero que, al mismo tiempo, une tan estrechamente a los huéspedes, que les permite charlar con amenidad y sinceridad. Durante esos días, también nosotros nos hicimos amigos tan entrañables que podíamos darnos mutuamente carne y huesos si era necesario.

Aunque Pan era un veterano revolucionario que me superaba la edad en más de 20 años y acumulaba ricas experiencias de lucha, no se daba aires de importancia, ni tomaba en cuenta en absoluto la diferencia de edades, sino que, al contrario, conversaba conmigo con franqueza y entusiasmo en calidad de compañero común.

Al comienzo, cada cual contó sobre su vida, sin abordar asuntos oficiales relativos a la práctica revolucionaria. Fui el primero en hacerlo y él me secundó. Luego, alternativamente, agregábamos algo, o exponíamos nuestras impresiones sin siquiera percatarnos que pasábamos la noche en vela.

Al escucharme decir que antes de cumplir 20 años, ya había sido

detenido cuatro veces, e incluso, encarcelado, quedó admirado y expresó:

—Entonces, usted debe ser mi maestro en la vida carcelaria.

Y añadió que también él la había experimentado en Haerbin, y por haber organizado una gran manifestación de un Primero de Mayo, se destruyó totalmente el comité del partido en el distrito Ningán. A causa de la represión despótica de los mandarines del Estado manchú y la “punición” del ejército japonés, todas las organizaciones del partido fueron desintegradas sin piedad y sus militantes y elementos medulares se diseminaron por todas partes. Pan lo calificó de producto de la embriaguez que había afectado su mentalidad al ampliarse bruscamente las filas del partido y vigorizarse sus actividades. Sin embargo, reconoció que la lección de dicha manifestación sirvió de motivo político para la fundación de la guerrilla de Ningán, comandada por Kim Hae San y Ri Kwang Rim.

—Sólo después de encarcelados y golpeados, comprendimos que la manifestación había sido mal organizada, a destiempo. Lo digo porque la efectuamos en las calles de la cabecera distrital, movilizandó hasta los militantes del partido, cuando debíamos haber ocultado más las organizaciones y entablar una lucha armada...

Siempre que hablaba de esa manifestación, se enfadaba consigo mismo, en cambio, no dejaba de alabar la demostración que habíamos organizado contra el tendido del ferrocarril Jilin-Hoeryong. Era uno de esos hombres que no dan mucha importancia o subestiman su propio trabajo mientras son desprendidos y generosos ante los méritos de los demás.

Cuando terminé el relato de mis antecedentes, manifestó:

—Si hace unos días usted, compañero Kim, cumplió 21 años, tiene sólo la mitad de mi edad, sin embargo, le repito, es mi maestro tanto en la vida carcelaria como en la vida humana en conjunto.

No pude menos que aturdirme porque él seguía llamándome maestro, y le pregunté:

—Compañero Pan, ¿quiere que un joven se tulla, al llenarlo de tantas alabanzas?

Al instante, abrió sus brazos y se encogió de hombros como lo hacían los rusos.

—Debe entender que al apreciarlo a usted quiero expresar el disgusto con mi vida pasada. Puedo afirmarle que no me satisface mi pasado. Tengo 43 años, eso quiere decir que se me escapó la flor de la juventud y me siento triste por no haber realizado nada meritorio, digno de presentar ante los demás.

—No, no diga eso. Es usted demasiado modesto. Su vida ha transcurrido bajo el sol abrasador de la región meridional, la furiosa nevasca de la región septentrional o en medio de risas, de angustias y de lágrimas. Sinceramente, no me gustan mucho los hombres que se menosprecian. ¿Cómo puede afirmar que perdió la mejor etapa por tener más de 40 años?

A pesar de mi reproche no mostró ni una pizca de malestar. Una vez más pensé que se valoraba demasiado poco a sí mismo. No eran desdeñables los méritos que alcanzó ocupando los cargos de miembro del comité del partido en el distrito Ningán y de secretario del comité distrital unificado del partido en Suining, e incluso, desempeñando el papel de partera en la organización de la guerrilla de Ningán, para no hablar de sus actividades en la región meridional de China. Este comité unificado era muy voluminoso, abarcaba a los comités del partido en los distritos Muling, Ningán, Dongning, Mishan, etcétera. Una vez, corrió el rumor de que lo nombrarían cuadro dirigente del departamento de Jidong, que cumplía la misión de enlace entre La Internacional y el comité del partido en la provincia de Manchuria. No sé si ese rumor se convirtió en realidad o no, pero si se tiene en cuenta que La Internacional lo promovió y envió a Manchuria del Este como emisario para que dirigiera e inspeccionara, es fácil imaginar que era un funcionario de confianza.

En nuestra charla comenzamos el intercambio de informaciones y opiniones sobre la situación imperante, circunscritas a asuntos políticos de interés común.

Discutimos primero la cuestión relacionada con La Internacional y con el movimiento comunista en el mundo, lo cual resultó muy

beneficioso para mí, que no había tenido oportunidad de conversar sincera y profundamente con funcionarios de su oficina de enlace, aunque mantenía contactos con ellos.

Le expliqué los esfuerzos de los comunistas coreanos para ejecutar las decisiones de la organización y luego puse en claro nuestra posición con respecto a sus lineamientos y directivas:

—Reconocemos que La Internacional desempeña con maestría el papel de Estado Mayor del movimiento comunista en el mundo. Hasta la fecha, ha acumulado inapreciables méritos en la lucha contra el imperialismo y por la paz y el socialismo mediante la agrupación de los comunistas en una alianza mundial. Conscientes de que el Komintern ejerce la función centralista dentro del movimiento comunista, continuaremos, al igual que en el pasado, fieles a sus Estatutos y lineamientos. Pero, compañero Pan, tengo que hablar algo sobre sus procedimientos aunque esto le parezca una acción indecorosa, censurable.

Al instante, Pan se puso en tensión y preguntó:

—¿Cómo interpretar sus palabras? ¿Tiene, quizás, alguna queja?

—No sé si es queja o disgusto. Hace mucho tiempo quería preguntar sobre un asunto a La Internacional.

—Sea el problema que sea, ahora lo discutiremos con el corazón abierto.

Pan me miró fijamente, con curiosidad.

Era la oportunidad para expresar sin titubeos las opiniones que abrigaba, y reanudé mis consideraciones:

—Estoy muy disgustado con La Internacional por haber anunciado la desintegración del Partido Comunista de Corea; no quiere decir esto que abogue por el fraccionalismo. Este no sólo surgió entre los comunistas coreanos; el sello de patata se empleó también en el Partido Comunista de Indochina y otros más.

Cuando llegué a este punto, noté en su rostro un reflejo de asombro, y no tensión. Parecía que mis argumentos le asestaban un gran golpe, inesperado, a él, quien había experimentado toda clase de amarguras.

—Como comunista coreano igual que usted, compañero Kim, y no en calidad de enviado de La Internacional, me identifico con su opinión de que fue una vergüenza la disolución del Partido Comunista de Corea, y con su malestar ante el proceder de esa organización que la declaró. Pero quiero que sepa una cosa: ¿por qué el Partido Comunista de Indochina no se desintegró sino que se mantuvo a salvo, cuando el de Corea dejó de existir? La razón consistió en que un hombre sobresaliente como Ho Chiminh permaneció como representante de Indochina en la sede de La Internacional. Sin embargo, entre las filas del movimiento comunista coreano no había entonces ninguna persona renombrada, ni ningún núcleo rector que mereciera ser reconocido.

La explicación de Pan me produjo un gran impacto porque estaba habituado a buscar la primera causa de la disolución del Partido sólo en las riñas sectarias. El argumento de que la falta de un dirigente de renombre reconocido por La Internacional implicara la disolución del Partido Comunista de Corea, fue un análisis y descubrimiento personal de Pan.

A continuación, pasamos a examinar asuntos prácticos relativos a la revolución coreana.

El hizo hincapié en que los comunistas coreanos debían enfrascarse en la fundación de un partido nuevo, sin rendirse porque el anterior hubiera dejado de existir y una mayoría de sus militantes tenido que emigrar a otros países para vivir “en los últimos cuartos de sus partidos”, y continuó:

—No hablo así porque sea revolucionario de Corea; considero que, de todos modos, los coreanos deben tener su partido comunista. Si aceptan la disolución del Partido Comunista de Corea como la pérdida completa de la posibilidad de reconstruirlo, será un suicidio. Es un derecho legítimo, inviolable, que tengan su partido. El alojamiento en cuartos accesorios de casas ajenas debe ser pasajero, no indefinido. ¿No es así?

La insistencia de Pan en la reorganización del partido por los comunistas coreanos se ajustaba totalmente a la orientación que

habíamos adoptado al respecto en la Conferencia de Kalun.

Las palabras de Pan me estimularon y precisé:

—Tiene razón. Si los coreanos no se esfuerzan para reconstituir su partido, será igual a renunciar a su revolución. No debemos ser hombres que, alojados en los últimos cuartos de casas ajenas, maten el tiempo sin hacer nada, tanteando el estado de ánimo del dueño. Partiendo de esta posición, hace tres años propusimos construir el partido de abajo hacia arriba, es decir estableciendo primero sus organizaciones de base para luego, ampliarlas y fortalecerlas; surgió así la Asociación de Compañeros Konsol.

Continué explicándole en detalle las circunstancias históricas de la creación de la primera organización del partido, y todo lo que experimenté en ese proceso y en el de su ampliación.

Pan me escuchó con atención y dijo:

—Se puede considerar que si soy utópico, usted es un práctico consecuente. ¡Bravo, bravo! Pero, mire, compañero Kim, es problemático que el movimiento comunista de Corea contenga demasiadas fracciones. Por lo tanto, no debe admitir a ningún tipejo fraccionalista, sino que, necesariamente, tiene que emprender una nueva partida sólo con la joven generación. No es posible hacer nada con los sectarios. Muchos de ellos se han convertido en perros de los japés, no son pocos los que empapados hasta los tuétanos de hábitos sectarios, se dedican a la conquista de la hegemonía, en lugar de pensar en la revolución. Si queremos combatirlos, debemos desplegar con eficacia la lucha antijaponesa. En este decursar, se consolidarán las filas y se agruparán los elementos medulares, lo cual será, literalmente, el cimiento para la fundación del partido.

Estas palabras me conmovieron mucho. Desde luego, no las escuchábamos por primera vez, pues ya nos habíamos planteado como orientación básica fundar el partido con integrantes de la nueva generación desvinculados de las fracciones.

Una vez más estuve decidido a constituir el partido y culminar la gran obra de liberación de la patria mediante la aglutinación y preparación de coreanos como espina dorsal.

Para mí resultó una fortuna discutir y llegar a una completa identidad de opiniones en cuanto a los asuntos del movimiento comunista en el mundo, La Internacional y la fundación del partido en Corea.

Nuestra charla pasó con naturalidad hacia el problema del soviét en que se concentraba la opinión pública de Jiandao. En realidad quise aprovechar la oportunidad para conocer con claridad su opinión en torno al poder del soviét al que el pueblo daba las espaldas, escupiéndolo y mirándolo con malos ojos.

—Lao Phan, usted dijo que esta es su primera visita a Jiandao, entonces, ¿puede decirme la impresión que le causó el recorrido por las zonas guerrilleras?

Le pregunté así de paso y, en lugar de contestar, se desabrochó con gestos bruscos los botones de la camisa y la abrió de par en par. Y luego, con voz alta, respondió:

—Ante todo, quisiera rendir pleitesía a los habitantes y los revolucionarios de Jiandao, quienes en esta tierra desierta crearon un mundo tan maravilloso como zona guerrillera. Creo que les ha costado mucho trabajo y soportado tremendas penalidades. Sin embargo, ¡qué lástima ver que por este paraíso ronda un fantasma que no merece el más mínimo elogio!

Por su tono comprendí que estaba bastante excitado, y le interrogué:

—¿Qué significa eso de fantasma? ¿De qué fantasma habla?

Mi interlocutor tomó una porción del fuerte tabaco picado de la cajita que ofreció el anciano Ri Chi Baek y empezó a liarlo grueso. Por fin, contestó:

—Me refiero al lineamiento izquierdista del soviét. Esta izquierda está derribando la torre que los moradores de Jiandao construyeron con tantos esfuerzos. Nunca he podido comprenderlo. ¿Es posible que los comunistas de Jiandao, promotores de la revolución en Manchuria, hayan perdido la razón hasta tal extremo?

—Si digo la verdad, también estoy a punto de encanecer por esa izquierda.

—¿Cómo pudieron ser tan obtusos...? Me entrevisté con ellos y supe que no conocían nada sobre el poder del soviet de Rusia. El compañero Dong Changrong tiene ricas experiencias de lucha y además es amistoso, pero... Sin duda, cometieron un gran error. No fue casual que enviaran cartas de queja a La Internacional. Repito que usted debió soportar muchas penas.

Me miró con una profunda compasión.

—No importa mi pesar, por muy grande que sea. Mi mayor tristeza es ver que el pueblo vive cohibido bajo la arbitrariedad de la izquierda.

Mientras yo hablaba, él, como si le refutara a alguien, expelió nerviosamente el humo del cigarro, y reanudó su relato:

—Pero, en medio de la desgracia, encontré la dicha, al ver que entre los escombros de la izquierda por nadie aplaudida nació el lineamiento del gobierno revolucionario popular que puede salvar la revolución de la crisis y que goza del apoyo de los habitantes de las zonas guerrilleras. Hace poco, también expresé mi opinión al compañero Dong Changrong, diciéndole que usted, compañero Kim, formuló al respecto una tesis excelente.

—Entonces, ¿usted respalda la línea del gobierno revolucionario popular?

—Si no la apoyara, ¿por qué tenía que hablarle al compañero Dong Changrong? También él expresó su respaldo a esa línea. Parece que quedó muy impresionado al escucharlo a usted decir: todo lo que gusta al pueblo es bueno. Ahora podemos estar tranquilos y trabajar mejor.

Y de súbito me dio un fuerte apretón de manos.

Por fin, pude comprobar que La Internacional aprobaba el lineamiento del gobierno revolucionario popular.

Pan señaló que haber legalizado la guerrilla mediante la organización del escuadrón volante, y promover vínculos con las tropas de salvación nacional constituía un mérito que merecía inscribirse con letras mayúsculas en la historia. Y que los comunistas de Manchuria del Este debían seguir defendiéndolo y

desarrollándolo. Y agregó que nuestra línea concordaba, fundamentalmente, con el lineamiento del poder revolucionario de masas que presentó el partido de China, y explicó brevemente su contenido. En una palabra, se trataba de una estrategia respecto al problema manchú, cuya esencia era imprimir un viraje al lineamiento anterior, y que en apariencia fue promulgada por el comité central del partido chino, pero, de hecho, formulada por La Internacional. En tal sentido, se podía afirmar que representaba la voluntad de esta organización.

En esto, lo que llamó mi atención fue la idea de implantar el comité de campesinos como órgano de poder en las áreas rurales; su misión era abastecer a la guerrilla de alimentos, coordinando las relaciones entre ésta y los labriegos en tiempos normales y formar el cuerpo de autodefensa, mientras que el partido se entregaba enteramente a promover a su dirección a peones agrícolas y campesinos pobres, y atraer en torno suyo a los campesinos medios.

A fin de cuentas, esto significaba que La Internacional se había percatado de la irracionalidad del concepto izquierdista del soviét y reconocido la necesidad de sustituirlo por un nuevo tipo de poder, y al mismo tiempo, que se había comprobado lo justa que era nuestra línea del gobierno revolucionario popular.

Sin embargo, Pan estaba muy obsesionado con el nombre de comité de campesinos. Argumentó que éste, sin duda, estaba más acorde que el soviét con la realidad de Manchuria, pero que si la atención principal se dirigía a los peones agrícolas y campesinos pobres, no podría agrupar a las amplias masas, por eso sería más ventajosa y progresista la forma del gobierno revolucionario popular basado en el frente unido, que abarcara a todos los sectores del pueblo, de tendencia antijaponesa, obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, etcétera. Agregó que transmitiría su criterio a La Internacional y al comité del partido en la provincia de Manchuria.

—¿Qué importa su nombre, sea comité de campesinos o gobierno revolucionario popular? Bastaría con practicar políticas adecuadas a las demandas del pueblo. Sería suficiente bautizar al poder con el

nombre de gobierno revolucionario popular o de comité de campesinos, según las condiciones de las localidades.

Aunque le tranquilizaba así, no se libró de la inquietud, por fin dijo:

—En resumidas cuentas, tiene razón. Pero creo que el nombre del órgano de poder debe ser del gusto del pueblo. Repito, tengo que comunicarlo a La Internacional.

No sé si, más tarde, cumplió o no su planteamiento.

En este decursar, en todas las zonas guerrilleras de Manchuria del Este el soviét fue reemplazado por el gobierno revolucionario popular o por el comité de campesinos; la guerrilla obrero-campesina, por la guerrilla popular antijaponesa, y la guardia roja, por el cuerpo de autodefensa antijaponés.

La aparición de Pan Shengwei devino torbellino que sacudía el viejo orden de la zona guerrillera. Nuestra posición independiente en la revolución, que invariablemente mantenemos, desde los tiempos de Jilin, llegó a disfrutar del apoyo y estímulo internacionales, y una vez más, se comprobó la justeza de nuestros lineamientos y orientaciones.

Pero esto no significó que respaldáramos sin ton ni son todo lo que hacía La Internacional o que obedeciéramos ciegamente sus directivas. Aunque respetaba sus procedimientos, los traté desde la posición de protagonista, partiendo de los intereses de la revolución coreana y mundial.

De su estrategia y procedimientos lo que más nebuloso nos parecía era su criterio y método de tratar a Corea y la revolución coreana, como un eslabón de la mundial.

Al salir victoriosa la Revolución Socialista de Octubre en Rusia y el socialismo convertirse de ideal en realidad, ante los comunistas de todo el mundo se presentó la sublime tarea de defender sus conquistas y extender sus éxitos a todo el mundo.

En respuesta a esta demanda de la época, en 1919 Lenin fundó La III Internacional, que asumía la histórica misión de organizar y desarrollar a escala mundial la lucha liberadora de la clase obrera y de las naciones humilladas para acabar con la opresión imperialista y romper las cadenas del capital, misión combativa que difería de los

deberes de Las I y II Internacionales y que respondía a las exigencias de la nueva época.

Proteger y salvaguardar a la Unión Soviética constituyó la tarea inmediata que más importaba en las actividades de La Internacional. Defender la posición del socialismo triunfante se veía inseparablemente vinculado con la amplificación de la causa socialista y, fuera de ello, era imposible extender y desarrollar los logros de la Revolución de Octubre al mundo entero. Defender a la Unión Soviética era una consigna internacional de los comunistas, y aplicarla constituía contenido importante del movimiento comunista internacional.

Así y todo, esta relación que la historia necesitaba legítima y vitalmente trajo como resultado alimentar de agua el molino de los elementos anticomunistas y de los teóricos de la burguesía reaccionaria, quienes acusaban de “lacayos de la Unión Soviética” o de bandas de traidores a los intereses nacionales, a todos los partidos comunistas que actuaban según las directivas de La Internacional.

Los comunistas de cada país debían encontrar en ello las adecuadas enseñanzas y combinar con acierto los deberes internacionales y nacionales. También La Internacional tenía que dar prioridad, como era lógico, a este punto. Si quería cumplir satisfactoriamente con su misión, a la par que prestaba atención primordial a la defensa de la posición del socialismo triunfante, debía proteger los intereses del movimiento comunista de otros países, sobre todo, los de las pequeñas naciones colonizadas que gemían bajo la opresión imperialista, y ayudarlas sinceramente en la lucha revolucionaria.

No obstante, no hizo frente a esta demanda. Algunos de sus funcionarios, si bien hacían ruido hablando del movimiento revolucionario en grandes naciones, consideraron trivial el asunto de la revolución en pequeños países o lo trataron de manera arbitraria. Y adoptaron una posición y actitud demasiado parciales al tratar la revolución de cada país en razón del aporte que hacía al levantamiento de la fortaleza internacional para defender a la Unión Soviética.

Ciertos funcionarios y teóricos que ocupaban altos cargos en La Internacional difundieron la idea de que si el movimiento revolucionario

triunfaba en una nación grande, espontáneamente le seguiría la lucha revolucionaria o el movimiento independentista en pequeños países colindantes con ella. Metafóricamente hablando, es como el criterio que defiende el principio: “*phaengduisuk*”. Por este término se entiende que si la cabeza se sazona, también lo estarán, de por sí, las orejas.

Tal juicio hizo surgir entre los comunistas de pequeñas naciones la tendencia servilista a mirar sólo a las grandes potencias, desistiendo de la posición independiente de que el sujeto de la revolución es la fuerza propia y de sus pueblos, y entre los comunistas de las grandes, la tendencia chovinista a despreciar a sus homólogos de las pequeñas e impedir sus actividades independientes.

No era casual que empezaran a empañarse la confianza y la fidelidad que los revolucionarios de cada país, que alistaban el camino de lucha adquiriendo una gran fuerza en dos grandes eventos: el nacimiento de un Estado socialista y la fundación de La Internacional, y mirándolos como faro y como ideal, abrigaban con respecto a esta organización y al movimiento comunista internacional.

Después del triunfo de la Revolución Socialista de Octubre y de la organización de La Internacional una oleada de alabanzas y simpatía con la corriente ideológica comunista azotó con tremenda fuerza a todo el mundo.

Las filas de los partidarios del comunismo crecieron con rapidez entre personalidades mundiales. Muchos precursores de la época que veían al comunismo como único porvenir de la humanidad, sin distinción de su filiación y religión, hicieron todo lo que estaba a su alcance para vincularse con la joven República Soviética y con La Internacional y para disfrutar de su ayuda.

También muchos nacionalistas de nuestro país fueron sus partidarios o simpatizantes, entre ellos figuraban personalidades influyentes del catolicismo, el chondoismo y otros círculos religiosos. Un ejemplo fue el de Hyon Sun, pastor principal del tercer período de la iglesia metodista de Jongdong, Seúl, quien, en nombre de la Conferencia de Cristianos Coreanos, asistió a la Conferencia de Representantes Populares del Extremo Oriente, efectuada en Moscú en enero de 1922.

Al constituirse el Gobierno Provisional en Shanghai, ese renombrado pastor de nuestro país fue elegido como uno de sus miembros. Hace unos años, nuestros compañeros consiguieron un documento en el archivo de La Internacional en la Unión Soviética, según el cual Hyon Sun participó en esa conferencia con una credencial firmada por Kim Pyong Jo, uno de los redactores del “Manifiesto del Primero de Marzo por la Independencia”, y por los también pastores Jo Sang Sop, Son Jong Do, Kim In Jon y Song Pyong Jo. En el protocolo elaborado por el departamento de asuntos de Coryo, del Partido Comunista de Rusia, escribió que había estado relacionado con el Partido Comunista en Shanghai y en septiembre de 1919 permaneció tres semanas en Rusia. En el espacio para responder a la pregunta sobre “el propósito y el deseo”, anotó de su propio puño: “Persigo el objetivo de la independencia de Corea y deseo la introducción del comunismo”.

No sé, desde luego, con qué profundidad comprendía el comunismo y simpatizaba ideológicamente con esta nueva concepción, pero parece que cifraba grandes esperanzas en La Internacional.

También Ri Tong Hwi, el primero que ocupó el cargo de premier del Gobierno Provisional en Shanghai, mantuvo contactos con el movimiento comunista. Es bien conocido que fue enviado a Moscú como delegado del Partido Comunista de Coryo para informarle a La Internacional del resultado de la conferencia conjunta de su organización.

También las fuerzas radicales del chondoismo se esforzaban para entrar en contactos con La Internacional.

Choe Tong Hui, nieto de Choe Je U, patriarca de la primera generación del chondoismo, e hijo de Choe Si Hyong, patriarca de la segunda generación, actuaba con todo empeño en Vladivostok, como representante de las fuerzas radicales y en calidad de presidente de la comisión de asuntos exteriores del Comité Supremo Extraordinario Revolucionario del Chondoismo, para tratar con La Internacional. En las cartas que envió a Katayama Sen y Engelson encargados del departamento de asuntos orientales de La Internacional, y a otros

activistas les solicitaba que prestaran apoyo y asistencia al movimiento independentista de Corea y afirmaba que el estrecho vínculo entre el “chondoismo, fiel servidor de las masas pobres y humildes” y “La Internacional, vanguardia de la clase obrera”, garantizaría plenamente el éxito de la revolución del Oriente.

E incluso escribió a Chicherin, comisario del pueblo encargado de asuntos exteriores, de la Unión Soviética, para que en un plazo de dos años asegurara fusiles, cañones, explosivos, municiones, arreos de caballería, medios de transporte, etcétera, necesarios para la organización del ejército revolucionario nacional de Coryo, compuesto por 15 brigadas mixtas. El interés de las fuerzas radicales del chondoismo por encontrar nuevos métodos para extender el movimiento independentista, aunque por ello fueran objeto del odio y la censura de las fuerzas conservadoras, merecía la estimación de toda la nación. Sin embargo, ni la Unión Soviética, ni La Internacional accedieron a su solicitud.

También Ryo Un Hyong acudió a Moscú en 1919 y discutió con Lenin sobre el problema de la independencia de Corea.

Si se dice que un anticomunista como Syngman Rhee en una época simpatizó con la Rusia soviética es probable que nadie lo crea. Pero, opino que fue cierto. Existen datos de que, fue a Moscú, no recuerdo la fecha, y solicitó una colosal cantidad de recursos financieros, pero, al ser desoído, les dio las espaldas a la Unión Soviética y al movimiento comunista y se convirtió en ultraproyanqui.

De más está apuntar que para los funcionarios de La Internacional era demasiado miserable y pequeña la Corea que apenas representaba una centésima parte del territorio de la Unión Soviética y donde sólo existían dispersas chozas de paja y famélicos asnos. Ese criterio sobre Corea no varió mucho aun cuando desarrollábamos la Lucha Armada Antijaponesa en la región manchú.

Lo que me disgustaba era, precisamente, esta indiferencia de La Internacional hacia el destino de las naciones pequeñas, hacia la lucha liberadora de sus comunistas. Por cierto, esa aspereza y frialdad en el trato nos obligaban a establecer firmemente el Juche en

la revolución y abrigar la decisión inmutable de alcanzar a toda costa, con nuestra propia fuerza, la liberación nacional.

Aunque consideraba inadecuados los procedimientos y la posición de La Internacional aún no tenía la capacidad de hacerles frente o de rectificárselos, y si bien conocía que su manera de organizar y su inveterado estilo de trabajo oficinesco podían sacrificar la revolución coreana y resultar un obstáculo para desarrollarla de manera independiente, no podía ponerles coto, esto era, para mí, un quebradero de cabeza.

Los comunistas de la nueva generación, deseábamos encarecidamente que La Internacional entendiera nuestra posición y diera calor a nuestra aspiración y decisión invariable de impulsar la revolución por la vía de la independencia.

Para nosotros fue motivo de gran alegría que Pan Shengwei apareciera en Manchuria del Este en aquel preciso instante en que sufríamos con esos complicados problemas que esperaban solución inmediata para la práctica revolucionaria. Sin duda, el encuentro con él devino significativo acontecimiento para mi vida. Fue afortunado tener en La Internacional a hombres que nos comprendían y apoyaban. De modo particular, me dejó una impresión inolvidable su sugerencia de que debíamos reestructurar las filas del movimiento comunista de Corea con elementos de la vanguardia desvinculados de las fracciones y organizar un partido de los coreanos. Esta advertencia me hizo mantener con más fuerza el Juche en el pensamiento y la práctica. Si él no me hubiera influenciado ni estimulado como compañero, yo no habría combatido tan intransigentemente en defensa de la nación y del sujeto de la revolución coreana, en aquel período en que se llevaba a cabo una horrible lucha contra la “Minsaengdan”.

Si Pak So Sim fue el maestro que me condujo a *El Capital* y Shang Yue, quien me enseñó el *Honglouneng*, Pan Shengwei fue un auténtico sostén, estimulador y simpatizante que dio más firmeza a la convicción de que los coreanos no debían olvidar a Corea.

En mi historia durante la revolución antijaponesa nunca existió, excepto en el caso de Pan Shengwei, una discusión tan sincera,

entusiasta y sería sobre el destino y el lineamiento de la revolución coreana. Él fue uno de los pocos teóricos que tenían su credo personal sobre la revolución. Si hubiera vivido y actuado junto a nosotros en la segunda mitad de la década del 30, cuando operábamos en la zona del monte Paektu con un gran destacamento, hubiera hecho grandes aportes teóricos y prácticos a la solución de problemas difíciles que enfrentaba nuestra revolución.

El encuentro con Pan Shengwei me permitió comprender con más claridad que para la lucha revolucionaria se necesita tanto el práctico como el teórico que orientara y guiara sus actividades.

A partir de la inolvidable charla en Xiaowangqing, nos hicimos amigos y compañeros tan entrañables como si lo fuéramos desde diez años antes. Si este sentimiento surgió entre nosotros que teníamos una diferencia de edad de más de 20 años, no fue por la fuerza de alguna materia, ni por la persecución de intereses. Si pudimos establecer hermandad tan fervorosa como los candentes rayos del sol, fue porque nos identificamos en el deseo de alcanzar a toda costa la liberación y la libertad de Corea y en el modo de pensar y la determinación de solucionar todos los problemas según nuestra convicción y de manera independiente.

El factor que decide la profundidad de la fraternidad no es el tiempo ni el don de palabra. La respuesta está en la posición y la actitud que uno adopta en el trato con los demás seres humanos y sus destinos, con la nación y su destino. La identidad o la divergencia en esta posición y actitud puede profundizar o destruir esa fraternidad. El amor al ser humano, al pueblo y a la Patria se convierte en piedra angular que decide la hermandad.

Cuando Pan Shengwei abandonaba Xiaowangqing le acompañé a caballo hasta el límite con Hunchun. Como cojeaba un poco, le ofrecí un caballo.

Mientras cabalgábamos no dejamos de conversar y durante los dos días que pasamos en Shiliping intercambiamos opiniones en torno a muchos asuntos, entre otros, los del movimiento comunista internacional y las relaciones con el partido chino y sobre todo, los

problemas inmediatos y futuros de la revolución coreana, así como también hicimos firmes compromisos.

Con materiales de aquella etapa sería posible escribir una novela. Precisamente fue en Shiliping donde existió la escuela militar de Ri Pom Sok y vivieron refugiados los familiares de O Jung Hwa.

Pan Shengwei incluso habló del secreto de su familia.

Vivía con una esposa muy joven, apenas tenía la mitad de su edad. No recuerdo bien cómo se llamaba, si era O Yong Ok u O Pung Ok.

Le pregunté por qué había contraído matrimonio después de cumplidos más de 40 años, a lo que contestó sonriendo:

—¡Ja, ja! ¡Qué razón habrá! Fue porque las mujeres se alejaban al ver que me faltaban cualidades de auténtico esposo. ¿Quién hubiera querido compartir el amor con este cojo? Si no fuera mi señora O, quizás me encorvaría sin experimentar la vida conyugal.

Parecía, repito, que había nacido para despreciarse a sí mismo.

Sentí compasión por su matrimonio tardío.

—Esa señora O acertó a escoger. Se dice que es muy esbelta, y seguro que usted probará el sabor de la miel en el amor tardío.

—¡Cómo no! Pero, lo extraño está en que el solicitante no fui yo, sino ella. De todos modos, es singular el amor tardío.

—También oí hablar de que todos les envidian en Manchuria del Norte.

—Compañero Kim, le sugiero, encarecidamente, que se case pronto para que defienda el prestigio del mundo de los hombres.

—Ah, ¿sí? Pero, no puedo asegurarlo, porque no es un asunto que se solucione según el deseo.

Así bromeábamos en medio de risas, acostados en un yerbazal de Shiliping. Nuestra amistad se estrechaba más.

Pan Shengwei expresó que ya se había familiarizado con Wangqing y se sentía muy triste por tener que despedirse de mí. Debía ir a Hunchun y Helong.

—Compañero Kim Il Sung, parece que la impresión que usted me causó me acompañará durante toda mi vida. Me alegro mucho de

haberlo conocido, aquí, en Wangqing.

Esto fue lo que dijo con lágrimas en los ojos, tomándose las manos, cuando cruzaba la frontera entre Wangqing y Hunchun.

—Tengo el mismo sentimiento. Para mí es una fortuna haberme encontrado con usted. Francamente, no quiero que se marche.

—¿Por qué desearía alejarme de usted? Cuando termine este recorrido, quisiera regresar aquí, a Manchuria del Este, con mi esposa, y trabajar juntos. Ya soy algo viejo, mugriento... Hágase el “Ho Chimin” de Corea.

Con estas palabras, abandonó la tierra de Wangqing. Caminó bastante lejos, se volvió y levantó una mano sobre la cabeza, como lo había hecho en el primer encuentro. Sentí como si hubiera pasado largo tiempo con él. Cada detalle de su ser, cada expresión suya, me daban la impresión de que hacía mucho tiempo me eran familiares.

“Hace poco lo conocí, pero, ¿por qué me da tanto dolor y tristeza la despedida?”, fue el sentimiento que me embargó cuando él se volvió y me miraba. Aunque dibujaba una sonrisa en el rostro, supe que lo invadían la melancolía y la tristeza. Esa sonrisa me puso en zozobra. Quizás, hubiera sentido más aliviada el alma, si él no hubiera sonreído. Se alejó con la promesa de que regresaría, y por desgracia, murió en tierras de Hunchun.

Lo mató Pak Tu Nam, que era comisario político de un batallón de la guerrilla del lugar. Pan Shengwei fue quien lo criticó más seriamente que nadie en la reunión ampliada del comité del partido en el distrito Hunchun, convocada para discutir el cambio de la línea. Pak fue destituido de su cargo, tildado de promotor de riñas sectarias y, cuando los guardianes de Pan Shengwei se divertían con un fusil modelo 38 conseguido como botín, en el patio de la casa donde éste escribía, disparó contra él con ese mismo fusil. La noticia llegó hasta Wangqing y sirvió de mecha para encender la indignación de los moradores.

Encerrado en aquel cuarto del hogar de Rì Chi Baek, donde habíamos discutido juntos sobre la revolución y la vida humana, lloré todo el día en memoria del hermano muerto.

5. Mi caballo blanco

No tenía intención de dar a conocer el siguiente episodio. En esta evocación, paso a paso, de mis 80 años de vida, un corcel ocuparía un lugar insignificante, cuando conservo en mi memoria una infinidad de héroes, bienhechores y acontecimientos de que contar.

No obstante, mi recuerdo sobre el caballo blanco es demasiado íntimo y el impulso de presentarlo es muy fuerte como para relegarlo al olvido. El corcel está relacionado inseparablemente con muchas personas que nunca podré olvidar. También sería una lástima que permaneciera en el anonimato la historia de esas personas.

Fue en la primavera de 1933, cuando por primera vez tuve un caballo.

Un día, un funcionario del gobierno revolucionario popular de Shiliping, junto con algunos guerrilleros acantonados en ese territorio, me trajo un corcel blanco. El mando del batallón de Wangqing se encontraba entonces en el valle Lishugou, de Macun, en Xiaowangqing. Teniendo en cuenta que se trataba sólo de un caballo, la comitiva resultaba más que imponente y numerosa. Lo amarraron en el patio de la jefatura y me invitaron a salir.

—Le rogamos reciba este corcel. Lo hemos conseguido para que usted lo use, comandante Kim, porque recorre a pie muchos caminos tortuosos —dijo el funcionario en nombre del grupo. Me sentí turbado ante la imprevista aparición y la actitud tan ceremoniosa de la delegación, como en un solemne acto. Lo que más me sorprendió desde el primer instante fue el tamaño del grupo, que sobrepasaba con creces al de un pelotón.

—¿Acaso merezco un favor tan grande? Montar un caballo blanco a mis escasos 20 años, ¿no sería un lujo?

Al querer expresar así mi aturdimiento, aquel funcionario, de edad bastante avanzada, respondió con gestos de sobresalto:

—¿Dice que es un trato excesivo? Mientras los japoneses, al mando siquiera de un batallón, ya andan montados, con arrogancia de oficiales, ¿por qué nuestros comandantes guerrilleros deben estar por debajo de ellos? He leído que también Kwak Jae U, el general de vestimenta roja andaba a caballo para mandar a sus tropas de voluntarios. Un comandante debe tener, ante todo, un aspecto marcial.

—¿Dónde lo consiguieron? ¿No habrá pertenecido a alguna familia campesina como animal de labor?

El mismo funcionario negó, haciendo ademanes con ambas manos:

—¿Animal de labor? Nada de eso. Era para lucir. ¿Recuerda aquel viejo que había trabajado como criado y que hace poco fue elegido miembro del gobierno de Shiliping?

—Sí, lo recuerdo perfectamente. ¿No he hecho incluso una intervención a su favor?

—El es quien se lo obsequia.

—No puedo creer que ese anciano haya tenido un corcel tan bien cuidado.

Expresé mi duda observando con detenimiento la silla y los estribos, al tiempo que acariciaba al animal. Mientras más lo miraba, más cuenta me daba de que había sido utilizado en las faenas del campo. Era difícil creer que en un remoto valle como Shiliping existiera un campesino con un corcel de lujo. Resultaba todavía más absurdo que un viejo, otrora criado de un terrateniente, poseyera para lucir un caballo blanco tan hermoso.

No obstante, el funcionario del gobierno de Shiliping no dejó de insistir en que no era un animal de labor. Parecía estar preocupado porque si confesaba que realmente se utilizaba en las faenas, yo lo devolvería.

Ahora es difícil precisar cómo se llamaba el anciano que me había regalado aquel caballo blanco. Recuerdo borrosamente sólo que su apellido era Pak.

En torno al obsequio del viejo Pak había una historia que conmovía.

Todo comenzó cuando se vio libre de la vida de servidumbre en

la casa del terrateniente. Como ya no servía por ser viejo, el terrateniente lo despidió y, como recompensa por los servicios prestados, le dio un potrillo blanco, nacido algunos meses atrás en el establo de la casa. Recién nacido, fue aplastado por su madre y quedó tullido, sin poder ver el mundo que lo rodeaba, ni corretear. Era debilucho y estaba mal alimentado.

Aunque le entregaba un potro terriblemente desmedrado que podía morir hoy o mañana, el tacaño terrateniente fingió hacerle un gran favor.

El anciano lo llevó en brazos a su choza. Lloraba de pena, de tristeza, pensando en la excesiva mezquindad de la gente porque durante decenas de años había cumplido las faenas más duras y agobiantes para el bien del terrateniente, y como reconocimiento recibía aquel potro moribundo. Su vida de sacrificios resultaba demasiado vacía y menospreciada.

Sin embargo, como él había quedado solo en el mundo, sin ningún allegado, lo cuidó con mucho cariño, como si se tratara de una preciosa perla. Bajo su diligente atención el animalito se restableció y creció como un fogoso corcel blanco. Cada vez que sentía tristeza por la soledad, el viejo iba a su lado y le contaba sus penas, sufrimientos y quejas. Para él el caballito era a la vez como un hijo amado, una hija querida, y un amigo.

Toda su vida había sido objeto de desprecios, por eso aceptaba naturalmente los maltratos, de cualquier índole, como si los mereciera, y consideraba que no se diferenciaba de un caballo o buey o cualquier otro animal de labor. Si alguien lo trataba humanamente, se sentía apocado y encogido.

Precisamente fue a él a quien eligieron miembro del gobierno de Shiliping, en la zona guerrillera. Creo que no es necesario contar aquí en detalle cuán grande fue la emoción que recibió y cuántas lágrimas derramó ese día.

Para expresar los sentimientos que lo embargaban había traído calladamente el caballo al patio del edificio del gobierno aquella misma tarde.

—Señor presidente, por favor, en mi nombre lleve este caballo blanco al comandante Kim Il Sung. Gracias a él hoy he sido tratado como hombre por primera vez en mi vida. Como no tengo otra manera de manifestar el agradecimiento que llena mi corazón, le ofrezco este corcel que vengo cuidando a lo largo de los años. Transmítale mi sentimiento.

Estas fueron las palabras implorantes que dirigió el viejo al jefe del gobierno revolucionario popular.

Una vez que las escuché me fue difícil rechazarlo.

Al recibir las riendas de manos del funcionario del gobierno de Shiliping me dirigí al grupo:

—Díganle al anciano que al principio quise rehusar el obsequio, pero he decidido aceptarlo con gratitud luego de oír su historia tan impresionante. Pero, ¿por qué una delegación tan nutrida cuando era suficiente uno que lo guiara?

El funcionario contestó con expresión seria:

—Hemos constituido una representación de entre los combatientes y los habitantes para verlo siquiera una vez, comandante Kim, montado. Por favor, suba y siéntese sobre la silla.

A esta insistencia se unieron los integrantes de la compañía No. 2. Sólo después de verme montado regresaron satisfechos a Shiliping.

Estaba ilimitadamente agradecido a la atención y sentimiento de respeto del viejo Pak, pero durante varios días no utilicé el caballo blanco. Me obsesionaba la idea de que si me daba el lujo de cabalgar, era posible que la población no me viera con buenos ojos y que los soldados no tuvieran buena impresión de los comandantes.

Cedí el animal a Ri Ung Man que trabajaba en la armería. El mismo que al ingresar en la guerrilla había traído una caja de revólveres Browning que había comprado. Era un hombre muy audaz y valiente, pero le faltaba una pierna a causa de una herida de bala. Quien se la amputó fue Jang Un Pho, médico del hospital de la zona guerrillera, ubicado cerca del cuartel del batallón de Xiaolishugou. Era el único representante del sector de la medicina de Xiaowangqing y se consideraba el curalotodo, tanto clínico como cirujano.

Del mantenimiento del hospital de la zona guerrillera se encargaba la asociación de ayuda mutua y quien firmaba la remisión de los enfermos al hospital era el presidente del gobierno revolucionario popular. En virtud de su facultad de sustituir a la consulta del médico, esa asociación decidió que todos los que tenían huesos atravesados por balas fueran operados. Como no había medicinas ni otras medidas de tratamiento especiales, fue forzoso tomar esa decisión extrema. Jang Un Pho hizo un bisturí con un pedacito de resorte de reloj y le amputó la pierna a Ri Ung Man, quien se vio imposibilitado para acciones guerrilleras. Al salir del hospital permaneció por un tiempo en la casa de Ryang Song Ryong, para que la madre de éste lo atendiera.

Le fue útil el caballo que le cedí y su trabajo en la armería se tornó muy eficiente y su vida, animada.

Algún tiempo después llegué a tener otro corcel blanco. En el combate de Dahuanggou nuestra unidad batió a una japonesa y entre los trofeos estaba la bestia. Hay excombatientes que dicen haberlo capturado en el combate de Zhuanjiaolou, pero no pienso negarlo expresamente. No es esencial el lugar donde se consiguió. Lo fundamental era que poseíamos uno que anteriormente había pertenecido a un oficial japonés y que era un caballo de batalla irrefutable, que atraía la atención de la gente.

En aquel combate tendimos una emboscada y el oficial nipón, dueño del animal, tuvo mala suerte, pues fue nuestro primer blanco, y derribado del animal. Entonces ocurrió algo extraño. El caballo sin amo, en vez de dirigirse hacia donde estaban los japoneses, corrió directamente rumbo a nuestro puesto de mando.

Por temor a que su aparición convirtiera la posición del mando en blanco del fuego enemigo, el enlace Jo Wal Nam trató de alejarlo hacia la carretera. Le tiraba pedazos de raíces e incluso cartuchos vacíos, pero no regresaba a sus dueños sino volvía a acercarse. Finalmente se paró firme ante nosotros, con sus cuatro patas bien plantadas.

—No es correcto acosar a un animal que no quiere irse. Deja de

maltratarlo —reprobé a Jo Wal Nam, y le acaricié las crines al caballo.

Entonces el enlace me cubrió con su cuerpo y casi gritó con susto:

—¿Cómo se pone así al descubierto cuando la atención de los enemigos se dirige hacia el puesto de mando?

—Vamos, vamos, que los enemigos no están para pensar en nuestro mando. ¡Mira cómo huyen en tropel!

Por supuesto, la bestia quedó como trofeo.

Desde el principio los guerrilleros consideraron como un milagro que un corcel que servía a un oficial japonés se hubiera pasado a nuestro lado.

—Este animal sabe distinguir a los coreanos de los japoneses. Sin titubeos ha venido junto a nosotros juzgando con acierto que somos coreanos.

Fue el comentario de ellos al leer en la placa colgada de su cuello que había nacido en Kyongwon (Saepyo).

Otros encontraron un motivo más convincente:

—Parece que el oficial japonés lo maltrataba cruelmente. De no ser así era imposible que este animal corriera hacia acá tan pronto como cayera su dueño.

Nos retiramos del campo de batalla, y mientras nos dirigíamos hacia Macun, se lo ofrecimos a un viejo chino, como animal de trabajo. En Jiandao el caballo, al igual que el buey, se utilizaba ampliamente como animal de labor.

Algún tiempo después, el anciano vino a nuestra unidad y nos devolvió el equino. Afirmó que sus cuartillas eran demasiado finas y débiles, razón por la cual no servía para las faenas. Además, decía, tenía un carácter en extremo caprichoso. Una persona como él no podía ni acercársele y mucho menos domarlo.

Al oírle, mis compañeros dijeron: “Se ve que está predestinado a quedarse con nosotros”.

Y me aconsejaron que lo montara preocupados por la tendinitis que yo padecía en una pantorrilla. Me advirtieron que como la guerra de guerrillas no terminaría en uno o dos años, si abusaba de la pierna enferma, quedaría tullido para siempre. Efectivamente, por esta

dolencia me sentía muy incómodo cada vez que emprendíamos marcha. No sé si la padecía por haber caminado a pie excesivamente desde que era adolescente. En mi época de Jilin tenía la suerte de viajar de vez en cuando en tren o, por lo menos, sobre alguna bicicleta, pero no podía disfrutar de tal comodidad en el valle de Wangqing en permanente asedio. La vida guerrillera que me obligaba a efectuar diariamente caminatas de decenas o de cientos de *ríes* escalando montañas, constituyó una abrumadora carga física para mí por no poder andar con plena libertad.

No obstante, aquella vez también esquivé el ofrecimiento de los compañeros.

Entonces celebraron una reunión del partido y adoptaron una resolución que estipulaba que el compañero Kim Il Sung usaría el equino, indicando incluso desde cuándo debía hacerlo. Tuvieron una idea bastante ingeniosa al señalar en el documento que también el jefe del batallón Ryang Song Ryong andaría a caballo. Previeron que si hacían que yo solo montara, me habría resistido tercamente.

Como se trataba de una resolución de la organización no pude seguir oponiéndome.

El día en que montamos por primera vez, nos rodearon y aplaudieron para expresar su satisfacción.

En la placa se decía que había nacido en el centro de preparación de caballos para uso militar de Kyongwon (Saepyol). Era un corcel esbelto, cuyo color se veía algunas veces gris claro y otras, blanco nívoo. Tenía cuartillas delgadas como los de carrera y efectivamente corría como un tigre.

Durante casi dos años me llevó al combate o por las selvas milenarias, nunca antes pisadas por nadie. Compartió con nosotros incontables peripecias. Quizás es por eso que de vez en cuando aparece en mis recuerdos y deja en mi corazón un vivo sentimiento de nostalgia.

Comenzaba mis actividades diarias atendiéndolo. Me despertaba temprano y le acariciaba la cabeza o con una escobilla le sacudía el polvo. No tenía ni experiencia ni tampoco habilidad en esta tarea, por

lo que imitaba, según recordaba, cómo mi abuelo de Mangyongdae se lo hacía a su buey.

Pero, en cuanto la escobilla tocaba su cuerpo el caballo blanco se alejaba de mí. Una vez, mientras forcejeábamos, el viejo Ri Chi Baek me dio una almohaza, asegurándome que si peinaba su lomo con ella, se resolvería el problema. Hice tal como me indicó y el caballo permaneció quieto con las patas bien plantadas.

Cuando iba a ensillarlo descubrí una bolsita entre el cuero y el fieltro de la silla. En ella encontré una pequeña libreta donde se podía leer apuntes referentes a él, una almohaza, una bruza, un trapo y un pedacito de hierro. Podía adivinar el uso de todos, excepto el del hierrito con una punta afilada como un bisturí.

Lo cogí y me acerqué al caballo. Precisamente entonces se produjo algo sorprendente. El animal, como si fuera de circo, levantó una pata. No había la menor duda de que era un indicio de la existencia de alguna relación entre el hierro y sus uñas. Pero resultaba difícil suponer qué significaba esa advertencia.

Al cabo de algunas vueltas ansiosas a mi alrededor la bestia se acercó a una estaca hincada en un lugar bastante alejado y puso sobre ella una de sus patas delanteras. En la palma del casco había tierra, piedrecillas y briznas de paja.

Cuando las saqué con el hierro, puso otra pata y me miró con indiferencia.

Entre adivinanzas y suposiciones, iba familiarizándome con el mantenimiento del caballo, hasta que del país vino a Xiaowangqing para visitar a unos parientes un hombre que trabajaba en un centro de reproducción equina. Él me enseñó los reglamentos del cuidado del animal y la habilidad de montar. Me dijo que lo que más les molestaba a los caballos era el polvo en el cuerpo o tener trozos de vidrio y otras materias pegadas en las palmas de sus cascos. Por eso había que limpiarle el cuerpo dos veces cada día con agua limpia, peinar y rascar sus pelos e incluso aceitarlos, así como a menudo quitar de sus uñas tierra o suciedades como briznas de paja. Subrayó la necesidad de secar bien su cuerpo después de mojarse con la lluvia o sudar.

A continuación me señaló otros asuntos claves: que su alimento fundamental era el heno y la avena, pero también la cebada y la soya constituían buen pienso, que al igual que los hombres también los caballos tenían que consumir diariamente cierta cantidad de sal, y que después de excesivos movimientos no era aconsejable darle mucha agua fría.

El corcel blanco siempre fue obediente a mis exigencias o intenciones. Le bastaba ver la expresión de mis ojos o mis ademanes para comprender de antemano qué debía hacer y cómo servirme. Su inteligencia me asombraba. A menudo en su carácter o conducta se descubría algo que hacía ver una cualidad casi humana, tan artísticamente perfeccionada que la gente con unánime admiración, se preguntaba: ¿Es un caballo o un ser humano?!

Pese a su inteligencia y fidelidad, era muy arisco. No permitía absolutamente a nadie que no fuera su amo, que lo tocara o se sentara sobre su lomo. Si un atrevido cogía las riendas para montarlo, para impedirselo daba vueltas e incluso coceaba o tiraba mordiscos.

También Jo Wal Nam fue maltratado al intentar montarlo. Lo acercó al tablado de la casa y peinándole los costados saltó con agilidad, pero en el preciso momento en que su cuerpo tocaba la silla, el caballo dio un respingo. Se dio tremendo nalgazo.

Después de ese fracaso Jo Wal Nam tuvo una original idea para montarlo: metió al equino en una zanja donde el lodo le tapaba los cascos y subió a su lomo mientras éste pastaba. Pero ni eso le sirvió. Esta vez tuvo que tomar un baño con el agua lodosa de la zanja.

El joven enlace lo amarró a un árbol y le propinó furiosos fustigazos para vengarse. Desde entonces el caballo no lo dejaba acercársele, ora huyendo ora pateando.

Esta situación le daba al enlace tanta rabia que se puso a llorar. Decidí regresar a su anterior compañía porque pese a su esmerada atención el caballo no lo trataba amistosamente ni mucho menos lo dejaba montar.

Entonces le expliqué: “El corcel te rechaza porque es insuficiente

la atención que le prodigas. Tienes que cuidarlo más diligentemente.”

Luego le detallé cómo debía tratarlo.

Jo Wal Nam hizo lo que le indiqué. Huelga decir que el animal le correspondió de la misma manera.

Eso sucedió hace muchísimo tiempo y he olvidado casi todos aquellos episodios menores. No obstante, aún hoy día algunas escenas se despliegan vivas ante mis ojos.

Una vez ocurrió lo siguiente: O Paek Ryong era entonces jefe de la sección. Acompañado por su sección, abandoné Macun para realizar actividades políticas entre las masas de la zona de Luozigou. Yo apenas dormía, 2 ó 3 horas diarias, como promedio. Después de dirigir combates y ejercicios y trabajar con las masas, por lo general me acostaba a la una o dos de la madrugada, y cuando se acumulaban muchas tareas, tenía que pasar la noche en vela.

Desde que entramos en el paso Jiapigouling me puse a dormir sobre la montura. Quizás fuera la consecuencia de haber trabajado durante toda la noche anterior en Macun o Shiliping. Como el caballo blanco iba al frente del grupo, ningún guerrillero pudo percatarse de ello.

Pero, lo increíble fue que a partir de ese momento comenzó a aminorar el ritmo del paso de la bestia. Quien se dio cuenta de este cambio fue precisamente O Paek Ryong.

El caballo doblaba sus patas delanteras y las movía con mucho cuidado, escalando tan lentamente que llegó a irritar a O Paek Ryong, quien pensó: “¿Por qué hoy este animal, camina tan extrañamente como un gentilhomme inglés?”

También al descender avanzó con dificultad, con las patas traseras encogidas. Entre tanto, la sección nos alcanzó y adelantó bastante. Detrás quedamos O Paek Ryong, el caballo y yo. El jefe de la sección, aunque se sentía muy intranquilo y preocupado por mí, no podía fustigar a la bestia sobre la cual iba su superior.

Al terminar de descender y llegar a la orilla del río Jiapigoujiang el equino se paró ante el tronco de paso. Al verlo así, indeciso ante

un obstáculo que otrora vencía con tanta ligereza, aumentó la extrañeza de O Paek Ryong.

“¿Por qué no lo reprende ni apura si se ha vuelto tan holgazán?”, pensó y me miró y apenas entonces se dio cuenta que yo dormitaba.

—¡Qué formidable animal! —gritó en voz alta el jefe de la sección sin poder aguantar su admiración.

El caballo tocó el tronco con su pata delantera produciendo ruido. Al oírlo me desperté.

—Hoy vamos a servirle una comida exquisita.

Contento O Paek Ryong le acarició las crines. Me pregunté: “¿Se habrá producido algún milagro mientras dormitaba?”

—¿Por qué ese agasajo?

El jefe de la sección me contó animadamente cómo el animal había escalado el paso Jiapigouling y vacilado ante el tronco que servía para cruzar el río.

—Mi padre decía que antaño al mejor caballo del país se le daba el título de caballo del Estado. ¿Qué opina si también le ponemos este título al caballo blanco?

—¿No hay otro título mejor? Si es verdad lo que me ha contado, compañero Paek Ryong, vale la pena llamarle primer caballo bajo el cielo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa el mejor caballo de la Tierra.

—Entonces, sí, sería bueno llamarle así. Una vez mi hermano O Jung Hwa me dijo que antes, en cierto país, se concedían incluso altos rangos jerárquicos a los caballos.

—También he oído algo parecido. Un emperador le confirió a su corcel adorado hasta el rango de gobernador ejecutivo. Le servían los alimentos en comederos de marfil y las bebidas en vasijas de oro y le rendían pleitesía. ¿Qué cree si le conferimos el rango de primer gobernador?

—De todas maneras, es un animal extraordinario. ¿Cómo habrá podido saber que usted dormitaba, si no tenía ojos en la espalda?

Por fin, al tirar de las riendas, el caballo blanco salvó el tronco y

corrió velozmente. Algún rato después nos unimos a la sección y llegamos a Sandaohezi, en Luozigou. Allí hay un lugar donde se alzan dos peñascos gemelos, uno en cada orilla del río. En el agua pululaba el albur.

Sobre un yerbazal tracé un círculo y en él dejé al equino con las riendas al cuello. Después envié a los soldados a Sandaohezi, Sidaohezi y Laomuzhuhe con la misión de hacer labor de propaganda entre las masas. A continuación estuve hablando largo rato con los trabajadores políticos y los jefes de organizaciones clandestinas que me aguardaban en una orilla del río.

Al terminar la conversación me dirigí adonde estaba el caballo. Para mi gran sorpresa, seguía pastando quietamente dentro del área que había marcado hacía horas. En verdad era un corcel único.

Una vez, gracias a él la revolucionaria Hong Hye Song se salvó de un gran peligro. Era una intelectual que en Corea había recibido una instrucción media alta. En Longjing realizó actividades clandestinas junto con jóvenes y estudiantes progresistas y, después, considerando la zona guerrillera un paraíso, se trasladó al territorio de Wangqing, donde se dedicó al trabajo político.

Su padre era un conocido especialista en medicina tradicional coreana. Desde que se estableció en la zona guerrillera, Hong Hye Song con un prodigioso método de cura revelado por su padre ayudó mucho a la campaña contra la sarna entre los combatientes y los pobladores. Todos en la zona, tanto los guerrilleros como los civiles, amaban a esta trabajadora política, de procedencia intelectual, hermosa y valiente, que, además de ser una persona alegre y sociable, poseía secretos de la medicina tradicional.

En cierta ocasión, mientras me dirigía junto con Jo Wal Nam, hacia una localidad llamada Xidapo oí de súbito detonaciones que provenían de un punto no muy lejano. Suponiendo que había irrumpido alguna tropa “punitiva” en nuestra zona, galopamos hacia el lugar, y para nuestro asombro, encontramos en medio del camino a Hong Hye Song, quien de regreso de una misión en una localidad, había sido sorprendida por una emboscada y allí estaba resistiendo a duras penas.

Los enemigos, frenéticamente empeñados en apresarla viva, gritaban y disparaban al aire.

La situación era extremadamente crítica. Ella corría el peligro de caer en manos del adversario. Espoleé al caballo y logré asirla y subirla sobre el animal, el cual, como si entendiera mi propósito, casi voló unos 4 kilómetros. Fue así como la salvamos.

Después del suceso la gente de la zona guerrillera llamó por unanimidad al corcel blanco caballo excepcional.

Si Hong Hye Song no hubiera caído en Baicaogou durante una operación de “castigo” del enemigo, ahora, junto conmigo, recordaría con gratitud a aquel caballo.

Cabalgando en él estuve varias veces en Liangshuiquanzi para convertirlo en una zona semiguerrillera. Nuestras organizaciones actuaban tanto en Luozigou, Sandaohezi, Sidaohezi, Laomuzhuhe y Taipinggou como en Nandadong, Beidadong, Shitouhezi y Jiazaigou, en la región de Liangshuiquanzi, y en otras aldeas de la zona de Tumen.

Es posible que algunos no crean que por poco cedo a otra persona esta magnífica bestia.

La situación en que me vi obligado a decidir despedirme de mi caballo blanco, se presentó cuando, junto con un grupo de soldados de O Paek Ryong, cumplía labores políticas en el paso Gufangling, o en otra localidad, no recuerdo bien. Era una época de hambre y los vecinos sufrían mucho por la escasez de provisiones.

En varias ocasiones asaltamos a los enemigos estacionados en las cercanías y conseguimos alimentos. Pero, con lo que obteníamos era imposible cubrir las necesidades. Entregamos al pueblo hasta nuestras reservas al disminuir al máximo su consumo y, al mismo tiempo, simplificamos todavía más nuestro régimen alimenticio. Como consecuencia, decreció forzosamente la cantidad de pienso para el animal. No era nada fácil conseguir heno, aunque fuera paja de cereales que podían sustituirlo, para no hablar de piensos superiores como avena, cebada o soya.

Mis leales soldados hacían lo indecible por el caballo blanco. Por

muy adversas que se presentaran las circunstancias para las operaciones de la unidad, iban a las aldeas de los contornos e incluso a las zonas enemigas, donde conseguían de tiempo en tiempo avena, sal y otras cosas para el equino. Algunos peinaban los campos para reunir las espigas de granos que quedaban después de la recolección. Lo recogido con mucho empeño lo desgranaban en las palmas de sus manos y lo metían en los bolsillos, para dárselo al caballo. Cada vez que alguno de esos soldados se le acercaba, el corcel solía rozar sus bolsillos con el hocico.

Si ellos lo cuidaron y amaron con tanta abnegación, todo fue por mí; era una expresión de su camaradería revolucionaria y lealtad hacia mi persona.

Estaba indeciblemente agradecido por ese sentimiento de amistad y lealtad, pero por otra parte no podía dejar de sentirme apenado e incómodo. En los momentos en que los veía conseguir afanosamente el pienso o atender a la bestia, en mí se producía una reacción: “no debía recibir más sus servicios”.

No estaba acostumbrado a que otros me sirvieran. Si alguien me pregunta cuándo me sentí más embarazado en mi vida personal durante el período guerrillero, le diría que en las ocasiones en que los soldados me otorgaban privilegios. En los momentos en que me concedían tratos o beneficios especiales de los que no disfrutaban los demás, el sentimiento que me abrumaba no era el de superioridad o de autosatisfacción, considerándome un ser particular, sino el de culpabilidad, de intranquilidad, como si estuviera sentado sobre una estera de agujas.

Decidí, pues, ceder a los campesinos mi amado y fiel corcel para liberar a los soldados de la carga de cuidarlo, si bien con esto tendría que soportar incomodidades durante algunos meses por la dolencia de la pantorrilla que no se me había curado por completo. Si el caballo blanco se utilizaba como animal de labor en alguna zona semiguerrillera, estaría a salvo de la muerte al no recorrer más los campos de batalla. Primero pensé si no era mejor dárselo a aquel anciano que había trabajado como criado, en Shiliping, pero luego

renuncié a ello porque existía la posibilidad de que el viejo se extrañara y se afligiera.

Hice venir al jefe de guardia y le di la instrucción de que al mediodía le diera al caballo una exquisita y abundante comida, aunque tuviera que gastar todo el pienso que quedaba.

—Hoy dale al caballo blanco los más exquisitos piensos de entre los que quedan y en abundante cantidad. Por la tarde tendrás que llevarlo al poblado del otro lado del monte y entregarlo al presidente de la asociación antijaponesa local. Te aconsejo que lleves todo lo que queda del pienso. Y dile que le dé el caballo a la familia más pobre, sin ningún animal de labor.

—Entendido.

El jefe de guardia contestó, pero tardó en salir del cuarto.

—Ve y ejecuta la orden —le apresuré en tono severo al verlo vacilar.

Una vez que se fue, volví a reflexionar y llegué a arrepentirme dudando si no habría sido demasiado cruel para el caballo blanco la orden que acababa de dar. Salí para despedirme por última vez de él. Como todos los otros días, lo rasqué con la almohaza y la bruza y le acaricié decenas de veces sus crines. Sentía desgarrarse mi pecho al pensar en los miles de *ríes* que recorrimos juntos.

De súbito ocurrió algo inesperado.

De los ojos del caballo que me observaban detenidamente comenzaron a caer lagrimones. Me asombré sobremanera: “¿Cómo este adorable caballo presintió la separación?!”

Parecía que había leído en mi cara la sentencia que le dicté.

Mirando su doloroso aspecto comprendí por primera vez que también en el mundo de los mansos animales a los que los hombres obligan a latigazos a servirles existen bellas virtudes, y que éstas enriquecen y diversifican la hermosura del mundo en que vivimos.

“Perdóname, hoy, a pesar nuestro, tenemos que separarnos. La despedida es tan dolorosa que me desgarró el corazón, pero ya no puedo disfrutar más del lujo de andar sobre tu lomo. Nunca en mi vida podré olvidar los abnegados servicios que tú me has prestado,

sobreponiéndote a incontables dificultades.”

Antes de volver a mi cuarto permanecí un buen rato con la cara hundida entre sus crines.

Aquel día, presa de un sentimiento de vacío, casi no pude trabajar. Hubo momentos en que pensé con arrepentimiento que había tomado una decisión insensata por cuidar demasiado de mi honor. Pero, como ya estaba dicho no podía retirarla. Mientras esperaba que el jefe de guardia viniera para rendirme el parte de la tarde, a mi amable caballo blanco deseé con sinceridad que le tocara un dueño laborioso y amable.

Aunque era hora de cenar el jefe de guardia no llegaba. Cuando anochece, quien apareció ante mí no fue él sino el jefe de la sección O Paek Ryong. Traía mi cena y sin preámbulos él mismo se censuró.

—Como he violado la disciplina, merezco ser castigado.

No podía saber qué le había ocurrido.

—¿Ha violado la disciplina?

—Sin pedirle permiso, he asaltado un aserradero.

Y me explicó de modo impaciente lo relacionado con la acción.

Por la mañana, el jefe de guardia que había vuelto a la sección después de recibir mi orden de llevar el caballo a la aldea vecina, se encontró con O Paek Ryong, y hablándole de esa instrucción le manifestó que le era muy difícil cumplirla, aunque estaba dispuesto a ejecutar todas las demás. Y le propuso buscar juntos una solución.

O Paek Ryong apoyó la opinión del jefe de guardia:

—Parece que el compañero comandante dio esta orden porque le apena ver a los guerrilleros empeñados en atender su caballo blanco. Pero, ¿cómo podemos separarlos? Además, él todavía está padeciendo de la pantorrilla. Si conseguimos mucho pienso y nos mantenemos en nuestros trece, es posible que revoque su decisión. Así que usted, compañero jefe de guardia, dejará al caballo en un lugar retirado en vez de llevarlo a la aldea. Entretanto iré a la compañía maderera Qinhe en busca de pienso. No informe de mi acción.

El mencionado aserradero se encontraba a unos 16 ó 20 kilómetros de Xiaowangqing. O Paek Ryong conocía a uno de sus

capataces. Éste iba a menudo a la zona guerrillera por asuntos de tala.

El jefe de sección integró un grupo de unos 5 ó 6 combatientes para conseguir el pienso y en un soplo llegó al aserradero. El capataz, a quien conocía, le dijo que podría tener malas consecuencias si entregaba dócilmente cereales a los guerrilleros, por lo que sería mejor que asaltaran la instalación.

Considerando razonable la propuesta, el grupo neutralizó al centinela e irrumpió en la sala donde los empleados administrativos y guardias jugaban a las cartas. Los desarmó como un relámpago y se retiró sin contratiempos llevándose 4 ó 5 grandes sacos de avena y soya.

Cuando O Paek Ryong terminó de rendir su informe, puse a un lado los platos de la cena y salí. Tal como me había dicho, en vez de estar en una pobre casa campesina de la aldea vecina, se encontraba en su establo tras haber permanecido todo el día fuera de mi vista.

El caballo blanco, luego de resoplar sonoramente, movió varias veces su cabeza de arriba abajo y viceversa, como si me expresara su agradecimiento.

Sentí que los ojos se me humedecían. En resumidas cuentas resultaba placentero saber que se encontraba cerca.

Pero, algo me obsesionaba: ¿Cómo debía tratar el caso del desmesuramiento de O Paek Ryong, tan intrépido como el oso del monte Paektu, y del jefe de guardia, quienes incumplieron una orden del comandante? ¿Cuán ingenuas eran la subjetividad y la terquedad de O Paek Ryong, quien incluso había asaltado un aserradero al juzgar a su manera que si se conseguía abundante pienso, su superior podría retirar la decisión de enviar el caballo a la aldea vecina! Me alarmé al percatarme de que si no arrancaba en su estado embrionario aquel desmedido subjetivismo, nadie sabía qué consecuencias podría acarrear, aunque a la par experimentaba un sentimiento de agradecimiento.

Lo inexplicable fue que yo, que no sabía hacer concesiones en cuanto a los principios, no podía plantearlos a diferencia de otras

veces. Desde que vi cómo el caballo blanco me inclinaba su cabeza con los brillantes ojos lagrimosos cuando me puse a rascar su lomo con la bruza, perdí incomprensiblemente el ánimo para reprender a O Paek Ryong por haber violado mi orden.

Y además, como se obstinaba plantado ante mí inmovible como un toro, no podía ni volver a exigirle que se llevara el animal.

—Compañero comandante, usted puede sancionarme o destituirme. Pero, sepa que mientras este O Paek Ryong viva, no se podrá enviar al caballo blanco a ninguna otra parte.

Después de este ultimátum, resolló fuertemente como quien ha librado una gran guerra.

Por dentro sentía el deseo de abrazarlo y palmeándole su espalda decirle “¡Gracias!”, “¡Gracias!”. En varias ocasiones quedé conmovido ante la lealtad de este jefe de sección, poseedor de una valentía inigualable, que por mi persona estaba dispuesto a arriesgar su vida, arrojándose hasta en el fuego y el agua. Él me seguía y respetaba, considerándome su hermano mayor, porque, según afirmaba, Kim Il Sung era quien le había enseñado las letras coreanas a un ignorante como él y hecho saber las cosas del mundo.

Por mi parte, también lo cuidaba, amaba y formaba como si fuera mi hermano pequeño.

Y este hombre, hecho todo un jefe militar había atacado un aserradero, exponiéndose al peligro, para conseguir alimento para mi caballo blanco.

No obstante, su acción, llevada a cabo sin el permiso del superior, constituía un grave acto de indisciplina. Si lo perdonaba, corría el riesgo de que cometiera otros todavía peores. ¿Qué medida aplicar?

Es importante que en casos así el comandante tome decisiones acertadas.

Mirando cómo humeaba mi tazón de sopa, O Paek Ryong me dijo con voz preocupada:

—Se está enfriando la sopa. Por favor, primero coma, luego tendrá tiempo para sancionarme.

Se me nublaron los ojos. Sin que supiera el motivo, sentí un nudo

en la garganta al verlo inmóvil en espera del castigo.

Tenía antecedentes poco comunes: muy joven aún, cuando actuaba en la vanguardia de niños, había cruzado el río para ir a Onsong, donde con un arma de fabricación casera, que le decían pistola de fósforos, ajustició a un policía aduanero y regresó con el fusil arrebatado. Nacido en una familia numerosa, de 17 bocas, conoció de pequeño las dificultades, pero como poseía una fuerte tendencia a la justicia y la solidaridad, se granjeaba la simpatía de los compañeros.

Tenía tan grandes deseos de ser guerrillero que incluso fue el protagonista del famoso “caso de los casquillos”. Al llegar a sus oídos el rumor de que para ingresar en la guerrilla hacía falta contar con seguros avales que podrían ser hombres o siquiera un fusil arrebatado al enemigo o, por lo menos, una granada de mango largo de madera, se precipitó hacia un lugar donde apenas acabó de terminar un combate, y allí se ató con cortezas de árbol las dos perneras del pantalón y sujetándolo con una mano, con la otra recogió balas y casquillos hasta llenarlas. Se fue directamente adonde estaba la guerrilla. Cuando llegó sudaba a chorros.

Al desatar las dos perneras cayó al suelo todo un saco de balas y casquillos.

—¿Qué dicen? ¿No es suficiente para aceptarme en la guerrilla?

O Paek Ryong miró arrogante al jefe de la compañía.

En el instante en que esperaba oír la respuesta de éste, de las bocas de los guerrilleros salieron estrepitosas carcajadas

—Oye, Paek Ryong, ¿por qué recogiste estos casquillos? Son cartuchos disparados —le dijo el jefe de la compañía con rostro sonriente.

O Paek Ryong creía que esos también servían para matar a los enemigos. Al comprender su equivocación se puso a escoger las balas que eran centenares.

El “caso de los casquillos” le sirvió de buena donación para su ingreso en la guerrilla.

Una vez en ésta, peleó con valentía para vengar a sus padres y hermanos asesinados en operaciones “punitivas” enemigas. Al

principio estuvo muy afligido. Fue sancionado porque cuando limpiaba las armas, se le escapó un tiro.

El comisario de la compañía que le aplicó el castigo era un agente del enemigo. Al ganarse la confianza de los sectaristas que ocupaban importantes puestos en el comité especial del partido en Manchuria del Este y en el comité distrital, pudo llegar al cargo de comisario de compañía. Aprovechándose de su posición, tejió toda clase de intrigas para desmembrar la guerrilla desde adentro.

La sanción que le impuso fue inhumana y vil, inimaginable desde el punto de vista de la disciplina o la moral del ejército revolucionario. Le ordenó ir a Mudanchuan, donde se estacionaba una compañía del ejército títere manchú, para arrancar y traer la insignia del Estado manchú izada en la parte central de la ciudadela, defendida por un vallado.

Sin duda, la orden significaba la muerte segura en una acción aventurera en la zona enemiga. Los compañeros de O Paek Ryong pensaron que éste no podría regresar vivo.

Pero, fue a Mudanchuan, a 40 kilómetros del lugar donde se encontraba la guerrilla, y regresó sano y salvo con la insignia.

Con posterioridad, aquel comisario no dejó de acechar perversamente la oportunidad para atentar contra su vida. Hasta prohibía que los guerrilleros comieran el arroz mojándolo en agua, predicando que en el ejército no se debía consumir nada de líquido, ni siquiera sopa, limitándose a comidas secas.

Una vez, en la compañía se sacrificó una vaca, cosa muy rara. Los soldados, que estaban tan hartos del “arroz y otros alimentos secos” que hasta sentían crecer pelos en sus intestinos, se alegraron mucho al poder comer por fin una rica sopa de carne con arroz.

Sin embargo, en esa ocasión también apareció en el comedor el odioso comisario, quien ordenó que se ingiriera sólo el arroz y la carne sin líquido porque, explicaba él, al comer de pronto sopa de carne de vaca, cosa que no se acostumbraba, podrían presentarse casos de diarreas. Y los soldados no pudieron probar la sopa que tanto deseaban.

O Paek Ryong y otro guerrillero fueron los únicos que tomaron esa sopa desafiando a la prohibición. En la cocina trabajaba la esposa de uno de sus hermanos mayores y ella les sirvió a escondidas. Pero tuvo mala suerte. Comía en el patio de la nave, detrás de un montón de leñas, cuando fue descubierto por el comisario. El hecho le sirvió a éste de pretexto para declararlo perteneciente a la “Minsaengdan”. Si no lo hubieran avalado sus compañeros de armas, seguramente habría sido ajusticiado.

Más tarde, se comprobó que el comisario era un agente enemigo y O Paek Ryong fue quien lo fusiló.

“Si aplico otra sanción a O Paek Ryong que está resentido por aquel castigo que le empujó intencionalmente a una muerte casi segura, ¿esta medida no le dejará otra herida, aunque en diferente sentido?”

—Compañero jefe de sección, estoy agradecido por el hecho de que haya ido hasta la zona enemiga para buscarle comida a mi caballo. Pero la violación de la disciplina es un grave error en el que un jefe no debe incurrir nunca. No pueden darse más tales casos. Teniendo en consideración la opinión de ustedes, no enviaré al caballo a ninguna otra parte. ¿Qué dice, está contento?

A esta pregunta O Paek Ryong respondió con una amplia risa:

—Sí, estoy satisfecho.

Luego se fue a su albergue dando saltos como si fuera un niño.

Así, con unas cuantas palabras dejó concluido el asunto.

El caballo blanco siguió sirviéndome con fidelidad.

Todavía no puedo olvidar lo ocurrido cuando estaba en su apogeo la batalla por la defensa de Xiaowangqing. Los enemigos habían logrado penetrar hasta el valle Hwanggari, parte más retirada de Lishugou y perpetraban matanzas en la zona guerrillera. Montes, campos y valles estaban cubiertos de cadáveres y las casas se reducían a cenizas.

A cada momento, para dirigir los combates tenía que correr en el caballo blanco de un lugar a otro bajo una verdadera lluvia de balas. Si un día organizaba la defensa en el monte Jianshan, al otro estaba

en el monte Mopanshan para rechazar el ataque enemigo y al siguiente galopaba hacia la cota detrás de Lishugou, donde protegimos el refugio de los pobladores. Durante estas interminables carreras en todas direcciones, pasé por momentos extremadamente críticos.

Tan densamente cayeron los proyectiles a mi alrededor que una vez ardió el forro de piel de mi sobretodo. El fuego pudo envolverme en un instante, pero no lo sentí porque como el caballo galopaba en dirección contraria al viento los faldones encendidos flotaban hacia atrás.

Sólo cuando el animal comenzó a correr con el aire a la espalda me di cuenta de que el sobretodo ardía. Las llamas se extendieron hacia adelante. Pero ya era tarde para quitármelo. Y si saltaba a tierra en plena carrera, me exponía a perder la vida o por lo menos recibir un golpe, al chocar contra alguna roca.

En este preciso momento de desesperación el caballo aminoró la velocidad ante un hueco lleno de nieve y doblando las patas delanteras se dejó caer con lentitud de costado. Salté rápidamente y comencé a rodar sobre la nieve hasta que se apagó el fuego que se había llegado hasta la chaqueta.

De las dos patas delanteras de mi caballo blanco corría sangre.

Si no hubiera sido por él, aquel día no habría podido salvar mi vida. O tal vez, no hubiera podido evitar quemaduras tan graves que me pusieran al borde de la muerte.

No supe con qué palabras elogiar la excepcional intuición y habilidad del animal. ¿Cómo pudo saber que me estaba quemando? Es un enigma.

Nunca he podido descifrarlo. Su extraordinaria facultad podría derivarse de su sensibilidad biológica, pero ¿de dónde nacería su asombrosa fidelidad que le hizo salvar a su dueño aún hiriéndose él mismo?

En el mundo hay una expresión que dice perro fiel y caballo adorado, pero a veces tengo el deseo de cambiarla así: caballo fiel y perro adorado.

Mi caballo blanco se hizo legendario, amado por los pobladores de la zona guerrillera. Su fama llegó a las zonas semiguerrilleras de los contornos de Xiaowangqing y hasta al conocimiento de los habitantes de los territorios dominados por el enemigo.

Las anécdotas sobre el equino llegaron hasta los oídos de Wu Yicheng, quien deseó mucho poseerlo.

Cuando estuve en Luozigou para contactar con las tropas antijaponesas chinas con vistas al frente conjunto, él me dijo:

–Comandante Kim, ¿no quiere cambiarme su corcel blanco por 50 caballos?

No recuerdo bien qué respuesta le di, pero una cosa es segura: al terminar las negociaciones regresé a Macun montado sobre el caballo que tanto deseaba poseer el comandante Wu Yicheng.

Aquel caballo blanco, que durante casi dos años recorrió conmigo miles de *ríes*, tanto llanos como tortuosos, cambiando innumerables veces de herraduras, murió en el invierno de 1934, en Xiaowangqing.

Cuando retorné de la primera expedición al Norte de Manchuria, no lo encontré; sólo su tumba, hecha por mis compañeros, me acogió tristemente. No encuentro cómo expresar el dolor que sentí.

Al verme muy afligido, los soldados propusieron disparar salvas en honor del caballo, pero no lo acepté. ¿Qué sentido tenía? Ya sin eso él había pasado una vida tormentosa, en medio de interminables disparos y explosiones. No lo hagan, dije, para que, aunque sea en otro mundo, pueda descansar en silencio. Todavía hoy día debe conservarse su tumba en un lugar de Wangqing.

A principios de 1960, cuando O Paek Ryong era jefe de la dirección general de la escolta, los dos cabalgamos una vez y en esa ocasión intercambiamos recuerdos sobre aquel caballo blanco. Transcurridos decenas de años desde entonces, el ex jefe de la sección de la guerrilla y yo recordábamos pormenores relacionados con el animal.

De aquellas evocaciones se enteraron, no sé por qué conducto, los escritores Song Yong y Ri Ki Yong. Y un oficial del Ejército

Popular, me dijeron, les había rogado escribir algo sobre el equino. No supe otros detalles.

De todas maneras, el corcel, nacido y muerto en medio de las llamas de la guerra de resistencia antijaponesa, reapareció no en un libro de relatos sino en un óleo, en el Museo de la Revolución Coreana. Su historia legendaria llegó hasta el pintor Jong Kwan Chol por medio de los escritores Ri Ki Yong y Song Yong. Al visitar el museo a insistencia de O Paek Ryong, vi con sorpresa la pintura. En el lienzo, al principio, estábamos sólo él y yo. De súbito pensé en mis ex soldados de enlace y en O Paek Ryong, quienes junto con el caballo blanco me fueron tan fieles, y por eso opiné que habría sido mejor si en la obra hubieran aparecido también ellos. En consideración de esta observación, posteriormente el autor la retocó, incorporándole las figuras de dos enlaces. Esa es precisamente la que está ahora en el Museo de la Revolución Coreana.

De vez en cuando iba a este museo impulsado por la añoranza a mis fieles enlaces y al caballo blanco.

Ahora que soy un anciano con 80 pesados años a cuestas, me limito a evocarlos a menudo. Aun hoy día, aquel fiel animal se mueve vívidamente ante mis ojos.

Si hubiera sido un ser humano, habría sido apreciado como el más fiel entre todos los fieles.

CAPÍTULO VIII. BAJO LA BANDERA ANTIJAPONESA *(Febrero de 1934 - octubre de 1934)*

1. Ri Kwang

Fue en Jilin donde trabé amistad con Ri Kwang.

El grupo de Kim Jun desgajado de la Federación General de la Juventud en Manchuria del Este me lo presentó.

Mis compañeros hicieron conjeturas sobre su aparición, cada cual a su manera: uno estimó que venía a estudiar, otro juzgó que buscaba una organización, y un tercero dedujo que quería estar al tanto de la situación del movimiento juvenil y estudiantil en la región de Jilin. Kim Jun me dijo al oído que en su opinión asistiría a una reunión secreta de maestros a nivel provincial.

La primera impresión que Ri Kwang me produjo fue la de un hombre inteligente, intrépido y serio. Posteriormente, en los repetidos encuentros llegué a conocer que era excepcionalmente sensible, compasivo y amigable.

Mis compañeros se encariñaron con aquel joven desconocido y trataron de convencerlo de que se quedara en Jilin, engatusándole; incluso le dijeron que la escuela secundaria Wenguang era buena para adquirir conocimientos, el Instituto superior judicial para ocupar un cargo jerárquico y la escuela secundaria Yuwen para hacer la revolución.

Ri Kwang se quedó en Jilin. Explicó que cuando estudiaba en la escuela primaria en Guchengzi, en el distrito de Yanji, había estado algunas veces en Jilin para llevar recados de los viejos del Ejército

independentista, y en comparación con entonces el ambiente de vida de sus jóvenes cambió tan profundamente que no se podía reconocer, pues si antes ni siquiera se sentía que existían, ahora, como resultado de las enérgicas actividades sociales de los estudiantes, le parecía que la ciudad hervía como un crisol. Por tanto, estudió algún tiempo en la escuela secundaria No. 5 de Jilin.

Las primeras personalidades que conoció fueron, en su mayoría, caudillos del Ejército independentista, como Hong Pom Do, Kim Jwa Jin, Hwang Pyong Gil y Choe Myong Rok. En la casa de los padres de su esposa, en Guchengzi, estuvo instalada por largo tiempo la jefatura de una unidad de aquel ejército, lo cual le proporcionó la oportunidad de tratar a muchos dirigentes del movimiento nacional. Habilidadoso, rápido de raciocinio y duro de boca, no tardó en atraer la atención de los viejos del Ejército independentista. Tal vez éstos intentaron hacer de él un cuadro de reserva de dicho ejército, al igual que O Tong Jin y Ri Ung pretendieron formarme como su sustituto.

De muy niño estudió los caracteres chinos en una escuela privada que administraba su abuelo materno, mas, a causa de la grave enfermedad que sufría su padre, desistió del sueño de pasar al curso superior y, cuando tenía 14 años, se dedicó a mantener la familia; a los 16 estaba totalmente al frente de ella. Por eso terminó muy tarde los estudios en la escuela pública. Después fungió como maestro en escuelas primarias de Yanji y Wangqing.

En esa época llevaba su nombre original: Ri Myong Chun. Pero, desde que ejercía el magisterio en Beihamatang, en Chunhuaxiang, comenzaron a llamarlo Ri Kwang. A la sazón, las ocho escuelas de los alrededores efectuaban en ese poblado concursos de oratoria o competencias deportivas como eslabón de las actividades de ilustración y él participó en partidos de fútbol integrando el equipo de Hamatang bajo ese seudónimo porque había estado involucrado en un trabajo clandestino. De ahí surgió el nombre de Ri Kwang.

—El Ejército independentista fue el vehículo que me transmitió el nacionalismo y el comunismo —manifestó en nuestro primer

encuentro, recordando la etapa de Guchengzi. Estas palabras me sonaron paradójicas.

—¿Es que esos viejos del Ejército independentista te impusieron a la vez las dos corrientes ideológicas?

—No, imponer no, sería más adecuado decir que me pusieron bajo su influencia. De todas maneras, por su medio me llegaron el nacionalismo y el marxismo-leninismo.

—Tal vez eran partidarios de una corriente ideológica dual.

—Mejor sería considerar que buscaban un cambio de ruta. Mientras se dedicaban al movimiento independentista, leían a hurtadillas libros comunistas. En casa de mis suegros se veían esos libros en los rincones de los cuartos. Empecé a leerlos para matar el tiempo. Ahora estoy bastante instruido.

Al oírlo tomé fuertemente una de sus manos y dije sin ambages:

—Estoy contento de conocer a otro partidario del comunismo.

Pero Ri Kwang, agitando la mano, negó:

—No, todavía no soy comunista. No son pocas las ideas incomprensibles que he encontrado en los principios del comunismo que pregonaron Marx y Lenin. A mi simple ver, ese ideal parece demasiado infundado. Compañero Song Ju, perdóname por causarte pena con estas palabras, las dije porque no me gustan los rodeos. Compréndeme, por favor.

Me gustó la sinceridad con que se manifestó en nuestro primer encuentro. Era la primera de sus atractivas cualidades.

Como se ve, al principio Ri Kwang no era nacionalista ni comunista. En una palabra, se encontraba en un proceso de transformación ideológica. Se hizo un incondicional partidario del comunismo en virtud de los contactos con nosotros en Jilin. Sin embargo, no ingresó en la Juventud Comunista ni en la Unión de la Juventud Antimperialista que organizamos.

Según datos, antes de llegar a Jilin, había puesto en hipoteca tres de los documentos de propiedad de más de 30 mil *phyong* de tierra escolar con lo que consiguió más de 400 *wones* para el viaje. Pero su veracidad no fue comprobada. El Estado reservaba esos terrenos para

mantener en funcionamiento las instituciones educacionales. Suponiendo que fuera cierto, se deducía que su objetivo era tan ambicioso que lo llevó a embarcarse en la aventura de hipotecar tierras del Estado.

Al partir de la casa dejó a su cuñado una carta en la que exponía su firme decisión: “Buscaré a un auténtico patriota, aunque para ello sea necesario rastrear todas las campiñas de Manchuria y las ocho provincias de Corea. Nadie sabe cuándo se hará realidad mi deseo, si dentro de 10 ó 20 años. Pero te lo juro, no volveré a ver a mis padres antes de que lo logre.”

Este propósito deja ver su temperamento y el motivo de su infatigable recorrido por las principales ciudades y centros de actividad política de Manchuria.

Justo y cuidadoso, Ri Kwang era, además, ingenioso. Hablaba el chino tan suelto como los nativos del Noreste de China. Esta ventaja le facilitó desempeñar posteriormente los cargos de jefe de 10 familias, de 100 familias y de alcalde.

Yo, oriundo de la región occidental, aprendí de él las costumbres de Jiandao y de la provincia Hamgyong.

Después de establecerse en Jilin, Ri Kwang, no se sabe por qué, no quiso ingresar en ninguna organización. A mi juicio, fue por el concepto que tenía de Jilin: una estación de tránsito en su vida. Venía a verme muy a menudo y, por mi conducto, estableció relaciones especiales con mi madre.

Fue a verla al regresar a Jiandao después de interrumpir los estudios en Jilin. Antes de partir me visitó y de buenas a primeras propuso:

—Song Ju, ¿qué te parece si de paso voy a ver a tu madre en Fusong?

Quedé agradecido por su gentileza.

—¿Qué es eso de qué te parece? Ese melindre no te pega. Ve a verla si quieres. ¿Eso se pregunta?

—Bueno, iré a verla por mi voluntad. Otros la llaman “nuestra madre”, pero yo ni siquiera la conozco. ¡Qué descortesía! ¿Por qué

sólo Kim Hyok y Kye Yong Chun pueden llamarla “nuestra madre”?
¡Yo también quiero hacerlo!

—Gracias, Ri Kwang. Así mi madre tiene un hijo más. Desde hoy tú y yo somos hermanos.

—Entonces debemos hacer un brindis o, por lo menos, compartir el *kuksu*.

Huelga decir que hicimos el brindis y comimos *kuksu*.

Como había decidido, de paso a Wangqing permaneció unos días en Fusong, haciéndole compañía a mi madre. Su familia residía entonces en Wangqing, no en Yilangou del distrito de Yanji.

La carta que ella me escribió después que Ri Kwang partió de Fusong, se refería a éste de cabo a rabo.

“Song Ju, Ri Kwang partió hoy a Jiandao. Lo acompañé hasta el embarcadero del río Songhuajiang. La tristeza, como aquel día en que te dejé partir, no me dejó trajinar. ¿Cómo puede existir un hombre tan complaciente? Ni por un segundo lo sentí como hijo ajeno. Él también me dijo que le parecía que yo era su propia madre. Estoy contenta de tener cada día más hijos excelentes. En el mundo no existe mayor felicidad que esa. Me enviaste a un joven muy bueno. Estuvo en Yangdicun junto a Chol Ju para limpiar de hierbas la tumba de tu padre y rendirle tributo. No son pocos los amigos tuyos que frecuentan nuestra casa ni tampoco los jóvenes que conozco, mas Ri Kwang es el primero que se comporta de modo tan entrañable. Hago votos por que vuestra amistad se mantenga fresca, sin alterarse, como el pino que se ve en el monte del sur.”

La carta me dejó muy emocionado, y paseé muchas horas por las orillas del Songhuajiang. La satisfacción que emanaba de cada frase me contagié. Lo que alegraba a mi madre, me alegraba a mí también, lo que a ella le contentaba, me contentaba a mí. Si la visita de Ri Kwang le produjo tanta alegría, eso significaba para mí la mayor contentura.

Después que él partió de Jilin, recibí un giro postal por 10 *wones*.

En varias ocasiones he mencionado que durante mis estudios en

la escuela secundaria Yuwen, de Jilin, muchas personas me ayudaron en lo económico. En su mayoría eran amigos de mi padre como O Tong Jin, Son Jong Do, Ryang Se Bong, Jang Chol Ho y Hyon Muk Gwan que residían en Jilin o en Liuhe, Xingjing, Fusong, Huadian y otras bases principales del Ejército independentista y tenían acceso a la junta Jong-ui.

Entre mis protectores económicos en la etapa de Jilin se encontraban también miembros de la Juventud Comunista y de la Asociación de Estudiantes Cursantes. Sin Yong Kun, aunque no era rico, también me ayudó a costear los estudios. Estaba matriculado en la escuela secundaria Wenguang y era un activista de la Juventud Comunista.

Como he dicho, lo que mi madre ganaba al día con el servicio de costura, era insignificante, alcanzaba sólo a 5-10 *jones* (Medida monetaria equivalente a la centésima parte de un *won* –N. del Tr.). Suponiendo que obtuviera el máximo, en un mes podía reunir a lo sumo tres *wones* equivalentes al costo mensual de mis estudios en la escuela secundaria Yuwen.

Una vez acumulada esa cantidad, me la mandaba con alguien que fuera a Jilin, y no por correo para ahorrar el pago. Por eso nunca tenía necesidad de ir allí.

Cada vez que llegaba la remesa, brotaban en mí dos sentimientos contradictorios: uno de alivio, pues al poder pagar los estudios, no me avergonzaría y el otro, de preocupación por la situación de la familia que quedaba sin medios para un mes.

Tres *wones* eran tan miserables que apenas podían cubrir una comida para un hijo de familia rica. Más de la mitad de la matrícula de la escuela secundaria Yuwen la ocupaban hijos de adinerados. Días hubo en que a la escuela llegaban decenas de giros postales que llamábamos cáscaras de dinero. Entonces los de familias pobres, como en mi caso, que ni una vez recibíamos esos papelitos, nos sentíamos alicaídos.

En tal situación, era un fenómeno que yo, el más pobre entre los alumnos comunes, recibiera una remesa de diez *wones*.

En el camino hacia el correo, con el giro en la mano, trataba de adivinar quién sería el remitente.

Mas no logré descifrarlo. La única persona que podía enviarme dinero era mi madre, pero resultaba imposible que consiguiera de una vez tan enorme suma. Quizás los empleados del correo se habían equivocado con el nombre del destinatario, pensé, pero tampoco era probable que ocurriera eso.

En el correo no atendían de buen grado a los destinatarios que no conocían el nombre de los remitentes. Pero el empleado que aquel día recibió mi giro postal, me entregó el dinero sin preguntar el nombre del remitente. Todo lo contrario, fui yo quien lo hizo. Para mi sorpresa, desde detrás de la ventanilla se dejó oír “Ri Kwang”. Me quedé de una pieza. Tenía amigos más íntimos que él. No hay que decir que nos habíamos llevado bien en Jilin, pero ni siquiera me imaginaba que me remitiría una remesa.

Su gran corazón me dejó profundamente conmovido.

Aun después de regresar a Wangqing, Ri Kwang mantuvo relaciones con mi familia. Un día llegó a Xinglongcun, en Antu, donde vivía mi madre, con muchos paquetes de medicamentos y dinero.

El dinero lo había ahorrado de las mensualidades que recibía como jefe de cien familias. Era tanta su generosidad que se desprendía de todo lo suyo para ayudar a otros, sin poner reparos en lo que le pasaría después.

Cuando visitaba a mi madre, permanecía algunos días ayudando en los quehaceres domésticos. Así se granjeó el afecto de mi familia y se convirtió en su huésped favorito.

Cada vez que recibía alguna ayuda financiera, me sentía apenado por no tener capacidad para pagarla. Para compensarla con dinero era demasiado miserable lo que tenía mi familia. Decidí corresponder a las atenciones de mis amigos y compañeros siendo un excelente hijo de la Patria y fiel servidor de las masas.

En el invierno de 1929 Ri Kwang tomó el tren Jilin-Dunhua para visitarme, pero escogió un mal momento, pues me encontraba preso.

Sin embargo, por conducto de Kong Suk Ja, moza de la posada donde se alojó, conoció de la situación del movimiento juvenil y estudiantil en la región de Jilin y de las formas de lucha de su dirección. Kong Suk Ja, con fachada de moza, cumplía, por encargo de la organización de la Juventud Comunista, el papel de puente entre nosotros y los jóvenes que llegaban a Jilin. El encuentro con Ri Kwang en la posada dio pie para que años después se hiciera su segunda esposa. La primera, Kim Orinnyo, había muerto por una enfermedad.

Ri Kwang conservó durante largo tiempo la nostalgia por su difunta esposa. La amó mucho. Pensaba que no habría otra mujer tan excelente. Incluso se hizo el propósito de permanecer soltero por el resto de su vida. No había pasado un año desde la muerte de ella cuando le visitaron varios casamenteros, pero él, honesto y cabal, ni siquiera miraba a las mujeres.

Al igual que otros compañeros, cada vez que me encontraba con Ri Kwang, trataba de convencerlo para que se casara, por lo menos, en bien de sus pequeños hijos y sus padres enfermos. Podría decirse que lograr que accediera fue tan difícil como obtener savia de un árbol seco retorciéndolo. Aceptó mi consejo sólo después de las ceremonias conmemorativas del tercer aniversario de la muerte de Kim Orinnyo. Su segunda esposa Kong Suk Ja, tímida y generosa, atendía a los hijos de su marido con tanto cuidado que los vecinos se admiraban. Los muchachos, por su parte, le seguían como si fuera su propia madre. Por desgracia, ella no tuvo hijos.

Ri Kwang no obtuvo la deseada entrevista conmigo, sin embargo, por conducto de Kong Suk Ja, entabló amistad con alumnos de la escuela secundaria Yuwen y de la normal de Jilin involucrados en el movimiento revolucionario. La organización de Jilin sembró en su mente la verdad de que para alcanzar la independencia del país era insoslayable aglutinar primero todas las fuerzas patrióticas, y esto precisaba contar con una ideología y una línea que pudiesen servirle de bandera, y un centro de esa unidad y cohesión. Regresó a Jiandao convencido de ello.

Su visita a Jilin constituyó un punto de cambio para sus actividades revolucionarias. Aunque por ese paso cayó bajo la vigilancia de los agentes del consulado japonés y los policías de Manchuria, avanzó con valentía por la nueva ruta, sin titubear en lo más mínimo.

La Huelga de Cosecha Otoñal y la de Miseria Primavera fueron un importante factor que le confirmó la verdad que conoció en Jilin. Su concepto del mundo escaló un nuevo peldaño a través de esas luchas.

Después de trasladarse a Wangqing, fungió como alcalde en el poblado de Beihamatang. Era muy interesante que él, que solía decir que su ideal lo llenaba la revolución, se convirtiera en un simple servidor del organismo administrativo de base.

Nos volvimos a ver en Mingyuegou en diciembre de 1931.

El estaba muy atareado asegurando las condiciones de comida y albergue para los participantes en la Conferencia Invernal de Mingyuegou. Al verlo con un morral de mijo, encima de lo cual se mecían cinco faisanes, quedé encantado y dije para mis adentros: Bravo, Ri Kwang, sí eres un hombre.

El *kuksu* de fécula acompañado con carne de faisán y pollo, plato especial de Jiandao, resultó tan sabroso que comimos doble ración.

Después de hartarnos, Ri Kwang y yo, acostados con el *mokchim* por cabecera en un cuarto de la casa de Ri Chong San, charlamos hasta la madrugada.

Le agradecí primero, de todo corazón, la cordial atención con que rodeaba la vida de mi madre, y su ayuda financiera para mis estudios.

—Esta noche, mientras comía *kuksu*, pensé mucho. El esfuerzo que hiciste para cazar esos faisanes me conmovió. Cuando estudiabas en Jilin, a veces me invitabas a los restaurantes. ¿Cuándo podré compensar tus favores?...

Ri Kwang objetó tocándome ligeramente los hombros:

—Eso no es ningún favor. Te ayudé a ti y a tu familia con la idea de hacer una donación monetaria. Tu padre consagró toda la vida al movimiento independentista. Tú también te empeñas mucho en dirigir el movimiento juvenil y estudiantil. Es natural que se donen algunas monedas para una familia tan patriótica... Qué favor, nada de

eso. No vuelvas a mencionarme esa palabra.

Y simulando que estaba enojado, levantó el puño con un ademán amenazador.

En aquel momento me pareció ver otro bello rasgo de su carácter.

—Ri Kwang, no te comportes así. Cualquiera ayuda ha de recibir siempre palabras de gratitud. En nombre de mi madre y en el mío propio, te lo agradezco una vez más. Francamente, ni siquiera me imaginaba que nos prestaras tan sincera ayuda.

—Lo creo. Mira, Song Ju, no es casual que yo haya procedido de esa manera. Tengo motivos, ¿sabes?

—¿Cuáles?

—Un día tu madre me contó, como si narrara un cuento de viejas, lo que ocurrió con su matrimonio. Me dijo que había sido muy difícil concertarlo.

—Sí. Después de la muerte de mi padre, ella lo reveló a sus tres hijos. Fue un casamiento verdaderamente lastimoso.

La unión de mis padres debía efectuarse en vísperas de la “anexión de Corea a Japón”.

Chilgol, donde se encontraba la casa de mi madre, y Namri donde residía mi padre, estaban separados por un montículo bajo, a una distancia de unos siete *ríes*. Para ir de Namri a la ciudadela de Pyongyang era indispensable pasar por Chilgol. Y los de este poblado cruzaban por las cercanías de aquel, cuando se dirigían hacia Nampho. Como eran buenos vecinos y se visitaban con frecuencia, de vez en cuando se concertaban matrimonios.

También mi futuro abuelo por línea materna trató de buscar en Namri a un joven que mereciera ser su yerno, y vio su primer candidato en quien sería mi padre. Entre las dos familias iba y venía el casamentero, mi abuelo materno visitó la casa de mi padre, pero regresó sin decidirse. Aunque le gustó el joven, era demasiado pobre. Le daba aprensión e inquietud pensar que si su hija se casaba con él sufriría mucho. Estuvo en casa de mi padre otras cinco veces.

Mas, en ninguna de esas seis visitas pudieron agasajarle con una comida decente.

Sólo después del sexto viaje mi abuelo materno consultó con su esposa sobre el particular y envió a Namri una carta en que notificaba que estaba de acuerdo con el matrimonio.

—Esa historia me hizo conocer mejor a tu familia. Sé, incluso, lo de las jaibas. Te sorprendí, ¿verdad?

En efecto, me dejó de una pieza, porque ese suceso lo conocían sólo mi madre, mi abuelo Po Hyon, algunos otros familiares adultos y yo.

—¡Qué barbaridad! ¿Cómo pudiste averiguarlo?

—¿Te das cuenta cuán profunda es mi intimidad con tus familiares?

Ante mi asombro Ri Kwang hizo como que estaba ufano.

Había empezado a coger jaibas en Mangyongdae, cuando tenía seis o siete años. Mi abuelo salía mucho a cogerlas para contribuir a la alimentación de la familia. Esos crustáceos abundaban en el río Sunhwa, afluente del Taedong. No sabía por qué, pero mi abuelo me llevaba siempre. Quizás para que desde la niñez aprendiera a mantenerme. Los ricos ni siquiera pasaban los ojos por esos animalitos, pero salados nos gustaban sobremanera.

Su captura era muy sencilla y monótona, e incluso podría calificarla de sosa: se echaban en el río espigas de sorgo muy cocidas, y atraídas por su olor, las jaibas se reunían en tropel. Con este procedimiento cogíamos al día decenas o centenares. No cabíamos de gozo al regresar a casa con los macutos llenos.

Esos crustáceos ayudaron mucho al sustento de nuestra familia. Cuando teníamos huéspedes, mi abuela les ofrecía jaibas saladas. En esos momentos yo pensaba cuánto me gustaría agasajar a mis abuelos maternos. La casa de ellos en Chilgol era para mí un lugar sagrado que me infundía amor y simpatía ilimitados. Me gustaban el olor agridulce del pesebre y el trinar de las aves en las ramas del azufaifo en el patio. También tenía infinito apego a los cuentos que escuchaba sentado sobre la estera, en un ambiente impregnado del olor de la artemisa que se quemaba para espantar los mosquitos.

La hermana de mi madre me aconsejaba siempre que no me olvidara nunca de Chilgol porque era mi lugar natal. Tal vez porque

mi madre me parió en casa de sus padres. Pero mis abuelos paternos insistían que era Namri. “Es cierto que tu madre fue a la casa de sus padres para darte a luz, pero tu pueblito natal no puede ser Chilgol”, decían. Argumentaban que era una ley ancestral que como lugar natal se determinaba la casa del padre, no importaba dónde lo pariera la madre.

Amé por igual a la familia de los padres de mi madre y a la de mi progenitor, y frecuentemente este sentimiento se apoderaba de mí mientras cogía jaibas.

Cuando estudiaba en la escuela Changdok en Chilgol, iba a Mangyongdae cada domingo y acompañaba a mi abuelo en esa labor. Uno de esos días escondí la mitad de lo atrapado en un matorral y mostré a mi abuelo la bolsa con el resto.

Este dijo con pena: “Qué poco cogimos hoy”. Me hice el sueco.

Habría sido correcto que le hubiera confesado que había separado la mitad para llevarla a casa de los padres de mi mamá. Pero, no tuve la osadía de hacerlo por no saber si eso le causaría disgusto o alegría. Después de ayudarlo a llevar lo capturado hasta la casa, regresé y recogí en una malla la mitad escondida y corrí hacia Chilgol. Allí se alegraron mucho; gracias a mí, dijeron, podían tener un festín. Entonces insinué que las había cogido el abuelo Po Hyon, y era él quien merecía recibir las gracias.

Días más tarde, mi abuelo materno, en una visita a Mangyongdae, agradeció a su consuegro las jaibas. Al principio, éste se mostró perplejo, pero al escucharlo todo, quedó muy satisfecho, y posteriormente me elogió diciendo que tenía mucho juicio.

A esto se refería Ri Kwang. Una historia, un dramático resultado de la conjugación de la pobreza con los sentimientos humanos.

Me pareció que Ri Kwang no lo interpretaba así.

—Después de oír lo del matrimonio y lo de las jaibas, sentí compasión por tu familia —manifestó.

La generosidad que expresaban estas palabras me impresionó profundamente.

—¿Y cómo te va la alcaldía? —le pregunté. Era un asunto del que

quería saber desde que actuaba en Manchuria central. Por una información enviada desde Jiandao por compañeros mandados a Manchuria del Este, sabía que Ri Kwang, uno de los objetivos de trabajo que me despertaba mayor interés, se desempeñaba como alcalde de un pueblo en el distrito de Wangqing.

Sonrió.

—Me hace sufrir, pero es bastante provechosa. En el otoño pasado mis compañeros estuvieron detenidos por el cuerpo de defensa en Hamatang, pero los liberaron en virtud de mi aval. El cargo de alcalde surtió efecto.

Y en son de broma dijo que si se lo permitía, estaba dispuesto a ocupar ese puesto toda la vida.

Luego, al alardear yo de mi pueblito natal, bromeó:

—Si Mangyongdae tiene tan bellos paisajes, después de independizado el país me iré para allá contigo, junto con mi familia.

—¿Qué vas a hacer con Jongsong? Me dijeron que es tu cuna.

—Cualquier lugar puede hacer las veces de pueblito natal con tal de que se le tenga apego. Si me traslado a Mangyongdae, me destinarás una plaza de maestro en la escuela primaria. Tú serás el director y yo trabajaré bajo tu guía.

—Pero si no me gusta el magisterio ...

—No lo digas, porque sé que lo ejerciste en Antu o Guyushu, no recuerdo bien dónde, y que tu padre se desempeñó como maestro varios años.

Nuestra amistad creció todavía más durante la etapa en que organizábamos escuadrones volantes.

Inmediatamente después de formar uno en Wangqing según mi consejo, vino a Xiaoshahe. Por entonces los compañeros de Wangqing tenían grandes dificultades para preparar la Guerrilla Popular Antijaponesa a causa de los actos hostiles de las huestes de salvación nacional contra los comunistas y los jóvenes patriotas coreanos. Ri Kwang, había formado un escuadrón volante, pero estaba muy angustiado por no tener orientación para que actuara.

En esa ocasión le expuse mis opiniones sobre algunos problemas

de principio en la realización del frente unido con las tropas antijaponesas chinas, y las vías para resolverlos, y consulté con él, detalladamente, la orientación y los métodos para las actividades del escuadrón volante.

Ri Kwang aceptó mis consejos.

Mi madre lo agasajó aunque sólo con mezcla de mijo y sorgo, caldo de pasta de soya y ensalada de hierbas comestibles secas. El, por su parte, la trató con mucho respeto. El afecto de mi madre emocionó a Ri Kwang, mientras el entusiasmo juvenil y el cándido comportamiento de éste satisficieron a mi madre.

La fundación de la Guerrilla Popular Antijaponesa coincidió con su estancia en Xinglongcun. Mi madre dejó el lecho y junto a Chol Ju visitó las filas guerrilleras. Allí, acariciando el arma que Ri Kwang llevaba en bandolera, manifestó: Sólo con armas como éstas es posible efectuar combates verdaderos. Es imposible derrotar al ejército japonés con esas parecidas a patitas de gallo que llevaban los independentistas. Al verlos convertidos en guerrilleros y armados, me siento aliviada de todos los pesares acumulados en mi alma. Qué alegres estarían sus madres si los vieran así. Las madres lloran de pena si sus hijos cometen tonterías o trastadas, pero lloran de contento si los ven salir al combate con las armas en bien del país.

De regreso a Wangqing Ri Kwang se entregó al trabajo con el Ejército de salvación nacional.

Para esas actividades sirvió de mucho la experiencia del éxito de la acción conjunta que realizáramos en Antu con la unidad del comandante Yu. Al principio marcharon bien, sin grandes dificultades, y alcanzaron ciertos triunfos.

Muchas unidades de salvación nacional se integraron activamente al frente común antimperialista con nosotros.

Los comunistas desempeñaron el papel principal en ese proceso.

Pero el izquierdismo fue un estorbo. La consigna aventurera que sus partidarios pregonaron: “derrotar la capa superior y conquistar la inferior”, suscitó una fuerte reacción y odio en los altos círculos de las tropas antijaponesas chinas e indujo a no pocos comandantes del

Ejército de salvación nacional a ponerse en guardia ante los comunistas, a reprimirlos y asesinarlos.

Fue cuando Ri Kwang se puso a trabajar para captar a las unidades antijaponesas, lo cual era plausible en todos los sentidos.

Con ese objetivo se trasladó de Beihamatang a Taipinggou.

Visité su casa con frecuencia. Taipinggou, con unas 300 familias campesinas, se encontraba en un punto del triángulo Xiaowangqing-Yaoyingou-Laoheishan. No muy lejos pasaba la frontera Manchuria-Unión Soviética; a unos 8-12 kilómetros se encontraba Luozigou, y estaban situados en sus cercanías los principales centros de concentración de las tropas de salvación nacional. El escuadrón volante que dirigía Ri Kwang se hallaba estacionado en Jianchanggou, como a dos kilómetros de Luozigou.

El hogar de Ri Kwang se encontraba solitario en una pendiente a orillas del río, en el poblado principal de Taipinggou. Era impresionante el pozo con cigoñal que tenía al lado. Por eso la llamaban la casa del cigoñal. Bebí de ese pozo en varias ocasiones. En los bochornosos días de verano, cuando llegábamos allí, sudando a mares, él sacaba agua con el cubo del cigoñal y me invitaba a beberla. Tenía un gusto especial.

Cada vez que iba a Luozigou, visitaba a Taipinggou para saludar a sus padres. Efectuamos en esa casa la última reunión del comité de soldados antijaponeses, en la cual, junto con Zhou Baozhong, Chen Hanzhang, Hu Zemin, Wang Runcheng y otros comunistas chinos, examinamos el tema del frente unido con las tropas de salvación nacional.

Ri Kwang mostró su habilidad y capacidad como comandante en la defensa de Xiaowangqing y en otros grandes y pequeños combates. Su ejemplo influyó en los soldados del Ejército de salvación nacional, y como cuadro militar y político fue conocido entre las amplias masas en Manchuria del Este.

Wu Yicheng, quien llegó a confiar en el escuadrón volante como un auténtico contingente armado para la resistencia antijaponesa y antimanchú, lo designó jefe de la guardia de la comandancia del

frente de su unidad de salvación nacional y le puso incluso escoltas.

Posteriormente, Ri Kwang estableció relaciones con Tong Shanhao con miras a actuar con sus tropas en la resistencia antijaponesa conjunta.

Tong Shanhao, aunque tomó las armas contra Japón, se había convertido en un merodeador que tanto entonces, como ahora, muchos lo igualaban al *majok*.

Desde antaño existían muchos *majok* en la región de Manchuria. En las postrimerías de la dinastía Qing numerosos chinos se trasladaron desde el interior del país a Manchuria, pasando Shanhaiguan. Entonces los indígenas, para defender de su invasión las tierras y los patrimonios heredados de sus antepasados, organizaron grupos armados de autodefensa. Así aparecieron en Manchuria pandillas de voluntarios que los japoneses llamaban *majok*.

A diferencia de los “*sanjok*” o “*ryujok*”, salteadores comunes, los *majok* se consideraban hombres justos, con sus propias reglas de comportamiento y no perseguían apropiarse con violencia de los bienes ajenos. La sociedad de los *majok* estaba muy separada de la autoridad política central y propendía a oponerle resistencia.

Su vida no se concebía al margen de las armas. Ellos vivieron armados durante muchos años. Eso produjo una especie de envidia y simpatía entre las gentes. No era casual que en la región de Manchuria estuviera de moda el dicho “nyophyonambi”, que significa que la mujer debe ser prostituta y el hombre, bandolero.

En la sociedad de los *majok* no siempre eran respetadas sus rigurosas reglas de acción. En el curso de su existencia muchos se degeneraron y corrompieron, convirtiéndose en merodeadores. Hubo cuadrillas de carácter tan ambiguo que era difícil calificarlas ni de pandillas justas ni de bandoleras. Y muchas cuadrillas de salteadores aparentaban ser justas. Cada vez que éstas perpetraban matanzas brutales sobornadas y utilizadas políticamente por las fuerzas agresoras imperialistas y los militaristas nativos, causaban inimaginables consecuencias perniciosas.

Los conspiradores del imperialismo japonés captaron con presteza,

y utilizaron para la división interna de las fuerzas antijaponesas, el rencor y la antipatía que numerosos comandantes de las tropas de salvación nacional sentían hacia los comunistas a causa de la estrategia de “derrotar la capa superior” aplicada por los izquierdistas en el trabajo con las unidades antijaponesas chinas. “Iyjei” e “Ibijongbi” eran métodos tristemente célebres que los imperialistas japoneses, hábiles en el complot y diestros en incitar a la disputa, aplicaron para que las fuerzas antijaponesas combatieran y se mataran entre sí.

De esos métodos se valieron también para que Tong Shanhao exterminara a todos los integrantes del escuadrón volante de Ri Kwang.

De inicio se habían empeñado en hacerlo claudicar. En todas partes apareció el infame aviso de que se ofrecía una suma colosal a quien lo apresara, y si él se rendía, se le daría un alto cargo. Consideraban que para desarticular la unidad de Wu Yicheng era imprescindible detener la influencia de los comunistas, y que su vehículo principal era Ri Kwang. Se pudiera decir que su escuadrón era la brigada de choque del frente unido en lo profundo del Ejército de salvación nacional. De esto se deduce que el órgano de inteligencia de Japón conocía ciertamente lo que él valía.

Tong Shanhao, prototipo del bandolero, era un ignorante en asuntos políticos, a la vez que déspota y caprichoso, por lo cual fue fácilmente sobornado por los conspiradores japoneses. Sabedor de lo que pretendía Ri Kwang, y de acuerdo con el guión preparado por los imperialistas japoneses, lo engañó proponiéndole efectuar en Laoheishan las negociaciones para las operaciones conjuntas.

Ri Kwang falló al morder con presteza esa carnada. No sabía que Tong Shanhao se había convertido en un perro del imperialismo japonés. Por eso, marchó a Laoheishan con unos diez miembros de su escuadrón, entre ellos Wang Chengfu, secretario jefe de la comandancia del frente de la unidad de salvación nacional. La organización del partido le había advertido que lo pensara mucho porque era muy peligroso tener contactos con un caudillo de salteadores tan déspota como Tong Shanhao. A pesar de eso, Ri

Kwang no cejó en su decisión argumentando que si no se hacía realidad la línea del frente común antimperialista era imposible que la revolución avanzara, por eso debía ir aunque lo asesinaran.

Tong Shanhao preparó un banquete para él y su comitiva, y luego los mató a todos. En el lugar del asesinato quedó con vida sólo un hombre a quien recogimos, después que los bandidos se largaron creyendo que todos habían muerto. Posteriormente éste cayó en un combate que tuvo lugar en el bosque entre Luozigou y Laoheishan.

Cuando ocurrió esa masacre, Ri Kwang tenía 27 años. Su error fue que no actuó con cuidado. Para incorporar a Tong Shanhao en el frente unido, era preciso transformarlo primero en lo ideológico. Pero él trató de hacerlo mediante la amistad, en un plano humano. Por eso perdió la vida en una cabaña en las cercanías del Laoheishan.

Su muerte me conmovió mucho. Estaba embargado por un odio tal que me impelía a ir junto con mi unidad para eliminar la banda de Tong Shanhao. Si no hubiera sido por la voz de la razón que me decía que formar el frente común con las tropas antijaponesas era el deber, la misión y la estrategia general que el momento planteaba ante los comunistas, me habría lanzado a una sangrienta batalla de venganza, sin contenerme.

Toda Manchuria del Este condenó el imperdonable crimen de Tong Shanhao y reclamó vengarse de él con sangre. Los izquierdistas desenfundados se quejaron de que no hacíamos beber en el cáliz de la amargura a esos asesinos, enemigos de clase, movilizándolo a los guerrilleros. Hubo quienes calificaban de derechista no dar un escarmiento a Tong Shanhao.

Con la muerte de Ri Kwang la causa de los comunistas para el frente común antimperialista sufrió un golpe irreparable. Perdimos a un compañero tan valioso que por él no hubiéramos aceptado ni mil enemigos. Nos habían quitado otro pilar de la revolución coreana.

Me sentía como si alguien me hubiera tajado el cuerpo sin piedad. Apretando los labios y conteniendo el llanto, pude reflexionar: “No ha pasado todavía un año desde que se inició la guerra antijaponesa, pero ¡cuántos compañeros de armas se alejaron de mi lado! ¿Por qué

mis amigos se van de este mundo tan pronto como me encariño con ellos? ¿Acaso esta será mi suerte?”

Deambulando, como un barco a la deriva, con los puños apretados, por las riberas del río Xiaowangqinghe donde había analizado con Ri Kwang la estrategia de la guerra antijaponesa, renegué mil veces de mi suerte que me empujó a la insondable sima de la tristeza. Y decidí:

“La muerte de Ri Kwang no será en vano. Si impulsamos con éxito el frente unido con las tropas antijaponesas, al cual dedicó tantos esfuerzos y entusiasmo, se alegrará aun en la tumba.”

Su muerte me hizo apresurar las negociaciones con Wu Yicheng. Lejos de apartarme del camino del frente unido, me afianzó en él con mayor firmeza, de modo que no retrocedí ni un paso.

“¡Iré a ver a Wu Yicheng! Si alcanzo el éxito en las negociaciones con él, podré vengar a Ri Kwang.”

Pensando así, aceleré la marcha hacia Luozigou.

Me detuve en Taipingcun para expresar mi condolencia a los familiares de Ri Kwang. Cuando me dispuse a reemprender el camino, Kong Suk Ja, la esposa del difunto, me salió al paso con los brazos abiertos:

“Mi General, desista de ir allá. No vale la pena hacer esa visita. Mi marido en ese camino ... Le ruego, mi General...”

Era extraño que el angustioso grito de esa mujer me acicateara a apurar la marcha.

Kong Suk Ja, abrazada a un niño de 7 u 8 años, sin dejar de gemir, se enjugaba las lágrimas con la cinta de la *jogori* (Chaquetilla típica coreana –N. del Tr.).

El niño era Ri Po Chon, hijo de Ri Kwang. Él también me miraba con ojos lagrimosos. Antes, cada vez que me veía aparecer, corría a mi encuentro con el grito de “¡Tío Song Ju!”, dejando su juego a un lado. Un día hasta me pidió que le hiciera un saltamontes de hierba.

Ahora, al verlo cogido de la mano de su madrastra, sentí un fuerte remordimiento de conciencia por no haber satisfecho ese pedido.

“Qué bueno sería que se echara sobre mí como antes y me pidiera un saltamontes de hierba. Y qué aliviado me sentiría si me implorara, tan ingenuamente como cuando me llamaba ‘tío’, que lo dejara cabalgar en mis hombros.”

Pero lloraba en silencio. Ya no era aquel niño travieso, abierto e inquieto, sino un niño triste y encogido, que entraba precozmente en un mundo de sufrimientos, despidiéndose de su etapa infantil tan bella como un arco iris. Con la pérdida de su padre dejaba para siempre su tiempo de sueños en que suspiraba por un saltamontes de hierba. Así, Po Chon se quedó huérfano de padre y madre antes de cumplir los diez años.

“Nunca volverá a pedírmelo”, pensé. Su alma tierna estaba saturada por la trágica muerte de su padre.

Fijé la mirada en su semblante, y estuve a punto de proferir:

“Adiós, Po Chon, volveré a verte después de vengar a tu padre.”

Logré reprimir ese impulso y le pedí:

—Po Chon, tu tío tiene mucha sed. Antes, cada vez que visitaba tu casa, tu papá me ofrecía agua fresca. ¿No quieres traerme, en su lugar, una vasija de agua?

Al instante, los ojos empañados de Ri Po Chon se avivaron. Desapareció como un bólido y regresó con una vasija de latón llena de agua del pozo con cigoñal. Parecía que ese pequeño movimiento le había cambiado completamente su estado de ánimo.

El líquido que cabrilleaba en la vasija de latón, trajo a mi mente la imagen de Ri Kwang. Y al sobreponerla a la de su hijo, a duras penas contuve las lágrimas.

Para corresponder a la sinceridad del pequeño bebí toda el agua.

Al recibir de mi mano la vasija, Po Chon me dirigió una mirada entrañable, limpiándose la nariz con una manga.

Algo más aliviado, di la orden de marcha a la tropa.

Pero, cuando me volví para el saludo de despedida, Po Chon corrió veloz hacia su casa.

“¿Qué le habrá pasado?”, me extrañé.

El niño regresó a todo correr con un puñado de avena y lo ofreció

a mi caballo blanco. Ese acto mudo arrancó por fin las lágrimas de mis ojos.

Cruzamos el río y caminamos un buen trecho, pero Po Chon seguía de pie a la orilla. Volví la cabeza y mi vista captó su figura convertida en un punto blanco.

“Po Chon, cuando seas adulto, deberás hacer la revolución en lugar de tu padre”, pensé con fervor en su futuro levantando una mano desde lejos.

Después, al emprender la segunda expedición a Manchuria del Norte, disueltas las bases guerrilleras, de paso, permanecí cerca de una semana, en casa de Po Chon y consulté largas horas con Kong Suk Ja sobre el futuro de su hijastro.

Tal como era mi deseo, el muchacho se convirtió en un revolucionario.

Cuando aún no tenía 20 años, fue apresado mientras asaltaba un tren militar del imperialismo japonés. Por entonces trabajaba de ferroviario en Linkou.

Tras dos años de prisión salió de la cárcel en 1945, con la liberación del país. En el otoño del mismo año, llevado por la nostalgia por la tierra, el cielo y el agua de la Patria donde había nacido su abuelo, visitó Pyongyang y Seúl, pasando por Dandong, para luego regresar a Linkou. El viaje dejó una profunda impresión en el sensitivo joven con un futuro prometedor.

Sentía el fuerte impulso de entregarse en cuerpo y alma a la construcción del país donde se encontraban los amigos de su padre, pero se vio obligado a volver por el puente de hierro del río Amnok, dejando atrás el mundo nuevo al que aspiraba su padre y el paraíso con el que soñaba él mismo.

Cinco años después ese edén se envolvió en las llamaradas de la guerra. La joven República luchaba a vida o muerte para defender su existencia.

Un jefe de compañía del Ejército de Liberación del Pueblo Chino lo sintió en sus fibras y se ofreció para ir al frente de Corea. Incorporado así al Ejército Popular, Po Chon combatió como

comandante en una unidad motorizada y cayó desgraciadamente en el otoño de 1950.

En la década de 1970 el compañero Kim Jong Il, buen conocedor de la fogosa vida y actividades revolucionarias de Ri Kwang, pidió a los realizadores de cine preparar una película titulada *En la primera unidad armada* que lo describiera. Con el estreno de ese filme el nombre de Ri Kwang fue conocido por todo el país.

Su segunda esposa, Kong Suk Ja murió mientras laboraba como costurera en una unidad guerrillera.

Su padre Ri Ju Phyoung y su hermana Ri Pong Ju, quienes compensaban la tristeza por la muerte de su hijo y hermano con el entusiasmo con que ayudaban a las guerrillas revolucionarias, se fueron de este mundo a causa de las torturas a que los sometieron los enemigos.

Afortunadamente, Ri Po Chon nos dejó un vástago, quien, arma en mano, avanza con pasos firmes por el camino abierto por su abuelo y ampliado por su padre.

Resulta que la familia de Ri Kwang viene sirviendo en las fuerzas armadas revolucionarias por tres generaciones. Es algo sublime y honroso que una familia tomara las armas por tres generaciones. Merece un alto elogio el nieto de Ri Kwang por haberse puesto el uniforme militar, sin elegir otro oficio.

Cuando se me presentó, junto a su madre, aquel joven oficial, muy parecido a su abuelo en el semblante, el ademán y el paso, me quedé fuertemente impresionado porque me pareció ver acercarse a mí el mismo Ri Kwang que había muerto 60 años atrás.

Que sea bendecida su madre que, sin su marido, a los 25 años, cuidó y formó a su hijo durante ocho lustros de modo que fuera digno heredero de Ri Kwang, de su espíritu revolucionario.

En el encuentro, el hijo de Ri Po Chon juró que él y sus hijos, vestidos de uniforme, de generación en generación se mantendrán fieles a mí y al Mariscal Kim Jong Il. Estoy seguro que su juramento se cumplirá. Los de Ri Kwang no juran en vano.

Si Ri Kwang hubiera quedado con vida y regresado a la Patria

liberada, ¿qué cargo habría desempeñado?

De vez en cuando me planteo esta interrogante. Desde luego sus actividades sociales empezaron por la enseñanza, y el deseo, que me reveló en casa de Ri Chong San cuando la Conferencia Invernal de Mingyuegou, era desempeñar el magisterio.

No obstante, pienso que se habría puesto el uniforme como Kang Kon y Choe Hyon. Fue un abnegado comunista que tomó para sí los puestos más difíciles.

2. Negociaciones con Wu Yicheng

El problema más complejo y que más urgente solución requería después de trasladar a Wangqing el escenario de nuestra lucha era el serio conflicto surgido en nuestras relaciones con las tropas antijaponesas chinas. Como resultado de las persistentes tretas cizañeras de los imperialistas japoneses, de las frecuentes vacilaciones de los caudillos de esas tropas y las funestas consecuencias del lineamiento izquierdista a favor del soviét, las relaciones entre la Guerrilla Antijaponesa y el Ejército de salvación nacional volvieron a llegar en 1933 al umbral de los choques armados.

Ya me he referido a las enormes energías que los comunistas coreanos y chinos invirtieron, después del Incidente del 18 de Septiembre, en el trabajo con las tropas antijaponesas en la región de Manchuria.

Gracias a tales esfuerzos, también la Guerrilla de Wangqing al comienzo pudo mantener con ellas buenas relaciones. Un ejemplo evidente de ello lo constituye la acción que en la primavera de 1932 desplegaron en cooperación, por una parte, las unidades de la Guerrilla y del cuerpo de autodefensa, y, por la otra, el batallón del comandante Guan, para rechazar una incursión de la guarnición japonesa a Tokkol.

El enemigo, procedente de Daduchuan, apareció cerca de Tokkol con decenas de carruajes para llevarse los maderos talados cuando el Guomindang y amontonados en enormes cantidades en las cañadas de Dawangqing y Xiaowangqing.

Los nuestros, con una táctica de atracción y emboscada aniquilaron a la mayor parte de sus efectivos que se calculaban entre 40 y 50, y se apoderaron de una gran cantidad de armas.

El combate de Tokkol propició una buena coyuntura para mejorar la imagen de los comunistas en la región de Wangqing donde estaban

arraigadas profundamente las tendencias anticomunistas y convertir en relaciones de colaboración la hostilidad con el Ejército de salvación nacional. Y les abrió el camino para penetrar en éste. Después del combate Kim Un Sik, Hong Hae Il, Won Hong Gwon, Jang Ryong Sam, Kim Ha Il y otros sentaron plaza en el batallón de Guan.

Kim Ha Il, un tirador impecable, fue nombrado enlace, y poco después Kim Un Sik, un intelectual, jefe del estado mayor.

También luego de dicho combate las gentes de Macun, al igual que antes, lavaron la ropa de los oficiales y soldados de la unidad de Guan, con sinceridad les prepararon regalos tales como cepillos de diente, polvos dentífricos, jabones, toallas, bolsas de tabaco, etc., y les enviaban con frecuencia a los miembros del Cuerpo Infantil para que ofrecieran representaciones artísticas. Y los miembros de la Juventud Comunista realizaron entre ellos labor política con textos propagandísticos y hojas volantes.

Casi no se podían encontrar casos de que un soldado del Ejército de salvación nacional llamara “*tungz*” (compañero) a un comunista, pero los oficiales y soldados de la unidad de Guan les decían así a los miembros de nuestro ejército revolucionario.

Como los compañeros nuestros incorporados a esa unidad tenían como promedio un nivel de preparación superior al de un miembro de comité zonal de entonces, trabajaron con habilidad entre ellos. Su jefe, Guan, quedó maravillado por los valores humanos y la capacidad de los comunistas. Para el mejoramiento de las relaciones con otras unidades del Ejército de salvación nacional también constituyó un acontecimiento de gran significación la captación de él y sus soldados.

La guerrilla antijaponesa en la región de Hunchun llegó a intercambiar informaciones con unidades del Ejército de salvación nacional y cooperó incluso en la liquidación de sicarios. La Guerrilla en Yantonglazi se pertrechó con armas que ellas les entregaron como ayuda.

Se había creado una coyuntura favorable para dar un nuevo paso

de avance en la formación de un frente conjunto con el Ejército de salvación nacional si se trabajaba con mayor empeño.

Pero, las relaciones de amistad en cuyo mejoramiento se gastaron tantos esfuerzos, fueron reducidas a cero por el “incidente de Kim Myong San” ocurrido por culpa de los aventureros de izquierda. Como resultado de ese hecho se creó una grave situación, pues el jefe de batallón, Guan, se pasó al lado de los imperialistas japoneses con la bandera blanca al frente, y otras unidades del Ejército de salvación nacional se alejaron de los comunistas. Esto coincidió, más o menos, con la complicada situación creada por la unidad guerrillera al mando de Choe Hyon, en el distrito de Yanji, al ametrallar a soldados de una tropa antijaponesa que se rendían.

En sus inicios, la Guerrilla de Wangqing cometió muchos errores en sus relaciones con el Ejército de salvación nacional. Ryang Song Ryong, jefe de un batallón, ciego por la sed de unas cuantas armas, no ejecutó correctamente nuestra política de frente unido. Aunque era un comandante competente, de buenos rasgos y diestro en el combate, menospreció el frente unido, contagiado con el hábito de práctica militar y del aventurerismo. Por eso lo habíamos criticado acerbamente.

La unidad que mantuvo permanentemente la alianza con la Guerrilla Antijaponesa sin seguir el ejemplo de Guan fue la de Kao Shan, que recibió mucha influencia nuestra. En el día de *Tano* (La fiesta tradicional del 5 de mayo según el calendario lunar –N. del Tr.), de 1933, esa agrupación, en cooperación con el cuerpo de autodefensa en Jattogi (la actual aldea Taipingcun) dirigido por Pak Tu Song, rechazó y le causó muchas bajas a la guarnición japonesa y al ejército títere manchú que, procedentes de su base en la ciudadela distrital de Dongning, atacaban a Shiliping con más de 300 efectivos a través de Dongnancha.

Como el Ejército de salvación nacional apostaba centinelas sólo delante de sus cuarteles despreciando la observación oteadora, el cuerpo de autodefensa antijaponés cumplía ese servicio de guardia para la unidad de Kao Shan. Este, cuando tenía que enviar alguna

noticia importante y urgente a otras tropas antijaponesas, solía pedir ayuda a nuestras organizaciones paramilitares en Shiliping. Los miembros de la vanguardia de niños se las transmitían con responsabilidad en lugar de sus soldados.

Pero tales lazos de amistad no se extendieron a otras unidades. La loca algarabía izquierdista que sacudía las zonas guerrilleras engendraba el peligro de echar a pique hasta las relaciones de alianza con Kao Shan.

La política izquierdista del soviet fue el estimulante que aceleró la degeneración y deterioro de las tropas antijaponesas que hasta ese momento mantenían relaciones de alianza o de simpatía con nosotros.

Los oportunistas utilizaron el ultraizquierdismo incluso en la labor con las tropas antijaponesas chinas. Lanzaron sin miramientos las consignas “¡Abajo los oficiales de origen terrateniente y propietario!” y “¡Amotínense, soldados, y pásense a la guerrilla!”, diciendo que “con el Ejército de salvación nacional se necesita sólo la unidad con su capa inferior” y que “se debe orientar a los soldados del Ejército de salvación nacional a sublevarse eliminando a sus caudillos”. Tales lemas tuvieron la nefasta consecuencia de minar la unidad con la capa superior de las tropas antijaponesas.

Estas comenzaron a matar coreanos tildándolos de “sicarios de los japoneses” o “*laogaoli gongchandang*”.

Aprovechando esa oportunidad, los imperialistas nipones emprendieron una ofensiva total para meter cuña entre el pueblo coreano y el chino, los comunistas coreanos y los chinos, la Guerrilla Antijaponesa y las tropas antijaponesas chinas. Desde el mismo día que ocuparon a Manchuria hicieron desesperados esfuerzos para aplastar a las unidades del Ejército de salvación nacional, que se habían separado con la bandera de la lucha antijaponesa, del anterior Ejército del Nordeste de China que estaba al mando de Zhang Xueliang. Lo que más temían era precisamente nuestra alianza. Sabían bien que si los comunistas lograban esta colaboración, ello se convertiría en una terrible fuerza que

impediría mantener su seguridad pública y realizar su agresión al continente, apretando su cuello.

La naturaleza cizañera de los japoneses se había revelado sin reservas con los sucesos de Wanbaoshan, Longjing (sólo preparado sin llegar a ejecutarse) y Fushun. Sus aparatos de espionaje y conspiración, habituados a las tretas y especulaciones, no vacilaron en escenificar un dramático asesinato denominado incidente de Fushun, ante el cual se ruborizarían hasta los animales y las estatuas de piedra, con el fin de socavar las relaciones de buena vecindad de los pueblos coreano y chino.

Los hechos fueron los siguientes: el organismo de inteligencia japonés encargó a un ciudadano de su país matar con un puñal a un inocente chino en Fushun; los conspiradores nipones lo disfrazaron con un *turumagi* (Abrigo tradicional coreano –N. del Tr.), a fin de hacer creer que un coreano se había escapado después de asesinar a un chino. Aunque el crimen se ejecutó, el drama de Fushun fracasó sin poder sembrar división entre coreanos y chinos ya que fue descubierta la ropa japonesa bajo el *turumagi* y así se supo que el asesino era un japonés.

Amplificación de tales incidentes fueron igualmente los de Liutiaogou y del puente Lugouqiao. Las fórmulas de ecuación que aplicaba Japón al tramar una intriga eran así de pueriles y perniciosas. Mas no fueron pocos los que picaban con facilidad la carnada de los imperialistas japoneses aunque casi siempre mordían el polvo a causa de sus manidos métodos de falsificación.

Para traer la discordia entre coreanos y chinos propagaban: “Los coreanos quieren apoderarse de Manchuria”, “El partido comunista trata de desarmar al Ejército de salvación nacional” y azuzaban a los reaccionarios incorporados en la “Minsaengdan” a clamar por la autonomía coreana en Jiandao planteando como lo esencial el establecimiento de la “región autónoma coreana de Jiandao” y del “gobierno autónomo constitucional de los coreanos”. A veces, incendiaban casas de chinos y difundían el absurdo rumor de que lo había hecho la guerrilla coreana.

Otro factor que llevó al fracaso el frente de coalición de nuestra guerrilla antijaponesa y las tropas antijaponesas chinas consistió en las alevosas maniobras de los imperialistas japoneses para el regreso sumiso y, como consecuencia, se degradaba la conciencia antijaponesa de los caudillos de las tropas chinas.

En enero de 1933 Wang Yuzhen, que tenía su cuartel en Tumenzi, del distrito de Hunchun, capituló llevando consigo sus efectivos. Centenares de éstos se reorganizaron en una guerrilla provisional que se oponía a nosotros. En febrero se rindió la mitad de la unidad de Guan que estaba en Xiaowangqing, y fue empleada por el cuerpo de defensa y el departamento de seguridad pública del Estado manchú, y en el mismo mes decenas de oficiales y soldados de la unidad de Ma Guilin que aparecía y se eclipsaba en las cercanías de Dahuanggou, se unieron con alevosía al cuerpo de autodefensa en Hamatang. Del mismo modo, los oficiales y soldados de las unidades de Jiang Hai, en Erchazigou del distrito de Wangqing, y de Qingshan, en Huoshaopu, notificaron su rendición.

El imperialismo japonés sobornó a Tong Shanhao, infame caudillo de bandoleros anidados en la región de Laoheishan y logró que éstos mataran a todos los miembros del escuadrón volante de Ri Kwang.

La situación era tal que los guerrilleros, por temor a los atentados del Ejército de salvación nacional, caminaban sólo de noche. Sin mejorar aquellas relaciones los coreanos ni siquiera podían respirar. Convertirlas de hostiles en alianza volvió a ser para los comunistas coreanos un problema vital del que dependía el destino de la revolución.

Atrevidamente determiné visitar a Wu Yicheng, comandante del frente del Ejército de salvación nacional. Después de que Wang Delin había abandonado Jiandao el poder real de esta tropa estaba en sus manos. Tenía fe en que si lograba persuadir a Wu Yicheng, con seguridad pondríamos fin al estado de tirantez en que estaban sumidas las actividades guerrilleras en la Manchuria oriental por el “incidente de Kim Myong San” y la masacre del escuadrón volante

de Ri Kwang, y superaríamos las dificultades que encaraba nuestra revolución.

Para hacer factibles las negociaciones consulté largo y tendido con Pan, miembro del comité provincial del partido. Este, si bien afirmaba que mi decisión era justa, me aconsejó que no fuera personalmente. Dijo que un coreano no podría ganar el corazón de aquel hombre tan engreído y tan terco en sus prejuicios, sin embargo, sería posible que un chino lo lograra. Para atraer a los comandantes Wu o Chai era preciso, recalcó, cortar los hilos con que Ri Chong Chon los manipulaba desde atrás, cosa que también era un problema.

Insistí en mi decisión de visitarlo desafiando cualquier obstáculo, desoyendo el consejo de Pan.

—Ri Chong Chon es también un coreano —le dije—. Aunque es anticomunista no nos pondrá impedimento si lo persuadimos; además, nos conocemos. Conversé con él varias veces cuando se celebraba en Jilin la reunión de fusión de las tres juntas. Incluso mi padre lo conocía bien.

—¿Qué importa aquí conocido o no conocido? ¿Cree que gente de ese tipo sabe diferenciar al conocido del desconocido? Además, se dice que Wu Yicheng es uno de los más tercos. No se ve ninguna perspectiva favorable.

Pan se esforzaba mucho para disuadirme de mi atrevido plan.

—Tengo la experiencia con el comandante Yu en Antu. Si pude ganarlo, ¿cómo no lo haré con Wu Yicheng?

—Cuando negociaba con el comandante Yu, el señor Liu Benchu era el jefe de su estado mayor. Esto le sirvió de apoyo.

—Contamos con respaldo también en la unidad de Wu Yicheng. ¿No recuerda que su secretario jefe es Chen Hanzhang? También Hu Zemin, el jefe de su estado mayor es de los nuestros.

Al decir esto yo mismo puse al descubierto mi contradicción. Hacía poco había recibido una carta de Chen Hanzhang, a quien presentaba como seguro apoyo, en la que éste pedía una ayuda decisiva. Explicaba primero que se había tornado tenebrosa la perspectiva de solucionar con su única fuerza la alianza con el

comandante Wu, y continuaba: “Espero que la organización adopte una medida lo más pronto posible porque el problema puede ser resuelto sólo cuando venga el compañero Kim Il Sung.” De esto se enteraba también Pan.

—¿Acaso es permisible tal riesgo cuando la revolución no tiene todavía perspectivas claras? Le aconsejo, por favor, que reflexione profundamente.

Pan se obstinó en quitarme la idea:

—No debe considerarse a sí mismo como algo individual. No olvide que el más mínimo error puede convertirlo en un segundo Ri Kwang. Aunque todos nosotros muramos y nos convirtamos en esqueletos, usted debe sobrevivir y luchar por Corea hasta el fin. ¿No es así?

Sus palabras me hicieron vibrar. Pero no abandoné ni un átomo la gran esperanza de formar un frente común.

Después que él se marchó al distrito Hunchun los delegados de las unidades guerrilleras que actuaban en los distritos de la Manchuria oriental se reunieron en Wangqing y discutieron detenidamente el asunto del frente unido. El más importante de los puntos de la agenda fue el de la formación de la alianza con el Ejército de salvación nacional, el de seleccionar a quién debía ir a Luoizigou donde estaban concentradas las unidades de Wu Yicheng, Chai Shirong y Shi Zhongheng.

Persistí en la propuesta de que debía ir yo. La reunión la aprobó después de llegar a la conclusión de que el viaje a Luoizigou era permisible sólo a condición de que me acompañaran unos cien escoltas. No fue tan sencillo, como se ve, lograr hacer la visita a Wu Yicheng.

Para negociar con éste era necesario ante todo conocer la situación por conducto de personas como Chen Hanzhang y Hu Zemin. Pero, como Chen Hanzhang era secretario jefe de Wu Yicheng, y un hombre no asequible, permanecía encerrado en su despacho. Además, si salía y sostenía contacto con los coreanos podría levantar sospechas. Pero, como había sido miembro de la organización de la Juventud Comunista que yo dirigía y nos habíamos

juramentado, podría ayudarme en la tarea desafiando los peligros.

Les escribí a ambos, y seguidamente envié mensajes a Wu Yicheng y Chai Shirong para que supieran el objetivo de nuestra visita a Luozigou. Al lado del nombre del remitente puse un gran sello cuadrangular para darle formalidad oficial.

Después de despachar las cartas me interesé por saber la reacción de la unidad de Wu Yicheng, mediante las organizaciones revolucionarias de la región de Luozigou, y la respuesta fue esperanzadora. Me informaron que el Ejército de salvación nacional hasta había pegado en la entrada de la ciudad un letrero que decía: “¡Bienvenida la Guerrilla Antijaponesa de Coreanos!”

En compañía de más de cien combatientes seleccionados, partí con destino a Luozigou. Era espectacular, impactante, el aspecto de nuestro contingente que marchaba en formación, todos estrenaban uniformes, fusiles y carteras de piel en bandolera.

Yo iba a la cabeza, montado en el caballo blanco.

Llegados a Taipinggou, hicimos pública una declaración sobre la entrada de la Guerrilla Popular Antijaponesa en Luozigou y mandamos a un ordenanza a la unidad de Wu Yicheng. Pernoctamos allí en espera de la respuesta.

Al día siguiente nos llegó el consentimiento para las negociaciones. En la aceptación de Wu Yicheng influyó grandemente el aval que Chen Hanzhang le había dado de mí. Al recibir mi carta, éste le dijo que yo era un hombre muy bueno y le aseguró que me conocía bien.

Wu Yicheng le preguntó: “¿Cómo conoces tan bien a un comunista? ¿No lo serás tú también?”

Chen Hanzhang le contestó que me conocía desde hacía mucho porque eramos condiscípulos.

—Si es tu condiscípulo y un hombre bueno, debemos conversar con él y almorzar juntos.

Previendo la posibilidad de que el Ejército de salvación nacional nos detuviera y atentara contra nosotros ubicamos en un poblado más abajo de Taipinggou una compañía llegada de Hunchun, presta a acudir en nuestra ayuda. Después entramos gallardamente sólo con

50 combatientes en la ciudad de Luozigou, con la bandera roja al frente y tocando la corneta.

Chen Hanzhang, que había salido a recibir a nuestra Guerrilla, me condujo a la comandancia. Lo siguieron Jo Tong Uk, encargado de auxiliarme en las negociaciones, y el enlace Ri Song Rim, ambos con pistolas ametrolladoras al cinto. En la jefatura estaban reunidos muchos ayudantes pertenecientes al Guomindang.

Wu Yicheng era un hombre de buena apariencia, con una barba larga. Había oído decir que era tan altivo que cuando lo visitaba alguien no se levantaba, sino charlaba con él y tomaba el té, de costado sobre una piel de tigre, pero aquel día me recibió cortésmente con todas las formalidades. Sólo al principio no observé la norma de etiqueta de China de convidar al huésped al té.

Como primer saludo le dije modestamente:

—Apreciamos altamente como un acto patriótico que la unidad de su señoría se haya declarado contra Japón cuando muchas tropas del anterior Ejército del Nordeste de Zhang Xueliang han capitulado.

Wu Yicheng dibujó una sonrisa en sus labios y ordenó a su ayudante que trajera té.

—Me han dicho que usted, comandante Kim, lucha con valor contra los japoneses. Su ejército, aunque poco numeroso, combate bien, pero nosotros, que somos muchos, no lo hacemos tanto como ustedes. Me han informado que los soldados que le acompañan están armados todos con fusiles nuevos. ¿Acaso no puede cambiarnos algunos por los viejos que tenemos?

Las negociaciones se iniciaron con esas palabras de Wu Yicheng. Como saludo eran mordaces. Viendo que trataba de sondear las entrañas de su interlocutor alabándolo por una parte, y por la otra, proponiéndole un negocio difícilmente aceptable, juzgué que era un hábil diplomático y un hombre zorruno que lo había probado todo, tanto lo dulce como lo amargo. No se me podía ocurrir que un comandante del frente que tenía bajo sus órdenes a miles de soldados hiciera sin cortesía tal propuesta en el primer encuentro por envidiar unos cuantos fusiles nuevos.

—¿Por qué cambiarlos? Podemos regalárselos.

Aunque expresé así mi aprobación a su pedido, agregué dándole vueltas a las palabras:

—¿Por qué vamos a regatear como unos pelagatos? Todo se resolverá si juntos libramos un combate contra el ejército japonés ... Si insisten en quererlos, sin penas se les podemos dar de gratis.

Wu Yicheng, después de mesurarse la barba, me atacó desde otro ángulo.

—¿Qué cosa es el partido comunista de ustedes? Chen Hanzhang dice que no es malo, mas no lo puedo creer. A mí no me gustaba Zhou Baozhong, un comunista, que fue mi asesor; era una persona lenta, no se sabía qué hacía. Por eso lo boté. Oí decir que ustedes, los comunistas, andan destruyendo los sanggongdang (Se refiere a un lugar sagrado –N. del Tr.). ¿Es cierto?

—¿Qué razón tenemos para hacerlo? Eso es propaganda que los hombres perversos han inventado para inculpar a los comunistas.

—¿Entonces, también usted, comandante Kim, hace reverencias ante el sanggongdang?

—No hago reverencias en él, ni lo daño, porque no tiene nada que ver conmigo. ¿Lo hace usted, comandante Wu?

—Tampoco.

—Quiere decir que coincidimos en eso, ¿no?

Al no encontrar respuesta y mostrando una sonrisa, se atusó la barba como antes.

—Tiene razón. Pero dicen que ustedes, los comunistas, duermen en el mismo lecho sin distinción de mujeres y hombres y despojan a otros de sus bienes. ¿Eso es verdad?

Deduje que el éxito de las negociaciones dependía de cómo trataba este asunto y para darle una correcta imagen de los comunistas debía aprovechar con prudencia el cebo que él había lanzado.

—Se trata también de una propaganda que han inventado tipos malsanos. Ocurre que algunos que no asimilaron de modo adecuado las ideas comunistas confiscaron a troche y moche tierras de los

terratenientes, sin un procedimiento justo. Pero, tampoco se ajusta a la razón que los terratenientes, mientras sus arrendatarios se mueren de hambre, se hagan los ciegos persiguiendo sólo su propio bienestar en lugar de darles algo de comer aunque sea por caridad. ¿No? Si los terratenientes les dieran víveres, ¿para qué sublevarse contra ellos? Con hambruna y sin medios de sustento, ¿existe otra alternativa que no sea la de arrojarse a la lucha? Aunque no lo sé bien, también en China, hubo una revuelta que hizo nacer el *Taipingtianguo* (Palabra china que significa paraíso de paz. Esa sublevación campesina se inició en 1851 –N. del Tr.). Creo que se originó por la misma razón.

Wu Yicheng meneó la cabeza en señal de consentimiento.

—Tiene razón. Quien trata de comer y vivir bien él solo cuando el país está en el pleno vórtice de revueltas es un tipo maligno.

Continué mi ofensiva:

—También la versión de que nos acostamos en el mismo lecho sin diferencia de hombres y mujeres es una invención de los japoneses para ofender a los comunistas. En nuestra Guerrilla hay muchas mujeres, pero eso nunca ocurre. Si se enamoran pueden casarse. Tenemos una rigurosa disciplina en cuanto a las relaciones entre hombres y mujeres.

—Lo creo. No se dará el caso de que varios hombres se turnen con una mujer.

—Naturalmente que no. No hay en este mundo gente tan honesta como nosotros, los comunistas.

Al llegar a este punto empezó a llamarme comandante Kim y dejó de utilizar palabras que me hirieran.

—Ja, ja ja, parece que usted, comandante Kim, procura convertirme en comunista.

—Ni remotamente pienso en eso, comandante Wu. Porque uno no se convierte en comunista por imposición. Pero considero útil mancomunar las fuerzas para vencer a los imperialistas japoneses.

Wu Yicheng agitó nerviosamente una mano:

—¡Preferimos combatir solos a cooperar con los comunistas!

—Y cuando no les basten las fuerzas, será mejor acudir a la cooperación. ¿No?

—Con todo, no deseo la ayuda de los comunistas.

—¿Quién sabe su futuro? Tal vez necesite algún día de nuestra ayuda.

—Es verdad, ¿quién diablos conoce el futuro de las personas? pero, tengo que rogarle algo, comandante Kim. ¿No quiere incorporarse en nuestro *Jiajiali*? A mi juicio le será mejor que en el partido comunista...

Después de lanzarme esta pregunta de modo inesperado, Wu Yicheng escrutó mi rostro con una maliciosa expresión de contento al adivinar en mí algún síntoma de confusión.

A decir verdad, la cabeza me dio vueltas al escuchar la palabra *Jiajiali*. El comandante Wu me había desafiado con la más perfecta pregunta con que podía ponerme en aprietos.

Jiajiali significa una misma familia y era el sobrenombre de una organización de los chinos llamada “*Qinghongbang*”. La fundaron contra el emperador los que habían hecho un canal por el que tiraban de barcos, sin poder soportar más penurias. En su seno no había diferencia de mío y tuyo. Era una agrupación tremenda para la época.

Los que entraban en hermandad espiritual establecían un vínculo de hermanastros, pero en la *Jiajiali* formaban el lazo de padrastro e hijastro. Uno se incorporaba no para buscar a otro que fuera su hijastro, sino al contrario.

Quien ingresaba en la *Jiajiali* de elevada jerarquía gozaba de dignidad y autoridad tanto mayores. Para iniciarse se celebraba una ceremonia. Según nos contara Kim Jae Bom (Kim Phyoung) que por indicación nuestra había entrado en la vigésimocuarta generación de una *Jiajiali*, el acto era espectacular. El recién incorporado debía hacer decenas y cientos de genuflexiones a su padrastro y a sus hermanastros mayores.

Su invitación para ingresar en tal organización me ponía en un serio apuro. Si lo rechazaba naufragarían nuestras negociaciones que marchaban bien, y si lo aceptaba me llevarían de inmediato a

arrodillarme ante Buda, lo que significaría poner en manos de Wu Yicheng mis riendas para que tirara a su antojo. Cuando hacíamos los preparativos de las negociaciones no habíamos previsto esa situación. De cualquier manera debía evadirlo, pensé.

—Es muy significativo que yo forme parte de la *Jiajiali* junto con usted, comandante Wu. Pero, para entrar en otra agrupación debemos recibir el permiso de nuestra organización partidista. Nos está prohibido hacerlo libremente. Por tanto, vamos a postergarlo hasta que nuestra organización me dé el permiso.

—Ja, ja, ja, entonces usted es un comandante medio y no completo.

El comandante Wu, después de mirarme atentamente con cierto aire de lástima, me preguntó de repente:

—¿Bebe usted, comandante Kim?

—Un poco, pero me abstengo a pesar de que sienta deseos, para no embrollar nuestro trabajo antijaponés con una falta.

—No me parecen malos los comunistas como ustedes. Quisiera cooperar con el comandante Kim, pero temo que me contamine con las ideas de Marx. No es bueno hacer propaganda comunista entre los nuestros.

—No se preocupe, señor. No tenemos la intención de hacer propaganda comunista. Sólo haremos propaganda antijaponesa.

—¡Parece que ustedes son comunistas nobles! Aunque fue un error que los comunistas de Wangqing desarmaran a una unidad del batallón de Guan. ¿Qué piensa de ese incidente?

—¿Qué hay que pensar? Fue uno de los más graves errores. Por eso, el año pasado criticamos duramente al escuadrón volante de Wangqing.

—Usted es un estratega verdaderamente imparcial. Sin embargo, algunos dicen que los comunistas no cometen errores. ¿Cómo es posible eso? ...

—También los comunistas somos hombres. Entonces, ¿cómo no cometer faltas? Yo mismo incurro a veces en ellas porque soy un hombre y no una máquina. Quien trabaja mucho cae a veces en

errores. Por eso estudiamos mucho y nos esforzamos con tenacidad para la autoeducación espiritual. Sólo así cometeremos pocos errores.

—Correcto. Los holgazanes, los que no hacen nada, no pueden cometer errores. Los comunistas realizan muchos trabajos. Lo reconocemos. Con todo, me gusta conversar con usted, comandante Kim. Su franqueza hace que nos comprendamos bien.

Después de dar fin a nuestra conversación con estas palabras, el comandante Wu tomó con amabilidad mis manos. El éxito de las negociaciones era seguro. Estaba de buen humor, y me confesó que Chen Hanzhang, mi amigo, le ayudaba en su trabajo de redacción y que sin él sería un ciego.

Wu Yicheng me preguntó si conocía a Hu Zemin. Le contesté negativamente por temor a que si lo afirmaba se diera cuenta que manteníamos relaciones clandestinas. Entonces lo llamó y me presentó con sinceridad diciéndole que era el comandante Kim Il Sung y que tragara relación conmigo. Hu Zemin y yo no tuvimos otro remedio que saludarnos según las normas de etiqueta como desconocidos. Chen Hanzhang me dijo, lleno de fe en sí mismo, que era algo muy raro que Wu Yicheng llamara a sus súbditos más próximos y se los presentara a otros y que por eso yo podía estar seguro del éxito de las negociaciones.

Wu Yicheng y yo acordamos constituir un aparato permanente, la Oficina conjunta de las fuerzas antijaponesas, que cumpliría el papel de coordinador para el mantenimiento constante de los vínculos entre la Guerrilla Antijaponesa y las tropas antijaponesas y la realización de acciones conjuntas, y discutimos quiénes lo integrarían.

Designamos como representante de las tropas antijaponesas al chino Wang Runcheng y como el nuestro a Jo Tong Uk, y convenimos en instalar su sede en Luozigou, cerca de la comandancia de Wu Yicheng.

Aquel día Wu Yicheng nos ofreció un rico almuerzo.

Chen Hanzhang me susurró que era un privilegio.

Durante la comida también charlamos en un ambiente cordial.

Cada vez que se tocaba el tema de la ocupación de Manchuria por

los imperialistas japoneses Wu Yicheng dejaba ver su indignación haciendo temblar sus negras cejas. Manifestó su enfado también en lo referente al incidente en que Tong Shan hao mató a Ri Kwang.

—El y su compañía son una manada de bandidos nativos, que difieren de nosotros. Nunca creí que ese Tong Shan hao se convertiría en un perro de presa de los japoneses. Merece el castigo del Cielo por el crimen de haber atentado contra un destacamento suyo, comandante Kim. Es una vergüenza que exista un monstruo así en nuestra nación china.

Por sus palabras podía sopesar la personalidad de Wu Yicheng.

Me contentaban el resultado de las negociaciones y la buena acogida de Wu Yicheng.

Aunque se portaba de modo autoritario y no había rebasado el límite del Guomindang en lo ideológico, esto no era una cuestión sustancial. Lo importante radicaba en que tenía más que nadie actitud antijaponesa y pasión por salvar al país. Era imposible lograr la cooperación si hurgábamos sólo en las limitaciones ateniéndonos a las ideas, el origen clasista y la nacionalidad. La magna obra de formación del frente conjunto nos obligó a obviar tales restricciones.

Ese mismo día envié a Xiaowangqing la noticia de que la colaboración con el comandante Wu estaba a punto de coronarse con éxito, que el problema consistía ahora en lograrla con Chai Shirong, que también con éste consultaríamos con el tiempo y que los nuestros estuvieran listos para movilizarse en cualquier momento ya que para formar el frente unido era necesario organizar el asalto a una ciudadela grande como la de Dongning.

Tras el éxito en el primer contacto con Wu Yicheng empezamos a trabajar sin demora para incorporar en el frente conjunto antijaponés a la unidad de Chai Shirong. Chen Hanzhang, preocupado, manifestó que aunque le parecía que el comandante Wu no procedería a capricho, el rompecabezas era el comandante Chai y me preguntó si no habría alguna manera de separar de él a Ri Chong Chon. El comandante Wu tenía bajo sus órdenes a efectivos que

correspondían, más o menos, a una brigada, pero la unidad del comandante Chai era mayor en número.

Propuse una conversación a Ri Chong Chon.

Pero no aceptó y al contrario instigó a Chai Shirong a desarmarnos. Este, que siempre obedecía sus consejos, sin embargo, se opuso. Más tarde supe que lo rechazó diciendo que el comandante Wu Yicheng me había ofrecido incluso un almuerzo y que yo había venido escoltado por la unidad de Wangqing, muy hábil en el combate y que por eso podía sufrir un gran desastre si tan siquiera nos rozaba. Ri Chong Chon había inculcado a Chai Shirong ideas anticomunistas tan profundamente que ni pudimos acercarnos a la puerta de su cuartel.

La única solución consistía en aislarlo de Wu Yicheng, que había aceptado la colaboración con nosotros. Para esto era preciso poner bajo nuestra influencia a la brigada de Shi Zhongheng, el grueso de la tropa de Wu Yicheng. Si lográbamos persuadir al jefe de la brigada, podríamos consolidar también el éxito primario en las negociaciones con Wu Yicheng. Supimos que la brigada estaba compuesta, en general, por hombres provenientes de clases inferiores. El mismo Shi Zhongheng, decían, había servido de porquerizo en casa de un terrateniente desde los nueve años y se había puesto el uniforme militar para ganar su sustento. En Jilin fue subalterno de Wang Delin en las fuerzas terrestres y luego del Incidente del 18 de Septiembre se pasó al Ejército de salvación nacional, donde escaló al cargo de jefe de sección, de compañía, de regimiento y hasta llegó a mandar una brigada. Era un hombre de temple típicamente guerrero; le gustaba combatir.

Con una carta de recomendación de Hu Zemin me encontré ese mismo día con él.

Al recibir mi petición de reunirnos se ofreció a recibirme sin ninguna formalidad dejando a un lado todo lo demás. Me acogió cordialmente como a un amigo y consideró un evento jubiloso la visita a su tropa del comandante Kim que tan bien combatía a los japoneses. Él no tenía ni conciencia anticomunista ni temperamento

de burócrata militar. Era muy franco y gentil.

Hizo notar que los continuos triunfos de las tropas del comandante Kim contra el ejército japonés eran orgullo, a la vez, de los coreanos y los chinos de la Manchuria oriental. Por esa época habíamos propinado serios golpes al imperialismo nipón en combates como los de Jiapigou y Liangshuiquanzi. Aunque los periódicos no hablaron de ellos, se propagaron por toda la región de Jiandao. Para nuestro asombro Shi Zhongheng los conocía en detalle.

Mi propuesta de asaltar en cooperación a los enemigos en la ciudadela distrital de Dongning encontró su entusiasta aceptación.

—Desde hace mucho quería tener cerca un poderoso ejército amigo como la guerrilla de usted, comandante Kim. A partir de hoy somos hermanos. Sus enemigos son los míos, lo mismo que los amigos.

Nos abrazamos con fuerza por el éxito de nuestras conversaciones. Posteriormente, en días de duros combates nos portamos como hermanos y compañeros de armas que compartíamos sangre y carne. Nuestra amistad duró sin alteración hasta que cayó después de ser nombrado jefe de la segunda división independiente.

Con el resultado de las negociaciones en Luozigou el camino de nuestra revolución antijaponesa quedaba desbrozado de su mayor escollo. Si las negociaciones con el comandante Yu fueron el punto de partida del frente conjunto, las realizadas con Wu Yicheng devinieron histórico paso de avance para extender ese éxito a toda Manchuria del Este, y acontecimiento admirable que unió en una gran corriente los torrentes antimanchú y antijaponés dando fin a los conflictos y derramamiento de sangre sin sentido entre las naciones coreana y china, sucedidos a partir de la rebelión del 30 de mayo y del incidente de Wanbaoshan.

Las negociaciones con Wu Yicheng y Shi Zhongheng nos hicieron comprender que también el frente conjunto había sido posible sólo a partir de la potencia de nuestra propia fuerza. Si no hubiéramos demostrado suficientemente nuestra propia capacidad combativa a través de las expediciones a Manchuria del Sur y del

Norte en 1932 y de los grandes y pequeños encuentros armados que tuvieron lugar con Wangqing como centro en 1933, o si no hubiéramos desarrollado a nuestra guerrilla hasta convertirla en un férreo ejército siempre victorioso, Wu Yicheng nos habría cerrado sus puertas sin siquiera mirarnos. La cooperación con Wu Yicheng se logró con tanta facilidad gracias a que nuestra fuerza era potente y exhibíamos rasgos político-morales superiores a los del Ejército de salvación nacional y lo conmovieron nuestro fervoroso espíritu patriótico, nuestro compañerismo internacionalista y la firme fe en la justeza de nuestra causa.

Desde que sellamos la cooperación con el Ejército de salvación nacional hasta ahora, me he esforzado por fortalecer el sujeto de nuestra revolución considerando como máxima que el mejor medio para conseguir un frente unido es nuestra propia fuerza interna y que sin acrecentarla es imposible llevar a cabo la lucha en unión con ningún ejército o país amigo.

Con la propuesta de asaltar a la ciudadela distrital de Dongning estuvieron de acuerdo también Wu Yicheng y Chai Shirong. Celebramos una reunión en Luozigou con Wu Yicheng, Shi Zhongheng, Chai Shirong y otros comandantes del Ejército de salvación nacional, donde trazamos un detallado plan de operaciones. Luego envié otro mensaje a nuestro cuartel en Wangqing.

Por efecto del éxito de las negociaciones con Wu Yicheng y de la batalla de la ciudadela distrital de Dongning nuestro nombre llegó a conocerse ampliamente entre los destacamentos guerrilleros, las unidades del Ejército de salvación nacional y las fuerzas antimanchú y antijaponesas en la Manchuria oriental. En el transcurso de la cooperación con Wu Yicheng nos convencimos más profundamente de que el fortalecimiento del frente unido era la vía respiratoria y el eslabón central que debíamos sostener sin desmayo para impulsar la revolución antijaponesa en conjunto.

Más tarde, tras mudar el escenario de acción a la región de Changbai, recordaba con infinita emoción los días en que concertaba la cooperación con Wu Yicheng. En aquel entonces éste,

perteneciendo a las Fuerzas Unidas Antijaponesas del Nordeste, batallaba en nuestro flanco y tenía su base en la región de Fusong. La noticia de su presencia en nuestras cercanías resucitó en mí el antiguo sentimiento de amistad entablada en los días de la lucha conjunta.

Al mando de unos cien guerrilleros fui a verlo a un bosque al este de Xigang donde estaba el campamento secreto de su unidad.

Wu Yicheng salió a la carrera del cuartel y me abrazó. Nos abrazamos fuertemente como amigos de la infancia que se encontraban al cabo de diez o veinte años de separación.

En el instante en que su barba hirsuta, encanecida en medio de las llamaradas de la guerra, punzaba mi mejilla, una violenta emoción desconocida se apoderó de mí bloqueando con un nudo mi garganta. No sabía por qué sacudía tanto mi corazón el encuentro con ese chino de tan terco temperamento de burocracia militar y sentido de autoestimación. La amistad nacida en los campos de batalla era algo verdaderamente extraordinario. Quedé muy conmovido por la cordial hospitalidad que me brindaba como a su hermano, sin reparar en mi nacionalidad y edad.

No existe en el mundo amistad más sincera, fervorosa y firme que la entablada en medio de una lluvia de balas. Es precisamente por esa razón que llamamos amistad combativa a la forjada de modo más entrañable entre los hombres.

No podía descubrir ahora la altanería con que antes sopesaba la personalidad de sus visitantes escrutándolos con mirada de águila, reclinado sobre una piel de tigre. Me daba más la impresión de un modesto anciano campesino que la de un héroe-tigre selvático que tenía bajo sus órdenes a millares de hombres. Parecía que había adelgazado y perdido un tanto el brillo de los ojos.

Pasé dos días en el campamento secreto de Wu Yicheng. Cuando iba a partir me entregó un centenar de sus soldados. Al ver que rehusaba me dijo, como si estuviera enojado:

—Sé que no habrá nada que le falte o escasee. Pero como amigo debo ofrecerle alguna ayuda a usted que prepara una guerra de gran envergadura. ¿No? Esos cien hombres deben estar a sus órdenes, más

que bajo las mías. Un refrán dice: La artemisa retorcida crece recta en el cañamar.

No volví a ver más a Wu Yicheng. A fines de ese año oí que se había ido a la Unión Soviética confiando su tropa a otra persona. Después no tuve ninguna otra noticia de él por no existir lazos de comunicación.

Wu Yicheng resultó, no un acompañante temporal que nos fue necesario por algún tiempo cuando allanábamos el camino de la causa del frente conjunto, sino un inolvidable compañero de armas con quien atravesamos hombro a hombro lluvias de balas y llamaradas de batallas reales. Todavía es una incógnita cómo pasó la última mitad de su vida y cómo la concluyó. No hay dónde podamos conseguir una noticia confiable.

Sólo me sentiría contento con saber que se mantuvo fiel hasta el último momento a los ideales de amor a su patria y nación.

3. Asalto a la ciudadela distrital de Dongning

Después de las negociaciones en Luozigou, la Oficina conjunta de las fuerzas antijaponesas imprimió mayor energía al trabajo con el Ejército de salvación nacional. Sus miembros penetraron hasta en las tropas de gandules de bosque y emprendieron intensas actividades para incorporarlas al frente conjunto antijaponés.

Por conducto de ese aparato, a comienzos de septiembre de 1933 nos reunimos en Laomuzhuhe, cerca de Luozigou, con Wu Yicheng, Shi Zhongheng, Chai Shirong, Li Sanxia y otros comandantes de las unidades antijaponesas chinas, para discutir el ataque a la ciudadela distrital de Dongning (Sanchakou), y definimos el plan de operaciones. A propuesta del comandante Wu Yicheng, fue aceptado por unanimidad el trazado por nosotros.

Dedicamos más de dos meses a la preparación de la embestida y no se ejecutó tan pronto concluyeron las negociaciones en Luozigou, por la especial importancia que le prestábamos. Lo consideramos coyuntura para que nuestra Guerrilla Antijaponesa pudiera actuar con plena libertad y, al mismo tiempo, opinamos que sólo al ganarla se pondría en vigencia el acuerdo de la formación del frente conjunto.

Si el asalto resultaba victorioso, el frente conjunto se asentaría sólidamente, y en caso contrario, acabaría, sin remedio, por sucumbir en su etapa de formación. En fin, que el éxito de las conversaciones en Luozigou perdería valor y saldría comprometido el prestigio militar de la Guerrilla Antijaponesa, logrado a duras penas mediante sangrientos combates. Y, ¿qué pasaría si las tropas de salvación nacional se agitaran diciendo que fueron batidas por culpa del frente unido? Realmente, debíamos pasar por un examen difícil.

Los datos de exploración y los partes enviados por las organizaciones locales indicaban que en la ciudadela distrital de Dongning estaban concentrados unos 500 efectivos del ejército de

Guandong, bajo el mando de Ishida, y casi un regimiento cuyo jefe era Qing, y otras numerosas fuerzas de policías y de los cuerpos de autodefensa del Estado títere manchú. Los protegía una fortaleza con cañones y otras armas modernas.

Algunos comandantes de las unidades antijaponesas chinas aseguraban que la posibilidad de conquistarla era nada más que de un 30 por ciento.

También en la mesa de la reunión conjunta, se inquietaron por que eran demasiado débiles nuestras tropas en comparación con las enemigas y como argumento se refirieron a la norma militar, reconocida mundialmente, que exigía a los atacantes tener el triple de las fuerzas de los defensores.

Sin embargo, Wu Yicheng y otros jefes censuraron esa actitud afirmando que era un disparate, que sólo lo enseñaban en la escuela de oficiales de infantería de Japón donde estudió Ri Chong Chon.

Comoquiera que una vez el Ejército de salvación nacional había fracasado en el asalto a esa ciudadela, no era infundado que algunos comandantes sobreestimaran al enemigo por temor al mito del “invencible ejército imperial”.

Una vez aprobado el plan de operaciones, los miembros de la Oficina conjunta de las fuerzas antijaponesas, en cooperación con Hu Zemin, se dedicaron a asignar a cada unidad los efectivos que participarían en el combate.

Por nuestra parte, decidimos elegir unas tres compañías de Wangqing, Hunchun y Yanji, y las citamos para Luoizigou.

A finales de agosto de 1933, en los alrededores de esta ciudad se produjo un emocionante encuentro entre la compañía que llevé desde Wangqing y la que Paek Il Phyong, comisario político de batallón, condujo desde Hunchun.

Por desgracia, los compañeros del batallón de Yanji no pudieron llegar al lugar definido por el atraso del enlace. Habían elegido a la compañía de Choe Hyon que tenía la mayor capacidad combativa. Antes de partir, éste entregó a cada soldado 150 balas y un par de zapatos nuevos. Partieron de Beidong y, a marcha forzada, entraron a

Macun a mediados de septiembre, cuando ya nos habíamos retirado a Xiaowangqing tras concluir la batalla.

Cuando llegamos a Luozigou junto con los compañeros de Hunchun, nos saludaron calurosamente los soldados del Ejército de salvación nacional y los moradores, entre los cuales figuraban muchos campesinos venidos de las aldeas cercanas. En esa acogida pudimos percibir el arraigo de las organizaciones antijaponesas del lugar. Detrás de la multitud que agitaba las manos y nos aclamaba estaban excelentes revolucionarios como Choe Jong Hwa. Servía a un organismo del Estado manchú, aunque era jefe de la asociación antijaponesa de Luozigou y en calidad de miembro del comité de soldados antijaponeses actuó mucho en el Ejército de salvación nacional. En Luozigou difundió lo justa que era nuestra línea del frente común antijaponés, y, movilizándolo a las masas, abasteció de grandes cantidades de tejidos y alimentos a unidades de ese ejército.

Nos alineamos en una calle de los chinos e hice uso de la palabra exhortándolos a la lucha antijaponesa por la salvación nacional. Luego cantamos y bailamos. Todos los establecimientos a ambos lados de la calle cerraron sus puertas y sus dueños acudieron para ver.

Luozigou, donde los combatientes de nuestra Guerrilla Popular Antijaponesa y del Ejército de salvación nacional se confundían como verdaderos hermanos, parecía una ciudad en festival. Tanto el barrio de los coreanos como el de los chinos se inundaron en un ambiente de fiesta.

Hubo jóvenes que al informarse con rapidez de mi presencia, se aborozaron para encontrarse con el comandante Kim. Incluso discutían acaloradamente, insistiendo cada cual en su opinión de que yo era oriundo de la provincia Phyong-an, o de Hamgyong, e incluso de Kyongsang.

Los niños se pegaban a los fusiles modelo 38 y a las cananas. Cada guerrillero llevaba tres: una a la cintura y otras dos cruzadas sobre el pecho. Cada una contenía 100 balas, lo cual significaba que a cada soldado correspondían 300.

—¡Cuánto sufren para recuperar al país! Compartamos por lo menos un almuerzo.

Las mujeres se abalanzaron a porfía sobre nuestras filas y tiraban de las manos a los guerrilleros. Hubo quienes caminaron cuatro u ocho kilómetros hasta Luozigou para ofrecernos comidas.

Al llegar a la ciudad fuimos a ver al comandante Wu Yicheng, guiados por los compañeros de la Oficina conjunta de las fuerzas antijaponesas.

Como éramos viejos conocidos, conversamos en una atmósfera rebosante de cordialidad. La charla no era inquisitiva como en las primeras negociaciones efectuadas en junio, sino la de dos hombres francos y sinceros.

Durante la caminata hacia Luozigou, lo que más me preocupaba era que el comandante Wu Yicheng hubiera renunciado al asalto a la ciudadela. ¿Ri Chong Chon y otras personas disgustadas con las acciones conjuntas con nosotros no lograrían persuadirlo para que desistiera y llevara las relaciones al estado anterior a las negociaciones? ... Los compañeros de la Oficina me habían comunicado varias veces que Ri Chong Chon azuzaba obstinadamente a Chai Shirong a abortar las operaciones conjuntas, y que esto podía influenciar sobre el comandante Wu.

Pero, mi inquietud fue inútil. Wu Yicheng mantenía invariables la voluntad de formar el frente unido y la determinación de resarcirse de las derrotas anteriores de su ejército mediante una exitosa operación en la ciudadela distrital de Dongning.

Consideraba su mayor vergüenza el golpe recibido en la acción de “castigo” del ejército japonés contra Luozigou, a finales de 1932. El enemigo había movilizado más de diez aviones y centenares de efectivos, que aplastaron sin piedad a las tropas de salvación nacional. Luozigou quedó reducida a cenizas y sus defensores fueron expulsados hacia Chengnancun, Xintunzi, Shitouhezi y otros sitios.

—En número, superábamos a los japoneses, pero les dejamos Luozigou y huimos hacia las montañas. Ese recuerdo no me deja conciliar el sueño. Aunque los ocupantes decapitaban a los hombres

y colgaban sus cabezas de lo alto de la puerta del Sur, permanecimos internados en los montes, sin pensar en la venganza. No hicimos nada más que temblar ante el ejército japonés. ¡Qué vergüenza! En Dongning me lo pagarán con creces.

Mientras nos hablaba se llevó con frecuencia una mano a la cintura de donde colgaba la pistola ametralladora. Al ver que ardía en deseos de venganza, me convencí que su decisión era inmutable. Esto implicaba un buen síntoma para la perspectiva del frente unido.

Ese día, le hice una síntesis de mis antecedentes, como en el encuentro con Pan Shengwei. Me siguió él. Por ese diálogo, exento de formalismo, supe que era nativo de un lugar de Dongchang, en la provincia Shandong, y que “Wu Jicheng” era su apodo. Mientras charlábamos, dos guerrilleros montaban guardia sobre el techo de la residencia de Wu. Las tropas de salvación nacional organizaron también con rigor la vigilancia en los contornos.

Como se decía, habló medio acostado sobre la piel de tigre. Cuando conversaba, no le gustaba, quizás por haber engordado, sentarse en una silla con las piernas cruzadas y darse aires de importancia. Naturalmente, tuve que portarme como él, pero, en mi caso, poniendo un brazo sobre el *mokchim*.

Wu Yicheng ordenó a sus subalternos preparar un buen almuerzo, puesto que, dijo, tenía un distinguido visitante.

Le pedí que retirara la orden, porque ya lo traíamos preparado. Quien nos servía entonces como cocinero era un chino con el rostro picado de viruelas. Wu manifestó mucha simpatía al ver que yo hablaba libremente su idioma. El conocimiento del chino, gracias a mi bienhechor padre, también surtió un gran efecto en el trabajo con él.

En Luozigou, las compañías de Wangqing y Hunchun debatieron varias veces sobre la dirección de la labor política con las masas.

Nosotros advertimos con énfasis a los guerrilleros:

“... De las operaciones que vamos a acometer depende qué camino tomarán en el futuro las tropas de salvación nacional. Si nuestra guerrilla pelea bien, a la vanguardia, ellas nos seguirán, pero si no desempeña su papel, se alejarán de nuestro lado. Por tanto,

ustedes siempre deben ser ejemplo en la vida cotidiana y en el combate. Éste no es para conseguir unas cuantas armas o sacos de arroz, sino para formar el frente unido. Su destino lo marcará el combate ya próximo. Cederemos todo el botín a las tropas de salvación nacional. No importa que se lleven sus soldados, aunque sean cigarrillos de opio. Pero, lo que todos debemos tener bien presente es que no les entregaremos nada en el aspecto político y moral...”

De los comandantes de las unidades antijaponesas chinas, el brigadier Shi Zhongheng era quien apoyaba más activamente el proyectado asalto. Durante la estancia de nuestra Guerrilla Antijaponesa en Luozigou, entre nosotros surgió una fraternidad real, por encima de la nacionalidad y afiliación. En la marcha hacia la ciudadela distrital de Dongning, quiso estar siempre a nuestro lado. Y deseó acampar cerca de nuestra tienda, y actuar junto a nuestra unidad en el combate. La caminata de centenares de *ríes* entre Luozigou y Dongning ayudó a compenetrarnos más.

Las unidades que habían partido de Luozigou a comienzos de septiembre, debieron pasar algunos días en el camino, oportunidad que sirvió para comprobar el noble espíritu revolucionario y las auténticas cualidades humanas de los comunistas coreanos. La vida real y la marcha ponían de relieve las diferencias morales y políticas de los dos ejércitos.

Adondequiera que fuimos, nos portamos conforme a la naturaleza del ejército del pueblo. No destruimos los sanggongdang, y aunque viéramos manjares en los altares nunca los tocamos y ni siquiera los miramos. En los caseríos chinos organizamos actividades culturales, pegamos en las paredes carteles de propaganda, y ofrecimos conversatorios. En contraste con otras unidades que molestaban a los moradores, las nuestras ayudaban en los quehaceres, trayendo agua del pozo, moliendo granos, trillando o poniendo cercas. En las aldeas coreanas, además, hacíamos lecturas de cuentos.

Ante esa conducta, los aldeanos repetían que había llegado un ejército que sabía reconocerles, preparaban *tok* y sacrificaban cerdos.

No les gustaban otras tropas que poseían malas costumbres y se portaban con rudeza, pero sí, decían, la unidad del comandante Kim, porque era tan decente, amable y humana que daban deseos de donarle hasta la propia carne.

Nuestro sincero amor hacia el pueblo y el apoyo y la hospitalidad que éste nos prodigaba, hacían que el brigadier Shi Zhongheng levantara su pulgar y nos llenara de alabanzas acentuando que éramos un colectivo de caballeros nunca visto en el mundo. Y varias veces recalcó a sus soldados que aprendieran de ese ejército comunista.

“Algunos tunantes que marchan a la cabeza de la columna deshonoran al Ejército de salvación nacional; ustedes no deben seguirlos. Tienen que portarse con decencia, pues nos está viendo el cielo. Advierto que si en nuestra unidad aparecen inmorales que abusen de las mujeres, escamoteen bienes ajenos o griten a las masas, les sancionaré con toda severidad, sin importarme quién sea.”

Estas palabras sirvieron de efectiva alerta para sus subalternos.

Algunos soldados del Ejército de salvación nacional pusieron pies en polvorosa sólo de mirar parvas en la noche oscura, confundiéndolas con soldados japoneses.

Como esto se repetía, los retiramos de la patrulla de vanguardia, los pusimos a vigilar en la retaguardia, y en su lugar situamos a nuestra guerrilla. Esta medida, aunque sencilla, despabiló a los guerrilleros. Conscientes de que el triunfo en el asalto a la ciudadela dependía de ellos y no de las tropas de salvación nacional, que equivocaban mieses con unidades japonesas, y que, por consiguiente, cuyas eran las fuerzas decisivas para poner en movimiento el engranaje del frente unido, nuestros hombres apresuraban sus pasos en silencio. Y no dejaban de estudiar mientras caminaban, y de vez en cuando, entablaban serias polémicas sobre política. Cuando la columna llegaba casi a Laoheishan, del final de la compañía de Wangqing sonó una voz irónica:

—Compañero Kang, ¿quieres explicarme con claridad el objetivo del asalto a la ciudadela distrital de Dongning? Cuando escuché al

compañero Comandante en Luozigou, me pareció que lo comprendía, pero ahora estoy algo confundido.

Era el compañero Pak, y no lo desconocía, sino que quería saber si el otro tenía conciencia del asunto.

También Kang era un pillo y respondió:

—¡Ah, ah! ¿Qué te pasa? ¿Quieres asar cangrejo en lumbre ajena? Te lo explico, si de veras no lo recuerdas bien. Pero, me gustaría más hacerlo al son de la melodía de la *Canción Sipjin*.

Y sin darle tiempo a intervenir, empezó a entonarla:

*Primero,
formar el frente unido,
aunque se caiga el cielo.*

*Segundo,
extender nuestra zona guerrillera,
baluarte impar de la revolución,
hacia la frontera
de Manchuria y la Unión Soviética.*

*Tercero,
abrir la ruta
hacia la Unión Soviética,
placentero paraíso para vivir,
pese a su viento frío.*

...

Pak quedó boquiabierto y sólo atinó a expresar su admiración:

—Tu talento no es cambiable ni por quince *males* (Medida cúbica tradicional; equivale a 15 kilogramos –N. del Tr.) de oro. Ahora todo está bien claro hasta para esta cabeza dura, es como ver una luna llena en un cielo azul.

Kang, hombre inteligente de la compañía de Wangqing, merecía ser alabado. Sabía reflejar fielmente con la melodía de la *Canción Sipjin* las complicadas circunstancias de la Primera Guerra Mundial,

así como abreviar con habilidad en esa composición todo el curso de la horripilante política, desde el Incidente del 18 de Septiembre hasta el establecimiento del Estado manchú.

Esta comprensible adaptación a la “*Sipjin*” del objetivo del asalto a la ciudadela distrital de Dongning se propagó en un santiamén de la compañía de Wangqing a la de Hunchun, de ésta a la brigada de Shi Zhongheng, de ahí a la unidad de Chai Shirong, y así sucesivamente. Algunos soldados del Ejército de salvación nacional canturreaban en la marcha. Esas tropas se empeñaron en seguir el ejemplo de nuestra unidad.

Pero, no todos sus integrantes procedieron así: existieron muchos que soñaban con ganar de repente un dineral imaginando la porción del botín que pronto se repartiría. Casi ninguno sacó a colación, desde un sublime ideal antijaponés, cómo extender su radio de acción hasta la frontera manchú-soviética, ni cómo recuperar el territorio manchú mediante la formación exitosa del frente unido con nuestra guerrilla.

Uno de los soldados de Shi Zhongheng que nos seguían preguntó a su compañero:

—Oye, ¿tú crees que si ocupamos a Dongning podemos conseguir muchos cigarrillos de opio?

Su interlocutor lo miró de reojo y le contestó en tono dubitativo:

—No sé. Es posible, pues allí hay un regimiento del ejército títere manchú. ¿Puede existir sin él? Pero, ¿por qué me preguntas eso si tú no fumas?

—Caramba. ¿No sabes que el opio significa dinero, y el dinero, opio? Hay un refrán que dice: si uno lleva a la cintura una bolsa con diez mil *liangs*, puede volar hacia Yangzhou montado en una grulla.

—Tienes razón. Se dice que sin dinero tampoco se puede ir a Hangzhou para disfrutar de su paisaje. Ve tú a Hangzhou y a Xuzhou con ese opio de diez mil *liangs*, yo sólo deseo conseguir una linterna japonesa.

—No te preocupes. Seguro que la tendrás porque allí pululan los soldados japoneses ...

—No hables tonterías. El opio y la linterna se consiguen

únicamente con la victoria en el combate. ¿Piensas que podríamos ocupar tan fácilmente la ciudadela?

Este diálogo que oí de casualidad, me puso el corazón tan pesado como un plomo.

“¿Podrán esos soldados del Ejército de salvación nacional que piensan sólo en el botín, pelear cuerpo a cuerpo contra el invencible ejército imperial y avanzar como una bomba humana hacia los fortines, dando vivas a la República de China?”, pensé.

El lenguaje y sus miradas maliciosas me causaron desconfianza. Era un mal síntoma.

En Laoheishan, organizamos una reunión conjunta de la Guerrilla de Wangqing y la de Hunchun para darles a conocer una vez más el objetivo y el significado político-militar del asalto.

Luego, ya en las zonas de Gaoancun y Wushengou colindantes con la ciudadela distrital de Dongning, volvimos a comprobar la situación enemiga y ajustamos el plan de ataque definitivo. Ese día por la noche descubrimos cerca de Dongning una organización clandestina del partido que había constituido Pan Shengwei cuando actuaba como secretario en el comité del partido del distrito unificado de Suining, y que abarcaba Dongning, Gaoancun, Xinlicun, Laoheishan, etcétera. En la primavera de 1932 el enemigo supo de ella y persiguió a sus miembros. Una parte cruzó al territorio de Wangqing y la que quedó allí pasó a la clandestinidad. Pan Shengwei envió entonces a Wangqing no sólo a militantes del partido y de la Juventud Comunista, sino también a guerrilleros y muchas otras personas comunes.

En una ocasión cuando se despedía de mí para marchar a Hunchun, me solicitó que si tenía oportunidad de ir a Dongning buscara esos militantes y los uniera a la organización, y que en su lugar les atendiera bien. No olvidé ese ruego y al redactar en Luozigou el programa de trabajo político con las masas incluí la necesidad de revivir la organización clandestina del partido del distrito Dongning mediante una eficiente labor entre los habitantes.

Y con algunos militantes que encontramos en los alrededores de Gaoancun restablecimos la organización clandestina del partido en el

distrito y confiamos su dirección a la de Luozigou, conectándolas por vía orgánica. Ella ofreció mucha información, lo cual nos permitió abrir con facilidad la ruta hacia la Unión Soviética. Cumplió fielmente nuestras directivas respecto a las actividades clandestinas y existió hasta la década del 40. Después de la conferencia de Xiaohaerbaling, cuando el Ejército Revolucionario Popular de Corea actuaba dividido en pequeñas unidades, tomando como puntos de apoyo los campamentos secretos del monte Paektu y las bases de entrenamiento en las cercanías de Jabarovsk, en la Unión Soviética, solíamos aprovechar esa ruta. A través suyo, un gran número de pequeñas unidades llegaron al interior de Corea y a Jiandao, o marcharon del monte Paektu a la frontera manchú-soviética. Los trabajadores clandestinos enviados al interior de Corea también la utilizaron con frecuencia cuando querían llegar a Primorie.

El grupo de Jon Mun Uk, que realizaba intensas acciones de reconocimiento en la zona colindante con esa frontera, recibió mucha ayuda de la organización clandestina del partido de Dongning. Ya. T. Novichenko, soldado internacionalista que sirvió en el ejército en tierras rusas, frente a Dongning, recordaba que había visto pasar por allí numerosas unidades pequeñas del Ejército Revolucionario Popular de Corea. Igualmente en el período de las operaciones contra Japón, dicha organización participó activamente en la perturbación de la retaguardia enemiga, y así hizo un gran aporte a la liberación de Dongning.

La conversación con moradores de Gaoancun y miembros de la organización clandestina nos permitió conocer que, aunque servía al Estado manchú, el jefe del regimiento estacionado en la ciudadela poseía un fuerte sentimiento antijaponés y que las relaciones entre su unidad y la guarnición japonesa, aparentemente normales, de hecho, eran muy contradictorias.

Se decía que aquel oficial mantenía amistad con los dueños de las tiendas chinas en la ciudadela y escuchaba con gusto sus consejos. También los miembros de la organización clandestina lo conocían bien.

Les orientamos ejercer influencia sobre esos comerciantes para que persuadieran al oficial a acceder a la colaboración con nosotros.

El asalto se inició en la noche del 6 de septiembre de 1933 y terminó al mediodía del 7. En toda la guerra antijaponesa, según mi recuerdo, casi no hubo casos en que una batalla se extendiera más de una jornada.

Fijamos como blanco principal el fortín de dos pisos de Xishan, levantado en la cresta de una loma fuera de la puerta oeste y que disponía de ametralladoras pesadas y ligeras. Se comunicaba con el cuartel de la unidad japonesa por una profunda trinchera y un túnel secreto por donde, según las necesidades, podían introducirse refuerzos. Ese fortín fue la causa de que una vez las tropas de salvación nacional fracasaran en las operaciones de asalto a la ciudadela.

Embosqué en el valle Jajak a la compañía de Hunchun con la misión de bloquear los refuerzos enemigos, y situé la de Wangqing en la dirección principal del ataque para que ocupara ese fortín.

A las 9 de la noche, tan pronto sonó el disparo de mi pistola de señales, el grupo zapador de la guerrilla que se había acercado a hurtadillas a la posición enemiga, empezó un intenso fuego contra el fortín. El enemigo trajo de continuo refuerzos, valiéndose de la trinchera de comunicación y el túnel. Un violento tiroteo cruzado siguió durante varias horas.

Procuré que los guerrilleros que habían irrumpido en el interior de la ciudadela por su puerta oeste bloquearan el cuartel mientras enviaba otras fuerzas al norte del fortín con el fin de romper la densidad del fuego contrario y después puse en acción a los zapadores para ocupar el fortín con intensos ataques de bombas de mano. Apenas al alba, el monstruo acabó por cerrar su boca, dejando de resistir. Nuestra fuerza principal como una red de acero cercó el cuartel enemigo y desbarató toda tentativa de contraataque. Los soldados japoneses huyeron por la puerta norte.

En ese lapso, las tropas de salvación nacional que habían penetrado de antemano en la ciudadela disfrazadas de servidores y

las que irrumpieron por las puertas del este y sur, ocuparon sus puestos y entraron en acción.

El cuartel de la unidad del ejército manchú títere nos envió su representante y expresó su aprobación con nuestra propuesta de golpear juntos al ejército agresor del imperialismo japonés. Si se realizaba esta colaboración, la ciudadela caería por completo en nuestras manos.

Pero, en aquel preciso momento algunas unidades comandadas por Chai Shirong se dieron a saquear a diestro y siniestro las tiendas controladas por el ejército manchú títere y se abalanzaban sobre los hogares, lo cual hizo desistir a este ejército de su compromiso atacándonos como una ráfaga de viento. A su reacción se sumó la guarnición japonesa.

Atemorizadas ante la fuerte ofensiva enemiga, algunas unidades de las tropas de salvación nacional abandonaron las zonas ocupadas y pusieron pies en polvorosa, hacia las afueras.

Sin embargo, nuestra guerrilla iba extendiendo su ocupación con una decisiva batalla urbana y lograba acorralar al enemigo en un rincón de la fortaleza. Estimuladas por esto, las tropas de salvación nacional tomaron la fábrica bélica y atacaron los arsenales. El combate duró varias horas.

Me di cuenta que las operaciones conjuntas habían alcanzado su objetivo principal, y ordené a nuestras unidades que se retiraran. La guerrilla se replegó y protegió con su fuego a las unidades de salvación nacional que vomitaba la ciudadela.

Precisamente fue entonces que nos comunicaron que el brigadier Shi Zhongheng, gravemente herido, quedó en el campo de batalla. Sus soldados habían huido, dejándolo en medio de un infierno de muerte. También su ayudante había salido de la ciudadela para ponerse a salvo.

Al instante, me vinieron a la memoria las imágenes de aquellos soldados de las tropas de salvación nacional, que parloteaban sobre el botín. Mientras ellos soñaban con cigarrillos de opio y linternas, de producción japonesa, a mí me preocupaban sólo los saqueos y las

consecuencias que podían traer a las operaciones.

Ya en pleno combate, ellos hicieron pillaje. Pero esta vez, cometían una falta tan escandalosa como era abandonar a su superior. Siempre, el soldado compara al jefe con su padre o madre. Significaba que esos soldados incurrieron en el delito de huir abandonando a sus padres en el campo de muerte. Por primera vez en mi vida era testigo de tal vileza a pesar de que oía muchas anécdotas sobre la guerra. El pillaje y el abandono del superior tenían un punto en común: la codicia, convertida, en última instancia, en extrema indiferencia ante la vida ajena y en cobardía.

¡Cuánta verdad contiene esa sentencia de nuestros antepasados: una jícara que gotea en el hogar hace lo mismo en el campo!

El combate es la continuación y el balance de las actividades cotidianas, pues el éxito de los soldados se decide de antemano por éstas y no en el campo de enfrentamiento. La batalla no es sino un simple reflejo y expresión de esas actividades.

La historia no conoce ningún ejemplo de que un ejército sin moral haya salido triunfante. El ejército nazi de Hitler fue vencido moralmente al aplastar la justicia y belleza con las orugas; una causa fundamental de su derrota radicó en la pérdida de la ética. Y si el ejército japonés, que se enorgullecía de su “invencibilidad”, sucumbió, también fue, fundamentalmente, por su degradación moral. Japón no pudo menos que asfixiarse asediado por miles de millones de seres humanos honestos que condenaban y odiaban a su ejército calificándolo del más salvaje e impúdico en el mundo, y por las fuerzas aliadas internacionales.

La historia bélica mundial no conocerá, excepto el japonés, ningún ejército que, disponiendo de “mujeres consoladoras”, agrediera otras naciones y masacrara a sus habitantes.

La guerra es una confrontación tanto de la fuerza como de la moral y ética. El ejército que en el proceso de la guerra desprecia la influencia de la moral o la considera como un adorno innecesario, es como un enorme montón de escombros.

Ordené a Choe Chun Guk que rescatara a Shi Zhongheng. Él y

sus hombres lo cumplieron a riesgo de su vida. Unos lo llevaban a cuestas y otros los cubrían con su fuego. Y, mientras condujimos sin percance a las unidades hacia una cota, los guerrilleros criticaron a los soldados por haber abandonado a su comandante, diciendo que debían ser partidos por un rayo.

Tal infamia de los soldados del Ejército de salvación nacional merecía ser condenada. Sin embargo, esa conducta no perjudicó las relaciones entre él y la guerrilla.

El asalto a la ciudadela distrital de Dongning no significó sólo el aniquilamiento de unos cientos de enemigos. Lo más importante fue que después del combate las tropas de salvación nacional llegaron a confiar totalmente en los comunistas coreanos. Nuestra Guerrilla Popular Antijaponesa tuvo una vez más la posibilidad de actuar legalmente, y con todo derecho, en tierras de Manchuria del Este, enarbolando la bandera roja. La batalla sembró en la mente de los soldados de ese ejército auténticas estampas de los comunistas coreanos.

A partir de ahí golpeaban voluntariamente a todos los que nos hacían daño.

Shi Zhongheng, cuando volvió en sí, expresó:

“El 7 de septiembre de 1933 nací por segunda vez. Hasta entonces tuve la vida que me dieron mis padres, y desde ahora la que me ofreció el comandante Kim Il Sung. Usted es mi salvador y la Guerrilla Antijaponesa el primer hermano de nuestro Ejército de salvación nacional.”

Posteriormente, el hecho se difundió por toda Manchuria por boca de Shi como una leyenda sobre el alto espíritu de sacrificio de nuestra guerrilla y su fidelidad al deber camaraderil.

En el camino de regreso a Luozigou, que medía centenares de *ries*, no me aparté del comandante Shi. El primer día los guerrilleros lo transportaron en camilla. Sus soldados lo veían, pero no se atrevían a acercarse, sólo lo contemplaban de lejos, hasta que el ayudante de Shi, junto a sus compañeros, solicitó que se lo devolvieran, pero los guerrilleros los rechazaron. Insistió y, a la tercera vez, ordené que le entregaran la camilla, persuadiendo a mis

compañeros de que ellos, también seres humanos con razón, ya se arrepentirían, y que si se les permitía siquiera llevar la camilla, podrían librarse un tanto de la falta cometida en el campo de batalla.

Cuando les entregamos al brigadier, expresaron su profunda gratitud, hasta con reverencias.

Shi Zhongheng, a pesar de sentirse triste por la acción de sus hombres, nos pidió perdón como su superior:

—Comandante Kim, no tengo cara para mirarle por la infamia de estos imbéciles. La culpa es mía porque no los eduqué bien, así que si quiere exigirles algo, hágamelo a mí y perdone a ellos.

Me causó una gran admiración ver que él consideraba como suya la bajeza de sus soldados. Si hubiera montado en cólera o expresado una pizca de queja ante ellos, no me hubiera emocionado tanto. En realidad era un militar de corazón amplio y generoso.

—Un refrán chino dice: también la sandía dulce tiene rabillo amargo. El hombre no puede ser deferente siempre, ni la flor conservar su belleza eternamente. ¿No es así? Usted, brigadier Shi, ha recuperado su vigor aunque fue gravemente herido, eso nos contenta.

—Se dice que si uno quiere comprar un caballo debe verle los dientes y si hacer amistad con un hombre, leer su alma. Tener un amigo como usted, comandante Kim, lo consideraré una fortuna donada por el cielo que guardaré toda mi vida.

Shi Zhongheng me superaba en doce o trece años, pero nos hicimos íntimos amigos de armas y compañeros en el camino para formar el frente conjunto antijaponés. Después del asalto a la ciudadela distrital de Dongning, estableció su campamento en Xibeigou, no lejos de Macun donde estábamos. Nos veíamos tan frecuentemente como los parientes y estrechábamos cada día más los lazos de fraternidad.

Para curar sus heridas le entregué medicamentos. También recibí nuestra influencia comunista. En este lapso fue admitido en el partido comunista y se convirtió en un comandante del Ejército Revolucionario Popular.

También en la batalla de Luozigou, efectuada en junio de 1934, se desempeñó con pericia en las operaciones conjuntas antijaponesas y, después de incorporado al Ejército Revolucionario Popular, acumuló numerosos méritos en calidad de comandante de la segunda división independiente. Iba al frente en cada combate y avanzaba con valentía hacia la posición enemiga, con la pistola ametralladora en la mano. Sus soldados llegaron a pensar que en el mundo no había comandante tan excelente como él. También los de otras unidades del Ejército de salvación nacional lo respetaban y veneraban, y muchos de ellos se pasaron a sus filas.

En la batalla de Laosongling él avanzaba en la vanguardia, pero, desgraciadamente, fue alcanzado por una bala enemiga, que se le alojó en el vientre, sin atravesarlo. Fue trasladado a la Unión Soviética para extraerle el plomo y murió enseguida. Cuando recibí la noticia no pude contener la tristeza.

Igualmente Chai Shirong, que desde el asalto a la ciudadela distrital se nos había unido en la lucha antijaponesa, se pasó más tarde al Ejército Revolucionario Popular y se desempeñó como subjefe del quinto cuerpo y luego como su comandante. Actuó en Manchuria del Norte y bajo la dirección de Zhou Baozhong realizó ingentes esfuerzos para promover nuestros lazos fraternales. Todavía en la primera mitad de la década del 40 mantenía estrechos contactos conmigo.

Cuando el frente unido de nuestra Guerrilla y las unidades antijaponesas se consolidó con el asalto a la ciudadela distrital de Dongning, surgió un imprevisto que pudo quebrantarlo. Consistió en que Wu Yicheng se pronunció a favor de Chiang Kai-shek. En una reunión conjunta que celebramos en Luozigou para analizar el resultado de la operación, él fue el primero en intervenir, abordó los éxitos de las unidades aliadas en el combate y alabó, por sorpresa, a Chiang Kai-shek, argumentando que la guerra antijaponesa en el noreste de China se ganaría sólo con los cañones y soldados que este enviara del Sur. Esto provocó, como era natural, la indignación de los guerrilleros.

Paek Il Phyong, responsable del grupo guerrillero de Hunchun,

corrió a la tribuna y lo calificó de reaccionario, preguntándole si Chiang Kai-shek podría ayudarnos y dirigirnos cuando todo el mundo lo tildaba de perro del imperialismo.

Wu, colérico, ordenó que lo arrestaran y amenazó con fusilarlo.

Entonces, los soldados de Paek Il Phyong se enardecieron y trataron de enfrentársele con las armas, gritando: “En el asalto a la ciudadela no perdimos ni a un soldado, entonces, cómo vamos a sacrificar a nuestro jefe por el frente unido; si lo perdemos no tendremos cara para regresar a Hunchun; combatiremos a Wu hasta el último hombre por salvarlo.”

Los soldados del Ejército de salvación nacional, por su parte, también agarraron sus armas y apuntaron en son de pelea.

Se creó un momento tan crítico que un solo disparo causaría un montón de bajas y destruiría el frente unido conseguido a duras penas. Wu Yicheng, con el rostro estático, se limitó sólo a contraer sus labios.

Subí a la tribuna, persuadí en coreano y en chino a ambas partes y, por último, sugerí a Wu:

—Comandante Wu, entiendo su cólera, pero sea generoso y ponga en libertad a Paek Il Phyong. Él se portó descortés al decirle que es reaccionario, sin tener en cuenta su reputación, pero opino que usted, también debe meditar. Elogió a Chiang Kai-shek, a quien toda China califica de perro del imperialismo, y eso lógicamente no puede aceptarse con gusto. ¿No fue Chiang Kai-shek el que desde antes del Incidente del 18 de Septiembre incitó de antemano a Zhang Xueliang que orientara al viejo ejército del noreste de China, a renunciar a la lucha antijaponesa? Si usted fusila a Paek Il Phyong, toda Manchuria lo llamará traidor, así que le sugiero que reflexione profundamente.

Cuando acabé, entre los soldados de Wu se oyó cuestionar: “¿Quién es ese hombre? ¿Vino del Sur? ¿Es el mensajero del Guomindang?”, y entonces algunos gruñeron: “¿Qué diablo es del Sur?”

Es Kim Il Sung. Es el comandante de la Guerrilla. Se llama Kim Il Sung.”

—Lo dije por ignorancia y, por tanto, le ruego no me considere cómplice de Chiang Kai-shek.

Aunque dijo eso, añadiendo que anularía la orden de fusilamiento, Wu Yicheng retuvo a Paek Il Phyong más de dos días.

Los soldados del Ejército de salvación nacional empezaron a censurarlo por su brutalidad: “¿Por qué el comandante Wu no cumple su compromiso con el comandante Kim?”

“Todo se resolverá si no lo fusilamos. ¿Piensa Wu que puede matarlo a su albedrío, si lo quiere?”

“Si lo matamos, nos castigará un rayo.”

En medio de estos murmullos los oficiales le hicieron llegar una carta, apremiando la libertad de Paek Il Phyong.

Pudo librarse de las manos de Wu, entrado el tercer día de su detención.

Como se ve, el proceso de formación del frente unido con las unidades antijaponesas chinas requirió gran empeño, paciencia y sacrificio. ¿Cómo podrían unirse con facilidad, sin obstáculos ni contratiempos, dos “cuerpos orgánicos” con diferentes tipos de sangre?

Durante tres días el enemigo estuvo incinerando a sus caídos en los combates de la ciudadela distrital de Dongning. Nosotros perdimos a Hu Zemin. Murió por un tiro escapado cuando regresaba a Luozigou.

4. La democracia militar extremista

Si el lineamiento soviético fue una expresión izquierdista en la esfera de la construcción del poder, la democracia militar extremista constituyó una tendencia ideológica igual que se reveló en la dirección y la administración del ejército. Por ella se entendía la insistencia en que en estas tareas todos sus miembros, sin distinción de superiores e inferiores, debían ejercer iguales derechos. En otras palabras, era una idea que perseguía una extrema igualdad en todas las actividades militares, y que lo absolutizaba.

Al concluir la expedición al Sur de Manchuria y regresar a Wangqing nos dedicamos al trabajo en la guerrilla, y fue cuando percibimos por primera vez la existencia de esta tendencia en nuestras filas. Por entonces era incipiente, razón por la cual no acarrea graves consecuencias.

Pero, después del asalto a la ciudadela distrital de Dongning, de vuelta a Wangqing, nos dimos cuenta que ya tenía una configuración clara y había penetrado en el sistema de mando del ejército paralizándolo.

La primera señal de alarma se dio en el otoño de 1933, en Dahuanggou, en el distrito de Hunchun.

En Dahuanggou, la principal zona guerrillera de Hunchun, fue donde Pak Tu Nam asesinó a Pan Shengwei, el enviado de La Internacional. Precisamente en este lugar cayeron 13 de los combatientes de la guerrilla de Hunchun que habían participado en el asalto a la ciudadela distrital de Dongning. El incidente provocó fuerte indignación entre los habitantes de toda Manchuria del Este.

Los compañeros de Hunchun, al regresar a la zona guerrillera después de terminar en Luozigou la reunión de balance de la batalla, se alojaron en una casa retirada para reponerse durante algún tiempo y celebrar la *Chusok* (Fiesta tradicional de otoño, el 15 de agosto por el calendario lunar –N. del Tr.). Descansaron todo el segundo día

después de la fiesta, dejando un centinela. La guarnición japonesa, informada de esto, cercó y asaltó inesperadamente la vivienda en plena noche.

En tales circunstancias, lo indicado es golpear el eslabón débil del enemigo y salir rápidamente del área asediada. Y para ello el jefe tiene que percatarse justamente de la situación y tomar una decisión oportuna. Pero el jefe de compañía que mandaba al grupo no tenía derecho a decidir. Allí se encontraba también un competente comandante como era O Pin, pero su palabra ya no tenía efecto porque elementos izquierdistas lo habían degradado de jefe militar del comité distrital del partido a soldado raso.

Los izquierdistas que ocupaban posiciones en las instancias superiores del partido no concedían a los comandantes la facultad de determinar en cuestiones militares. Argumentaban que todos los asuntos referentes a operaciones militares, sin ninguna excepción, fueran examinados en reuniones y decididos colectivamente, según el principio de la mayoría de votos. Ello devino férrea ley, para todos, inviolable que ató prácticamente de manos y pies a los comandantes. La falta de decisión no fue por incapacidad de los jefes, sino por la paralización de sus facultades como consecuencia de la abrumadora presión de la democracia militar extremista.

Mientras los enemigos estrechaban paso a paso el cerco y con él se aproximaba la inminente muerte, el grupo estuvo discutiendo una y otra vez acaloradamente para decidir el absurdo problema de si debían pelear o romper el cerco. Aunque algunos con capacidad de raciocinio por propia iniciativa propusieron que ante todo debían combatir y después pensar en otras medidas, pues, decían, si se dedicaban sólo a discutir, serían liquidados, los adeptos de la democracia militar extremista rechazaron la opinión, alegando que sin la resolución de la reunión era imposible entablar combate.

Era, de hecho, un acto criminal, suicida, que trajo el aniquilamiento de los guerrilleros asediados. Cuando los debates se repetían sin encontrar solución, los enemigos empezaron el asalto. Apenas entonces los guerrilleros interrumpieron su sesión y empuñaron los fusiles.

La lluvia de balas segó la vida de 13 guerrilleros. Sólo unos cuantos se salvaron milagrosamente. Uno de ellos vino a Wangqing para transmitirme las últimas palabras de O Pin y nos explicó con todos los pormenores lo sucedido antes y después de la caída de sus compañeros entre los cuales estaba Paek Il Phyoung.

Según la narración del guerrillero de Hunchun, mientras se empeñaba en pasar entre los cadáveres, O Pin, con el abdomen abierto, le hizo este ruego con sus últimas fuerzas:

“No tengo el derecho a ordenarle. Pero, en mi condición de militante del partido, le ruego informar sin falta al compañero Kim Il Sung de lo que sucedió hoy aquí.”

Odié a los partidarios de la democracia militar extremista y a los dogmáticos que la aplicaron ciegamente en los combates. Si no hubiera existido el obstáculo que interponía ésta, los compañeros de Hunchun habrían podido romper a tiempo el cerco y no habrían sufrido la horrorosa muerte de los 13 combatientes.

Todos eran inolvidables compañeros de armas, que compartieron con nosotros la vida y la muerte en el asalto a la ciudadela distrital de Dongning. Cuando, al finalizar la batalla, nos retirábamos de la ciudadela, ellos, que formaban parte del grupo que protegía la acción, me apretaron la mano, elogiando a la unidad de Wangqing por su actuación durante la operación, y hasta me alzaron y mantearon sobre sus brazos. En los funerales de los compañeros caídos sollozaron y pronunciaron palabras de despedida.

Es demasiado doloroso pensar que esos hombres, llenos de entusiasmo y amor ardientes murieran todos en una noche.

De los 13, O Pin era mi más entrañable compañero de armas. Nos hicimos amigos por conducto de Chae Su Hang durante la preparación de la zona de los seis pueblos. En Longjing, Chae Su Hang estudió en la escuela secundaria Daesong, y O Pin en la Donghung. Las dos escuelas eran importantes centros de formación de los valores de los movimientos sociales y de independencia. Juntos participaron en el movimiento estudiantil en esa ciudad.

A la reunión de Kongsudok y la invernada de Mingyuegou,

auspiciadas por nosotros, O Pin asistió junto a Chae Su Hang e intervino activamente en el debate sobre el lineamiento de la lucha armada.

En mayo de 1931, si no me equivoco, O Pin y Chae Su Hang me guiaron a Jongsong, la tierra natal de este último. Recuerdo como si fuera ayer, cuando pisamos tierras de la aldea llamada Sinhung, donde llegamos cruzando el río Tuman en un barco camuflado. Mientras admirábamos emocionados la belleza del verdor de los sauces en los diques y aspirábamos el aire de las ruinas de una muralla, de un pronunciado matiz antiguo, intercambiamos interminables opiniones con respecto al porvenir de la Patria.

En la primavera del mismo año, en la parte exterior de la puerta del norte de la aldea Sinhung, tuve también un encuentro con O Ui Son, padre de O Pin, quien se desempeñaba como jefe de la unión antimperialista de Jongsong. Cultivaba tierra arrendada en Chatiaogou, distrito Yanji, pero las actividades de su hijo como revolucionario profesional lo hicieron mudarse con la familia a la aldea Sinhung. Su casa se convirtió en un punto de enlace secreto que facilitaba las relaciones entre la Guerrilla Popular Antijaponesa de la región de Wangqing y todas las organizaciones revolucionarias clandestinas dentro del distrito Jongsong.

Cada vez que iba a la aldea Sinhung, en el hogar de O Pin me agasajaban con *kuksu*. En mayo de 1933, la fiesta *Tano* la pasamos allí, ocasión en la que O Ui Son nos sirvió de almuerzo ese plato, con el sabor del *kuksu* frío de Pyongyang, hecho con harina de alforfón conseguida en la feria de Phunggye tras recorrer a pie unos 12 kilómetros en ida y vuelta.

De las impresiones de aquella fiesta hasta hoy conservo nítida la del hallazgo de un manantial y la construcción de brocal en el patio de la casa de O Ui Son, que tenía dificultad con el agua. Trabajé a brazo partido, con sentimiento filial, en sustitución de su hijo O Pin ausente por estar combatiendo en Hunchun.

En Luoizigou, poco antes de la batalla de la ciudadela distrital de Dongning, le contamos a O Pin del *kuksu* de alforfón que su padre

nos había servido en la fiesta. Se mostró muy contento. Había sido degradado a soldado raso de su cargo de responsable militar en Hunchun, pero no estaba en lo más mínimo desanimado ni retraído.

Cuando le aconsejé que no perdiera ánimo, me dijo:

—Como ve, sigo siendo un tipo animado y alegre. La degradación de responsable militar a soldado raso no es motivo para que este O Pin se haga Kim Pin o Pak Pin. Sin embargo, no me gusta seguir trabajando en Hunchun. Después de la batalla de la ciudadela distrital de Dongning pienso solicitar a la instancia superior mi traslado a Wangqing. ¿Qué dice usted, comandante?

—Me alegrará su presencia en Wangqing. Pero sepa que allí también sobran elementos izquierdistas quienes podrían acusarlo de “minsaengdan”. —Fue mi respuesta.

—¿Cree eso?

—No piense que en Wangqing es flojo el viento del izquierdismo.

—No obstante, si me encuentro cerca de usted, me sentiré mucho más aliviado. De todas maneras, iré a Wangqing. Este O Pin dice y hace.

Durante el asalto al fortín de Xishan peleó valerosamente, avanzó al frente con explosivos y abrió un corredor para el avance de la unidad. Su hazaña fue justamente valorada en la reunión de análisis de la batalla.

Después, al despedirse las unidades en Luozigou, me reiteró su resolución. Era incommovible su decisión de ir a Wangqing. Afirmó que había consolidado esta decisión durante el combate de la ciudadela distrital de Dongning, al ver cómo los compañeros de Wangqing ocuparon el fortín e irrumpieron en la ciudadela.

Desde luego, le prometí mi colaboración.

Pero, antes de que yo cumpliera esta promesa llegó a Wangqing la triste noticia de su muerte. En la primavera cayó Ri Kwang, y en el verano Pan, miembro del comité provincial del partido, desapareció víctima de un acto insensato, y después O Pin se fue a un mundo del que no volvería, sin haber visto su tan ardiente deseo.

La noticia de la muerte de los 13 combatientes fue como el

impacto de un rayo. Desde entonces aborrecí más aún a la democracia militar extremista, cuya sola mención me provocaba vértigo, y nunca la toleré en mi unidad porque era una corriente ideológica completamente perjudicial para la revolución.

Hoy, también tenemos implantado como un principio absoluto debatir todos los asuntos referentes a las operaciones militares en las organizaciones del Partido y fomentamos que por conducto de estas, las opiniones creadoras de las masas se reflejen en los planes operacionales. Pero, no permitimos que tal procedimiento colectivo viole las facultades del comandante de la unidad.

Sin embargo, en los comienzos de la guerra antijaponesa la democracia militar extremista ignoró esas facultades pretextando el colectivismo y paralizó el sistema de mando en la administración de la unidad y en sus operaciones.

En aquella época se efectuaban reuniones del partido por grupos, por células y por comités a todos los niveles y mitines de toda la unidad, parecidos a las actuales asambleas generales de los militares, para promover las iniciativas de los militantes del partido cuando se elaboraban planes de acción o se iba al combate. Y esto bajo el principio de tener en consideración las circunstancias y las condiciones.

Pero los izquierdistas, que consideraban absoluta la democracia militar extremista, como si fuera un código napoleónico, insistieron en que todos los asuntos militares, independientemente de su grado de importancia y de las circunstancias y condiciones, fueran examinados de modo incondicional en aquellas reuniones y mitines.

Por ejemplo, si se planeaba atacar una ciudad, primero había que hacer reuniones de los grupos del partido. Se confeccionaba el plano de la ciudad, manteniéndose en secreto su nombre, y se discutía y decidía si existía o no la necesidad de asaltarla y en caso afirmativo, de qué manera hacerlo.

Reconocidas la necesidad de la batalla y posibilidad de su éxito y elaborado en detalle el plan operacional en esas sesiones, se repetía el mismo procedimiento con el mismo tema y se decidía el plan por

votación en las reuniones a nivel de las células.

El procedimiento siguiente era la asamblea de toda la unidad. El contenido de la discusión y su orden del día eran casi iguales a los de las anteriores, sólo que en éstas los militares sin partido podían intervenir en los debates, los cuales se desarrollaban así: pronto atacaremos la ciudad equis; la operación será de mucha importancia político-militar; excepto mínimos sacrificios humanos, no tendremos otras pérdidas; el plan de operación es tal; y si desarrollamos el combate según él, la victoria será infaliblemente nuestra. Así se tomaba la resolución, eran impartidas las órdenes correspondientes y comenzaba el avance hacia el punto acordado.

Como el asunto se planteaba de modo impensado tal cual se arroja una piedra sobre la superficie de un lago, hasta llegar a una conclusión se realizaban interminables discusiones en las cuales unos estaban de acuerdo, afirmando que había posibilidades de llevar a cabo con éxito la batalla, y otros se le oponían, negándolas. La democracia militar daba a todos iguales derechos a la palabra y cada cual, queriendo parecer célebre orador, hablaba sin parar, razón por la cual las polémicas eran interminables.

Entretanto se producían cambios en el bando enemigo y, por consiguiente, los planes de operación, analizados y decididos con tanto esfuerzo en las reuniones a todos los niveles, no servían. En las batallas según estos planes, el ejército revolucionario sufría enormes pérdidas a causa de las circunstancias y condiciones imprevistas.

En este sentido, podría decirse que el incidente de Dahuanggou que costó la vida de los 13 combatientes fue una expresión típica de la democracia militar extremista.

Otra manifestación fue la insistencia en la aplicación del excesivo igualamiento y el igualitarismo esgrimiendo los principios de la democracia.

Las unidades bajo nuestro mando no constituyeron una excepción.

Un día, junto con Kim Myong Gyun, encargado de asuntos militares del comité distrital del partido, estuve en el cuartel de la

compañía No.1 con el fin de conocer el estado de sus actividades. Cuando llegamos, el jefe estaba barriendo el patio mientras en una esquina su comisario partía leñas junto con unos soldados.

No pude menos que sonreír ante el bello cuadro que mostraba la unidad entre superiores y subalternos.

Pero, no sabía por qué motivo, en el rostro de Kim Myong Gyun aparecía una expresión fría.

—Como los jefes muestran su ejemplo práctico, la escena alegra también la vista, —le dije, sin lograr que de la cara del encargado de asuntos militares se borrara la expresión sombría.

—Vamos a barrer junto con ellos.

Y cuando iba a coger una escoba abandonada sobre el suelo, Kim Myong Gyun me tiró de una manga disimuladamente y dijo:

—Le haré ver ahora algo increíble.

Le ordenó al jefe de guardia llamar de inmediato al jefe de la compañía y a su comisario.

No bien recibiera esa orden contestó:

—Es la hora de limpieza matutina.

El encargado de asuntos militares le replicó en tono reprobatorio:

—¿Por qué esas explicaciones si he ordenado que los haga venir?

El jefe de guardia no se echó atrás.

—Entonces los dos serán criticados en la asamblea de toda la unidad.

—Le pregunté a Kim Myong Gyun qué significaba aquella respuesta.

—Quiere decir que tanto uno como el otro son iguales que los soldados desde el punto de vista individual, por lo cual cuando estos últimos limpian, sus superiores también deben hacerlo, dejando a un lado otras tareas.

Eso ocurrió en la etapa inicial de la democracia militar extremista.

Con posterioridad, esa absurda idea de igualdad permeó hasta las acciones militares de la guerrilla, paralizando durante cierto tiempo su sistema de mando.

Ciertamente como personas todos los hombres, civiles o militares,

son iguales. Pero en un ejército revolucionario, como lo fue la Guerrilla Antijaponesa o es el actual Ejército Popular, se le distribuye a cada quien tareas correspondientes a su misión permanente. A unos, de jefe de compañía, a otros de jefe de sección o de pelotón.

Según esas misiones y tareas, rigen las relaciones entre superiores y subalternos. El que dirige la compañía es superior a los jefes de secciones, los cuales, a su vez, lo son frente a los que mandan pelotones, y éstos, a los soldados. En los reglamentos de servicio en el ejército revolucionario se estipula que los subalternos deben obedecer de modo incondicional las órdenes y disposiciones de los superiores. De otra forma es imposible mandar y controlar ni tampoco implantar una férrea disciplina.

Los reglamentos de servicio de la Guerrilla Antijaponesa reflejaron a plenitud las opiniones del colectivo de los militares y exigían a los comandantes respetarlos de modo consciente.

No obstante, los oportunistas de izquierda se inclinaron a ignorar la relación entre superiores y subalternos, definida en esos reglamentos. Eso trajo como consecuencia la destrucción de la estructura orgánica y de la base moral de la Guerrilla Antijaponesa que tenía como fundamento la disciplina, el orden, y la unidad entre los jefes y soldados.

La suma igualdad, expresión de la democracia militar extremista en el ejército, acarrió incluso una situación nefasta: bajo tal consigna los subalternos no respetaron a los superiores por ellos mismos elegidos, comenzaron a tratarlos de tú y hacer comentarios sobre sus órdenes.

Si los subalternos no saludan a los superiores y los tutean o si discuten a favor o en contra de sus órdenes y disposiciones, ya eso no se puede considerar un ejército sino una soldadesca. ¿Acaso en un ejército así es posible esperar camaradería y unidad ideo-volitiva, según las cuales el soldado sea escudo del comandante y éste se sacrifique en bien de aquél? ¿Será factible convertir sus filas en un cuerpo íntegro, férreo, en el que todos hablen la misma cosa,

marchen al unísono y respiren un mismo aire?

Otra manifestación de la democracia militar extremista fue la exigencia a los comandantes de actuar al igual que los soldados en los combates. Hay un dicho: tanto los cuernos del toro como las cuentas del rosario tienen su lugar, sencillo principio que muestra que en toda tarea cada cual tiene su parte. Interpretado así en una batalla hay misiones que corresponden a los comandantes y otras a los soldados. Es un conocimiento que puede tener hasta un niño.

Sin embargo, los de la democracia extremista reclamaron a los comandantes pelear a vida o muerte, al frente de la tropa en el asalto y en la primera línea de defensa. Esta exigencia impidió que cumplieran plenamente sus funciones durante los combates. Ellos debían observar de modo constante y con visión abarcadora el curso de la pelea para poder dirigirla en toda su amplitud, pero como se les obligaba a moverse junto con los soldados en la primera línea, les fue imposible mandar sus unidades de acuerdo con las circunstancias.

Hay casos, desde luego, en que ellos deben ir al frente y guiar a los soldados al ataque o recorrer las trincheras bajo lluvias de balas y explosiones para alentar a los combatientes. Y cuando la unidad se encuentra en una situación crítica que es preciso revertir, el comandante con su ejemplo tiene que estar en la primera línea para exhortar a los soldados a aniquilar a los enemigos. No obstante, proceder de esta manera en cualquier momento, sin tener en cuenta las circunstancias, no significa mostrar ejemplo personal.

Por ese tiempo, en las reuniones de análisis de los combates siempre eran elogiados los que, abandonando su puesto de mando, se situaban en la avanzada del ataque y actuaban al igual que los soldados. Y estos competían en apreciar a sus jefes: que si un jefe de sección dirigió la batalla de pie en el punto más elevado de la cota, sin hacer caso del intenso fuego enemigo; que el jefe de equis compañía irrumpió el primero en la posición contraria, adelantando a sus soldados; o que no había otro jefe de batallón que se arrojara con tanta osadía al combate cuerpo a cuerpo como fulano. En medio de este ambiente se extendió a todas las guerrillas del Este de

Manchuria la insensata tendencia a ser como tales jefes de sección, de compañía y de batallón, quienes, en vez de ocupar el lugar señalado en los reglamentos de combate y observar con acierto el desenvolvimiento de todas las operaciones para decidir las acciones posteriores de las tropas, abandonaban sus puestos y se metían solos en la profundidad enemiga. Esta corriente fue una de las causas de que en el período inicial de la guerra antijaponesa murieran muchos comandantes de unidades básicas como secciones, compañías y batallones.

También en Wangqing surgieron numerosos maestros de acciones solitarias. Así fueron Kim Chol, Kim Song Hyon y Ri Ung Man, entre otros. Los dos primeros cayeron mientras avanzaban al frente del ataque, y el tercero peleó en la vanguardia y resultó herido en un tobillo.

Choe Hyon y Jo To On, de Yanji, fueron expertos en asalto conocidos en toda Manchuria del Este. Ellos mismos cumplían también misiones de exploración. Más que comandantes militares, eran aventureros, ingenuos como escolares secundarios, que se arrojan lo mismo sobre el agua que sobre el fuego.

Jo To On, surgido del seno de la guerrilla de Yanji, tenía facilidad para producir sonidos con los labios, por lo que en ese territorio le llamaban “Jo Trompeta”.

En cualquier lugar atraía la atención por su sobrenombre.

Siguieron diciéndole así hasta en su vejez, aunque hacía mucho tiempo que había dejado de soplar de esa manera. Era una manifestación de cariño hacia el comandante Jo To On, siempre en la primera fila en la guerra antijaponesa. Como se acostumbró tanto a oír su apodo se sentía extraño o con pesar si le llamaban por su verdadero nombre.

Una vez, una persona se acercó a la puerta de su hogar y preguntó:

—¿Esta es la casa del compañero Jo To On?

Su respuesta agria y tajante dejó perplejo a aquel hombre:

—Aquí no hay ningún Jo To On, sólo vive “Jo Trompeta”.

A tal punto amó el apodo que le pusieron sus compañeros de la guerra antijaponesa.

De vivir hoy, en este libro yo lo recordaría no por su nombre sino por el apodo tan amado por todos.

Jo To On no sabía ni escribir correctamente los nombres de sus padres. Apenas cuando era un joven comenzó a estudiar en una escuela nocturna donde por primera vez conoció el alfabeto coreano y aprendió las tablas de multiplicación y los “textos de lectura para adolescentes”. Tan pronto como salió de la oscuridad del analfabetismo ingresó en la organización y después en la guerrilla, llegando finalmente a ocupar el importante cargo de mandar una compañía.

Era un peleador extraordinario: siendo jefe de compañía, él mismo se iba a explorar la situación enemiga al pie de los fortines, y de regreso, al dar la orden de asalto corría como el viento al frente de los demás.

El reconocimiento de la ubicación del adversario en pleno día y el asalto a un cuerpo de autodefensa enemigo, arrebatándole varias armas, fueron hazañas propagadas pomposamente por los izquierdistas en diversas reuniones y documentos oficiales. Pero era una propaganda parcial, que no tenía en cuenta el hecho de que Jo To On era un comandante que debía evitar tales acciones aventureras. Así y todo ganó fama en toda Manchuria del Este y fue conocido como buen combatiente.

También durante la batalla de Dadianzi él fue el primero en avanzar a la carrera hacia un emplazamiento de ametralladoras, aunque cayó gravemente herido. Una bala le atravesó el abdomen y le salió por la espalda. Sobrevivió milagrosamente, pero tuvo que permanecer 6 años en el hospital. Finalmente no pudo regresar a la compañía que tanto quería.

Mientras guardaba cama, la Lucha Armada Antijaponesa, por medio de operaciones con grandes unidades, se desarrollaba victoriosamente extendiéndose al Sur y al Norte de Manchuria y al interior del país. El Ejército Revolucionario Popular de Corea se hizo

leyenda en todo el mundo, y su justa lucha constituyó una antorcha resplandeciente para los pueblos oprimidos. La guerra antijaponesa demandaba talentos militares y comandantes veteranos que pudieran dirigir nuevas divisiones y regimientos.

Si Jo To On no hubiera perdido la capacidad combativa, por ser un mutilado de guerra, habría podido realizar innumerables proezas en el más brillante período de auge de las acciones antijaponesas.

Hasta que la democracia militar extremista fue detenida, los izquierdistas no tuvieron en cuenta detalles como la seguridad de los comandantes. Únicamente después en las divisiones y los regimientos se organizaron cuerpos de escoltas con la misión de proteger a los comandantes.

La democracia militar extremista se manifestó, además, en la igualdad de la aplicación de premios y sanciones.

En la Guerrilla Antijaponesa se implantó el sistema de premios y sanciones como medida del aumento de la capacidad combativa de las unidades. Se premiaba a los destacados en los combates, los ejercicios y en otras actividades cotidianas y se sancionaba a los que infringían de modo grave los reglamentos de servicios. Los premios eran de varias clases, según el mérito, y las sanciones correspondían al grado de gravedad de los delitos.

Pero los adeptos de la democracia militar extremista, menospreciando dicho sistema, cuestionaron críticamente por qué se concedía a fulano el premio de primera clase y a mengano el de segunda si bien eran del mismo pelotón y cumplieron iguales misiones; y por qué se le aplicó a equis compañero la sanción de llamarle la atención cuando a otro se le impuso la de amonestación, a pesar de incurrir en igual delito, y fomentaron opiniones y ejercieron presión a favor de la igualdad en la aplicación de premios y sanciones.

Era una actitud ultrarrealista que no correspondía al objetivo fundamental de dicho sistema llamado a servir al aumento de la capacidad combativa del ejército.

En resumidas que la democracia militar extremista constituía una corriente ideológica perniciosa que frenaba nuestra aspiración y

esfuerzo por fomentar de modo sostenido la superioridad militar, política y moral de la Guerrilla Antijaponesa y llevar victoriosamente la Lucha Armada Antijaponesa.

De no ponerse fin de inmediato cabía la posibilidad de que todos los comandantes de la Guerrilla Antijaponesa se convirtieran en espantapájaros, que sus unidades se hicieran hordas anárquicas, sin diferencias entre sus superiores y subordinados, ni tampoco entre comandantes y soldados, y por ende, fueran minadas inevitablemente desde dentro.

Independientemente de su manifestación, esa democracia era una corriente oportunista fundamentada en la ideología pequeñoburguesa. Era, además, una forma de anarquismo, que no tenía nada que ver con la ideología revolucionaria de la clase obrera.

El anarquismo, reflejo de la ideología pequeñoburguesa, se sustenta en ideas inspiradas, por lo general, en el odio extremo al poder, y en especial, en la repulsa al poder político de la burguesía, y como tal, aboga por la ultrademocracia, la libertad y el desenfreno con la intención de implantar el libre albedrío y crear el caos en la sociedad.

Algunos ideólogos extremistas que encarnaban la tribulante psicología de la capa pequeñoburguesa, aruinada económicamente y privada de derechos políticos bajo la colosal presión de la gran producción capitalista y la dictadura política de la burguesía, trataron de guiar a las masas a oponerse a todo tipo de poder, alegando que irían a destruir con violencia el poder político de la clase capitalista y en su lugar implantarían el anarquismo.

La llamada teoría anarquista, expresada por el odio excesivo al poder político y la insensata exigencia de la igualdad social, que pregonaban ideólogos como el teórico pequeñoburgués francés, Proudhon, y los rusos Bakunin y Kropotkin, siendo como era una corriente tan inútil como perjudicial, fue condenada severamente por la historia, por obstruir la enérgica movilización de las masas trabajadoras a la lucha contra la opresión del capital, la defensa de las conquistas de la revolución y la construcción de un nuevo

régimen, genuinamente popular y democrático, una vida nueva en los países que derrocaban la dictadura de la clase explotadora.

No obstante, pudo crear durante algún tiempo en la pequeña burguesía la ilusión de una democracia extremista y una libertad ilimitada y, por consiguiente, difundirse en cierta medida en las zonas y los países donde no logró desarrollarse la gran industria capitalista y reinaban los hábitos ideológicos de la pequeña burguesía y del campesinado. Aquí radicaba una de las principales causas de que no pocos pensaran que el anarquismo desempeñaba un cierto papel en la lucha contra el capitalismo.

Entre los partidos de la clase obrera hubo algunos que introdujeron fuerzas anarquistas en la lucha para derrocar el poder reaccionario de los terratenientes y los burgueses. Es ampliamente conocido que en la guerra civil el poder soviético estableció cooperación con la banda de Majno, una agrupación anarquista de Ucrania.

Aun en aquella etapa inicial de la aparición de la democracia militar extremista en el seno de la Guerrilla Antijaponesa, la corriente anarquista acarrea consecuencias nocivas nada despreciables a la teoría y práctica revolucionarias de la clase obrera subsistiendo como ideal político que demostraba el espíritu revolucionario de determinados sectores sociales, sobre todo, del pequeñoburgués.

Esto no quiere decir que la democracia extremista se manifiesta sólo como una tendencia anarquista. Se identifica con ella también el revisionismo surgido en el seno del movimiento obrero internacional. Bajo la etiqueta de la democracia fomenta el liberalismo burgués, el anarquismo, el desorden y el desenfreno y provocan el caos y el libertinaje sociales. Desde este punto de vista, no podemos menos que llegar a la conclusión de que existe una comunidad ideológica entre la democracia extrema burguesa y el anarquismo.

Si tal democracia penetra en la esfera militar, a fin de cuentas provoca una situación anárquica. De no acabarse a tiempo con la democracia militar extremista, ella podía dar paso a imprevistas consecuencias para la existencia de las guerrillas y sus operaciones, y

obstaculizaría seriamente el desarrollo del movimiento revolucionario en conjunto.

Cuando decidimos exterminarla y la combatíamos, en Shiliping se organizó una reunión de comandantes y comisarios de las guerrillas del Este de Manchuria para analizar las actividades de sus tropas luego de año y medio de fundadas, y adoptar medidas de defensa de las zonas guerrilleras frente a la gran operación “punitiva” del enemigo.

Allí me encontré con Kim Il Ryong y Kim Jong Ryong. El primero era comandante de la guerrilla de Antu y el segundo, su comisario. Del distrito Helong vinieron Jang, jefe de la guerrilla, y su comisario Cha Ryong Dok; y del distrito Yanji, Ju Jin, comandante general de la guerrilla, su comandante Pak Tong Gun y el comisario Pak Kil. También estuvieron los compañeros de Hunchun, pero no recuerdo bien quiénes fueron.

En dicha reunión se debatió también cómo eliminar la democracia militar extremista en el mando y la administración de las unidades.

Insistí allí que dentro de las guerrillas lo principal en el mando radicaba en la decisión del comandante y el establecimiento de una rigurosa disciplina y orden de carácter centralista, y que los métodos de mando y administración de la unidad eran dar prioridad a la labor política. Y subrayé las siguientes cuestiones:

Que en las unidades debía haber una distinción clara e incondicional entre superiores y subalternos y que los comandantes tenían que ser resueltos y activos en la ejecución de las órdenes de las instancias superiores y hacer realidad de modo consecuente las decisiones.

Que siempre debían dirigir con iniciativa y actuar con resolución, sin vacilación o titubeo, ante circunstancias complejas y difíciles. Pero esto no significaba que podían incurrir en el subjetivismo y la arbitrariedad. En la ejecución de las órdenes de los superiores y la dirección de los combates debían saber apoyarse en la fuerza e inteligencia de las masas.

Para dirigir las unidades no debían valerse sólo de las órdenes sino también dando prioridad a la labor política para promover el fervor

consciente de los soldados. Afirmé que la guerra que librábamos no era la de la época esclavista o feudal, cuando la victoria o la derrota se decidía por acciones individuales, sino una contienda moderna y popular, en la que peleaban unidos el ejército y el resto del pueblo. Que el triunfo estaría al lado de quien supiera movilizar mejor el fervor y los esfuerzos creadores de los combatientes y del resto del pueblo, y que para esto era preciso conceder prioridad a la labor política. Sus poderosos vehículos son las reuniones del partido, asambleas de toda unidad y disertaciones de los agitadores. Por eso, aduje, los comandantes deben aprovecharlos de modo eficiente.

Critiqué el error de la guerrilla de Hunchun en Dahuanggou y advertí a los representantes de las guerrillas de todos los distritos la nocividad de la democracia militar extremista que había causado la muerte de los 13 combatientes.

Tal vez los integrantes de la joven generación no entiendan bien los diversos episodios a los que me he referido y las tendencias mezquinas e infantistas de la democracia radicalista comprendidas en ellos, o incluso que no las crean. Pero fueron reales.

La aparición de la democracia militar extremista en el seno del ejército en los inicios de la lucha armada, no pudo menos que constituir una prueba para quienes nos encargábamos de todo el peso de la defensa de las bases, del problema del frente unido y de la administración de las unidades.

En la reunión volvimos a subrayar la necesidad de mandar y administrar las unidades según el principio del sistema de responsabilidad individual, basado en la democracia.

Después del suceso de Dahuanggou, en las guerrillas surgieron dos opiniones contradictorias. Una insistía en la introducción del sistema de mando único del comandante, y la otra estaba a favor del mantenimiento del principio de dirección democrática. Ambas tenían sus partes positivas y negativas.

Si se absolutizaba el sistema de mando único, se corría el riesgo de fomentar la arbitrariedad y el subjetivismo en la dirección y la gestión de las unidades, pero si se hacía con la democracia, estas actividades

podrían perder rapidez y agilidad. Expuse entonces el principio de responsabilidad individual basado en la democracia y pedí examinarlo.

Ese sistema decía que el comandante dirigía y administraba la unidad bajo su responsabilidad, a partir de las decisiones examinadas y adoptadas de modo colectivo en la organización del partido. La consulta colectiva, regida por principios democráticos, posibilitó cumplir de manera satisfactoria, valiéndose de la sabiduría de las masas, las complejas y difíciles tareas militares que se planteaban en cada etapa, y el sistema de responsabilidad individual, basado en esa consulta colectiva, elevó el sentido de responsabilidad y el papel del comandante de acuerdo con las exigencias militares que tenían por premisa prontitud, determinación y acción unánime.

Asimismo, reiteramos la importancia de la implantación de una férrea disciplina en el seno de las guerrillas antijaponesas con la introducción de un eficaz sistema de mando.

La orden del comandante no es el reflejo de la voluntad de un individuo sino la expresión de la voluntad democrática y organizativa de la instancia superior. Un mandato militar cobra un carácter legal y el que lo emite, debe responder por él ante la ley. Los soldados no deben discutir o infringir ni en lo más mínimo las órdenes sino ejecutarlas a su tiempo y con precisión en cualquier circunstancia difícil. Los comandantes tienen que dirigir y controlar su cumplimiento.

Examinamos, además, la tarea de crear en las unidades un sano ambiente ideológico, al intensificar el estudio de la ideología comunista y la lucha contra las mentalidades pequeñoburguesas como, entre otras, el mezquino igualitarismo y el anarquismo, que perseguía la democracia militar extremista, y la de implantar el espíritu revolucionario de unidad entre superiores y subalternos.

A partir de la reunión de Shiliping se elevó la conciencia de los comandantes de las guerrillas. En el transcurso de las incesantes pruebas que imponían los combates fue quedando atrás la democracia militar extremista.

Si no le hubiéramos hecho frente de modo consecuente desde el

principio de la guerra antijaponesa, no habríamos podido consolidar el Ejército Popular como fuerza invencible en un tiempo tan corto, después de la liberación del país, ni tampoco habríamos triunfado en la lucha contra la alianza imperialista internacional, encabezada por los norteamericanos.

Por supuesto, en nuestro Ejército Popular no hay quien insista en la igualdad o igualitarismo sin principios ni tampoco quienes discutan las órdenes superiores. Ante los mandatos de los comandantes, los soldados responden sólo con “¡Entendido!”. El Ejército Popular es un colectivo de hombres leales que desde el día del juramento hasta el momento de recibir el certificado de desmovilización, viven indeclinablemente con el espíritu de la unidad entre superiores y subalternos y entre el ejército y el resto del pueblo, y el de apoyo en sus propias fuerzas y de lucha tenaz.

Si se quiere saber cuál es la opinión de nuestros militares sobre la democracia, es suficiente ver su consigna combativa: “¡Si el Partido decide, nosotros lo cumplimos!”. Para conocer la genuina unidad que se promueve entre los superiores y los subalternos, basta con conocer sólo cómo sacrificaron sus vidas los héroes Kim Kwang Chol y Han Yong Chol para salvar a numerosos compañeros suyos.

A pesar de que la democracia militar extremista fue superada hace mucho tiempo, aún hoy sigue válida la lucha en su contra.

Nosotros apoyamos la democracia, pero nos oponemos a la extremista, y aunque insistimos en la igualdad, consideramos intolerable la igualdad excesiva. Porque tanto la una como la otra sirven de medios de introducción del revisionismo

En el mundo no son pocos los impacientes por no poder ahogar nuestro socialismo con las repugnantes bacterias del revisionismo. Pero, el pueblo y el Ejército Popular no permiten en absoluto que esta corriente nos penetre. No queremos que una democracia extremista convierta a nuestro Partido en un club o en un mercado. Nos exigen proceder así las dolorosas realidades impuestas por la democracia militar extremista durante la guerra antijaponesa, y las lecciones de la Europa oriental.

5. Operación de Macun

En el otoño de ese año se propagó en la zona guerrillera una epidemia. Esta aguda enfermedad que producía escalofríos, fiebre y erupciones cutáneas arrasó el poblado de Xiaowangqing con una rapidez tremenda. Contagiado, también guardé cama en Shiliping, encerrado como un encadenado. Según supe posteriormente, fue tifus exantemático.

Los integrantes de las nuevas generaciones lo desconocen. Ellos viven en una zona aséptica de donde se han desarraigado hace mucho las epidemias.

Pero sesenta años atrás, en plena lucha armada en las montañas, la población de las bases guerrilleras sufría mucho esas enfermedades. Como en valles no muy grandes vivían miles de personas se difundía todo tipo de epidemias. La continua irrupción de las tropas “punitivas”, que lo incendiaban todo, y persiguiendo de montaña en montaña, a los pobladores los masacraban, no permitía mejorar las pésimas condiciones higiénicas, ni tomar medidas adecuadas para prevenir las enfermedades. Si aparecía un contagioso, se limitaba a tender una soga de paja en el portillo de su casa o pegar en la pared un letrero que decía: “No pase. Hay contagioso.”

La propagación de epidemias al mismo tiempo que las provocaciones a diario del enemigo a una batalla de vida o muerte con millares de efectivos para acabar con nuestras bases, nos imponía las más duras pruebas. Para colmo, el mal me derribó a mí también. Todos los cuadros, muy compungidos, se preocuparon por el destino de las zonas guerrilleras.

Para que me escoltaran y atendieran ellos enviaron a Kim ThaeK Gun, jefe de sección, y su esposa, en compañía de casi todos sus efectivos. Cuando todas las demás unidades iban al combate estos se quedaban y defendían a Shiliping. El matrimonio de Kim ThaeK Gun

era oriundo de Yehe, en el Norte de Manchuria, y había ido a Wangqing, pasando por Muling, para participar en la lucha revolucionaria en la Manchuria oriental.

Además, había venido Choe Kum Suk, miembro del comité del partido en el distrito de Wangqing, encargada de la asociación de mujeres. La organización le dio la encomienda de cuidarme.

Primero guardé cama en un cuarto de la casa de una mujer llamada Chun Ja. Su marido, Kim Kwon Il, fue secretario del comité zonal del partido y, más tarde, del comité distrital.

Si los adversarios entraban en la zona guerrillera Kim ThaeK Gun se escurría connoise a la espalda mudándose de cañada en cañada.

Al intensificarse el ataque enemigo me llevaron a cuestras, siguiendo un arroyo, a lo más profundo del valle de Shiliping y prepararon como refugio una modesta cabaña al pie de un despeñadero, de difícil acceso para el enemigo, adonde se podía llegar sólo con una soga. Allí me curé con la ayuda de esas tres personas.

Fueron mis salvadores, me rescataron de la muerte. De no ser por su devota atención quizás no hubiera podido salir vivo del valle. Estuve tan grave que varias veces perdí el conocimiento. Me dijeron que cada vez que caía en el letargo murmuraban, llorando: “Vuelva en sí. Si se pone así, ¿qué haremos nosotros?”

Los días en que Kim ThaeK Gun se ausentaba para conseguir víveres, Kum Suk, sirviéndome de sostén, buscaba el escondrijo. No es exagerado decir que sobreviví merced a ella.

Desde los primeros momentos de mi llegada a Wangqing me ayudó mucho. De regreso a Macun después de las expediciones a Manchuria del Sur y del Norte ella trabajaba como miembro del comité de la zona No. 2 en Dawangqing, ocupándose de la asociación de mujeres. Entonces la organización distrital de esta unión estaba a cargo de Ri Sin Gun. Cuando Kum Suk venía a verla para discutir problemas de trabajo la encontraba a menudo en el hogar del anciano Ri Chi Baek. Ambas eran tan íntimas como hermanas.

A Ri Sin Gun se le secaba la saliva alabando a Kum Suk por la rapidez con que escribía. Al principio no presté mucha atención, porque me asaltaba la duda de cuán rápidamente escribiría una mujer. Pero quedé maravillado después de ver cómo redactó un acta; estaba anotado sin omisión todo lo dicho en la reunión. Los taquígrafos actuales escriben con rapidez, aunque no he visto todavía a uno comparable con ella. Kum Suk copiaba en una noche todos los discursos nuestros. Por eso, siempre que celebrábamos una reunión importante, le encargábamos de la anotación.

Poseía el carácter condescendiente y campechano como un hombre, con firmes criterios y principios revolucionarios. Era tal mujer que si yo se lo ordenaba, halaría un barco por un arenal. Con frecuencia la mandé a la zona dominada por el enemigo con algún encargo de trabajo. Siempre lo cumplió con destreza.

Como mujer sentía mucha compasión de mí, que no tenía padres. Me quería como a un hermano menor y yo también la llamaba hermana.

De regreso de algún combate era la primera en visitarme y ponía a hurtadillas en mi mano algo muy útil que había preparado expresamente para mí. A veces remendaba mi ropa e incluso me tejía suéters de lana.

Si pasaba el tiempo y no aparecía en el valle de Lishugou la visitaba yo. Por esta íntima hermandad solíamos bromear mutuamente. Como casi toda la gente procedente de la región de Hamgyong, ella también llamaba *abae* o *amae* a los ancianos de la aldea. Las expresiones de “*abae* de la casa de Onsong”, “*amae* de la casa de Musan” y “*ajae* (“Abuelo”, “abuela” y “tío” o “tía” respectivamente en el dialecto de dicha región –N. del Tr.) de la casa de Hoeryong” me sonaban extrañas y, además, me parecía interesante su entonación. Si imitaba su modo de hablar o me excedía en la chanza, sólo sonreía bonachonamente sin enojarse. A pesar de tanta magnanimidad no reaccionaba con agrado si le decía guapa.

Eso le disgustaba y expresaba que me estaba mofando de ella. Cuando en señal de reproche, me daba flojo con los puños en las

espaldas, sintiéndome más complacido, continuaba bromeando llamándole guapa a sabiendas de que se sentía turbada. A decir verdad, no era una belleza, pero sí de agradable apariencia. A mis ojos las mujeres de las zonas guerrilleras como Choe Kum Suk parecían mucho más nobles y hermosas que las señoritas y señoras de las ciudades. Pensaba que en el mundo no las había más bellas que las de las zonas guerrilleras.

Pasaban toda clase de penalidades en medio de la humareda sin siquiera pintarse una vez la cara, y se consagraban en cuerpo y alma a la revolución sin lamentarlo ni disgustarse. En ello veía la máxima belleza. Quizá llamé guapa a Kum Suk como expresión de tal concepto. Yo no escatimaba nada si era para hacer sobresalir a las mujeres de las bases.

Entre nuestros botines de guerra había a veces cosméticos como polvo o crema. Al comienzo nuestros guerrilleros los arrojaban al río o los aplastaban con los pies diciendo que eran cosas que servían para embellecer los mofletes de mujerzuelas japonesas. Por algún tiempo dejé que lo hicieran convencido de su inutilidad. Las mujeres de nuestras zonas guerrilleras no se hermo­seaban el rostro. Entre ellas, era un criterio común considerar un delito andar exhalando olor a polvo o perfume. Aunque había algunas, escasas, que fuera de lo acostumbrado, se pintaban en los días de fiesta, pero si iban a un acto público se ponían detrás y continuamente escrutaban las miradas de los otros.

Me lamentaba de ello. Me dolía el corazón al pensar que vivían duramente absorbiendo el humo, con la cara manchada de tizne o ceniza, sin untarse con polvo ni una vez en todo el año. Por eso dije a los guerrilleros:

—Desde hoy nadie debe botar los cosméticos. Tenemos también mujeres. ¿Acaso no lo son las de las zonas guerrilleras? ¿En qué parte de este mundo existen mujeres más maravillosas que nuestras guerrilleras y las miembros de la asociación de mujeres?

Todos aprobaron al unísono:

—Correcto. No hay en este mundo mejores mujeres que las de

nuestras zonas guerrilleras. Desde hace año y medio comparten el destino con la Guerrilla sin ir a las zonas dominadas por el adversario, aunque se alimentan de raíces y de albura de árboles, en invierno tiemblan a la intemperie, con ropas de verano, y han perdido a sus maridos, hijos y novios u otros seres queridos a manos de los enemigos asaltantes. Para nosotros, los hombres de Corea, es una vergüenza y una lástima no hacer que se presenten con orgullo, vestidas de seda y con el rostro lavado y pintado con arrebol. Aunque nos veamos mal vestidos y mal alimentados, enviémosles los buenos artículos que consigamos. Si nos apoderamos de cosméticos, digámosles que se los pongan.

Un día llevamos a Kum Suk artículos de esos para que los repartiara a las miembros de la asociación de mujeres. No cabía en sí de gozo. A partir de ahí en la zona guerrillera de Xiaowangqing empezó a olerse el polvo facial. En ocasión de una fiesta fui al local donde el grupo infantil de esparcimiento cultural ofrecía un espectáculo y sentí el perfume de los polvos y las cremas.

Pero, sólo Kum Suk, aunque habían pasado varios días, andaba, no sé por qué, sin componerse la cara. Extrañado, le pregunté la razón. En vez de contestarme, sólo sonreía, clavada la mirada en mí. Tenía que haber algún motivo. Indagué con Ri Sin Gun y me explicó que aquella había entregado a las miembros de la asociación de mujeres de Shiliping todo lo que guardaba para su uso.

Más tarde asaltamos la retaguardia enemiga y capturamos de nuevo una gran cantidad de cosméticos. Le di a Kum Suk una parte advirtiéndole que esa vez no debía cederlos y que era mi deseo verla arreglada con esos artículos. Me respondió que lo haría aunque sólo fuera para corresponder a mi atención, porque los habíamos conseguido a riesgo de la vida.

Pocos días después, cuando iba a Shiliping para reunirme con la compañía de Choe Chun Guk, la vi sentada al borde del riachuelo Dawangqinghe donde no se percibía ninguna señal humana, mirándose en las aguas, de espalda hacia el camino. Mandé al ordenanza Ri Song Rim a ver por qué la jefa de las mujeres de Dawangqing estaba allí.

Observé que Ri Song Rim la saludaba militarmente. De repente, éste se desternillaba de risa apretándose el vientre.

Por curiosidad caminé hacia ellos con pasos rápidos.

—Compañero Comandante, mírele la cara.

Ri Song Rim dejó de reír y señaló con una mano hacia el rostro de Kum Suk.

Al instante no pude menos que sonreírme disimuladamente. La cara de la jefa de las mujeres lucía pintada, pero el colorete y la crema no estaban bien puestos. Kum Suk nos miró sin saber la razón.

—Tía jefa, su cara está hecha un mapamundi.

Sólo después de escuchar estas palabras de Ri Song Rim ella se dejó caer en la orilla lanzando un “ay” y empezó a echarse agua en el rostro, nerviosa. Se sentía muy avergonzada, aunque no saber acicalarse no podía ser motivo de vergüenza ni un delito. Junto a una piedra de la orilla estaban los estuches de crema y colorete que yo le había enviado hacía algunos días.

A mi parecer, era muy inexperta en cuanto a maquillarse. No obstante, ¿debíamos considerarlo objeto de burla? Por primera vez ella probaba hacerlo. Ni siquiera tenía espejo. Por eso, mirándose en las aguas del riachuelo, se había aplicado muy cuidadosamente la crema y puesto el colorete. No resultaba asombroso ni ridículo, pues, que hubiera convertido su cara en un mapamundi.

Noté que Ri Song Rim trataba de acercarse a ella y lanzarle otra chanza y le hice una señal para impedirselo. Algunas palabras más, y Kum Suk habría huido de allí llorando.

Si las que cada mañana se embellecen con exquisitos cosméticos delante de un lujoso tocador con tres lunas leen estos renglones, creo que cualquiera sentirá compasión de Choe Kum Suk. Ahora, al parecer, va haciéndose costumbre que las muchachas que se casan lleven un tocador con tres lunas como dote. Es una prueba material que muestra a qué grado ha llegado el deseo de nuestras mujeres por elevar su nivel de vida.

Pero cuando nosotros combatíamos duramente para salvaguardar las bases guerrilleras, con el cuerpo pegado a la tierra congelada y

alimentándonos de gacha preparada con mezcla de hierbas, entre los pobladores de Xiaowangqing había pocas mujeres que tenían espejos de mano y no mencionemos tocador con tres lunas. Por eso para arreglarse iban a la orilla del río como Kum Suk.

Aquel día no reproché a Ri Song Rim que se burlara del modo de arreglarse de Kum Suk, sino a mí mismo que no había podido conseguir espejos para las mujeres de las zonas guerrilleras.

Nuestra devoción por ellas era insignificante si se comparaba con su amor por nosotros. Nuestro cariño no podía superar en ningún caso la infinita merced con que el pueblo nos ayudaba y sostenía.

Lo mismo diría en cuanto a Kum Suk. Cuidó de mí cordial e invariablemente con un amor y devoción muchas veces mayores que la confianza que depositaba en ella. Mejorado mi estado salió hacia Tumen, a cuarenta kilómetros de allí. Se trataba de un centro donde se concentraban diversas mercancías procedentes de Corea.

Compró peras y manzanas y las trajo a Shiliping.

Al verlas mis ojos se llenaron de lágrimas. Tuve la alucinación de que mi difunta madre, regresada de ultratumba y reencarnada en Kum Suk, me envolvía con ese amor. Era verdaderamente el amor que sólo saben profesar la madre o la hermana.

—Hermana Kum Suk, ¿cómo podré recompensar todos sus favores? —le dije agradecido, aspirando, hasta llenarme el pecho, el aroma de las frutas de la Patria que me ponía en las manos.

—¿Favor? Si quiere de veras recompensarme, lléveme a Pyongyang cuando se logre la independencia. Oí decir que es el paraje más hermoso de este mundo...

Su respuesta contenía un ardiente deseo aunque estaba dicho en un tono medio en broma y medio en serio.

—Pierda cuidado. ¿Cómo no satisfacerle ese deseo? ¡Hermana, combatamos sin morir aunque tan sólo sea para pisar la tierra de Pyongyang después de liberada la Patria!

—No moriré. Pero me preocupo siempre por usted, hermano. Porque no se cuida nunca...

Para abrir mi apetito Kum Suk consiguió sésamo machacado y lo

echaba a todos los platos. Atribuía la causa de mi grave enfermedad a una mala nutrición y se desvivía para prepararme exquisitas comidas.

A pesar de su gran devoción, vivíamos tiempos en que todo faltaba.

Kim ThaeK Gun salía al riachuelo, cogía loinas que se guisaban en *sokjang* (Alimento preparado con soya fermentada –N. del Tr) o asaban. Diariamente capturaba entre 70 y 80. Era extraordinario su celo y talento para pescar.

Pero, Kum Suk, sintiéndose culpable de ofrecerme sólo loinas en cada comida, trajo *kuksu* de la aldea. A los guerrilleros que le preguntaban por mi estado les contestaba que era lamentable no tener con qué prepararle la comida al Comandante sabiendo que se tenía que restablecer pronto, que le daba pena servirle sólo las loinas que pescaba el jefe de sección ThaeK Gun, y que a pesar de ello siempre los encontraba sabrosas.

Entonces los guerrilleros duchos en pesca capturaron un día con redes de arrastre un saco de peces y lo trajeron adonde estábamos. Kum Suk preparó diversos platos y los puso en mi mesa.

Al ver que me mejoraba, me dijo que estando sin conocimiento, pronunciaba incesantemente en el delirio el nombre de una muchacha, y hasta me imitaba en son de burla. Tal cuento lo había preparado de antemano junto con la mujer de Kim ThaeK Gun. Aunque sabía que era una invención absurda, reí a carcajadas con ellas por primera vez después de enfermarme. Ese recuerdo me hace llorar de emoción. Comprendía que era para alegrarme en mi lecho de enfermo.

Temiendo que me marchara a Macun antes de reponerme del todo Kum Suk incluso me mintió en relación al tiempo. Cada vez que me recobraba le preguntaba cuánto había estado sin conocimiento, a lo cual me contestaba restándole tiempo. Supongamos, si eran dos días, me decía que dos horas y si cinco días, cinco horas. Después de restablecido plenamente, según mis cálculos a base de sus respuestas apenas habían pasado diez días.

Esto me tranquilizó un tanto.

Pero su artificio se puso al descubierto cuando vino Choe Chun Guk a la cabaña para visitarme. Este ingenuo comisario político no se daba cuenta de nada. Y me dijo que la dolencia me había obligado a estar recluido un mes. Kum Suk reprochó al inocente diciéndole que era tan torpe como un oso, mas eso me sacudió y sirvió para poder regresar a Macun.

En la comandancia me esperaba un montón de informaciones, donde estaban descritas en forma multifacética las maniobras de los imperialistas japoneses para afianzar la seguridad pública en Jiandao.

Durante el mes de mi enfermedad el enemigo había completado los preparativos de la operación “punitiva” de invierno. Los altos funcionarios enviados a Jiandao por el gobierno nipón habían definido junto con los cabecillas del ejército, la gendarmería, la policía y la diplomacia el plan de ataque contra las bases guerrilleras en la Manchuria oriental. En Tokio el asunto se discutía en el gabinete.

En las reuniones de los imperialistas japoneses en torno a la situación en Manchuria se oyeron voces que clamaban: “¡La seguridad pública en Manchuria, a partir de Jiandao!” Estimaban que esta era la cuestión más urgente ya que no solamente era importante para sostener el Estado manchú sino que también estaba muy relacionada con la tranquilidad en los alrededores del imperio nipón. El mismo comandante en jefe del ejército de Guandong, cuya primera misión era la invasión a la Unión Soviética, expresó que por el significado que tenía para el futuro del gran Estado manchú, había que felicitar esa medida por la que el jefe de la gendarmería, encargado de controlar los organismos de policía y el ejército en Manchuria, estuviera en la primera línea de la preservación de la seguridad pública en Jiandao.

Después de fabricar el Estado manchú los imperialistas japoneses pusieron en práctica importantes decisiones para implantar la seguridad pública en su territorio. Enviaron como nuevas fuerzas “punitivas” una división del ejército de Guandong en sustitución de los destacamentos provisionales para Jiandao y reforzaron en gran

escala la estructura policíaca formando nuevos cuerpos de policía gubernativa, política y fabril en cada distrito.

En toda Manchuria fue organizada y empezó a actuar a nivel central, de provincia y de distrito, la asociación para el mantenimiento de la seguridad pública como aparato asesor conjunto nipo-manchú para aniquilar la resistencia y tranquilizar la agitación popular, y los grupos de espías y lacayos de todos los matices, recién aparecidos, extendieron sus negros tentáculos al campo comunista. Con la introducción del sistema de vigilancia colectiva, que estuvo vigente en la China antigua, y con el que Japón obtuvo buenos resultados en el mantenimiento de la seguridad pública en Taiwán y en la región de Guandong, la policía nipo-manchú ató aún más fuertemente al pueblo de pies y manos. El éxodo hacia Manchuria de numerosos japoneses desmovilizados y rearmados y la ampliación de los efectivos del cuerpo de autodefensa contribuyeron también a reprimir a las fuerzas antimanchúes y antijaponesas arraigadas en las tres provincias orientales. La policía política tenía el derecho a “matar en el acto”.

Todo esto ponía de manifiesto la intensidad y virulencia del imperialismo nipón en sus esfuerzos por dominar y mantener al Estado manchú como colonia. Pero, en particular, la lucha armada de los comunistas coreanos en la región de Jiandao que desde este rincón del Nordeste de China daba fuertes golpes a la cara y la nuca de su imperio, y el amplio movimiento de liberación nacional nucleado por ella, constituían realmente un quebradero de cabeza para él. No era, pues, de ninguna manera una expresión de cobardía infundada la versión de un jefe de gendarmería de que el éxito del mantenimiento de la seguridad pública en Jiandao dependía en un 90 por ciento de la represión de las actividades de los comunistas coreanos.

El llamado gran imperio de Japón le tenía pavor a la Guerrilla Antijaponesa y sus bases, puntos de sostén estratégicos. Por eso hacía desesperados esfuerzos por barrer a cualquier precio las zonas guerrilleras en la Manchuria oriental.

En el verano de 1933 las autoridades militares de Japón retiraron a Corea una parte de sus destacamentos provisionales para Jiandao, acribillados por los ataques de la Guerrilla Antijaponesa y, en su lugar, regaron por toda la Manchuria oriental unidades élites como la de Hitomi y otras del ejército de Guandong.

El grueso del ejército ocupante de Corea se concentró en la frontera norte de nuestro país para poder sumarse de inmediato a las operaciones de “castigo”. Una enorme fuerza constituida por diez mil y tantos soldados inició las correrías de invierno sitiando las zonas guerrilleras en Jiandao.

Hacia la base de Xiaowangqing, donde se localizaba el estado mayor de la revolución coreana, el enemigo dirigió la punta de lanza de su ataque arrojándole más de cinco mil efectivos del ejército de Guandong, del ejército manchú títere, de la policía y del cuerpo de autodefensa. Si exceptuamos las guerras de la etapa de la manufactura en las que las partes beligerantes combatían frente a frente en formaciones enteras, después de aparecido el método de despliegue en abanico no habría habido otra guerra con tal densidad de soldados, salvo la batalla de Lüshun durante la Guerra Ruso-Japonesa.

También las escuadrillas de la aviación, listas para el despegue, esperaban la orden, y por las cercanías de las zonas guerrilleras se movían agentes especiales de inteligencia dirigidos desde Jiandao.

Todas las regiones de la Manchuria oriental se convirtieron en escenarios de los más fieros combates. Se trataba de una confrontación demasiado crucial y onerosa teniendo en cuenta que era para defender algunas zonas guerrilleras.

Pero en Xiaowangqing no había más fuerzas guerrilleras que dos compañías. Para colmo, les quedaban pocas reservas de provisiones.

Las bases en Manchuria oriental corrían tal peligro que podía dudarse de su supervivencia. En ellas no había nadie tan optimista que creyera que dos compañías vencerían a un poderoso enemigo pertrechado con cañones y aviones. Nos hallábamos ante un dilema: morir combatiendo hasta el último hombre o rendirnos.

Preferimos morir que izar bandera blanca, pensábamos.

En realidad, lo más prudente era, según indicaban los principios de la guerra de guerrillas, no realizar tal batalla. Pero si la evitábamos, el enemigo se tragaba de un sorbo todas las zonas guerrilleras en las regiones ribereñas del Tuman. Si no lográbamos salvarlas, las masas revolucionarias que disfrutaban de genuina igualdad y libertad bajo los beneficios del gobierno revolucionario popular podrían morir de hambre, fusiladas o congeladas en el riguroso invierno. Si las perdíamos, nunca más el pueblo nos miraría con esperanza.

El encantador paisaje de Wangqing en otoño corría el peligro de convertirse en un pandemonio arrasado por el huracán de la operación “punitiva” de invierno.

Todas las zonas guerrilleras, en vilo, tenían la vista clavada en nosotros. Los rostros de los pobladores brillaban o se entenebrecían según la expresión de los combatientes.

Me puse a meditar en busca de una salida. Pero no se me ocurría con facilidad una idea propicia. A mi alrededor no tenía con quien discutir la táctica. No estaba cerca Pak Hun, graduado de la Academia Militar de Huangpu; Kim Myong Gyun, el “Xiaogezhi”, que había servido varios años en el ejército de la Unión Soviética, y Ri Ung Gol, salido de la escuela de oficiales del Ejército independentista, habían desaparecido, acusados de miembros de la “Minsaengdan”. También Ryang Song Ryong acabó arrastrado por el torbellino de la “Minsaengdan”.

Llegué a desear que estuviera un renombrado general como Hong Pom Do.

Fue un comandante del ejército de voluntarios que dejó profundas huellas en tierras de Wangqing. Podía decirse que los resonantes triunfos iniciales en Qingshanli y Fengwugou de las tropas del Ejército independentista fueron gracias a su inteligencia. Había quienes lo despreciaban calificándolo sin fundamento de general que dirigía las batallas no con habilidad sino con la maña de la experiencia, lo que no es correcto. La maña de la experiencia de que hablaban era, a fin de cuentas, resultado de su inteligencia si analizábamos su esencia.

La opinión de mi padre coincidía en que Hong Pom Do era un distinguido estratega. De lo contrario no habría podido propinar en Gaoliling una derrota tan grave al ejército japonés con una táctica de emboscada tan ingeniosa y bien preparada. Quienes no descubrían la inteligencia tras su aspecto de leñador, no podían decir que lo conocían.

Habían transcurrido varios años desde que desapareciera de las tierras de Wangqing la sombra del comandante del Ejército independentista que tenía en sus manos el abanico de la región de Haerbaling. Parecía que en el recuerdo de la gente se iba borrando hasta su imagen, bajo el musgo que crecía con el paso de los años.

Los contratiempos a los que me enfrentaba hacían que cada vez más echara de menos a los precursores.

Mientras en la cabaña de la Comandancia me exprimía el cerebro meditando los problemas tácticos, un día, casi a medianoche, me visitó el anciano Ri Chi Baek, con una garrafa llena de miel.

—No pude hacerte nada cuando estabas con fiebre. Te deseo que aproveches esta miel para restablecerte —dijo mientras la ponía delante de mí.

—¿Dónde ha conseguido esta miel de monte que dicen que es tan valioso como el oro?

—La ha encontrado el anciano Ma que vive en lo más intrincado del valle Hwanggari. Fui a verlo puesto que me había avisado que tenía miel de monte, y me entregó la garrafa llena. Dijo que si era para el restablecimiento del Comandante Kim Il Sung estaba dispuesto a conseguir lo que hiciera falta aun cuando tuviera que vender su casa. Ahora vengo directamente de allí.

La cordialidad de los ancianos conmovió mi corazón.

—Gracias. Pero soy joven. Esta miel la debe comer usted, abuelo.

—No debes rechazar la sinceridad de los viejos. Sentía remordimiento por no haber podido cuidar de ti, Comandante Kim... En estos días tu rostro se ve muy pálido.

El anciano me tiró de una mano invitándome a cenar en su hogar.

Lo seguí sin chistar. Más que la cena, me empujaba el deseo de

pasar una noche en su casa donde aún se percibiría el sentimiento dejado por mí y por Pan, miembro del comité provincial. Aunque me había cambiado de albergue, gran parte de mi corazón quedó invariablemente con su familia franca y generosa que me atendió con tanta amabilidad como a su propio hijo.

Cenamos gacha de maíz con habas y calabaza cocida. Me supieron tan exquisitas como la miel, quizá, por mi convalecencia. La dueña de la casa, la tía So Song Nyo, conocía bien mis gustos. Las comidas más singulares que me preparaba eran patatas y maíz asados. En la región de Jiandao se cosechaban patatas grandes y, además, muy dulces si se guardaban del año anterior. Su sabor era extraordinario cuando en las noches nevadas las comíamos asadas acompañadas con agua de *kimchi* elaborado con nabos enteros.

Después de cenar me acosté junto al anciano Ri Chi Baek en el cuarto donde se había alojado Pan.

El anciano suspiraba sin poder conciliar el sueño. Juzgué que echaba de menos, con dolor, a su hijo muerto hacía algunos meses. En la primavera de 1933, Ri Min Gwon, así se llamaba éste, fue herido gravemente mientras cumplía la misión de desarmar a la unidad de Guan que huía para capitular ante el enemigo, y falleció en el hospital de Qiuyuegou donde era atendido. Yo había participado en la ceremonia de recordación de Ri Min Gwon. En septiembre de 1932 allí también tuvo lugar la del guerrillero Choe Yun Sik.

—Abuelo, ¿por qué suspira toda la noche?

Destapándome un poco me puse de costado mirando hacia él.

—Porque no tengo sueño. ¿Cómo puedo dormir holgadamente cuando miles de enemigos tienen tendido su cerco en torno a la zona guerrillera? Circulan rumores de que la Guerrilla va a hacerse añicos frente a este ataque “punitivo”. ¿Qué piensas tú, Comandante?

—Lo que dicen de la posible derrota de la Guerrilla es habladería de los reaccionarios. Pero si no nos preparamos bien es posible que nuestra zona guerrillera desaparezca dentro de dos o tres días. A decir verdad su destino pende de un hilo. Por eso tampoco puedo conciliar el sueño.

—Es impermissible que se acabe la zona guerrillera. Sin ella, ¿con qué gusto viviremos? Será mejor morir y convertirnos en comida de cuervos o en espectros del cementerio.

—Justo. Llegada la hora de morir cubriremos esta base con nuestros cadáveres. Pero, abuelo, ¿qué hacer? El enemigo se calcula en millares y nuestro ejército que defiende Xiaowangqing no es ni su centésima parte...

El anciano dio una chupada a su cigarro y, acercando a mí su almohada, me dijo seriamente:

—Si son escasos los soldados, también me pondré bajo tus órdenes. En nuestro Xiaowangqing no son pocos los que saben disparar como yo. Con un fusil cada uno podemos combatir tan bien como la guardia de Kanghwajin. Tal vez haya cerca de Junggyongri, donde vivíamos antes, fusiles y balas que enterraron los del Ejército independentista. Vamos a buscarlos para armar a todos los demás como mi yerno Jung Gwon, que andan en los trajines de la organización juvenil y no sé qué otras cosas, sin hablar de los viejos escopeteros o procedentes del Ejército independentista. Debemos convertirnos todos en combatientes y morir matando también a enemigos. Si nos faltan fusiles, salvaguardaremos la base agarrando por el cuello a los atacantes y poniéndoles zancadillas. ¿No es así?

A mí, que sufría por la desigualdad entre las fuerzas nuestras y las del enemigo estas palabras del anciano me hicieron ver que el único camino para conjurar la inminente situación difícil consistía en la guerra de resistencia de todo el pueblo. Me brotó la fe en la posibilidad de tomar la iniciativa movilizándolo no solamente a los miembros del cuerpo de autodefensa y la vanguardia de niños, a los que pensaba ubicar en la primera línea junto con los guerrilleros, sino también a todos los que no tuvieran armas y entablar dondequiera combates de vida o muerte. La defensa de Xiaowangqing no debía ser una guerra entre el enemigo y la Guerrilla Antijaponesa, sino entre aquél y todos los militares y civiles de la zona guerrillera. Podíamos incluir en nuestro bando también a los pobladores de las zonas semiguerrilleras.

La charla con el anciano Ri Chi Baek me infundió fuerza.

“Sí. Si el pueblo dice que combatirá lo hace y si dice que vencerá lo logra. El triunfo en la guerra depende de su voluntad y de cuán mejor se le moviliza.”

Tal fue la primera conclusión a la que llegué escuchando al anciano hablar con serenidad en representación de miles de habitantes de la zona guerrillera de Wangqing. La operación que planeábamos debía reflejar sin falta la voluntad del pueblo que me acababa de revelar Ri Chi Baek.

Estaba convencido de que la defensa de Xiaowangqing debía ser una guerra de resistencia de todo el pueblo, en la que participaran hombres y mujeres, ancianos y jóvenes de la zona guerrillera. En la frase: “guerra de resistencia de todo el pueblo” estaba implícita la máxima confianza en la población que compartió vida y muerte, alegrías y penas con los guerrilleros experimentando toda clase de hechos durante dos años. Había adquirido esa confianza en mi permanencia, no breve, en la base guerrillera donde el combate era sinónimo de vida.

Las bases pudieron subsistir intactas durante dos años no sólo por factores atribuibles al ejército. Contaban, además, con la fuerza del pueblo que desempeñó un eficiente papel en la formación del Ejército y la defensa de dichas zonas. A pesar de agotadoras batallas en las que la proporción era uno contra diez o cien a favor del enemigo, no sabíamos de dificultades si el pueblo estaba en la retaguardia. Nuestra combatividad se multiplicaba por cien y mil tan sólo al oír el jadeo de los que venían a la carrera a traernos a las trincheras agua caliente y bolas de arroz cocido.

Ese razonamiento sobre la fuerza del pueblo era, en el fondo, lo que me había impulsado a decidir y llevar a cabo la guerra de resistencia de todo el pueblo.

Se ajustaba también a la voluntad de éste de identificarse con la guerrilla en cualquier circunstancia, dispuesto a no abandonar la base guerrillera ni con la muerte. Movilizado al máximo podría convertirse en una fuerza tremenda.

Esta era precisamente la reserva para la guerrilla que me había

insinuado el anciano Ri Chi Baek. Mejor dicho, no significaba una simple reserva sino uno de sus más seguros componentes.

Después de ratificar el anterior principio táctico de aniquilar con asaltos concentrados a las fuerzas enemigas cuando estuvieran dispersas y de disturbar con pequeños grupos su retaguardia cuando nos atacaran concentradamente, llamamos a los habitantes de la región de Xiaowangqing a la guerra de resistencia de todo el pueblo.

En respuesta, toda la población de las zonas guerrilleras se alzó por organizaciones y capas, como un solo hombre, para preparar la batalla decisiva. Los miembros de los cuerpos de autodefensa y de jóvenes voluntarios ocuparon posiciones con los guerrilleros, y los demás jóvenes y hombres de mediana edad, sin armas, amontonaron piedras sobre las cimas con vertientes escarpadas en la línea de defensa. Jang, Choe, Ri y otros escopeteros destacados de Wangqing acudieron a Macun, organizaron un cuerpo de cazadores junto con los viejos, ex soldados del Ejército independentista, y aparecieron en la primera línea. También las mujeres, incorporadas a los cuerpos de cocineras y camilleras, se alistaron para correr al campo de batalla. Los niños enterraron tablas erizadas de clavos en los caminos por donde podían pasar los vehículos del ejército enemigo. Los ancianos, enfermos y niños pequeños fueron evacuados hacia lugares seguros.

Completamos hasta el más mínimo detalle para el combate, determinados a morir antes que seguir el ejemplo de los soldados del Ejército independentista pertenecientes a la Junta de administración militar del norte que huyeron de Wangqing.

El territorio de Wangqing mantenía no sólo el sello de la victoria en Fengwugou, sino también el del dolor y la vergüenza de la derrota de esos soldados que escaparon exponiendo a sus compatriotas a las bayonetas de las tropas de “castigo”.

Mientras en Manchuria meridional existía una organización del Ejército independentista llamada Junta de administración militar del oeste, en la zona de Xidapo del distrito de Wangqing, en Manchuria oriental, funcionaba otra, la Junta de administración militar del norte, con So Il como presidente, y Kim Jwa Jin comandante en jefe.

Se decía que tenía bajo sus órdenes a quinientos patriotas, con un millón de balas y más de cien mil *yuanes* de fondo. La escuela de entrenamiento de oficiales de Shiliping que administraba dicha Junta, poseía tan amplia capacidad que permitía una matrícula de más de 400 alumnos. Cuando los campesinos de Wangqing y sus cercanías transportaban calzado de paja y provisiones para los soldados pertenecientes a esa Junta se rumoraba que la caravana de carretas tiradas por bueyes y caballos se alargaba hasta Xidapo.

Esa tropa, en cooperación con el Ejército de independencia mandado por Hong Pom Do, había causado enormes pérdidas al ejército agresor japonés en Qingshanli.

Cuando Kim Jwa Jin aparecía sobre un caballo bayo, con el uniforme de tela de lana gris plata y con un largo sable al cinto, la gente de Wangqing inclinaba la cabeza a ras de tierra, sin distinción de hombres y mujeres, ancianos y niños, como si acogieran a algún ministro o a la procesión de algún rey en tiempos de la dinastía feudal de Joson. Era la reverencia al mérito del Ejército independentista en el combate de Qingshanli.

Pero hasta ese Kim Jwa Jin que gozaba de tanta fama, al recibir la información de que el ejército nipón iniciaría una gran operación “punitiva” en Jiandao, huyó junto con sus soldados, sin oponer ninguna resistencia.

Los habitantes de Wangqing, sin saber que el Ejército independentista huía para evitar entablar combate, salieron a porfía a la carretera para ver al comandante en jefe Kim Jwa Jin.

En la Junta de administración militar quedaba sólo una compañía. Sus miembros, poco antes de iniciarse la operación “punitiva” a Jiandao, asistieron, no se sabía con qué propósito, a la ceremonia de graduación que se celebraba en la escuela Dongri. Como de costumbre, el acto fue solemne, seguido por una comilona.

Tan pronto como concluyó la graduación, ellos gritaron de prisa tres “¡Viva la independencia!”, se abalanzaron hacia la mesa y empezaron a devorar como locos *makkoli* (Bebida de producción casera –N. del Tr.), *injolmi* (Especie de *tok* hecho de arroz –N. del

Tr.) y *kuksu*. Sin embargo, todos se desbandaron ante la incursión de la tropa de “castigo”. También los alumnos y sus padres y hermanos huyeron. Según los comentarios, el lugar parecía un hormiguero hurgado. Los almogávares mataron a diestro y siniestro, a tiros, sablazos y bayonetazos, a los pobladores inermes e indefensos que corrían desorientados en busca de salvación.

La tropa del Ejército independentista perteneciente a la Junta de administración militar del norte se desplomó totalmente como una montaña de arena. La gente de Wangqing lloraba y daba puñetazos en el suelo lamentándose de que dicha Junta, antes airosa, se había convertido de la noche a la mañana en una carreta vacía.

Si esa tragedia se repetía en la tierra de Wangqing, donde el Poder estaba en manos del pueblo, no podríamos decir con la frente erguida que éramos hijos de Corea.

Decidimos fustigar al enemigo combinando diversos métodos y tácticas de guerra como la emboscada, la atracción, el ataque sorpresivo, el asalto nocturno, etcétera. Los habíamos creado con nuestra propia inteligencia en el curso de las acciones de rechazo de las repetidas ofensivas “punitivas” y de la defensa de nuestras zonas guerrilleras.

En realidad, cuando los comunistas coreanos optamos por la guerra de guerrillas como forma principal de la lucha armada y la pusimos en práctica, no sabíamos muchas cosas en cuanto a táctica. De haber encontrado algunos libros de experiencia o instrucciones, los hubiéramos podido aprovechar como referencia. Habíamos enviado un compañero a la Unión Soviética y trajo algunos materiales militares que contenían las experiencias de combate del tiempo de la guerra civil, pero no se ajustaban a nuestras realidades si bien nos sirvieron de cierta ayuda para formarnos el concepto de la lucha guerrillera y comprender la organización de los combates de emboscada y asalto sorpresivo.

Decidido a preparar un manual a nuestro estilo sobre la lucha guerrillera escribí el folleto *Acciones de la guerrilla* resumiendo las experiencias combativas elementales acumuladas durante poco más

de un año de actividad armada después de la batalla de Jiapigou a fines de marzo de 1933.

En él están explicados los problemas fundamentales desde el de los rasgos espiritual-morales del guerrillero hasta el de los principios generales de la guerra de guerrillas, y formulados en forma sucinta y clara los principios y métodos de organización de sus acciones como asalto sorpresivo, emboscada, defensa, marcha, acampada, etc. y otras actividades como tiro, mantenimiento de las armas y disciplina.

Por supuesto, no se trataba de un libro militar tan resonante como *Método de guerra*, de Sun Zi, o *Teoría de la guerra* de Clausewitz. En aquellas circunstancias en que no existían renombrados teóricos militares ni generales expertos en lucha armada prolongada, ese folleto constituía un tesoro que ofrecía modestamente nuestra teoría sobre la guerra de guerrillas. Los comandantes y otros miembros de la Guerrilla lo llevaban en la mochila y lo estudiaban hasta que sus páginas se desflecaban y se esforzaron con denuedo para llevar a la práctica las normas indicadas en él.

Acciones de la guerrilla, junto con *Conocimientos comunes para guerrilleros*, publicado posteriormente, se convirtieron en textos-base en la construcción de nuestras fuerzas armadas revolucionarias y el establecimiento y desarrollo de métodos de guerra originales.

El 17 de noviembre de 1933 el enemigo sitió la zona guerrillera de Xiaowangqing y la atacó desde tres direcciones empleando infantería, artillería y aviación. Los descendientes de “Yamato” (Se refiere a la nación japonesa –N. del Tr.) se le abalanzaron con tal fiereza que parecía que iban a arrancar los árboles con los dientes, y con ojos como de chacales furibundos. Su altanería y empuje sobrarían realmente aun después de asolar quince veces a Wangqing.

La gigantesca operación “punitiva” se realizó en forma de oleada con una intensidad inaudita en medio del rigor invernal. Los aviones bombardearon sin cesar a Macun y Lishugou donde se localizaban los órganos directivos militares y políticos. Su táctica también se había tornado mucho más enconada. Había pasado de la anterior forma de émbolo, la de retirarse el mismo día si fracasaba su ataque a

la zona guerrillera, a la de “ocupación paso a paso”, de no retirarse aun en caso de fracaso, sino de avanzar un paso tras otro y consolidar la posición conquistada donde permanecían y pernoctaban. Se trataba de una terrible táctica para matar a diestro y siniestro a todo ser vivo y destruir e incendiar indiscriminadamente las edificaciones e instalaciones dentro de la zona por ellos ocupada.

Pero nuestro ejército y el resto del pueblo, unidos en un solo cuerpo y con una misma idea, defendieron heroicamente, a vida o muerte, la base guerrillera.

Los más encarnizados ataques y defensas fueron en el monte Jianshan y el valle Sukpat del monte Mopanshan, que eran entradas a la zona guerrillera.

La compañía No. 3 y el cuerpo de autodefensa antijapones que los defendían, dejando a los atacantes acercarse a 20 metros de distancia, los aniquilaron con sorpresivo fuego concentrado y una avalancha de bombas de mano y piedras. Aunque los adversarios se obstinaron en su ofensiva en oleada no pudieron sobrepasar ni un centímetro las posiciones de avanzadilla de la base. Los defensores de la línea del Mopanshan exterminaron espectacularmente junto a un meandro del Dawangqinghe a la caballería enemiga que con su rápida movilidad daba un rodeo para atacar.

Al ver que lanzaban sucesivamente enormes cantidades de efectivos contra nuestras posiciones, pasamos de la defensa global a la batalla de desgastamiento basada en una movilidad elástica con la principal táctica de inducción y burla y en las dinámicas actividades de defensa. Era un método de guerra original y flexible que no permitía al enemigo ni un minuto de sosiego al causarle bajas continuamente con diversas formas de batalla y, sin perder la iniciativa, atraerlo a pelear. Si nos hubiéramos aferrado invariablemente a la táctica de defensa sin escoger a tiempo esa forma de combate la Guerrilla se habría despedazado frente al ataque del enemigo que se pegaba, cruelmente como sanguijuela, confiando en su superioridad en número y medios técnicos.

Con arreglo a la nueva táctica que habíamos trazado, los guerrilleros

y los miembros de las organizaciones paramilitares abandonaron sus posiciones de avanzada y, atrayendo a los adversarios a lo más profundo de la zona guerrillera, los neutralizaron y fustigaron espectacularmente con mil modalidades y tácticas como emboscadas, francotiradores, asaltos sorpresivos a los campamentos, y las bombas de mano en hogueras.

Esta última era un éxito al ciento por ciento del que podían valerse hasta los pequeños mocosos. Cuando nos mudábamos de posición enterrábamos las bombas de mano en las cenizas de las fogatas apagadas. Los enemigos, tan pronto como ocupaban el sitio abandonado hacían la hoguera y se reunían alrededor de ella para calentarse. Entonces las bombas de mano explotaban. O Ryong Sok, el cuarto hermano de O Paek Ryong y mujeres incorporadas en el cuerpo de autodefensa eliminaron con este método a muchos adversarios en el puesto de vigilancia central del Jianshan.

Organizábamos con frecuencia asaltos nocturnos sorpresivos a los campamentos contrarios. Hacíamos penetrar en sus posiciones grupos de 2-3 ó 4-5 combatientes para que esparcieran volantes para fomentar su disensión interna e hicieran algunos disparos. Con tres o cuatro tiros que sonaran cerca de las tiendas o fogatas bastaba para alborotar todo el campamento. En una noche realizábamos tres, cuatro y hasta cinco asaltos de ese tipo. Los enemigos, sin poder dormir en toda la noche temblaban de pavor y se tiroteaban, engañados, entre sí. Entre los atemorizados por nuestros continuos asaltos, aparecieron incluso psicópatas de guerra.

Algunos se pasaron a nuestro lado al leer las hojas de propaganda “¡A los soldados japoneses!” o “¡A los soldados del ejército manchú títere!”, que esparcieron los guerrilleros.

Los cazadores combatieron con trabucos y, aunque tenían edades avanzadas, eran maestros en tiro. Su admirable habilidad para derribar a selección a los oficiales podía compararse con la de los actuales francotiradores. Las miembros de la asociación de mujeres llevaban a las trincheras bolas de arroz cocido y agua caliente cargándolas sobre la cabeza. Niños, de diez años más o menos

aparecían también en el campo de batalla y daban ánimo a los combatientes con sus tambores y trompetas.

Lo más llamativo en el desarrollo de la operación de Macun fue la avalancha de piedras. Los combatientes y habitantes de la zona guerrillera amontonaron piedras en las avanzadillas, como en el monte Jianshan, y acabaron a la tropa “punitiva” atacante. El estruendo que estremecía el campo de batalla y la polvareda, como humo de bombas, que producían las avalanchas ponían los pelos de punta a los agresores. Las piedras surtieron gran efecto para dispersar la caballería e impedir el avance de carros y cañones.

Entre los héroes de la operación de Macun figuraba un guerrillero apodado “Trece Balas”.

Era ampliamente conocido como un joven aventurero en la región de Wangqing. Este sobrenombre empezó a ganarlo cuando por encargo de la organización de la Juventud Comunista arrebató unas armas en la oficina de recaudación de impuestos, a orillas del río Tuman. Al entrar en ella, se presentó: “Buenos días, señores. Soy un joven coreano, miembro de la Unión de la Juventud Comunista.” Luego sacó la pistola y con toda calma se apoderó de tres fusiles que colgaban de la pared. Después, llamó por teléfono a la jefatura de policía y gritó: “¡Qué estáis haciendo, canallas! Ha aparecido aquí un comunista. Movilizaos todos y venid pronto.” La jefatura de policía envió a prisa un grupo de caballería. Por poco “Trece Balas” no regresaba con vida. Más tarde repitió tales aventuras. Se puede imaginar la crítica que le hizo la organización de la Juventud Comunista.

En el puesto de avanzadilla del valle Sukpat “Trece Balas” realizó una proeza digna de ocupar una página de la historia de la revolución antijaponesa. Allí estaba destacado siempre un grupo de contención, de más de diez guerrilleros. Él fungía de responsable, pues era jefe de sección y, al mismo tiempo, del grupo de la Juventud Comunista organizado en él.

Una gruesa tropa “punitiva” compuesta de ejércitos japonés y manchú títere y miembros del cuerpo de autodefensa, cercaron

sigilosamente en una noche al Sukpat y se arrojaron sobre el puesto. Los guerrilleros entablaron un fiero combate desde la madrugada, rechazaron siete ataques hasta que la cabaña del puesto, quemada, se vino a tierra. En medio de la lluvia de proyectiles “Trece Balas” convocó una reunión de la Juventud Comunista e hizo el siguiente llamamiento:

“Compañeros, detrás de nosotros están la base guerrillera y los hermanos queridos. Si retrocedemos un paso siquiera, no tendremos derecho a vivir en este mundo como jóvenes coreanos. ¡Mantengamos nuestro puesto aun cuando nuestros cuerpos se hagan mil pedazos!”

Sus compañeros, ardiendo en odio estaban dispuestos a caer sobre el enemigo con la bayoneta calada para combatir cuerpo a cuerpo. También “Trece Balas” sintió tal impulso. Pero se contuvo para poder cumplir su tarea hasta el fin. Este intrépido guerrillero, objeto del reproche general por el mal hábito de actuar como suicida y aventurero, se había templado ya en medio de sangrientas batallas como un comandante fogueado que sabía reprimir y controlar sus propios sentimientos.

Cuando llegamos con refuerzos al puesto, lo encontramos tendido, alcanzado por trece balas. De ahí nació su apodo. Entre sus compañeros había otros que también tenían múltiples heridas, y fueron bautizados con los mote de “Siete Balas”, “Tres Balas” y “Dos Balas”.

La gente de Wangqing lo llamaba siempre “Trece Balas”. Yo también lo hice, por tanto, su nombre verdadero se fue olvidando.

Es una lástima que no pueda poner aquí su nombre verdadero. Pero me consuela pensar que su apodo de “Trece Balas” con que lo bautizó la guerra antijaponesa dejará en los lectores mejor impresión.

La batalla se tornaba más encarnizada de día en día. Los pobladores se refugiaron en Shiliping abandonando a Xiaowangqing reducido a cenizas por los bombardeos de la artillería nipona.

Los asaltantes mataban a todos los que veían, no importaba que fueran militares o civiles, adultos o niños, hombres o mujeres. El “castigo” de invierno causó cientos de víctimas en Xiaowangqing.

Efectivos del adversario que lograron pasar el puesto de centinela, disfrazados de refugiados civiles, cuando yo enfrentaba una tropa delante de una cabaña de taladores en la Quinta Isla de Shiliping, ametrallaron por la espalda a los habitantes que se trasladaban de Macun a Dawangqing. Como consecuencia tuvimos decenas de bajas entre las masas civiles. El enemigo igualmente cercó la aldea Duchuanping aprovechando la oscuridad de la noche y masacró con fuego concentrado de ametralladoras a los moradores que dormían. En esa ocasión murieron todos los familiares de Paek Il Ryong, secretario del comité zonal de la organización juvenil que escribía aceptables libretos para dramas en la zona guerrillera. La operación “punitiva” de ese año trajo la muerte también a un gran número de niños de Xiaowangqing.

Cuando la situación había llegado al punto más extremo, en el valle de Lishugou estaban concentrados más de 1 500 refugiados. Los guerrilleros tuvieron que hacer esfuerzos verdaderamente indescriptibles para llevarlos a Dawangqing. A veces la columna se dividía en dos grupos, sorprendida por el enemigo, y ambos erraban todo el día por las montañas uno en busca del otro. Amparé a esas masas y durante el día cargué a varios niños. También otros compañeros ayudaron a los ancianos y débiles, mientras combatían. Así se creó un conmovedor cuadro que podemos considerar como el primer paso de la actual unidad entre el ejército y el resto del pueblo. Cada pincelada de ese cuadro estaba dada con sangre y lágrimas.

La evocación de aquellas escenas de la evacuación de refugiados de Lishugou a Shiliping, me hace sentir todavía quemazón en la garganta.

No fueron pocos los que mataban el hambre con vainas de soya u hojas de nabo secas sin probar cereal durante 20 días. También en Shiliping, tuvieron que alimentarse de cuero de buey hervido por no tener otras cosas.

Si mostráramos a nuestros descendientes las “comidas” de la población de las zonas guerrilleras en aquellos años de hambruna cuando ni siquiera había fuerzas para levantar la cabeza y ver el sol,

no podrían contener las lágrimas imaginándose las inhumanas condiciones que experimentaron sus precursores.

Kim Myong Suk (en Yanji) perdió dos hijos y ella misma estuvo a punto de morir por no poder soportar el hambre en una primavera en la zona guerrillera. Como no había probado bocado en más de una semana, yacía en su cabaña sin fuerzas para sacar y enterrar a su hijo muerto por inanición. Sus vecinos sacaron el cadáver y lo cubrieron con hojarasca, pues a causa del obligado ayuno no tenían fuerza para cavar una fosa.

Cuando por primera vez comió arroz cocido después de regresar a la Patria liberada, Kim Myong Suk lloró desconsoladamente recordando las hambrunas que en las zonas guerrilleras le arrebataron sus dos hijos.

En la base de Chechangzi hubo una persona que sobrevivió milagrosamente a las heridas de ocho proyectiles de ametralladora en la batalla de Yulangcun, incluso fractura del cráneo. Gracias a su resistencia se le puso el apodo de “Ocho Balas”, que significa hombre sobreviviente a pesar de ocho disparos. También “Ocho Balas” murió de hambre mientras trabajaba en el gobierno de Dongnancha. Antes de fallecer se lamentó ante sus compañeros:

“Si me hubiera muerto cuando me alcanzaron las ocho balas, quedaría el nombre de un héroe. Pero, ¡qué vergüenza morirme de hambre!”

El enemigo bloqueó las zonas guerrilleras y trató que sus pobladores murieran de hambre y frío.

Los inenarrables sacrificios que entonces se impusieron a los coreanos permanecen todavía como una gran herida en el corazón de nuestra nación.

Es preciso que los círculos dominantes de Japón se hagan una profunda autocrítica por sus crímenes en Corea y Manchuria. La autocrítica no es una vergüenza ni una sumisión, sino un proceso en que reajustan su razón y se guían al perfeccionamiento. No hay quien pueda eclipsar los hechos históricos por mucho que trate de echarles tierra. No deberán olvidar que el lecho de seda para el rápido

crecimiento que pregona Japón está empapado de sangre de la nación coreana.

¿Acaso los japoneses no habían experimentado desastres nacionales como ver que sus compatriotas morían bajo las botas ferradas de extranjeros y sus queridas hermanas e hijas eran violadas por soldados ocupantes?

El enemigo, aunque jadeaba totalmente golpeado, trató de hacer una guerra prolongada sin ceder en su empeño. Quería que muriéramos de frío y hambre, atrapados en esa larga contienda sabiendo que no teníamos dónde conseguir refuerzos ni suministros bélicos y alimenticios.

Sólo un viraje decisivo en la situación de la guerra podía salvar a la Guerrilla y a los habitantes de sus zonas. La única vía de salvación consistía en desplegar una enérgica operación perturbadora en la profundidad de la retaguardia enemiga, a la par de la defensa de las zonas guerrilleras.

Desde el comienzo, en Wangqing, me opuse a la tendencia unidireccional de defender la zona guerrillera. Por tanto, planeaba asaltar y aniquilar con la fuerza unida al enemigo cuando éste estuviera disperso, y al contrario, perturbar su retaguardia en todas partes con fuerzas dispersas cuando nos atacaba en forma concentrada. A esto llamábamos método de evitar a los fuertes y atacar a los débiles. Así era como únicamente podíamos salvaguardar las bases y conservar las fuerzas de nuestro destacamento.

Pero la mayoría de los cuadros de los comités partidistas de Manchuria oriental y del distrito insistieron sin más ni más en que era posible proteger las zonas guerrilleras y la población oponiendo una defensa concentrada al ataque concentrado.

Estas dos teorías, al contraponerse como tácticas, promovieron al final un formidable debate sobre cuál era verdaderamente marxista y cuál, no.

Ellos interpretaban nuestra teoría como no marxista y, más que eso, la estimaban de evasiva de la realidad y capitulacionista, y nosotros, aguzando el filo de la argumentación, nos mantuvimos

imperturbables, sin concesión, en lo justo de nuestra teoría sobre la necesidad de disturbar la retaguardia enemiga.

Les dijimos: Por mucho que concentremos la fuerza, no basta para soportar el ataque. Así que lo mejor es evacuar a los pobladores hacia varios lugares y dejar una parte de la Guerrilla para que tirotee aquí y allá. Mientras tanto, el resto de los combatientes, en varios grupos, perturbará la retaguardia enemiga. Supongamos que diez guerrilleros con fusiles entran a territorio contrario. Si llevan otros 30 ó 40 sin armas y asaltan sin parar los eslabones débiles, pueden conseguir armas y resolver también víveres.

Muchos compañeros, con un correcto razonamiento de la situación apoyaron nuestra propuesta.

No obstante, algunos recalcitrantes no quisieron prestarle oído. Alardeando de cosas tales como los años de actividad, nos reprocharon absurdamente: “Los jóvenes deben obedecer los consejos de los veteranos en la lucha. Es ilógico que el ejército abandone la zona guerrillera cuando el enemigo la ataca. Es la expresión de la idea de salvarse él solo sin importarle el destino del resto del pueblo.”

Al ver que había sido arrasada la base guerrillera y que aumentaba el número de muertos y heridos, me entrevisté con Dong Changrong, Ri Sang Muk, Song Il y otros cuadros del comité especial y distrital del partido y sostuve enérgicamente el plan para la operación de disturbio de la retaguardia enemiga.

“Todo ha llegado a su límite. Si seguimos así no quedará nadie con vida. ¿A dónde podemos retroceder? De retirarnos a lo más profundo de las montañas, no encontraremos ni viviendas ni comida. La huida nunca acabará ni podremos proteger al pueblo. Ustedes piensan que pueden rechazar el ataque junto con la Guerrilla, pero eso no es seguro. Ahora mismo, esta noche, debemos formar unos tres grupos y enviarlos a la retaguardia enemiga. Cuando fustiguemos algunas de sus bases allí, es indudable que la tropa ‘punitiva’ se retirará de Xiaowangqing.”

Otras zonas guerrilleras en Manchuria oriental sufrían iguales

dificultades que Xiaowangqing. La gente de Hunchun afluyó hacia Jincang y Huoshaopu, la de Wangyugou hacia Dahuangwai y Sandaowan, y la del distrito Helong hacia Chechangzi.

A pesar de que la situación estaba en su punto más álgido varios cuadros vacilaban en tomar la decisión.

Por eso volví a plantear la táctica de perturbar la retaguardia enemiga y fui concluyente: “Actuaré según mi decisión porque soy responsable del ejército.” Luego, reuní a los guerrilleros y les dije:

“Debemos golpear al enemigo también en su nuca, sin aferrarnos a la defensa. ¿Quiénes están dispuestos a ir a la retaguardia enemiga? Los que lo deseen, síganme. No se necesitan muchos. Irá la mitad, y la otra quedará en la zona guerrillera y protegerá a la población. Los seleccionados atravesarán hoy por la noche conmigo el cerco. Debemos lograrlo para abrir el camino de la salvación. Si asaltamos una tras otra sus bases y puntos de apoyo, la noticia se divulgará y las tropas de ‘castigo’ se retirarán de las montañas por temor a que se desmorone su retaguardia.”

Así, la Guerrilla se organizó en dos grupos. Uno, bajo el mando de Choe Chun Guk, se quedó para defender Shiliping, y al otro lo conduje a la retaguardia enemiga. Los habitantes de la base que eran más de 1 500 fueron evacuados a Luozigou, guiados por miembros de la Juventud Comunista.

Encargué a Choe Kum Suk llevar a Dong Changrong que estaba enfermo a Miaogou y cuidarlo y reunimos todas las reservas de víveres y las metimos en su mochila. Fue mi despedida de ella.

Por la noche, el destacamento bajo mi mando se escurrió a rastras del cerco enemigo, penetrando en la profundidad de su retaguardia. Como habíamos previsto, la retaguardia enemiga estaba vacía. Cuando llegamos a un poblado suburbano, los aldeanos preparaban la comida de Año Nuevo. Al vernos, expresaron su alegría, pues a todos los de la base guerrillera los daban por muertos en la operación de “castigo” del imperialismo japonés, y nos convidaron con ricos manjares de Año Nuevo como empanadilla y *tok* de panizo. Esa noche un guerrillero llamado Kim Saeng Gil, perteneciente a la

sección de O Paek Ryong, se comió 140 empanadillas y sufrió mucho por la indigestión.

Estábamos extenuados y descansamos todo el día siguiente protegidos por centinelas. Los que por varios meses sufrieron en medio del frío sin apenas comer ni dormir, durmieron esta vez a piernas sueltas y en sus ojos aparecieron pitarras y sus caras se tornaron más resplandecientes.

El día posterior empezamos a hostigar a los enemigos. Nuestra táctica consistía en asaltos por sorpresa, principalmente, a las pequeñas bases de la tropa “punitiva” y combinar con ello el ataque a las bases relativamente grandes.

El blanco de nuestro primer asalto fue Liangshuiquanzi. La operación relámpago hizo morder el polvo a los soldados del ejército manchú títere y a los miembros del cuerpo de autodefensa y ocupamos el cuartel de la policía del consulado japonés. Después del primer tiro en Liangshuiquanzi fingimos desplazarnos lejos, pero regresamos al punto anterior y asaltamos en Xinnangou una caravana de camiones apoderándonos de una gran cantidad de harina de trigo y materiales de guerra.

Salimos sútilmente de Xinnangou rumbo a la lejana serranía de Beifengwudong, donde preparamos otro combate. La noche del 16 de febrero de 1934 los soldados del ejército manchú títere y los miembros de la policía y del cuerpo de autodefensa que estaban destacados allí fueron eliminados o cayeron prisioneros.

Después de esta victoria el destacamento se trasladó hacia Sidong atravesando el monte Beigaoliling, y en un asalto a la policía forestal acantonada en Donggou matamos o apresamos a todos los que estaban en el cuartel.

La última batalla que contribuyó decisivamente a frustrar la operación de “castigo” invernal se desarrolló en Daduchuan, un punto estratégico por donde pasaba la vía férrea Tumen-Mudanjiang. Disfrazados de soldados de la tropa “punitiva” cruzamos de un sople, a marcha forzada por una escabrosa montaña, el desfiladero de más de 40 kilómetros, y en tres grupos atacamos la jefatura de policía y el

cuartel del cuerpo de autodefensa de la ciudad y prendimos fuego al depósito de materiales bélicos.

Tras esa batalla, el enemigo levantó el cerco con que apretaba las zonas guerrilleras y retrocedió hasta el punto del que había partido 90 días atrás. No había podido eliminar el “cáncer”. La operación que amenazó durante tres meses la existencia de las zonas guerrilleras acabó así, como un sol poniente.

La defensa de la base de Xiaowangqing, que para comodidad recibió el nombre de operación de Macun, terminó con nuestra victoria. Fue una silenciosa hazaña acaecida en un rincón del mundo cuando éste bullía por la investidura de Adolf Hitler, el juicio en Leipzig y el establecimiento de las relaciones diplomáticas soviético-norteamericanas. Me lamento de no poder describir, aunque sea aproximadamente, las heroicas gestas de los defensores de la zona guerrillera de Xiaowangqing y las penalidades que sufrieron.

Pagamos caro por esa victoria. Cientos de personas se inmolaron bajo las balas y las bombas enemigas. Lo más doloroso fue la pérdida de Choe Kum Suk y Dong Changrong.

Cuando regresábamos triunfalmente de la retaguardia contraria, Kum Suk, la que tanto me quería y cuidaba como a su propio hermano menor, no estaba entre los habitantes de la zona guerrillera que, llorando, corrían a nuestro encuentro. En mi mochila que llevaba mi ordenanza estaba el espejo que pensaba obsequiarle. Había varios sacos de botines de guerra que traíamos de regalo a otras miembros de la asociación de mujeres.

¿Cuántas penas y cuántas lágrimas les había costado a ellas, salvaguardar la zona guerrillera en ese invierno? ¡Cuántas comidas prepararon y cuántas raíces de hierbas arrancaron! ¡Hye Suk y Yong Suk, quienes, obligadas a servir al enemigo de guías lo condujeron adonde no existían guerrilleros y lo pusieron en un aprieto por lo cual fueron fusiladas! ¡La tía de Choe Chang Bom, que al ver que los adversarios trepaban por el despeñadero hacia la Comandancia, los atrajo hacia sí gritando sin cesar para avisar que se acercaban!...

¡Cómo calificar sólo a Kye Wol Hyang o Ron Kae de mujeres virtuosas y patriotas de Corea!

Mi regalo, retardado, no pudo llegar a manos de Choe Kum Suk. Los enemigos me habían arrebatado a esa mujer única que consideré hermana de toda la vida, la que al pedirle que combatiéramos sin morir hasta el día de la liberación de la Patria, se preocupaba diciendo que, como jefe, no me cuidaba la salud, al contrario de ella que estaba saludable.

También la muerte de Dong Changrong fue un golpe doloroso. Era uno de los más inolvidables compañeros chinos, que me quería y respetaba mis ideas.

Con él polemiqué mucho acerca de importantes lineamientos. Aunque no siempre llegábamos a una identidad de opiniones por su carácter pertinaz, esta divergencia no influyó sobre nuestra amistad. Decía que entre los coreanos yo era el de más crédito y siempre se esforzó mucho por mí.

Después de la batalla de Daduchuan nos retiramos primero hacia Yaoyinggou y luego volvimos a Macun, donde hicimos el balance de la defensa de la zona guerrillera de Xiaowangqing. Los habitantes, de regreso de su refugio, levantaban sus hogares sobre las cenizas. Un anciano me contó que reconstruía por septuagésima vez su casa después de mudado a la zona guerrillera. Así de persistente fue la vitalidad de la población de Jiandao, determinada a compartir su destino con la zona guerrillera tanto con la vida como con la muerte.

De no ser por ese apoyo y ayuda del pueblo, nuestra Guerrilla no habría podido rechazar la tan vasta acción de “castigo”. La victoria de la operación de Macun fue fruto de la unidad entre el ejército y el resto del pueblo y resultado de la guerra de resistencia popular. El espíritu de avanzar, de ir al encuentro de las dificultades cuando éstas se cernían sobre nosotros, y los métodos de guerra propios, sin par flexibles, basados en ese ánimo constituyeron el factor decisivo que hizo posible el triunfo.

Todo el proceso de esta operación sirvió para inflamar el espíritu de la zona guerrillera, que como un árbol gigante alimentado por la

inclaudicable voluntad y temple de nuestra nación, se había alzado sobre el suelo del Poder revolucionario. Este espíritu hizo posible defender con sangre cada palmo de tierra de Xiaowangqing, con fuerza tan potente que ni los aviones ni los cañones pudieron doblegar.

La operación de Macun causó al enemigo una seria derrota militar, política y moral. En contraste, el prestigio militar de nuestro ejército revolucionario, creció incomparablemente. En el transcurso de las acciones creamos innumerables estilos de combate que podían constituir la armazón del método de la guerra de guerrillas, y echamos las bases militar-organizativas y tácticas para poder pasar en el futuro a las actividades con grandes destacamentos. La Guerrilla Antijaponesa acumuló ricas experiencias que le permitían aplastar cualquier agresión.

La operación de Macun, con la defensa de Xiaowangqing, contribuyó también a eliminar los peligros que pendían sobre las zonas guerrilleras de los distritos contiguos e hizo igualmente un notable aporte al auge conjunto de la revolución coreana con la Lucha Armada Antijaponesa como su eje. El heroico espíritu de los soldados que defendieron la Cota 1211 tuvo su raíz precisamente en el de la zona guerrillera en la década de 1930. Hoy también, guiados por él, avanzamos haciendo brillar el socialismo a estilo nuestro en medio del cerco del imperialismo.

No hay en este mundo fuerza capaz de sobreponerse al espíritu de la zona guerrillera nacido y forjado en medio de las llamaradas de la guerra antijaponesa. Mientras lo mantengamos, nuestro ejército y el resto del pueblo seguirán para siempre un camino victorioso.

6. Taller de armamentos en el bosque

Cuando me encontraba en Macun iba a menudo al taller de armamentos. En él se hacían armas. Se le decía “*chang*” que en chino significa fábrica. Nosotros también lo llamábamos modestamente herrería. Parecidas las había en todos los distritos de Jiandao.

Al principio, en esta herrería de Macun, conocida también como taller de armamentos de Xiaowangqing, había una o dos personas, enviadas por la organización, quienes, valiéndose de una fragua de carbón vegetal y con fuelle manual, producían lanzas, cuchillos y otras armas blancas.

Al volver a visitarla en vísperas de la operación de Macun, ya trabajaban no menos de 7 hombres. De la gestión de la herrería se encargaba Kim Sang Uk, en sustitución de Pak Tu Gyong que había sido designado responsable de la sección de provisiones del gobierno zonal. Del personal del taller hoy recuerdo por sus nombres, a O Hak Bong, Choe Sang Mun, Yang To Gil, Kang Hae San, Pak Yong Bok y Ri Ung Man. De entre ellos el único que conocía de herrería era Kang Hae San. Otros eran aprendices o ignorantes en el oficio que casi nunca habían manipulado un trozo de hierro y mucho menos probado trabajar en la reparación de armas. No obstante, en rústicas herrerías donde no había tornos, taladros, cepilladoras ni fresadoras, llegaron a producir bombas de mano, pistolas, fusiles, municiones e incluso pólvora, que se creía sólo era posible hacerlos en modernas fábricas. Fue un prodigio que pudo crear únicamente la guerra de resistencia antijaponesa y que se alcanzó gracias al espíritu revolucionario de los comunistas coreanos de apoyarnos en nuestras propias fuerzas y a nuestra férrea convicción de que en la lucha que la nación desarrollaba de modo independiente, estaba la garantía de la victoria.

Hubo un tiempo en el cual la gente de Jiandao pensaron

ingenuamente en construir en la base guerrillera una fábrica de granadas de mano con la ayuda de los soviéticos. Era cuando los comunistas del mundo entero miraban con respeto a la Unión Soviética como el faro de la emancipación de la humanidad. La idea de beneficiarse de la colaboración del país que había hecho primero la revolución, fomentó una cierta propensión a depender de otros. Esa tendencia dio lugar entre los nacionalistas al servilismo a las potencias capitalistas y entre los comunistas constituyó la causa del nacimiento de la mentalidad de apoyarse en la Unión Soviética. Entonces considerábamos como un deber internacionalista suficientemente natural que los comunistas soviéticos que fueron los primeros en romper la cinta de la meta revolucionaria ayudaran a los comunistas de los países atrasados.

Pero, por parte de la Unión Soviética no llegó ninguna respuesta a aquella solicitud. No dieron nada, ni promesas, ni tampoco explicaciones de que no podían o no querían hacerlo. Fue entonces cuando se afianzó la decisión de apoyarnos en nosotros mismos. El mutismo de los soviéticos nos reafirmó la posición de que en nuestros propios esfuerzos radicaba la única vía de subsistencia, que lo determinante en el impulso de la revolución estaba en la movilización máxima de nuestras fuerzas y que la ayuda ajena era secundaria.

Por eso, le prestamos especial atención al taller de armamentos y concentramos las fuerzas en él.

Cuando Pak Tu Gyong era su responsable le proporcionamos yunque, martillos, tenazas, mandarrias, fuelle, limas, barrenas de mano y otras herramientas. Valiéndose de ellos el personal de la herrería reparó o recuperó armas averiadas y fabricó otras para suministrar a las guerrillas y las agrupaciones paramilitares.

Entre las que producían sobresalía el revólver de un solo tiro hecho con un pedazo del cañón de un mosquete o de un fusil modelo 38, inservibles. Se entregaba a los miembros de los cuerpos de autodefensa o de la vanguardia de niños. El inventado por la guerrilla de Yulangcun, lo recibían principalmente los activistas políticos, los

cuales lo calificaban como bueno. El personal del taller logró recuperar también cartuchos poniéndoles fulminante a los casquillos.

De las materias primas e insumos necesarios para la producción de armas lo que nos presionaba con mayor urgencia era la pólvora, y resultaba difícil cubrir su demanda.

En los talleres de armamentos de las zonas guerrilleras fabricaban bombas de mano y proyectiles con la dinamita que les enviaban los mineros y los trabajadores políticos clandestinos. Conseguir de esa manera el explosivo significaba un permanente peligro y motivo suficiente para preocuparse por la seguridad de las organizaciones revolucionarias constituidas en las minas. Efectivamente no fueron pocos los que perdieron la vida en esa misión. Un hecho representativo resultó lo sucedido en la laguna de Longshuiping.

Longshuiping era un poblado vecino de la mina de Badaogou. Aquí pasó su infancia y se forjó como revolucionaria Kim Chol Ho, compañera y esposa de Choe Hyon. Delante del pueblo había una laguna profunda, donde crecía un juncal tupido. Su agua permitía a los moradores cultivar arroz. Era, pues, su agua vivificadora. Y de la noche a la mañana se produjo una terrible desgracia que convirtió al lago en un mar de sangre. Las bestias de la gendarmería japonesa, al descubrir que más de 20 mineros de Badaogou enviaban dinamita a las bases guerrilleras los asesinaron cruelmente a orillas del lago.

Esta matanza obligó a los dirigentes de las bases guerrilleras y a los que se ocupaban de la producción de armas, a revisar el método de obtener explosivos dependiendo por completo de las organizaciones en las minas, y a buscar otras vías. Cada gramo de pólvora que se utilizaba en los talleres de armamentos de las zonas guerrilleras, era sangre que derramaban los combatientes, pedazos de su cuerpo, en fin, la cristalización de todos éstos.

Decidimos producir nosotros mismos la pólvora. Algunos dijeron que eso era como levantar un castillo sobre arena, pero, con la seguridad de que si uno se lo proponía, no había tarea que no pudiera acometer y que si nuestros antecesores lo habían logrado, no existían motivos que impidieran que sus descendientes la hicieran, me puse a

estudiar con profundidad la historia de la producción de la pólvora y los elementos componentes. Así, llegué a la conclusión de que el salitre, su principal materia prima, se podía obtener en los hogares.

Podía encontrarse dondequiera que viviera el hombre y lo estábamos viendo a cada momento. Un día soleado, guié al personal del taller al patio de la casa del viejo Ri Chi Baek, donde había un montón de cenizas y estiércol. Y señalando las partículas blancas, parecidas a granos de sal, que cubrían los bordes del montón de estiércol, les expliqué que era salitre. Entonces ellos compararon el caso con el de los abuelitos que gritan por no ver sus pipas, aunque las tienen en sus manos, y se echaron a reír alegremente.

El nitro se podía recoger también en terrenos donde habían existido letrinas o se había amontonado estiércol sacado de los establos.

Es sabido que en la época de Coryo, Choe Mu Son produjo pólvora y con ella hizo un gran aporte a la defensa del país. Los cañones que inventó se instalaron en los buques de guerra. En la batalla del golfo Jin la marina de Coryo pudo diezmar a los japoneses gracias a esos cañones. El nitro que utilizó para la elaboración de los explosivos se obtuvo, según la historia, por la purificación de ceniza y polvo recogidos en los contornos de los hogares.

Hubo quienes afirmaban que la pólvora que se usó en aquella era no fue inventada por Choe Mu Son, sino que la obtuvo con la aplicación de métodos que había aprendido de la gente de otro país. Argumentaban que entonces en Coryo no existía la base teórico-tecnológica que le permitiera tal descubrimiento. No consideré justa esta apreciación. Apuntes de la historia dan a conocer que ya en la época de los Tres Reinos, Silla utilizó cañones con pólvora.

Hería en lo más profundo nuestra dignidad el modo de pensar servil y nihilista de quienes si oían que un extranjero había hecho un descubrimiento, se admiraban: “¡Indudablemente es inteligente la gente de ese país!”, pero si se hablaba de una invención hecha por un coreano, lo primero que hacían era mover la cabeza preguntando: “¿De veras? ¿Es cierto?”

Los compañeros del taller de armamentos obtuvieron nitro con un sencillo método. Para conseguirlo utilizaban recipientes de barro o de hojalata y otras pequeñas tinajas, todos con orificios en el fondo. Los llenaban con tierra recogida en los establos y retretes y en los lugares donde estaba amontonado el estiércol y después les echaban agua. El líquido que caía por los orificios se recibía en otras vasijas y luego se hervía en ollas hasta cristalizarlo. Ese era el salitre. Las partículas cristalizadas de la capa superior se llamaban laterales y las de la capa inferior, rectas. Estas últimas tenían la característica de accionar hacia adelante, razón por la cual se empleaban para proyectiles de fusiles y revólveres, y las laterales tendían a expandirse hacia los lados y se usaban principalmente para bombas de mano.

Para esos materiales necesarios en la elaboración de explosivos, se movilizaban las masas que sabían conseguirlos. El azufre, imprescindible, se resolvía con lo que se extraía en cantidad de los aisladores de los teléfonos del servicio de vigilancia. Se requería también materiales inflamables como alcohol que sustituíamos con el licor Baijiu.

Sin darnos por vencidos ante los fracasos continuamos los experimentos hasta que obtuvimos una ideal proporción de la mezcla.

No puedo olvidar a las personas que entonces participaron en la producción de la pólvora. Una de ellas fue Son Won Gum.

Casi no tenía relaciones con él, ni nos habíamos visto. Sin embargo, conocía sus antecedentes y actividades tan bien como el amigo más cercano.

Pak Yong Sun fue el primero que nos habló de los antecedentes de lucha de Son Won Gum. Durante su estancia en Macun para dar clases sobre la fabricación y el uso de las bombas de mano, se alojó en mi cuarto y durante varios días me habló mucho de su vida y trabajo. Constantemente mencionaba a Son Won Gum. Quizás de cada diez palabras una era ese nombre, lo pronunciaba con un especial sentimiento de afecto y respeto. Por eso, cada vez que se refería a él, yo lo oía con creciente curiosidad. Pak Yong Sun era su íntimo

compañero y, al mismo tiempo, su aval cuando ingresó en el partido.

Una persona puede hacerse famosa por su hazaña o talento, o por algún otro suceso. Ya en 1932, Son Won Gum era ampliamente conocido entre los revolucionarios de Jiandao por su fuga de una estación policíaca. Disfrazado de vendedor de medicamentos recorrió las aldeas con un violín en las manos y cumplió misiones de enlace hasta ser detenido. Quedó prácticamente molido por las torturas, pero logró escapar por una cañería del alcantarillado, donde el agua residual le llegaba a la cintura, y estuvo oculto un día completo metido en un río. Si fue asombroso que se evadiera de la madriguera enemiga férreamente vigilada, no menos impresionante resultó su permanencia en el agua durante todo un día, hasta el anochecer, aunque su cuerpo estaba sangrando.

Con posterioridad ingresó en la guerrilla y en el partido comunista. A partir de entonces comenzó a ser conocido por sus abnegados esfuerzos.

El taller de armamentos de Helong, que dirigía Pak Yong Sun, se encontraba en Jangdae, valle del peñasco Suri, en Shenxiande, de la aldea Jingucun. Las primeras bombas de mano que produjeron las llamaron bombas tronadoras. Después se sustituyeron por las de pimienta en polvo, más avanzadas, y finalmente aparecieron las Yongil, mucho más perfeccionadas y potentes.

Para esa producción se necesitaban abundantes materiales. Los compañeros del taller tuvieron que ingeniárselas para conseguirlos. Y en esta tarea Son Won Gum se ponía al frente.

—Una vez, en pleno proceso de confección de las bombas tronadoras nos vimos ante una gran dificultad. Se habían acabado el papel y la tela para envolver la pólvora. Todos nos empeñamos en buscar una salida. Entonces, Son Won Gum corrió inadvertidamente hacia la aldea donde vivía y trajo el papel que había quitado de la puerta de su casa y la tela de la única colcha que tenía. Al verlo llegar en plena noche con la respiración entrecortada, me sentí avergonzado... —me dijo Pak Yong Sun en Macun.

—Si es así, debe tener magníficas cualidades de revolucionario

—le manifesté impresionado por sus palabras.

Pak Yong Sun continuó:

—El compañero Son Won Gum toma la delantera en cualquier tarea. Así procedió cuando tuvimos que interrumpir la producción de las granadas por falta de alambre. Fue a Nanyangping, caminando decenas de *ríes*, y trajo unos 300 metros de cables telefónicos que había cortado. También obtenía azufre, pedazos de hierro bruto y planchas galvanizadas.

Una noche de furiosa nevasca Son Won Gum llegó al taller cargado con una carga de hojalata y de hierro bruto y para sorpresa general le seguía una anciana totalmente desconocida con un caldero de hierro, sobre la cabeza.

—¿Won Gum, qué te pasa? Traes a una anciana a un lugar tan retirado y en plena noche cuando bate un viento siberiano tan furioso y cortante como para arrancarnos la carne del cuerpo. ¿Estás en tus cabales?... —le dijo Pak Yong Sun al tiempo que le bajaba el caldero de la cabeza a la vieja.

Arrojando al suelo lo que cargaba sobre sus espaldas Son Won Gum movió la cabeza:

—Yo no la traje. Ella me imploró que la dejara venir conmigo.

Entonces Pak Yong Sun se dirigió a la anciana:

—Abuelita, ¿cómo fue que siguió a este compañero?

—Somos viejos conocidos, desde que vivo en la aldea Neifengdong. Cuando mi nuera enfermó gravemente y no teníamos recursos para conseguir remedios, este joven que entonces vendía medicamentos, haciendo sonar algo que llevaba en las manos, nos dio remedios sin cobrar e incluso algo de arroz. Así se salvó mi nuera. Estaba ansiosa de no poder recompensarle y hoy reapareció en nuestra aldea. Andaba de casa en casa reuniendo hierro bruto y pensé con gozo que por fin llegaba el momento de corresponder a sus favores. Éste es el caldero más grande que tenemos. No sé si con éste estoy recompensando...

Y con una expresión de duda miró el caldero puesto delante de la fragua.

Pak Yong Sun dijo cohibido:

—Abuelita, agradecemos su sincero ofrecimiento, pero aceptamos sólo cosas inútiles. Por favor, lléveselo.

La anciana se irritó:

—No me digas eso. ¡Qué pena por un caldero cuando los japoneses quemaron vivos a dos de mis hijos!

Los compañeros del taller no insistieron más.

Después de escuchar por boca de Pak Yong Sun estos episodios, tuve el deseo de ir de inmediato a Helong para entrevistarme con Son Won Gum. La cualidad que más me sedujo fue su férrea disposición de apoyarse en sus propios esfuerzos.

Muy impresionado dije a Pak Yong Sun:

—Debía traer a Son Won Gum. Sus experiencias serán lecciones muy útiles. Si él las cuenta, todos le escucharán con gran placer. Sería bueno que usted las dé a conocer.

Con los cursillos de Macun sobre la producción y el uso de las bombas de mano, todo el Este de Manchuria supo de Son Won Gum.

Al terminar los cursillos, cuando Pak Yong Sun iba a salir de Macun, le rogué:

—De regreso a Helong, por favor, dígale a Son Won Gum que sus experiencias produjeron muy buena impresión entre los participantes de los cursillos. Y transmítale mi esperanza de que alguna vez nos veamos para compartir nuestros sentimientos de amistad.

Pero nunca se realizó este encuentro. Y desgraciadamente quedó ciego al perder los dos ojos en una explosión accidental.

La elaboración de la pólvora siempre fue un proceso peligroso. Se dieron incluso casos en que casi se perdía la vida. El trabajo más riesgoso resultaba cargar de explosivos las bombas y los cartuchos. Pak Tu Gyong, Pak Yong Sun y Kang Wi Ryong también recibieron graves heridas en la manipulación de la mezcla. Pese a todo no abandonaron su trabajo.

Son Won Gum, sobreponiéndose a su dolorosa situación, tampoco perdió el ánimo ni se sumergió en la tristeza. Al contrario,

estimulaba a los demás: “Compañeros, no se pongan tristes. Perdí los ojos, pero todavía me quedan el corazón, los brazos y las piernas.” A tientas siguió cortando alambres o montando las piezas de las bombas. En esos momentos solía cantar La Internacional.

Aquel odioso mundo le quitó primero al padre, después al hermano mayor y a la hermana, y él mismo quedaba sin vista siendo aún un joven que no había vivido ni la mitad de su existencia.

Al disolverse la zona guerrillera abandonó la unidad para no ser una carga para sus compañeros y se fue a la aldea Jingucun. Desde entonces diariamente oía las calumnias de los enemigos contra las guerrillas y el partido comunista:

“La guerrilla fue aniquilada en la montaña.”

“También murió de hambre la gente de la base.”

“Vayan a Chechangzi y verán sólo cadáveres.”

“La política del partido comunista es arruinadora. Ningún beneficio obtendrán siguiéndole.”

Son Won Gum estaba tan indignado que sentía hervir la sangre en las venas. Iba de casa en casa explicando la verdad con vehemencia.

“No, la guerrilla sigue existiendo. Sólo que ahora abarca áreas más extensas. En estos momentos está atacando a los enemigos en el Sur y el Norte de Manchuria. Cuando partió de aquí contaba con unas cuantas decenas de efectivos, ya tiene miles e incluso posee cañones y ametralladoras. ¡Compatriotas y hermanos, no se dejen engañar por la propaganda enemiga! ¡Ayudemos mejor al Ejército Revolucionario Popular! ¡En la guerra antijaponesa, la victoria será nuestra!”

Las huellas de sus pasos, rebasando el límite de la aldea Jingucun, se imprimieron en Yanji y Longjing, a centenares de *ríes* de distancia. Los soldados o policías no se molestaron para echarle siquiera una mirada a este “mendigo ciego” que caminaba a tientas, tanteando el suelo con un palo y llevando en un hombro el violín como hacía antes.

Al enterarse en el camino de la batalla de Pochonbo recorrió las calles y callejuelas de Yanji y habló a voz en cuello:

“Queridos compatriotas, el 4 de junio el General Kim Il Sung al frente de una unidad asaltó a Pochonbo. El Ejército Revolucionario Popular de Corea cruzó el río Amnok y avanzó hasta el interior del país que tanto añoramos. Los enemigos tiemblan de miedo ante el poderío del ejército revolucionario. Está decidida la derrota del imperialismo japonés.”

Por efecto de sus ardientes discursos la ciudad de Yanji hirvió como una caldera de gacha. La acción le costó la vida. Los policías japoneses lo detuvieron y lo quemaron.

“Ciudadanos, no tengo ojos, pero ya estoy viendo las montañas y los ríos de la Patria emancipada. ¡Sigán luchando resueltamente hasta la victoria! ¡Viva la revolución coreana!”

Fueron sus últimas palabras momentos antes de ser quemado.

Son Won Gum, pionero del espíritu de apoyarse en los esfuerzos propios terminó así su vida a los 25 años.

Cada vez que lo recordaba, Pak Yong Sun solía decir: “Se fue de este mundo sin haber podido siquiera casarse.”

Si viviera, diría a los descendientes muchas cosas valiosas sobre el apoyo en las propias fuerzas. Su misma biografía serviría de vivo manual.

La obtención de la pólvora constituyó un acontecimiento trascendental para la producción de armamentos. Con la solución del problema de los explosivos creció la fabricación de las bombas de mano. Estas se hicieron con cilindros de hojalata fijándoles las mechas. Como envolturas se utilizaban latas de conservas, que enviaban las organizaciones clandestinas de las zonas enemigas y semiguerrilleras, en las que se introducían piezas parecidas a una aceitera y cargadas de pólvora, y el espacio que quedaba entre éstas y las latas se llenaba de fragmentos de arados inservibles u otras cosas de hierro que podían servir de metralla, y con la fijación de las mechas estaban listas las bombas.

Como se hacían totalmente a mano resultaban toscas e incómodas para usarlas. Si no se manipulaban con rapidez, se corría el riesgo de un accidente. Durante una batalla en Liangshuiquanzi un guerrillero

perdió un brazo al moverse con lentitud para encender la mecha. Pero, su efecto aniquilador era incomparablemente más potente que las granadas de mano. Los soldados japoneses quedaban aterrorizados nada más que de oír hablar de ellas.

Cuando se conseguía suficiente pólvora, en las bases guerrilleras fabricaban cañones de madera. Las tropas de Wu Yicheng utilizaban en los combates cañones de acero, parecidos a las actuales bazucas, pero nosotros no podíamos pensar en este lujo, y nos contentábamos con cañones de madera. Según recuerdo, fue inmediatamente después del asalto a la ciudadela distrital de Dongning cuando la gente de Wangqing construyeron por primera vez uno de estos artefactos con abedul. Lo probamos en el ataque a Daduchuan y la detonación fue tremenda, como un trueno. Su fabricación artesanal con troncos, no permitía un gran efecto, pero al primer disparo los enemigos huían pasmados.

En Helong hicieron uno parecido en el taller de armamentos de Moguyuanzi, en Yulangcun. Un disparo desde el Qianlifeng, hacía temblar hasta a los enemigos de Erdaogou, a unos 12 kilómetros de allí.

El adversario quedaba perplejo, sin saber de qué se trataba. Era inimaginable, algo fuera de todo conocimiento, que se produjeran cañones en las bases guerrilleras donde no contaban con los equipos ni con la técnica necesarios.

Resultaba asombroso para todo el mundo el entusiasmo y abnegación revolucionarios y el espíritu creador que manifestaron los compañeros de los talleres en la producción y reparación de las armas. Casi no poseían máquinas o herramientas modernas. Las únicas se reducían a una barrena de mano que tenían en Wangqing y un taladro manual en el de Helong, que dirigía Pak Yong Sun. Ese instrumento lo había conseguido el personal del taller por intermedio de un empresario de forja de Dalizi. No recuerdo bien si dichos medios mecánicos existían en los talleres de armamentos de Toudaogou y Nengzhiying, en el distrito Yanji. Fuera de la barrena de mano y el taladro manual, la mejor herramienta era la lima.

Con las limas remediaban cualquier cosa. Después del interminable

proceso de limar, afilar, martillar, forjar y remojar en el lodo lograban rehabilitar los expulsores y percutores de los fusiles. Llegaron a recuperar sin problemas hasta ametralladoras. Entre ellos había no pocos talentos como, por ejemplo, Pak Yong Sun, Son Won Gum, Kang Wi Ryong, Pak Tu Gyong, Song Sung Phil y Kang Hae San. Eran tan hábiles que incluso a las agujas les hacían el ojo.

La llave de todos esos milagros estaba en apoyarse en sí mismos. Si desde el comienzo los comunistas coreanos, ilusionados con sus homólogos de otros países, no hubieran pensado en apoyarse en sus fuerzas o no hubieran tenido fe en que ese era el único camino para subsistir y salvar a Corea, no habrían aparecido en las zonas guerrilleras talleres de armamentos ni las eficaces armas como los cañones de madera y bombas Yongil. Y habríamos actuado como los del Ejército independentista: exhortar al pueblo a entregar donaciones o mendigar y lamentarse ante otros países. Con esta actitud uno llega a degradarse al extremo de convertirse en un ser vil y bajo, listo para cumplir sumisamente lo que se le mande: lamer los pies o quitar las pitarras de los ojos ajenos.

La consigna de apoyarnos en nuestros propios esfuerzos que lanzamos en el período inicial de la guerra antijaponesa y el empeño que pusimos en hacerla realidad se ajustaban, además, a la exigencia de la situación revolucionaria de entonces. La agresión del imperialismo japonés a Manchuria profundizó las contradicciones entre Corea y Japón y entre éste y China, y éstas plantearon inevitablemente ante los comunistas coreanos una tarea combativa de forma superior: la lucha armada.

Con una diplomacia mendigante, yendo a otros países y olvidándonos de nuestras fuerzas, no habríamos podido empezar la guerra tan pronto como el imperialismo japonés invadió a Manchuria ni tampoco nuestra guerrilla hubiera crecido como una poderosa fuerza en unos cuantos años.

Apoyarnos en nosotros mismos era la consigna que reflejaba fielmente las aspiraciones y demandas del pueblo que anhelaba alcanzar la independencia del país con sus propias fuerzas, desde la

posición de autonomía y de autofortalecimiento. No fue nada casual que el pueblo, al aceptar con prontitud esta consigna, convirtiera en todas partes las herrerías en talleres de armamentos o los creara.

Avanzar por nuestros propios esfuerzos y luchar con tenacidad contra viento y marea, devino espíritu principal que regía no sólo la producción y reparación de armamentos sino todos los frentes de la revolución antijaponesa, y cartabón que medía la fidelidad a esta causa. A quien careciera de dicho espíritu, aunque fuera un firme patriota y leal a la ideología comunista, no se lo consideraba un revolucionario cabal. De ello dependía, en lo fundamental, la prosperidad o derrumbe de la revolución.

Precisamente por falta de este espíritu los dirigentes del movimiento nacionalista corrieron por el camino de dependencia de fuerzas foráneas, dejándose deslumbrar por la doctrina de autodeterminación nacional de Wilson.

En Yilangou, en el distrito Yanji, hay un pueblo llamado Nanyangcun. Después de las Huelgas de la Cosecha Otoñal y de Miseria Primavera, los soldados y policías japoneses masacraron allí salvajemente a inocentes habitantes, sobre todo a jóvenes y hombres de mediana edad, y quemaron las casas.

Activistas políticos enviados a esa población reunieron a los jóvenes y les dirigieron palabras exhortativas:

—Mientras nosotros desenvolvemos una lucha política no violenta, los enemigos nos agreden con las armas. Con las manos vacías no podemos vencerlos. Ha llegado la hora de luchar con armas a vida o muerte, contra el imperialismo japonés. ¿Qué vamos a hacer?

Se levantó entonces un joven, y agitando los puños dijo:

—Reunamos hierro y hagamos aunque sean lanzas. Si cada uno tenemos una, ¿no podríamos matar a los enemigos y arrebatarles los fusiles?

Era hijo del viejo Ri Thae Sun, otrora herrero. Afirmó que en el depósito de su hogar se guardaban las herramientas que utilizaba su padre y con ellas se podían fabricar cuantos cuchillos o lanzas se necesitaran.

Los jóvenes reunidos apoyaron en el acto esta propuesta.

—Tienes razón. Primero vamos a fabricar lanzas y sables. Después los cambiemos por armas de fuego.

En un valle retirado donde no llegaban miradas indiscretas, y valiéndose de las herramientas con las que el viejo Ri Thae Sun manufacturaba aperos agrícolas, hicieron lanzas. Utilizaron las llantas de carretas y carbón de raíces de robles. Después del proceso de forja afilaban las puntas sobre piedras.

Los inesperados martillazos que llegaban de las afueras del pueblo atrajeron la atención de Ri Thae Sun, el viejo herrero, y le hicieron dirigirse al valle. Los jóvenes escondieron entre hierbas las piezas que moldeaban para lanzas y fingieron producir eslabones para frotar en pedernales.

—¿Qué están haciendo?

Ri Thae Sun los miró con una expresión dubitativa.

—Eslabones –respondieron a coro los jóvenes.

—¿No tienen otra cosa que hacer? Pásenme el martillo.

En un abrir y cerrar de ojos moldeó 10 eslabones y se fue a casa con todas sus herramientas.

Al otro día, cuando el viejo estaba en el campo, los jóvenes volvieron a llevarle las herramientas y sacaron más lanzas.

—Qué tontuelos sois. ¿Por qué esta travesura? ¿Qué hicieron con los de ayer? –dijo en un tono grave el viejo que había aparecido inadvertidamente como el día anterior en la herrería que no tenía paredes ni techo.

—Los cedimos a los amigos –explicó su hijo en nombre del grupo.

Con posterioridad la situación se repitió. Así fue como el viejo se dio cuenta de que los jóvenes no estaban produciendo eslabones. Era imposible que en plena temporada agrícola los jóvenes improvisaran una herrería para hacer eso. Un día estival se acercó al lugar, atravesando un maizal para que no lo viera nadie, y observó cómo fabricaban lanzas bajo el asesoramiento de su hijo.

—Ah, condenados, pensaba en qué estaban ocupados la primavera

y el verano, y veo que cavan sus tumbas, –muy bravo armó un escándalo, recogiendo las herramientas. Los jóvenes, cogidos in fraganti, se prendieron de los faldones de la chaqueta del viejo y le imploraron:

—Padre, cuando los enemigos matan a los jóvenes como si cazaran moscas, es imposible que permanezcamos con los brazos cruzados. ¿No es así?

Ri Thae Sun no encontró palabras, sólo inclinó su cabeza en señal de aprobación. Después de un rato de reflexión dijo en voz grave:

—Yo manipularé las tenazas y ustedes martillarán. Hace falta montar guardia.

Las lanzas que hizo aquella jornada alcanzaron para más de 10 jóvenes.

Vinieron entonces los de la aldea vecina cargados de chatarra y llantas desgastadas y en cambio se llevaron todas aquellas lanzas. Querían decir que valía ese favor para los vecinos sin herrería.

El viejo hizo que botaran todo ese hierro bruto, que no servía, según afirmó, para producir lanzas, y con unas cuantas decenas de barras de acero octagonales que tenía guardadas aparte, manufacturó puñales y lanzas muy resistentes.

Unos veinte muchachos de Nanyangcun, armados con esos puñales y lanzas, asaltaron a un pequeño destacamento del ejército títere manchú que se desplazaba de Yanji en dirección a Jiulongping, y tomaron como botín gran cantidad de armas y municiones.

Con satisfacción Ri Thae Sun felicitó el éxito de los jóvenes. La herrería secreta de Nanyangcun siguió produciendo bajo su dirección muchas armas blancas. Hasta llegó a confeccionar bombas de mano. El viejo se dedicó con toda su alma y energía a la fabricación y la reparación de armas hasta que cayó en manos enemigas y fue asesinado.

Este era otro de los ejemplos que mostraban la vitalidad del apoyo en los propios esfuerzos, espíritu que abrió, por primera vez en la historia de la lucha de liberación nacional en nuestro país, una nueva era de creación de lo útil a partir de cero. Podemos decir que tan

pujante tendencia de la época fue un vivo cuadro que demostraba la justeza y poderío del método comunista de movilizar al máximo la fuerza e inteligencia del pueblo para resolver cualquier problema.

Sostenernos por nuestras fuerzas fue uno de los más importantes medios de implantación del Juche en la lucha de los comunistas coreanos, al margen de este espíritu no se podía pensar ni en hablar de esta idea. No era posible ni siquiera imaginar el desarrollo de la revolución coreana. Porque sólo el apoyo en las propias fuerzas eliminaría de una vez y para siempre el servilismo a las grandes potencias, que constituía el mayor grillete en la vida espiritual contemporánea de nuestro pueblo, y forjar un victorioso camino para el renacimiento de la nación bajo los principios de la soberanía, el autofortalecimiento y el autosostén. Sirvió de piedra de toque para distinguir al hombre con criterio propio del que no lo poseía.

Así, desde el primer día de la guerra antijaponesa, sin desmayar formamos a las masas en ese espíritu. Ellas aceptaron con facilidad la idea de que era preciso y posible reconquistar el país por cuenta propia, sin la ayuda de otros, aunque ésta le sería útil, de resolver todos los problemas con su inteligencia y sus fuerzas, sin importar que la solución viniera o no de arriba. No obstante, hubo quienes seguían dominados por la caduca mentalidad de no confiar en sus fuerzas o subestimarlas.

Incluso entre los que aplaudieron fervorosamente cuando se exhortó a hacer la revolución confiando y apoyándose en las fuerzas del pueblo, apareció la tendencia a mover dubitativamente la cabeza, con expresión desanimada, al presentarse ciertas dificultades, no muy serias, en cuanto a armamentos.

Uno de esos días en que intensificábamos los ejercicios militares como parte de los preparativos para la fundación de la guerrilla en Antu, Ri Yong Bae y Pang In Hyon rompieron los percutores de sus fusiles mientras los limpiaban. Era un accidente de notoria gravedad que no podíamos pasar por alto dado que entonces cada fusil costaba sangre.

Después de observar detenidamente las piezas rotas les dije a ambos:

—Les doy, desde ahora hasta mañana a la misma hora, para arreglar los percutores.

Los dos hombres me miraron con ojos de asombro. No esperaban que les planteara tamaña exigencia.

—¿Cómo quiere que reparemos armas que salen de modernas fábricas bélicas? Sería otra cosa si se tratara de un riesgo u operación combativa en que se juegue la vida, pero lo que exige usted es algo que nadie que no conozca la técnica se atrevería a hacer.

—Revolución no es escoger y cumplir sólo tareas fáciles. ¿Saben por qué nombramos con este sagrado adjetivo a lo que hacemos? El genuino sentido de la revolución y el orgullo del revolucionario están en el hecho de ejecutar una obra inimaginable para otros. ¿No lo creen?

—Pero, están rotos y son de acero ... ¿es una cosa que se resuelve con teoría?

Pang In Hyon miró con una expresión sombría el percutor roto que tenía en su mano. Consideraba absurda y excesiva mi exigencia de llevarlo a su estado original. Sin embargo, se debía pensar en las consecuencias si en tal situación un jefe se retractara.

Me daba cuenta de que mi orden se extralimitaba, pero volví a exigir con entereza:

—Si no pueden repararlos, no merecerán considerarse guerrilleros. ¡No son capaces de recuperar cosas tan pequeñas como percutores! ¡Y quieren realizar complejas transformaciones sociales! Si de todas maneras no están dispuestos a reparar los percutores, desde mañana dejarán de participar en los ejercicios.

Tan categórica orden sobresaltó a los dos hombres, quienes manifestaron su decisión de restaurarlos a todo precio. Y me rogaron enseñarles cómo hacerlo.

—No sé, ustedes sabrán arreglárselas.

Abandonaron el área de ejercicios con las caras compungidas.

Al otro día aparecieron sonrientes en el campo de entrenamiento. Lo habían logrado; si bien no en su perfecto estado original, las piezas funcionaban de modo satisfactorio.

Sus compañeros no disimularon el asombro. Yo, que era el que había ordenado la reparación tampoco daba crédito a mis ojos. ¿No dijeron que era imposible recuperarlos sin la técnica necesaria y que no se atrevían a acometerlo? ¿Cómo lo habrían logrado con tanta facilidad, qué ingenioso método habrán encontrado?

—Principalmente pensamos hacer unos nuevos limando pedazos de alambre. Pero no encontramos acero apropiado. Entonces calentamos los rotos y los martillamos hasta alargarlos. Después los pulimos sobre unas piedras y les dimos más o menos la forma original, mas no encontramos la manera de volverlos a acerar. Nos fuimos a Xi Xiaoshahé para ver a un anciano con una larga experiencia de herrero. Nos aconsejó que metiéramos el hierro candente en aceite para acerarlo. Lo hicimos y nos salieron estos percutores.

Fue la explicación apresurada de Pang In Hyon.

Esa experiencia dio un fuerte estímulo a sus compañeros. Todos habían recibido una nueva lección de que confiar en las propias fuerzas y ponerlas en plena acción, posibilita realizar tareas asombrosas.

No puedo olvidar la amplia sonrisa, como una luna llena, reflejada en los rostros de Ri Yong Bae y Pang In Hyon cuando llegaron corriendo al área de entrenamiento con los percutores rehabilitados. Esa sonrisa fue con seguridad expresión de orgullo por la capacidad que poseían. En el mundo no existe júbilo mayor que el que uno siente en el momento de descubrir en sí mismo la fuerza que creía no tener.

De hecho, un percutor es una cosa harto insignificante. En el tiempo que hay que invertir para repararlo es posible conseguir 10 nuevos fusiles. Pero la lección que se saca cuando se logra arreglar puede producir un efecto tan potente como una bomba de hidrógeno e incluso expandirse más.

Marx y Engels sostuvieron que la historia del desarrollo de la humanidad es la de la lucha de clases, lo que sin duda constituye una definición justa. Podemos decir que la historia de la humanidad es la

de la lucha de clases y, al mismo tiempo, la del descubrimiento de sí misma, la de su propia creación y la de su propio perfeccionamiento.

En otras palabras, es la historia de la creación en la que la humanidad no ha dejado de buscar en sí misma la fuerza e inteligencia propias del hombre y completarlas, a la vez que es la de la lucha por la independencia de las masas populares.

Además, cabe afirmar que es la historia de la innovación en la que ella se ha venido perfeccionando a sí misma sin tregua, en lo político-ideológico, en lo cultural-moral y en lo científico-técnico. Gracias a su fuerza creadora e innovadora la humanidad puede transitar hoy por la era de los cohetes, de la computación, de la ingeniería genética, de la revolución verde.

Desde este punto de vista es válido considerar que el apoyo en los propios esfuerzos representa una potente fuerza motriz que ha venido acelerando el desarrollo de la historia. Si los hombres hubieran vivido esperando sólo la benevolencia de Dios o alguna otra deidad considerados creadores del universo, sin poner en acción sus fuerzas, quizás todavía estaríamos errando por la edad paleolítica.

Cuando echábamos a andar con pujanza los talleres de armamentos en distintos lugares de Manchuria del Este, supe por boca de Shi Zhongheng que en la ciudadela distrital de Dongning había una fábrica de materiales bélicos que pertenecía a la tropa de salvación nacional de Wang Delin. Esa información aumentó nuestro interés por la ciudadela. Según él, dicho centro se había fundado en la primavera de 1932 como taller de reparación de equipos bélicos, con no más de dos tornos, una instalación de fundición y máquinas de coser. A partir del segundo semestre del mismo año ya era toda una fábrica bélica que producía granadas de mano y obuses de morteros, fusiles automáticos de 25 tiros y los denominados cañones cochinos. Llegó a tener más de 200 empleados. Entretanto, se iba completando su equipamiento con máquinas herramienta y otros medios. Su producción se enviaba principalmente a las unidades del Ejército de salvación nacional, dislocadas en Dadianzi, del distrito Wangqing y en la zona de Ningán.

Con la invasión japonesa el centro había cerrado. No obstante, sus máquinas y demás equipos se conservaban intactos. Si en el otoño de 1933 hubiéramos podido ocupar esta ciudadela la instalación habría entrado inevitablemente en nuestra posesión dándonos la oportunidad de equiparnos mejor con modernas armas ligeras y pesadas.

Las experiencias que adquirimos sobre armamento en las bases guerrilleras en el primer lustro de la década del 30, se heredaron y desarrollaron plenamente durante el segundo en los talleres de la base del monte Paektu.

En cada base guerrillera organizamos un grupo de sastrería y así resolvimos por propia cuenta los uniformes, tanto las telas como el teñido y la confección. Hervían en grandes calderas cortezas de roble, nogal silvestre y alcornoque y en el líquido obtenido remojaban los tejidos que quedaban teñidos de color caqui. Según la proporción de la mezcla de diferentes cortezas, variaba ligeramente el color.

Las primeras integrantes del grupo de sastrería de Wangqing fueron Kim Ryon Hwa y Jon Mun Jin, quien con anterioridad trabajaba como enfermera en el hospital de la aldea “Seis familias”. Además había un cortador, pero no recuerdo bien su nombre. Después el grupo fue completado por Ri Il Pha, Kim Myong Suk y Kim Sun Hui. Cuando hacían falta más brazos, se movilizaban temporalmente algunas otras.

El uniforme que llevé durante mi permanencia en Xiaowangqing lo confeccionó Jon Mun Jin.

Cuando me trasladé de Antu a Wangqing, las costureras de allí decidieron hacerle al joven general, como me llamaban, un uniforme y un sobretodo. Eran de modesta tela de algodón teñida en casa. Pero en cada puntada se sentían su sinceridad y diligencia.

El grupo de Xiaowangqing sólo tenía dos o tres máquinas de coser, y sin embargo se encargaba de la confección de los uniformes que necesitaba el batallón o el regimiento, y encima hacía a petición de una u otra de estas unidades, el vestuario completo para los

efectivos de las tropas antijaponesas chinas. En el concepto entraban la chaqueta, pantalón, la gorra, las polainas y la canana. La cantidad de trabajo que recaía sobre las costureras sobrepasaba de modo considerable su capacidad nominal. Cada vez que surgían tareas muy superiores su laborioso y fiel personal aceleraba sin desmayo el ritmo, aprovechando incluso la noche, y si tenían sueño, se mojaban el rostro con agua fría y cantaban. Tuvieron que cantar tantas veces que todas memorizaron decenas de melodías revolucionarias.

La primera jefa del grupo de sastrería de Xiaowangqing fue Kim Ryon Hwa. La gente de Wangqing le decía entonces Marimacho o Marimandona. Hubo quienes le pusieron Hombruna por su hábito de fumar de vez en cuando. Tenía mucho talento en costura y trabajo de punto.

Aprendió a coser cuando se casó. Su marido tenía una pierna lisiada. En el desigual enfrentamiento contra la pobreza, a la primera medida de salvación que recurrió ella fue coser para otros. Desde entonces fue perfeccionando su habilidad de costurera. Sabía hacer con destreza tanto uniformes militares como vestidos chinos. Hasta los que le llamaban Hombruna en el sentido crítico, cuando vestían los trajes confeccionados por ella, hacían reverencias en dirección al valle donde trabajaba para agradecerle: “Hermana Ryon Hwa, reciba mi sincero saludo”.

De entre nuestras costureras surgieron numerosas pioneras del apoyo en las propias fuerzas no menos abnegadas que los de los talleres de armamentos. Entre otras, Kim Myong Suk, Jon Mun Jin, Han Song Hui, An Sun Hwa, Choe Hui Suk, Kim Yong Gum, Kim Su Bok, Choe In Suk, Pak Jong Suk, Jo Yong Suk, Pak Su Hwan, Ma In Ok y Kim Son fueron todas maestras de la lucha tenaz, quienes marcharon con nosotros confeccionando decenas de miles de uniformes. Mi vocabulario es demasiado pobre para describir en cuadros vívidos hechos conocidos en el mundo como los últimos momentos de An Sun Hwa y la muerte heroica de las seis sastras en el campamento secreto de Ganbahezi.

En cada zona guerrillera instalamos un hospital y atendimos por

nuestra cuenta a los heridos y demás enfermos. Bisturí, pinza y demás instrumentos médicos fueron hechos en los talleres de armamentos y fuera de una pequeña cantidad de medicamentos de laboratorio la mayor parte era elaborada a base de hierbas que conseguía o procesaba el mismo personal del hospital con la ayuda de la población.

Como no había dónde resolver médicos y enfermeras, también actuamos por nuestra cuenta. Uno o dos precursores con conocimientos en la medicina tradicional coreana prepararon un gran número de seguidores.

Rim Chun Chu y Ri Pong Su fueron hábiles médicos y, al mismo tiempo, competentes pedagogos con innegables aportes a la formación de nuevos talentos. Incontables heridos y enfermos se recuperaron bajo su atención y volvieron a sus unidades al renacer cantando a la vida.

También con las propias manos resolvimos el problema de los alimentos. No era nuestra esa manera de conseguir las provisiones fijando una cantidad de entrega de cereales a los habitantes. Trazamos a las guerrillas y la guardia roja, cuerpo de autodefensa antijaponés, vanguardia de niños, cuerpo de jóvenes voluntarios y otras agrupaciones paramilitares, metas de autoabastecimiento e imperiosamente les exigimos cultivar las tierras de la zona guerrillera. En la segunda parte de la década del 30, cuando el Ejército Revolucionario Popular de Corea salió a vastos territorios y desarrolló intensas operaciones guerrilleras en grandes unidades, ubicamos destacamentos de intendencia en la periferia del monte Paektu para que se dedicaran exclusivamente a la agricultura.

Como vemos, en los interminables días de la guerra antijaponesa el apoyo en nuestros esfuerzos constituyó la vía vital de la que dependía el destino del ejército revolucionario. La comprensión de que sostenerse por sí mismo significa sobrevivir y que proceder a la inversa es la ruina, fue el pensamiento y axioma que dominó la mentalidad de muchos. Los que lo hicieron su carne y hueso conservaron su entereza a pesar de circunstancias sumamente

difíciles; los que no lo lograron, salieron de las filas, rindiéndose o abandonando a medias el camino.

Las semillas del apoyo en las propias fuerzas que los precursores antijaponeses protegieron cuidadosamente de las furiosas ventiscas del Paektu, germinaron en el corazón de todo el pueblo después de la liberación del país, ardiendo como antorcha de la construcción de una nueva Corea, y sirvieron de motor impulsor del vuelo del legendario Chollima en lo alto del cielo del Oriente. Cuando en una pequeña fábrica, otrora una simple base de reparación, pusimos mano a la construcción de una locomotora eléctrica, un diplomático extranjero declaró que si los coreanos lograban hacerla, él encendería una lumbre sobre las palmas de sus manos. El agradable pitazo de la primera “Bandera Roja”, hecha por nuestros técnicos y obreros con sus manos e inteligencia, aplastó sin dificultad la incredulidad de aquel embajador.

Los martillazos del apoyo en sí mismos que comenzaron a oírse desde los talleres de armamentos de las zonas guerrilleras, se convirtieron en los latidos de la era del Partido del Trabajo y en la potente fuerza motriz que acelera el avance de esta época.

El espíritu de sostenerse con los esfuerzos propios, nacido en medio de las tempestades de la guerra antijaponesa, sigue hoy palpitando fuertemente en las consignas lanzadas por el compañero Kim Jong Il: “¡Vivir a nuestra manera!” y “¡Materialicemos las exigencias del Juche en la ideología, la técnica y la cultura!”, y la de “¡Si el Partido decide, nosotros lo cumplimos!” Entonando la “marcha del apoyo en las propias fuerzas”, nuestro pueblo está acercándose a la cumbre de la última década del siglo XX, azotado por furiosas tormentas.

7. Eterna flor

Corría 1933.

En virtud de una disposición de la instancia superior, la organización revolucionaria de Wangyugou envió a Xiaowangqing a Kim Kum Sun (Kim Kum Nyo) y a Kim Ok Sun, alumnas de la escuela del Cuerpo Infantil de Beidong.

Eran dos talentosas niñas del grupo de esparcimiento cultural y se habían granjeado el aprecio y el amor de los pobladores de la región de Yanji. Antes de partir hacia Macun recibieron de la organización la tarea de difundir canciones y bailes en las bases de Wangqing, donde se concentraba mucha gente revolucionaria. Por esa época, las organizaciones de Manchuria del Este, a menudo, seleccionaban a elementos con talento y los trasladaban a Xiaowangqing, convertido en la fuente de la revolución coreana. Los habitantes de ese territorio le prestaban a Xiaowangqing cualquier forma de auxilios tal como ahora nuestro pueblo no escatima si es para Pyongyang.

Las pequeñas llegaron a Macun acompañadas por el intendente de la escuela del Cuerpo Infantil de Beidong, y fueron directamente a la comandancia con el fin de verme. A primera vista se notaba que tenían más o menos 10 años. Al principio supusimos que se trataban de hermanas, pero no lo eran. Sólo que se parecían sus nombres.

El intendente me las presentó e hizo un interesante relato sobre sus antecedentes y situación familiar. Fue un momento muy emocionante. Mientras él se refería a Kim Ok Sun, ella sollozaba. Por poco yo también lloro. Sus cortos trece años de existencia eran toda una tragedia.

Cuando cumplió nueve años fue comprometida con el hijo de un terrateniente, de más de 20 años. Era una maraña que se llevó a cabo sin que lo supieran ella ni sus padres. En aquel tiempo al varón veinteañero sin esposa se le decía solterón y sus padres muy ansiosos

contrataban intermediarios para buscarle novia. En el caso del joven en cuestión, que no había podido casarse aún, fraguaron el compromiso matrimonial a toda prisa y con un método sucio: emborracharon al padre de la muchacha hasta que perdió el sentido y con sus huellas digitales firmaron el acta. Tal procedimiento mañoso daba a entender que el muchacho era lerdo o tarado, que no tenía posibilidad de casarse de manera normal.

Según el documento, Kim Ok Sun contraería matrimonio cuando alcanzara los 15 años. Su padre permaneció dos días totalmente ebrio, sin saber siquiera que en el acta había una cláusula propia de bandido. Apenas al llegar a casa sobre una carreta, recobrarse y descubrir en el bolsillo el documento de noviazgo con sus huellas digitales y 80 *wones*, rompió a llorar. Esa suma de dinero era el obsequio de la parte del novio a la de la novia, es decir, el precio de casar a su hija con el hijo del terrateniente.

Al saberlo Ok Sun pasó los días sumergida en lágrimas.

Algún tiempo después, el padre, Kim Jae Man, quien había decidido el destino de su hija en un mísero documento, se puso a mejorar calladamente la situación del hogar valiéndose de los 80 *wones*. Adquirió una choza, una parcela, un toro y cerdos. Era de los que consideraban inmutable la existencia de fuertes y débiles y por ende totalmente inútil protestar, y prefería tratar de convertir el mal en bien con aquel dinero que le había caído en el bolsillo. Cada vez que su hija sollozaba pensando en su porvenir, trataba de consolarla:

“Niña, deja de llorar. A pesar de todo, esos 80 *wones* nos han salvado de la miseria. De todas maneras, ¿eso no es mejor que morir de hambre? Si piensas que con tu compromiso matrimonial has salvado a tus padres y hermanos de una muerte segura, te sentirás aliviada.”

El tan ignorante como cándido, no era capaz de comprender una revolución. Su ingenuidad lo llevaba al grado de creer que cualquiera que trabajara a brazo partido, podía vencer la pobreza e incluso hacerse millonario. Así fue como se forjó ilusiones acerca del terrateniente que lo explotaba. Éste llevaba de vez en cuando algo de

comer a la casa de Ok Sun. Por eso, Kim Jae Man llegó a pensar que en el mundo no había otro tan generoso. En una ocasión, Ok Sun fue al patio de la escuela para escuchar a un trabajador político clandestino. Al enterarse, el padre la amarró, la encerró en el establo y le pegó con tal furia que la dejó toda magullada. Tenía miedo que su hija se enrolara en la revolución.

Aunque tarde, Kim Jae Man llegó a tener conciencia clasista, después que su aldea fuera reducida a cenizas como consecuencia de cinco operaciones de “castigo” enemigas. Entonces también perdió la casa, los animales y demás bienes. Entre los vecinos hubo quienes murieron quemados.

La noche en que enviaba a su hija a la zona guerrillera de Wangyugou, le dijo:

“Oyeme, Ok Sun, ya es hora de decidir la vida o la muerte: serán derrotados los enemigos o lo seremos nosotros. Tu padre conocía demasiado poco a este mundo. Ahora les toca a ustedes hacer la revolución y aniquilar a estas manadas del diablo.”

Con posterioridad, Kim Ok Sun se mudó a la casa de Kim Kum Sun, en Songlindong, y juntas estudiaron en la escuela del Cuerpo Infantil de Beidong y, al mismo tiempo, participaron en las actividades de ilustración de masas como integrantes del grupo de esparcimiento cultural, zonal y después distrital.

Por entonces, los niños coreanos como Ok Sun, a la edad en que debían corretear bajo la atención amorosa de los padres, se debatían por subsistir bajo el yugo de la pobreza. El inclemente mundo no hacía distinción entre menores y mayores.

Como protesta contra ese universo, hostil hasta para los menores, que con saña los encadenaba a agobiantes trabajos al igual que a los mayores, nuestros pequeños se alzaron a la lucha. En Jiandao, por doquier integraron el Cuerpo Infantil y otras organizaciones revolucionarias de niños como la vanguardia y el cuerpo de expedición, y con las fuerzas coordinadas se arrojaron al combate. Nuestros adolescentes, tanto varones como hembras, educados y forjados en esas actividades, devinieron ruedas dentadas y tornillos

que movían y sostenían la revolución antijaponesa.

Entre ellos, estaban Kim Ok Sun y Kim Kum Sun.

Los antecedentes de Kim Ok Sun me provocaron un sentimiento de compasión. La sombra de la desgracia reflejada en su joven semblante era el sùmmum del infortunio de que eran víctimas millones de niños de Corea.

Pero, ¡cuánto esplendor y dignidad irradiaban la decisión y el espíritu con que pese a sus tiernas edades abandonaron los hogares y se dirigieron a la base guerrillera para hacer la revolución! Y ¡cuán agradecidos nos sentimos cuando llegaron a Xiaowangqing para colaborar luego de haber recorrido a pie cientos de *ríes*, desde Wangyugou hasta Macun, pasando por Dahuangwai y Yaoyinggou!

Arrastrando unos zapatos de trabajo de mayores y llevando sobre las espaldas pesados morrales tuvieron que abrirse paso con ayuda de unos palos entre las enredadas malezas; con imperturbable decisión y sin desmayo avanzaron hasta llegar a Xiaowangqing. Las consideré niñas formidables, de valor inapreciable.

—¿Quién las envió a Xiaowangqing? —Les pregunté mientras pensaba cambiarles sus zapatos por unos de tenis o chanclos. Las dos se enderezaron con las manos junto a las caderas antes de contestar animosamente:

—Fue el maestro Yun Pyong Do.

Si sus ojos brillaron como estrellas, sus voces también resonaron sonoras y penetrantes.

Sentí una inmensa alegría. La intimidad con los niños constituía para mí una gran dicha. Sus ingenuas risas son como potentes detergentes que limpian nuestra alma de sufrimientos y preocupaciones. Suméjase usted una vez en el mundo infantil. Entonces recibirá un fuerte estímulo para vivir. Y comprenderá a plenitud que gracias a ellos la vida de los seres humanos es más bella y variada y que nos corresponde la sagrada misión de hacer florecer y proteger los ideales que se reflejan en sus ojillos.

Los rasguños en el rostro y las pantorillas de Kum Sun me daban lástima y les dije:

—Bravo, niñas. ¿No les fue difícil pasar las lomas?

—Nos molestaron mucho las ampollas en los pies. Pero no dijimos nada por miedo a que el tío que nos guiaba nos llevara de vuelta a Wangyugou.

—¿No les gustaría regresar a casa, al lado de sus padres?

—Sí, claro. Aunque así nunca seremos mayores. El instructor del Cuerpo Infantil nos dijo que para crecer tenemos que pasar por muchas dificultades. Estamos listas a enfrentarlas para llegar a ser grandes.

—¿Por qué quieren ser pronto mayores?

—Para independizar a Corea. Tío comandante Kim, ocurra lo que ocurra, no piense en hacernos regresar a casa.

Me asombró cómo Kum Sun razonaba como adulto. Pese a ser una niña, era precoz ideológicamente su resolución de consagrar toda su vida a la tarea de independizar a Corea.

—Está bien. No te preocupes. ¿Por qué no aceptar a los mejores talentos de Jiandao que nos han caído por sí solos? Se quedarán con nosotros en Wangqing. Verán qué interesante es la vida en el Cuerpo Infantil.

Kum Sun, contentísima, aplaudió.

Pedí a los dirigentes de la Juventud Comunista del distrito y la zona que las matricularan a las dos en la escuela del Cuerpo Infantil de modo que siguieran participando en las actividades de éste, y que las alojaran en una casa hospitalaria para que, pese a estar lejos de la atención de sus padres, no se sintieran extrañas en el nuevo ambiente.

Aquel año, en Wangqing los combatientes y los pobladores celebraron con solemnidad el Primero de Mayo. En el área deportiva de la escuela del Cuerpo Infantil de Macun se reunieron todos los guerrilleros de la zona. Las dos niñas de Wangyugou ocuparon los primeros lugares, en carrera y salto de altura, respectivamente. La gente las aplaudieron mucho.

Kum Sun era muy menuda en comparación con otras de su edad.

Cualquiera sonreía al ver su inocente y simpático semblante

cuando caminaba con pasos menudos y rápidos al frente del grupo de esparcimiento cultural llevando a la espalda un morral.

Mi ánimo también crecía. Siempre me han gustado más las personas que aceptan la realidad de manera optimista que las que las asimilan con pesimismo. En la difícil etapa de la lucha armada en las montañas, cuando nos alimentábamos con raíces de hierbas, un optimista rendía una fuerza igual a la de decenas de cañones. Kum Sun era entonces una destacada y optimista combatiente que representaba a la generación más joven en las tres organizaciones: el partido, la Juventud Comunista y el Cuerpo Infantil.

Unos días después reuní en la jefatura a los alumnos de la escuela del Cuerpo Infantil de Macun. Quería conocer de sus condiciones de vida.

Estaba establecido que los integrantes del Cuerpo Infantil debían tener permanentemente provisiones para una semana. Sin embargo, durante la inspección de los morrales se vio que no pocos habían consumido la harina de arroz tostado distribuida por la escuela. Pero Kum Sun la tenía entera, sin faltarle ni una cucharada.

Al terminar de revisar los morrales la elogí alzando el pulgar de una mano.

—Bravo, Kum Sun. Aunque eres la más pequeña, resististe a la tentación cuando otros se la comieron toda. Eres la mejor.

Kum Sun, que sonreía con recato, dijo:

—No sé cuántas veces he sacado y vuelto a meter la bolsa con la harina. A duras penas resistí.

—¿Cómo te aguantaste?

—Cuando los demás se la comían, cerraba con fuerza mis ojos. Si seguía con el deseo de probarla, salía y si tampoco así lograba aplacar el impulso, sacaba agua del pozo y la bebía hasta no poder más. Entonces me sentía tan harta como cuando comía harina.

Su irreprochable respuesta de nuevo me asombró. En su mundo infantil, con tan dolorosas situaciones, se reflejaban con nitidez las dificultades económicas que padecían los vecinos de las zonas guerrilleras y en él vi cómo, pese a estos sufrimientos, latía fuertemente

el espíritu de los pequeños fénix que seguían indetenibles el camino de la revolución.

Esa vez repartimos a cada niño 10 vasos de harina de arroz tostado, una cierta cantidad de *tok* de maíz y cajas de fósforos. Pasados algunos días, enviamos a la escuela dos carretas cargadas de uniformes enguatados, colchas, zapatos, cuadernos de apuntes y lápices. Como por ese tiempo los combates eran frecuentes acumulábamos bastantes reservas con los botines que arrebatábamos a los enemigos. Aunque escaseaban los alimentos y las ropas, una buena parte de sus reservas la mandábamos a la escuela del Cuerpo Infantil.

“¡Lo mejor a los niños!” es ahora un principio invariable de nuestra vida, pero ya en aquellas difíciles condiciones de vivir en tierra ajena, cumplíamos sus exigencias: para los niños hacíamos todo lo que estuviera a nuestro alcance. Para darles de comer, ropas y alojamientos, movilizábamos tropas y hasta entablábamos sin titubeo combates.

Bajo la consigna “¡Siempre listos para la independencia de Corea y la emancipación de las clases proletarias del mundo!”, formamos a los niños en el patriotismo y el internacionalismo proletario.

Los miembros del Cuerpo Infantil realmente llevaron a cabo proezas comparables con las de los adultos en la ilustración de las masas, funciones artísticas, servicios de guardia, enlace y comunicaciones, reconocimiento en la zona enemiga, obtención de armas y defensa de las áreas guerrilleras. Los veíamos también dondequiera que se reconstruía una casa quemada a consecuencia de las operaciones de “castigo” enemigas, y hasta en las trincheras envueltas en llama y humo nos encontrábamos con esos pequeños halcones que venían corriendo con la comida para los defensores de las bases. En la temporada agrícola iban al campo a escardar y a la recolección. A veces recogían frutas silvestres y las enviaban a los campamentos guerrilleros.

Presencí cómo los alumnos de la escuela montaban guardia en primera línea, en el puesto central del monte Jianshan. Cada centinela estaba armado con una pesada bomba de mano, que se

colgaba de la cintura, y una lanza que era un palo de 1.5 metros de largo con un hierro en la punta.

El relevo se efectuaba cada una hora. Encendían un palito de incienso del tamaño de dos fósforos juntos y cuando éste ardía la mitad se relevaban. Me dijeron que un incienso como aquel demoraba dos horas para arder completo, y consideré que su método de medir el tiempo era original.

En una ocasión, esos niños me hicieron una visita trayéndome un vestuario completo: un saco y pantalón con forro, de estilo tradicional, y las cintas de anudar correspondientes y un chaleco de seda gris, un pantalón de montar, un par de zapatos, uno de botas, y otro de goma negro. Era una forma de agradecimiento por los botines de guerra que les enviábamos. Todas las manzanas coreanas que conseguimos al asaltar una caravana de transporte del ejército agresor japonés, las obsequiamos también a los miembros del Cuerpo Infantil. Muchos de los pequeños de las bases guerrilleras habían nacido en territorio foráneo, no conocían a Corea, ni siquiera las manzanas de la Patria. Cuando les llevamos las cajas de esta fruta, se mostraron indeciblemente agradecidos. Estas emocionantes escenas las recordaba a menudo Kim Ok Sun quien, a la vez, las presencié y las experimenté personalmente.

Pak Kil Song, jefe de la dirección de niños, estuvo en la escuela en una ocasión y expresó a los alumnos:

—Escúchenme; el comandante Kim nos está atendiendo con el mismo cariño de un padre y nosotros nos limitamos a disfrutar de su amor, sin saber corresponderle. Nuestro deber es manifestarle agradecimiento, ustedes dirán en qué forma lo haremos.

No bien él dejara de hablar se levantó Kum Sun y expuso su opinión:

—Le haremos un buen traje. Dicen que anda con ropa de verano incluso durante el invierno.

Esta propuesta hizo sonreír a Pak Kil Song.

—Kum Sun acaba de proponer confeccionarle un buen traje. ¿Qué dicen los demás?

Todos hablaron a coro: “De acuerdo.”

—Está bien. Yo también pensaba como Kum Sun; hacerle un traje que lo abrigue bien. Conseguiremos la tela y pediremos a las miembros de la asociación de mujeres o a las costureras que le confeccionen uno bien lindo. Aunque deben saber una cosa: esa tela no cae del cielo.

De pronto volvió a levantarse Kum Sun y manifestó su idea:

—Eso se resuelve. Vamos a recoger hongos, los secamos y luego los vendemos. Dicen que se pagan caros. Y con el dinero podremos conseguirla.

Otros niños la apoyaron animadamente:

—Tiene razón. Recojamos hongos y vendámoslos a los terratenientes.

A partir del día siguiente Pak Kil Song y los niños recorrieron los bosques con cestas.

Los vi varias veces pasar por el valle de Lishugou en formación y cantando, pero no podía ni imaginar el misterio que encerraban sus cestas de hongos. Suponía que estaban empeñados en conseguir apetitosos comestibles para los combatientes ingresados en el hospital. Pero, aquellos hongos se transformaron en dinero y luego en la ropa que tenía ante mí.

Kum Sun, después de expresar con elegancia el saludo del Cuerpo Infantil, me dijo:

—Le hemos hecho este traje porque usted lleva un ligero uniforme de verano pese al frío invierno. Le rogamos aceptarlo. No trate de rechazarlo.

Era verdad que también en el invierno yo seguía con el uniforme de verano. Al ver aquel traje, se me hizo un nudo en la garganta.

—Queridos niños, si bien mi traje no tiene forro, me siento vigoroso, fuerte. Nunca olvidaré su gesto, pero no se pongan tristes porque pienso ceder esta ropa a la persona de mayor edad en Xiaowangqing.

Me miraron con caras compungidas, sintiendo mucho que no les aceptara su ofrecimiento. Sólo después de tratar dos o tres veces de persuadirlos, sonrieron forzadamente y lo aceptaron.

Terminado un mitin Kum Sun se acercó y palpando con disimulo una manga de mi uniforme me susurró:

—La tela es demasiado fina para protegerlo del frío.

Todavía hoy, cuando llegan días de helante frío siento en mis oídos la impresión de esas palabras suyas.

La gente de Wangqing primero le llamó “Kum Sun la de las Bolitas Negras”, a causa de sus negríssimos ojos. Tiempo después, de boca en boca comenzó a circular un nuevo apodo: “Alionín de Macun”. Más bien era un nombre afectivo que le pusieron las mujeres oriundas de las regiones de Kilju y Myongchon en el sentido de que era una niña dulce, con un cuerpecito tan pequeño como un pajarillo.

Si alguien le decía “Kum Sun la de las Bolitas Negras”, ella contestaba “¡presente!” y lo mismo hacía cuando escuchaba “Alionín de Macun”. No se irritaba nunca aunque la llamaran por sus apodos más de diez veces al día.

Para la gente de Wangqing era una fiesta verla ejecutar el zapateado. Siempre lo hacía junto con Ok Sun, y del programa del grupo de esparcimiento cultural, esa danza era la más aplaudida. El rápido movimiento de sus piernas y el ademán de pasar un pañuelo entre éstas, lograba un tremendo entusiasmo entre el público que golpeaba el suelo con los pies.

Mientras estuve en Wangqing, por las mañanas solía recorrer sobre mi caballo blanco el valle de Macun para informarme cómo andaban las cosas en la zona y hacer nuevos proyectos. El paseo matutino era parte inviolable de mi programa diario. Me acompañaban el corneta Song Kap Ryong y el enlace Jo Wal Nam. Y siempre encontraba en el camino a la banda y cantores del Cuerpo Infantil. En esos instantes me sentía realmente satisfecho y alegre.

No sé cómo expresar de manera viva la satisfacción que me embargaba al mirar desde encima del caballo los rostros colorados, como manzanas, de los niños y sus semblantes saludables y vivarachos. Ni siquiera la lluvia o la nieve me impedían pasear por las mañanas, estimulado por el deseo de verlos. Imaginaba el vacío que sentirían si pese al mal tiempo salían y no me encontraban en el

camino. Tal vez, ellos, pensando igual, no dejaron de pasear ni una vez, independientemente del estado del tiempo.

Siempre era Kum Sun quien comenzaba los cantos durante la marcha. En ese coro inarmónico que juntaba decenas de diferentes voces, distinguíamos sin dificultad la de ella, parecida al piar de los gorriones. Oírla me impregnaba una seguridad casi mística de que aquel día todo iría bien en la zona guerrillera.

Pero, una mañana no se escuchó su sonora voz dentro de aquel coro que repercutía en todo el valle de Lishugou.

Salí empujado por la extraña sensación de estar escuchando una canción entonada por niños desconocidos. En ese instante el grupo cruzaba por un sendero próximo a la jefatura. Como siempre, en la primera fila estaba Kum Sun.

No sabía el por qué, pero ella no cantaba, sólo caminaba con la vista fija en el suelo. En su lugar, Ri Min Hak, jefe del Cuerpo Infantil, inició la canción. Pero, sin su iniciadora titular, parecía un coro sin voz guía.

Todas las horas siguientes, ningún trabajo me caía bien en las manos. Por la tarde, cuando el sol iba a ponerse, me encaminé hacia la escuela para ver a Kum Sun, e inesperadamente recibí la dolorosa noticia de que la familia de la niña había sido asesinada por los enemigos en Wangyugou. Me pude explicar entonces por qué por la mañana caminaba callada.

Abrazada a mis rodillas lloró tanto que estuvo a punto de desplomarse.

—¿Qué hago ahora? Mataron a mi madre, a mi padre y a mi hermanito. ¿Para qué vivir sola? —decía temblando como un gorrión empapado por la lluvia.

Tuve que estrujarme para consolarla.

—Kum Sun, ten fuerzas. Si no logras sobreponerte a la tristeza, los enemigos tratarán de eliminarte a ti también de este mundo. Los japoneses quieren exterminar a los coreanos en tierras de Jiandao. Pero, ¿es posible que la nación coreana se deje arrebatar la vida tan fácilmente? A cualquier precio tendrás que hacerte una magnífica

revolucionaria y vengar cien, mil veces más caro a tus padres.

Por fin dejó de llorar, y enjugándose las lágrimas, me miró.

—Me vengaré sin falta como dice usted.

Permanecí en la escuela hasta el anochecer.

En lo adelante se hizo parca en risas y palabras. Casi nunca más rió tan sonoramente ni habló con tanto ánimo y a voz en cuello como antes. A pesar de que continuaba iniciando las canciones su voz no parecía ya el piar de gorriones. En Xiaowangqing dejó de oírse su afectivo apodo “Alionín de Macun”. No obstante, su resolución de venganza se manifestó en el duplicado afán con que participaba en las actividades del Cuerpo Infantil y del grupo de esparcimiento cultural.

El grupo, en el que Kum Sun era la más genial, actuó también con brillante éxito en Shixian, y Huimudong en Tumen, entre otras zonas enemigas.

Su fama rebasó el territorio de Manchuria del Este y llegó hasta la lejana Manchuria del Norte.

Por aquel tiempo, los comunistas del Este y el Norte de Manchuria, separados por Laoyeling, mantenían estrechas relaciones. No pudo obstruirlas ni la muralla natural de la cordillera de Laoyeling. Constantemente realizaban visitas, contactos y se ayudaban recíprocamente.

Las bases guerrilleras que convirtieron a Jiandao en un baluarte de la guerra antijaponesa constituyeron un modelo del territorio adorado por las gentes, y el nuevo régimen y orden implantados en ellas, el sueño y aspiración de los pobladores de las vecindades, objetos de su elogio y admiración. Sobre todo, el asalto a la ciudadela distrital de Dongning sirvió de motivo trascendental para mejorar la imagen de los comunistas entre los habitantes y las tropas en Manchuria. Después de esta batalla los del Ejército de salvación nacional comenzaron a decirme “Comandante Kim”. Desde entonces también el pueblo me llamó indistintamente “General Kim” y “Comandante Kim”. Todos los lineamientos y las medidas democráticas que trazábamos en las zonas guerrilleras, atrajeron la atención

general, granjeándose la felicitación del pueblo.

Las organizaciones del partido y los mandos militares de Manchuria del Norte enviaron grupos de visita en varias ocasiones a las bases revolucionarias en Wangqing y sus alrededores para conocer las experiencias que acumulaban sus pobladores en el establecimiento de estas zonas.

El centro de Wangqing en esa época no era Xiaowangqing sino Yaoyinggou. También Kum Sun y su colectivo cultural abandonaron a Macun. Después de la operación de “castigo” enemiga, todos los organismos de esa zona guerrillera se trasladaron simultáneamente a Yaoyinggou. Me mudé allí en la primavera de 1934, llevándome algunas unidades.

En el verano del mismo año, un grupo de visita, integrado por miembros de las organizaciones locales y de guerrilleros del distrito de Ningan, partió de Badaohezi y llegó a Duitoulazi, pasando por Shenxiandong. Al frente estaba Im Yong Ju, secretaria de la Juventud Comunista.

La población y la guerrilla de Yaoyinggou le brindaron una cálida acogida. Los miembros del Cuerpo Infantil vitoreaban “¡Bienvenidos visitantes del Norte de Manchuria!”, mientras agitaban banderines rojos triangulares. Por la noche, en el patio del cuartel se encendió una hoguera y se ofreció una función artística.

El grupo de esparcimiento cultural presentó un rico programa. En él actuaron muchos talentosos niños.

Ri Min Hak era hábil danzador y ejecutante con la armónica. Cuando interpretaba algún rol cómico en una pieza teatral, el público se desternillaba de risa. También Kim Jae Bom era un maestro en la danza. Poseía la singular técnica de danzar imitando el andar de patos o conejos.

Los niños recorrían todas las zonas donde funcionaban organizaciones revolucionarias, dentro del distrito Wangqing, para actuar y difundir canciones.

Cuando obteníamos algún botín de guerra les reservábamos las mejores sedas para los vestuarios para la danza y el teatro.

En Yaoyinggou también permaneció un tiempo un destacamento del Ejército aliado antijaponés para aprender de las experiencias de la guerrilla de Wangqing. Lo había enviado personalmente Zhou Baozhong. No fue un simple encuentro, sino una forma de entrenamiento con ejercicios y acciones reales. Durante toda su estancia respetó el horario de nuestra unidad y realizó a nuestra manera prácticas de combate, estudios políticos y actividades culturales.

A la organización de la Juventud Comunista y el Cuerpo Infantil les orienté hacer constantes visitas a sus soldados. Los integrantes del colectivo de esparcimiento artístico ensayaban las canciones revolucionarias en chino y se las enseñaban a esos soldados, quienes, por su parte, les hacían conocer canciones chinas. A veces les ofrecían piezas teatrales con diálogos en el idioma de ellos.

Agradecidos por estas actividades de los niños, los huéspedes de Manchuria del Norte los invitaban a comidas exquisitas cada vez que las preparaban.

De regreso a su territorio propagaron ampliamente lo del grupo infantil de esparcimiento cultural.

En el mismo verano Zhou Baozhong lo invitó a Manchuria del Norte. Aceptamos con gusto. Aconsejamos a Pak Kil Song que se prepararan de modo que sus funciones proporcionaran alegría a los espectadores. Y trazamos un detallado plan de actividades en esa zona.

El objetivo del envío de ese grupo consistía, además de ofrecer alegría a los chinos de esa parte de Manchuria, en afianzar la solidaridad con ellos.

Zhou Baozhong, al hacer la invitación, tenía el propósito de educar a los oficiales y soldados de las tropas chinas antijaponesas que por aquel entonces se encontraban bajo la influencia de los comunistas. Él era jefe del secretariado del Ejército aliado antijaponés de Suining, organizado en la región de Ningán y hacía ingentes esfuerzos por aglutinar a destacamentos antijaponeses que se habían separado del Ejército de salvación nacional de Wang Delin.

Tras la partida del grupo infantil, estuve preocupado un tiempo. Eran niños que conocían hasta la saciedad combates, hambre y otras

calamidades, pero no bastaba para que me sintiera seguro de que llegarían sanos y salvos a su destino. Me inquietaba pensar cómo vencerían la escarpada cordillera Laoyeling, sobre todo, la pequeña Kum Sun.

Pero, mi desasosiego resultó innecesario.

Como dije, eran unos diminutos halcones fogueados en medio de tumultuosas situaciones, combatientes que habían derrotado a la muerte en varias ocasiones.

Superaron sin dificultades el desfiladero de Laoyeling, que yo consideraba un obstáculo casi insalvable, y cruzaron sin novedad la zona donde actuaban los salteadores. Se cubrían de la lluvia con ramas de pinos o cortezas de abedules. Por las noches, ellos mismos preparaban una cena frugal en cazuelas de campaña y dormían en torno a una hoguera, montando guardia por turno. Algunos padecieron mucho por dolores estomacales. El trayecto que siguieron no fue el ancho camino Wangqing-Laoyeling por donde transitaban carretas o trineos de tracción animal, sino un atajo accidentado y tan estrecho como un hilo de coser, utilizado por los enlaces guerrilleros. No obstante, los cientos de *ríes* fueron dejados atrás, ninguno quedó a la zaga. Hasta Kum Sun escaló la loma Laoyeling incluso cantando, rechazando con amabilidad la propuesta de los compañeritos de llevarle el morral.

Años después, Kim Ok Sun que estuvo con ella en el Norte de Manchuria, solía hablar con amenidad de las representaciones ofrecidas en las unidades del Ejército de salvación nacional.

La primera función en aquellas tierras fue en la unidad de Chai Shirong, estacionada en Machang. Entre todos los comandantes del Ejército de salvación nacional, Chai Shirong era el que más influencia recibía de los comunistas. Una eficiente labor educativa nos daría la posibilidad de convertirlos en comunistas, sin hablar de hacerlos nuestros aliados.

La función en Machang comenzó con unas palabras de Kum Sun. Asistieron al espectáculo unos 150 oficiales y soldados junto con Chai Shirong y tuvo una buena repercusión. Cuando terminó de

hablar, se mostraron emocionados: “¡Qué bien habla esa niña tan pequeña como una castaña! Siquiera pensando en ella debemos realizar bien la lucha antijaponesa”.

En demostración de la grata impresión que recibió el comandante Chai llamó a Kum Sun a su oficina, y sentándola sobre sus rodillas, le obsequió manillas y unos pendientes, y puso a la disposición del grupo dos carretas para facilitar la gira.

El programa en las unidades del Ejército de salvación nacional estaba previsto para una semana, pero tuvo que prolongarse varias veces a petición de los anfitriones. Se presentaron también en la unidad de Zhou Baozhong.

Chai Shirong les envió de regalo dos carretas cargadas de chaquetas enguatadas, abrigos chinos, bufandas, carne de cerdo y de ave, fideos y harina de trigo. Además, a cada niño le obsequió un cabás e incluso un fusil.

Cuando concluyeron el recorrido y retornaron mi unidad se encontraba en otra parte.

Tan pronto regresé a la zona, los niños me mostraron orgullosos los regalos.

—Todo esto nos lo obsequió el comandante Chai. Tiene una barba como la de Lenin y es una persona muy generosa. En su oficina comí por primera vez patas de puerco. También el señor Zhou Baozhong nos hizo muchos regalos.

Luego de hablar tan elogiosamente del comandante Chai y de Zhou Baozhong, Kum Sun me entregó un revólver.

—Querido General, usted tiene que llevar esta arma. Así lo decidimos nosotros.

Subrayó la palabra decidimos, y sin saber por qué, se echó a reír sonoramente.

Para no desanimarlos llevé a la cintura ese revólver algunos días y después lo cedí inadvertidamente al jefe del cuerpo de jóvenes voluntarios. A éstos se les entregaron todas las demás armas. El resto de los regalos que habían traído lo dejamos a su total disposición.

En el otoño de aquel año circulaba en la zona guerrillera de

Yaoyinggou el rumor de que la madre de Kum Sun milagrosamente vivía.

La niña, con la cabeza adornada con margaritas silvestres correteó de alegría como si fuera una mariposa, pareciéndole estrecho el valle de Yaoyinggou. Los habitantes de la base que conocían bien lo que había ocurrido con su familia, la miraron con complacencia.

El Cuerpo Infantil decidió que Kum Sun realizara el ardiente deseo de ver a su madre. Pero ella, pese a su corta edad, era consciente de sus obligaciones morales y poseía un fuerte espíritu colectivista, y al principio no quiso aceptar. Consideraba injusto disfrutar sola de ese privilegio cuando no eran uno ni dos los niños que echaban de menos a sus padres.

Fue en el otoño de ese año 34, cuando la vi por última vez, en Zhuanjiaolou. Estábamos preparando la expedición a Manchuria del Norte. Su grupo de esparcimiento cultural estaba allí. Recuerdo que sus funciones fueron organizadas expresamente para despedir a los expedicionarios. Después del espectáculo los agasajamos con empanadillas rellenas con carne de venado.

En el momento en que iba a salir de la casa donde ellos comían, Kum Sun dejó a un lado su plato y se apresuró para hablarme casi en cuchicheo, como si se tratara de una gran confianza:

—Querido General, mi mamá vive.

—Sí, niña. Esta noticia alegra mucho a los tíos guerrilleros. Yo también me alegro infinitamente.

—Como estoy tan feliz, hoy he cantado tres veces sola. No obstante, quiero cantar más.

—Entonces, sigue cantando.

De los botines de guerra había traído algunas cosas para entregar a los niños de Zhuanjiaolou. Saqué un peine de dientes muy juntos y otro de dientes separados y los puse en las manos de Kum Sun.

—¡Gracias, General!

Como una pequeña mimosa se colgó de mis brazos. Ella no había sentido nunca el deseo de ser mimada. Por eso, me resultó gozoso en extremo ver sus ademanes y modo de hablar tan simpáticos y jubilosos.

—Pronto tendrás que ir a ver a mamá. No creo que podré despedirte cuando te vayas, pues debo ir a Manchuria del Norte.

Eran las últimas palabras que le diría a Kum Sun.

Cuando regresó a la escuela del Cuerpo Infantil, luego de terminar las actividades en Zhuanjiaolou, la organización revolucionaria de Yaoyinggou estaba buscando una persona apropiada para enviar a un lugar de la zona enemiga un documento ultrasecreto. Se debatió varias veces el problema de quién sería el más indicado para esta misión. Finalmente Kum Sun fue designada como enlace.

Aceptó agradecida la tarea, considerando de máxima confianza que la organización le encomendara, pese a que era pequeña, una misión tan importante que no se le daba a cualquiera.

El día de la partida hacia la zona enemiga, Han Song Hui la llevó al riachuelo y le lavó el rostro, peinó los cabellos, y le alisó la falda como si se tratara de una muchacha que iba a casarse. También le ajustó bien los cordones de los zapatos, y sobre la cabeza le puso, en lugar de lazos, tres bellotas grandes, entrelazadas por un imperdible.

Sus compañeritos la despidieron en las afueras del pueblo.

Kum Sun se puso a caminar por un sendero que atravesaba un bosque y canturreó:

¿Hasta dónde te vas?

Hasta Yanji me voy.

¿Qué paso vas a escalar?

El paso Jiqingling.

¿Por qué te vas allí?

Con una misión.

¿Quién te acompaña?

Yo sola voy.

Ella misma improvisaba la letra.

Los que la escuchaban le aplaudieron, rompiendo a reír. Y ellos también cantaron a voz en cuello, haciendo temblar el valle de Yaoyinggou.

Kum Sun cumplió con honor la misión. Después trató de dirigirse hacia la localidad donde se decía que se encontraba su madre. Pero fue detenida por la gendarmería japonesa junto con un grupo de personas mayores.

Al saberse que procedía de una zona guerrillera, los enemigos se sintieron halagados, pensando que les había caído en las manos una “criatura comunista” que podía revelar importantes informaciones. Parecían conocer que Kum Sun venía de Yaoyinggou. Como aquí radicaba la dirección de la revolución en Manchuria del Este, calculaban que podrían sacarle cuanta información confidencial quisieran si la trataban con tacto.

Efectivamente, Kum Sun sabía mucho de la zona guerrillera, de las actividades del ejército revolucionario, el movimiento de los cuadros, vías secretas de comunicación entre las zonas guerrilleras y las semiguerrilleras y de la situación de la vida de los pobladores de la base y su estado espiritual. Y como había actuado junto con su grupo también en las zonas enemigas, existía la posibilidad de conseguir hasta secretos relacionados con las organizaciones locales, si se lograba doblegarla.

Los enemigos sopesaron estas posibilidades y decidieron obtener de ella las informaciones que les interesaban. De entrada intentaron ganársela con buenas comidas y dulces palabras. Después pasaron a las amenazas y torturas.

Yo había leído una novela extranjera en la que en una isla un niño, seducido por un reloj de plata, delató a una persona escondida en un almiar. Pero, después fue ajusticiado por su propio padre. Como demostraba la obra, es realmente fácil persuadir o convencer a los niños. Pueden quedar fascinados por algo o rendirse ante amenazas o torturas.

Sin embargo, los que se educan en lo político militando en organizaciones no se doblegan. Entre los miembros del Cuerpo Infantil, ninguno cambió su fe política por dinero. También So Kang Ryom, Ri Hon Su y Rim Hyong Sam, adolescentes de entre 13 y 15 años de edad, que fueron educados por nuestro Partido después de la

liberación del país, supieron guardar los secretos de la organización aún ante los cañones de los fusiles.

Kum Sun era una pequeña combatiente indoblegable, forjada como acero en medio de las tempestades de la revolución antijaponesa. Esta hija de la Patria no abrió la boca ni con los golpes que le arrancaban pedacitos de carne. Sólo lo hacía para protestar y condenar a los verdugos.

Un oficial de gendarmería que la interrogaba la amenazó:

—Si no hablas, te mataremos.

Kum Sun replicó:

—Me das asco. No hablaré con un bandido como tú.

Los perversos decidieron matarla por el único “delito” de no delatar los secretos del ejército revolucionario.

La arrastraron hasta el lugar de ejecución. Todo su cuerpecito estaba sangrando. Los que presenciaron la escena apretaron los dientes y temblaron de indignación. En la campiña de Baicaogou corrieron ríos de lágrimas. A los padres, madres, hermanos y hermanas que expresaban así su dolor, Kum Sun les dijo:

—Queridos padres y madres, ¿por qué están llorando? No derramen lágrimas. Estoy segura que los tíos del ejército revolucionario aniquilarán a los enemigos. ¡Sigán peleando firmes hasta la emancipación de la Patria!

En esta vehemente petición, a la vez que clamor, se sintetizaba la corta vida de una niña, de apenas 9 años. En el sitio del crimen resonó cortante la voz de Kum Sun: “¡Abajo los imperialistas japoneses!”, “¡Viva la revolución coreana!”

No volví a la escuela del Cuerpo Infantil por un tiempo. Inexplicablemente tenía miedo a ir. Me causaba un dolor insoportable pensar en la escuela sin Kum Sun, en el grupo de esparcimiento cultural sin Kum Sun. Los enemigos me habían arrebatado para siempre a la mariposa de este conjunto, a la alondra de la zona guerrillera, tan amada en Wangqing.

¡Ahora quién va a cantar con tanta alegría y a bailar con ritmos y gestos tan elegantes y animados como Kum Sun para la gente de la zona

guerrillera que lucha con tenacidad en condiciones tan difíciles! ¡Quién va a cantar en un chino tan impecable como Kum Sun, conquistando los corazones de los oficiales y los soldados del Ejército de salvación nacional, quién, en su lugar, me sonreirá con tanta candidez, frescura y amor durante los paseos matutinos montado sobre el caballo blanco!

La terrible noticia de la muerte de Kum Sun causó indignación entre las masas revolucionarias de Wangqing y sus alrededores. En el valle de Yaoyinggou se efectuó una solemne ceremonia en su memoria. Decenas de muchachos y muchachas, procedentes de diferentes distritos de Manchuria del Este, ingresaron en el Ejército Revolucionario Popular de Corea con la decisión de vengarla.

Revistas del círculo de La Internacional y otras publicaciones de China y Japón ofrecieron, a porfía, noticias sobre esta pequeña heroína, caso sin precedentes en los anales de la lucha de liberación de las naciones oprimidas del mundo. Bajo el título *Breve biografía de la niña mártir*, se elogió en un tono impresionante la vida heroica de Kum Sun. A los 9 años se hizo toda una personalidad que conmovió al mundo esta alondra de la zona guerrillera que con sus pies que no medían ni un puño cruzó incesantemente ríos de impetuosas corrientes y escarpadas montañas para llevar a las gentes sus canciones revolucionarias.

En la historia contemporánea de nuestro país es bien conocida una muchacha mártir que se llamaba Ryu Kwan Sun. La mención de su nombre hace recordar el Movimiento del Primero de Marzo de 1919. Como becaria de la escuela Rihwa en Seúl fue una estudiante aplicada hasta que en medio del creciente ambiente del Movimiento del Primero de Marzo se cerró el plantel. Al regresar a Chonan, su tierra natal en la provincia Chungchong del Sur, organizó y encabezó las manifestaciones de reclamación de la independencia. Fue detenida por los gendarmes japoneses.

En el juicio se le impuso una pesada condena de 7 años de prisión. A las 33 personas que promovieron el Movimiento les dictaron 3 años de prisión como máximo y un año, como mínimo, sin contar que hubo también algunas absueltas, por tanto no es difícil ver

la manera tan despiadada con que la justicia japonesa trató a una muchacha de apenas 16 años de edad.

Incluso los campesinos de remotas regiones manifestaron su asombro e indignación por la condena, considerándola la más dura entre todas las penas aplicadas en el caso del Movimiento del Primero de Marzo.

Ryu Kwan Sun falleció en la cárcel de Sodaemun. Nuestra nación la ha venido recordando con un ardiente sentimiento de afecto, llamándola “Juana de Arco de Corea”.

Pero, todavía a Kum Sun no se le ha dado un título apropiado. Porque no existe otra heroína de más o menos su edad ni casi otras niñas con proezas que puedan compararse con las de ella.

Sin duda, contar con Ryu Kwan Sun, heroína del Movimiento del Primero de Marzo y, además, con Kum Sun, una niña heroína, es un orgullo y honor que sólo puede disfrutar nuestra nación. Últimamente vieron la luz una novela y una película que describen a Kum Sun, pero esto no basta para transmitir sus hazañas a las posteridades. No serían suficientes estatuas de bronce ni de oro para legar a la eternidad los méritos de niños héroes como ella.

Con su escasa edad Kim Kum Sun se ganó una eterna permanencia. Una vida de 9 años es tan corta como un mocho de lápiz. Pese a su desaparición luego de haber brillado por un instante como un relámpago, alcanzó la más alta escala espiritual que se puede conquistar en toda una existencia, y mostró con su ejemplo, cómo un ser humano debe vivir. En el mundo ha habido numerosas personas que si bien vivieron un siglo, no dejaron nada provechoso para su nación, pero ella, que apenas estuvo 9 años en este mundo, alcanzó méritos que serán recordados por siempre.

Se puede decir que fue un mérito de los comunistas coreanos haber preparado a Kum Sun como una niña heroína de dimensión mundial.

En el fragor de la guerra antijaponesa formamos un gran número de pequeños héroes, entre los cuales se encuentran, además de Kim Kum Sun, Jon Ki Ok, Mok Un Sik, Kang Ryong Nam, Pak Myong

Suk, Pak Ho Chol, Ho Jong Suk, Ri Kwang Chun y Kim Tuk Bong... Todos fueron mártires.

“No me maten a tiros sino a lanzazos. Y envíen las balas ahorradas a la guerrilla.”

Estas famosas palabras fueron pronunciadas por Jon Ki Ok, miembro del Cuerpo Infantil de Hunchun, ante los policías manchúes títeres, momentos antes de ser asesinado. Había caído en sus manos mientras cumplía una misión de enlace.

Impresionó hasta a los verdugos el elevado espíritu revolucionario de Jon Ki Ok, quien aun en medio de la horrorosa tensión y miedo a la muerte que siente cualquiera en el momento de ser ejecutado, pensó, antes que en su propia vida, en la guerrilla y en el triunfo de la guerra antijaponesa.

También el mérito de Mok Un Sik merece ser enaltecido ante el mundo. Se trasladaba de Yongchangdong a Pinggangang, con una nota escondida en uno de sus alpargatas de paja, y en el puesto de control de Jiqingling fue interrogado y sometido a registro. Los enemigos que estaban frenéticamente empeñados en descubrir algo comprometedo le registraron todo el cuerpo y le quitaron de pronto la alpargata izquierda. En el acto, el muchacho, sin perder ni un instante, empujó al que le revisaba y corriendo al interior del puesto metió sin más ni más su pierna derecha en el fogón. Tenía escondida la esquila en ella. Al darse cuenta de esto los enemigos le golpearon furiosamente para separarlo de la candela. Sin embargo, el niño, soportando los golpes que caían sobre su cuerpo, abrazó con todas sus fuerzas al fogón y no sacó la pierna del fuego. Entretanto se quemaron la alpargata, su pierna y la pernera del pantalón.

Los enemigos lo llevaron al hospital. Le inyectaron y esperaron que recuperara el conocimiento. Estaban decididos a sacarle el secreto a cualquier precio. Pero Un Sik murió calladamente.

Todos los miembros del Cuerpo Infantil y de la vanguardia de niños que, representando a los más jóvenes integrantes de la primera generación de nuestra revolución, ayudaron desde la primera línea a la Lucha Armada Antijaponesa, eran héroes.

Igualmente, hoy, nuestra revolución considera a la Organización de Niños, junto con la UJTS, como segura fuente de relevos del Partido del Trabajo. He aquí precisamente la razón por la cual reunimos los mejores tesoros del país para construirles palacios y no escatimamos recursos para su instrucción.

Movido por tal sentimiento insto a los cuadros a que amen a los integrantes de las nuevas generaciones. Y reitero una y otra vez que los niños son los “reyes” del país. No tiene perspectiva aquella revolución que no cultiva ni atiende el porvenir. Sería algo absurdo esperar que revolución así alcance algún brillante ideal.

En una parte de la Tierra prolifera, cual epidemia, el epicureísmo. En la mente de un gran número de personas está penetrando el egoísmo extremista que hace que cada cual piense en vivir bien sólo él, sin importarle el destino de los que vienen detrás. Hay quienes no quieren tener descendientes porque les causan molestias. Para colmo existen los que renuncian a contraer matrimonio. Por supuesto, cada cual es libre para tener hijos o familia. Pero, ¿existe felicidad sin tener hijos?

Los revisionistas, intoxicados por el egoísmo extremista y el concepto de gran vida, no se preocupan por los integrantes de las jóvenes generaciones, al contrario, los desarman espiritualmente y los arrojan sin piedad a merced de los males sociales.

Si los adolescentes de diez y tantos años de edad guardan rencor a sus padres, a los gobernantes y a este mundo, llorando ante la realidad caótica, sin duda alguna, la revolución de aquel país no tiene porvenir.

Si los cuadros no escatiman tiempo y dinero, ni tampoco fervor y esfuerzo, nuestra revolución tendrá un mayor número de Kim Kum Sun, Jon Ki Ok y Mok Un Sik.

La familia de Kum Sun, de conocidos revolucionarios, sufrió horribles desgracias en la vorágine de la guerra antijaponesa. Su padre dirigió una organización revolucionaria clandestina en Wangyugou hasta que fue asesinado al imputársele pertenecer a la “Minsaengdan”. Y su madre cayó heroicamente defendiendo la base guerrillera.

Cuando el padre de ella vivía, yo le encomendaba aparte muchas

tareas difíciles. Tenía un carácter férreo; llevaba a cabo cualquier misión al precio que fuera. Cinco miembros de esta familia, incluyendo a la niña, cayeron en la lucha.

¡Qué semejanza entre la suerte corrida por esta familia y la de Ryu Kwan Sun!

No obstante, el dios del destino, que fue con ella tan cruel e implacable, dejó un descendiente para continuar esta magnífica estirpe. Antes de morir en el campo de batalla, la madre entregó al cuidado de los vecinos un niño de dos años. Este hermanito de Kum Sun, llamado Kim Ryang Nam sobrevivió de casualidad.

Fue el compañero Kim Jong Il quien lo descubrió y me informó de sus antecedentes.

Después de graduado en el Instituto Superior de Música y Danza de Pyongyang, Kim Ryang Nam trabajó de musicalizador en los Estudios de Documentales. Leer en una publicación oficial que su padre había sido ajusticiado acusado de pertenecer a la “Minsaengdan”, lo aisló y atormentó por el temor a la condena social de que podría ser objeto.

Avalé que su padre no había sido de la “Minsaengdan”, sino un genuino revolucionario.

Con posterioridad, transferido al Comité Central del Partido para dirigir el trabajo de la esfera del arte y la literatura, ayudó de modo enérgico las actividades del compañero Kim Jong Il. Al igual que su hermana Kum Sun, poseía un innato talento musical y un incansable fervor laboral. El otrora pastorcito que solía expresar con lúgubres sonidos de un pito de tallo la rebelde tristeza del hombre sin patria, se consagró en cuerpo y alma, día y noche, a la creación de óperas sobre la base de la restauración de obras revolucionarias originales. Fue uno de los que bajo la personal dirección de Kim Jong Il hizo valiosos aportes a la constitución del Conjunto Artístico Mansudae y a su desarrollo como colectivo de categoría mundial. En febrero de 1971 este conjunto inició su primera histórica presentación en tierras cubanas, en el hemisferio occidental del globo, a miles de kilómetros de distancia de la Patria. Entonces Kim Ryang Nam era jefe político de la delegación.

Kim Jong Il lo atendió con un particular sentimiento afectuoso como a un pariente cercano, considerando muy doloroso el pasado de este único descendiente de la familia de Kum Sun, quien desde la edad de dos años se alimentó con lo que le daban otros y tuvo que pasar su niñez y adolescencia como criado.

Cuando enfermó de un mal incurable se hizo todo lo posible para salvarlo: un prestigioso colectivo médico, constituido por decenas de especialistas, efectuó una verdadera operación de tratamiento continuo y concentrado; a nuestras embajadas se despacharon los datos referentes a su dolencia para que consiguieran grandes cantidades de los medicamentos más eficientes; e incluso con frecuencia salieron aviones a países desarrollados en la industria farmacéutica para recoger los envíos.

Gracias a esta esmerada atención Kim Ryang Nam pudo ser operado más de diez veces y alargar su vida casi dos años más.

Murió a los 40 años de edad, o sea que vivió cuatro veces más que su hermana. Sin embargo, comparado con la actualidad en que la longevidad es un fenómeno frecuente, no podemos menos que considerar que su vida fue demasiado corta. Si la filosofía de la existencia humana, denominada “infortunio de bellas personas” y que viene desde la antigüedad, es una verdad confirmada, tendríamos que hacerla desaparecer para el bien de los numerosos Kim Kum Sun y Kim Ryang Nam que habitan el planeta. El segundo hijo de Kim Ryang Nam es graduado de la facultad de composición del Instituto Superior de Música y Danza de Pyongyang, donde otrora estudiara su padre, y ha hecho sus pininos en el Conjunto Artístico Mansudae. Ahora interpreta las canciones de la revolución, siguiendo a sus abuelos, su tía y su padre.

Nuestra revolución, iniciada con la sangre de los antecesores, prosigue así de generación en generación, su avance indetenible y magnífico hacia el triunfo final.

Kum Sun murió, pero su espíritu late hoy en el corazón de los que le siguen con la misma viveza como cuando ella correteaba ingenuamente por los valles de Macun y Yaoyinggou.

CAPÍTULO IX. LA PRIMERA EXPEDICIÓN A MANCHURIA DEL NORTE *(Octubre de 1934–febrero de 1935)*

1. El Ejército Revolucionario Popular de Corea

Una noción política rudimentaria es que donde existe un pueblo existe un país, y éste es protegido por un ejército. Todos los grandes y pequeños Estados del mundo, excepto Mónaco y algunos otros especiales, tienen sus ejércitos nacionales para defenderse a sí mismos. Han bastado unos tiros de los colonialistas para que numerosas naciones pequeñas y débiles se hayan visto despojadas de su soberanía y forzadas a sufrir la esclavitud durante siglos, a causa, principalmente, de la falta o ineficacia de sus propias fuerzas armadas.

También el ejército de la antigua Corea fue derrocado sin poder defender el país. Para reprimir las revueltas internas había sido muy cruel, pero apenas asomaron los agresores extranjeros se rindió tras unas cuantas escaramuzas, sin siquiera disparar un cañonazo como correspondía. Así, pues, la ruina de nuestro país fue motivada no sólo por la corrompida política estatal sino, además, por la debilidad de las fuerzas armadas.

Para rescatar a Corea los precursores fundaron el Ejército independentista. Es indispensable que una nación despojada de su estatalidad organice sus fuerzas armadas para recuperarla.

Si los nacionalistas con ese Ejército hicieron la resistencia varios años, los comunistas, con las guerrillas, golpearon duramente a los

agresores imperialistas japoneses. Nuestras filas armadas, que habían iniciado la larga marcha antijaponesa con pequeñas guerrillas clandestinas, crecieron hasta convertirse en regimientos en todos los distritos de Jiandao.

Tras desaparecer los fogonazos de las operaciones “punitivas” invernales, nos percatamos de la imperiosa necesidad de transformar la Guerrilla Popular Antijaponesa en un ejército revolucionario popular, y con los comandantes guerrilleros de otras regiones examinamos detenidamente las vías para ello. Agrupar en un ejército los regimientos que actuaban en los distritos, era una tarea perentoria, cuya solución no debía postergarse ni un minuto, tanto desde el punto de vista de la demanda de la situación como desde el de la ley del desarrollo interno de la Guerrilla Popular Antijaponesa.

Se trataba de una medida revolucionaria que, al facilitar una dirección unificada sobre las unidades ampliadas y fortalecidas, posibilitaría incrementar su combatividad y oponer una resistencia más activa a la gran ofensiva del imperialismo japonés.

El ejército revolucionario fue tema de análisis por primera vez en la Conferencia de Mingyuegou. En esa ocasión, a la hora de discutir las perspectivas de la Guerrilla Popular Antijaponesa, decidimos organizarla empezando por la estructura de batallón y luego, con el tiempo, desarrollarla en lo cualitativo y cuantitativo, hasta que las condiciones permitieran convertirla en un gran ejército revolucionario. Hay que decir que este no fue un punto de la agenda principal de la reunión. Sin embargo, los delegados lo discutieron con fuerza dentro y fuera de la sede. Los más fervorosos partidarios de un ejército revolucionario con grandes unidades eran O Pin y Pak Hun.

En general, en las colonias y semicolonias las fuerzas rebeldes comenzaron siendo unidades pequeñas. Y tomándolas como base, se iban incrementando poco a poco hasta que maduraban las condiciones para fusionarse en un ejército. Fidel Castro desembarcó en Cuba regresando del exilio en México al frente de un grupo de 82 hombres, de los cuales se pudieron reagrupar 12, quienes, con 7 fusiles, se multiplicaron e incrementaron su capacidad en la Sierra

Maestra para luego avanzar hasta La Habana y como un rayo derrumbar la dictadura proyanqui de Batista.

A partir de la segunda mitad de 1933 la fusión de las fuerzas guerrilleras y la unificación de su sistema de mando en Jiandao ocuparon lugares importantes en las discusiones. Lo requería la lección de la operación de Macun y las heroicas batallas defensivas que se desarrollaron en una extensión de decenas de miles de kilómetros cuadrados, para rechazar el ataque “punitivo” invernal de los enemigos.

Quien hizo un entusiasta discurso a la hora de rendir cuenta de las operaciones, con el tema de la cooperación entre las compañías y la fusión de las unidades, no fue el jefe de la compañía No. 2 ni el de la No. 3 que participaron junto conmigo en los combates durante 90 días seguidos en el territorio de Xiaowangqing, sino Han Hung Gwon que estaba lejos de la zona de operaciones. Explicó que, si bien en la operación de Macun su compañía tenía la misión de frenar a los enemigos que avanzaran sobre Manchuria del Este cruzando el Laoyeling, no hizo ningún contacto con ellos ni nada para ayudar al grueso de las guerrillas; es decir, cuando éstos atacaban la base, él debió golpearlos por la nuca, pero no lo hizo ni pudo hacerlo.

Sus palabras me dieron mucho que pensar. Tenía un tinte autocrítico, mas no había motivos para criticarlo. Han Hung Gwon era un excelente comandante que cumplió con responsabilidad su misión.

“¿Por qué se autocalificó de comandante sin concepto de obligación moral camaraderil, ni espíritu revolucionario, ni perspicacia?, ¿qué sería lo que quiso destacar en la reunión?”, me pregunté. Mientras Han Hung Gwon se criticaba diciendo que tenía estrecha visión, yo, por mi parte, desde la posición de su superior, llegué a captar la seria lección que había arrojado la operación de Macun, es decir, la necesidad de contar con un órgano de mando, un estado mayor capaz de dirigir la cooperación entre las compañías de acuerdo con la situación combativa, y para lograrlo, unificar el sistema de mando. Esto significaba establecer un ordenado sistema militar que integrase las guerrillas populares antijaponesas.

En las batallas para rechazar el ataque “punitivo” invernal, las unidades guerrilleras, dispersas por distintas zonas, combatieron solas y con grandes dificultades, sin relaciones de cooperación ni ayuda mutua.

En el distrito de Helong, por ejemplo, los enemigos se lanzaron contra la base guerrillera de Yulangcun, según informaciones, a principios de noviembre de 1933. Esa primera ofensiva se frustró ante un fuerte contraataque, y la segunda, iniciada a fines del mismo mes, duró tres días. Esto fue todo. Como muestran los datos, ese ataque se efectuó 15 días antes que el realizado contra Xiaowangqing. De manera que, si las unidades guerrilleras de otros distritos que no se encontraban combatiendo hubieran actuado cooperadamente contra la nuca enemiga, a la de Yulangcun le hubiera sido un tanto más fácil.

Lo mismo se podía decir de la situación de los distritos de Yanji y Hunchun.

¿Qué sugería esto?

Que si hubiéramos contado con un sistema de mando único y un estado mayor capaces de unificar la acción de las unidades guerrilleras de varios distritos y zonas en vista de que los enemigos atacaban en tiempos diferentes, la defensa hubiera sido menos difícil porque nuestras tropas hubieran actuado de consuno, valiéndose de esa poderosa arma que es la cooperación mutua.

No obstante, dadas las condiciones de que las guerrillas eran dirigidas por el distrito o la zona, resultaba imposible establecer relaciones de colaboración activa. Se desprendía, por tanto, que en aquellos días de ataques “punitivos” invernales el sistema de mando de las guerrillas adolecía de limitaciones, no estaba en correspondencia con las exigencias de la realidad. La facultad de dirigirlas la poseía la sección de asuntos militares del comité del partido respectivo. En el período de arrancada del movimiento guerrillero, cuando un distrito tenía una o dos compañías, se entablaban pequeños combates, por eso no era irracional el sistema de dirección por distrito y zona.

Pero, como las filas guerrilleras crecían, y los efectivos “punitivos”, bruscamente, ya no se contaban por centenares sino, por miles y decenas de miles, no era posible optar sólo por combates menores. La pelea no se entabla sólo por la voluntad de uno de los contendientes. En vista de que el enemigo incrementaba sus fuerzas y nos provocaba sin cesar, no había otra elección que contestarle con fuego.

Cuando, movilizando equis división, brigada o regimiento, el enemigo se abalanzaba sobre nosotros, le respondíamos cada cual por su lado, sin unir las fuerzas ni ayudando a los vecinos. ¿Debíamos, pues, seguir combatiendo de esta manera? Cuando íbamos a atacar ciudades grandes o ciudadelas, traíamos hombres de otros distritos para combatir con fuerzas concentradas, entonces, ¿por qué para la defensa debemos actuar por distritos y zonas guerrilleras?

Esto me obsesionó antes y después de la operación de Macun.

En una palabra, el movimiento guerrillero requería de nuevas estructuras convenientes a su contenido y envergadura. Debíamos adoptar medidas trascendentales para agrupar en un sistema las unidades armadas que estaban dispersas en distritos y zonas. La vía para satisfacer esa necesidad a la mayor brevedad posible era convertir las guerrillas populares antijaponesas en un ejército revolucionario con grandes unidades.

Con tal razonamiento coincidía el jefe de la compañía No. 4 estacionada en Yaoyinggou, en la carta que envió a la reunión de balance de la operación de Macun, al no poder asistir por un asunto ineludible. El que trajo la misiva fue O Jin U, su enlace. Al hacer el recuento de aquella acción reflexioné profundamente sobre el tema de la unión de las guerrillas populares antijaponesas.

Lo analicé varias veces con Ju Jin y Ryang Song Ryong.

Un día toqué guitarra en casa de Ryang Song Ryong y no fue porque estuviera alegre o tranquilo. En realidad, estaba muy triste. Aunque la operación de Macun fue una victoria, la zona guerrillera lloraba con hondo dolor. Habían muerto muchos que compartieron con

nosotros alegrías y penas. No era nada fácil volver a levantar las casas sobre las cenizas a las que se redujo todo, y organizar de nuevo la vida.

Fui a casa de Song Ryong con el propósito de consultarle asuntos militares, pero me recibió con semblante triste. El ex jefe de batallón estaba muy dolido por haber tenido que recluirse acusado de miembro de la “Minsaengdan”. Fue liberado por mi aval, pero no lo restituyeron en su cargo. Se tornó aún más boquiduro cuando murieron su esposa y su madre en las operaciones de “castigo”. Ahora se ocupaba de la adquisición de alimentos, yendo y viniendo entre Xiaowangqing y Luozigou.

A pesar de todo, no bien saqué a colación la organización de un ejército revolucionario con grandes unidades, se mostró alegre y entusiasta.

—En mi opinión, la raíz del problema está en la forma, el método para fusionar las unidades —dijo para expresar, sin un sí, ni un no, su apoyo a la formación del ejército. Lo que más le preocupaba era cómo verían el asunto ciertas personas con tendencia chovinista, entusiasmadas con la lucha contra la “Minsaengdan”.

No sin razón eso le preocupaba tanto. Precisamente ahí estaba el dolor de cabeza para los comunistas coreanos, la circunstancia especial que les exigía resolver certera y plenamente las dificultades.

En aquel tiempo, para ellos, que se veían obligados a hacer la revolución en tierras foráneas, no era fácil llevar a la práctica el proyecto encaminado a crear sus fuerzas armadas independientes. Imperaba la “línea internacional”, cuyos partidarios medían e imponían con sus propios principios y normas todos los problemas que se presentaban en el movimiento comunista y la lucha de liberación nacional, y bajo el pretexto de los intereses clasistas y la solidaridad internacional acusaban indistintamente de tendencia nacionalista las tradiciones y la aspiración nacionales.

También Ju Jin dio su voto al proyecto. No había concluido mi explicación cuando él, de carácter abierto e intrépido, manifestó, moviendo una mano con energía, que combatiéramos en grande, con la fusión de los destacamentos. Me gustó mucho la expresión:

“combatir en grande” que sólo podía ser dicha así de modo rotundo, por Ju Jin, un bizarro a quien apreciaban y amaban todos los coreanos en Jiandao.

Observó que si con la unión de los destacamentos formábamos un ejército revolucionario independiente, era probable que nos tildaran de partidarios de la “expansión hacia Corea”, pero debíamos acometer la tarea cuanto antes, sin tomar esto en cuenta.

Dong Changrong apoyaba también nuestro proyecto. Dijo que los comunistas coreanos habían desempeñado el papel principal en la organización de las guerrillas populares antijaponesas en Manchuria del Este, y que en éstas la abrumadora mayoría era de coreanos, y que, aunque creadas en territorio chino, finalmente deberían ser fuerzas armadas revolucionarias de Corea, cuyo objetivo sería el logro de la revolución en este país.

En la situación de entonces, cuando la sola mención de la revolución coreana era calificada de manifestación de nacionalismo, esa apreciación resultaba muy justa y progresista.

Como justamente afirmara Dong Changrong, los comunistas coreanos, entre otros Ri Hong Gwang y Ri Tong Gwang en Manchuria del Sur, Ho Hyong Sik, Kim Chaek, Ri Hak Man y Choe Yong Gon en Manchuria del Norte, sin hablar ya de los de Manchuria del Este, fueron promotores, iniciadores y dirigentes de las guerrillas, amén de que desempeñaron el papel principal, de vanguardia, en la construcción del partido en sus respectivas regiones. Una aplastante mayoría de comandantes y demás integrantes de las guerrillas era también de comunistas coreanos.

Dong Changrong sugirió que en la fundación del ejército adoptáramos adecuadas formas y métodos para apoyarnos y complementarnos recíprocamente con los comunistas chinos, en el sentido de fortalecer la solidaridad, y añadió que sería útil tanto a la parte coreana como a la china.

Pan Shengwei, delegado de La Internacional, expresó su activo respaldo y precisó que era una orientación justa que se avenía al lineamiento de este organismo internacional.

Todas las personas razonables, desde Ryang Song Ryong, quien dirigía junto conmigo el batallón de Wangqing; Ju Jin, que posteriormente sería jefe de la división independiente No.1, del Ejército Revolucionario Popular; Dong Changrong, miembro del comité especial del partido en Manchuria del Este, hasta Pan Shengwei, delegado de La Internacional, llegaron a una completa identidad de opiniones en cuanto a la transformación de las guerrillas populares antijaponesas en un ejército revolucionario con grandes unidades. También estuvieron de acuerdo con nosotros, en general, sobre el nombre de ese ejército y la definición de su carácter.

Esa orientación, que se ajustaba al objetivo de nuestra lucha y al carácter de las fuerzas políticas que lo cumplían, la planteé oficialmente en marzo de 1934.

En un principio, en algunas regiones de Manchuria del Este se adoptó la denominación guerrilla obrero-campesina, en lugar de popular antijaponesa, la cual fue expresión de la exagerada acentuación del carácter clasista, y como tal no se correspondía con el de nuestra revolución que se proponía como tarea primordial la liberación nacional y la independencia, antes que la emancipación social, ni con el de la revolución que los comunistas chinos protagonizaban en el noreste de su país.

Como una tarea previa los comunistas coreanos en Manchuria del Este junto con sus homólogos chinos, convirtieron en regimientos los batallones que se encontraban en los distritos. Como resultado, el total de efectivos en Jiandao llegó a ser de cinco regimientos.

En cada uno establecimos una sección política, con la misión de ejercer la dirección partidista, el estado mayor encargado de las operaciones, del reconocimiento y de la información, así como la intendencia que atendía el suministro de ropas, víveres y los servicios de sanidad.

El de Wangqing fue el primer regimiento organizado en Manchuria del Este, el primer fruto de la primera etapa del trabajo preparatorio para la reorganización de las guerrillas antijaponesas en Ejército Revolucionario Popular.

Para la segunda etapa nos propusimos implantar la estructura de divisiones.

Durante la operación de Macun surgió la imperiosa necesidad de formarlas. Hacer frente con efectivos de dos compañías a fuerzas de 5 mil hombres, fue una gesta sin precedentes en la historia bélica universal. Mientras vencíamos las dificultades en la zona guerrillera, perturbando la retaguardia enemiga con operaciones de pequeñas unidades, abrigábamos la esperanza de disponer, si no de un cuerpo de ejército, por lo menos, de una división para combatir con cañones y miles de efectivos.

Los regimientos organizados en los distritos iban aumentando sus filas con rapidez, por lo que la formación de divisiones se nos presentó como una tarea primordial.

Nuestro objetivo consistió en formar, de entrada, dos divisiones y un regimiento independiente bajo la égida del Ejército Revolucionario Popular de Corea, y en la medida en que fueran acumulando éxitos, crear entonces varias divisiones más. Con ese fin acordamos organizar una división con los regimientos de Yanji y Helong, y otra con los de Hunchun y Wangqing, principalmente.

En el proceso de la conversión de las guerrillas populares antijaponesas en Ejército Revolucionario Popular de Corea surgió, como un nuevo órgano directivo, el comité del partido con la muy importante tarea de dirigir no sólo sus organizaciones sino también las de las regiones bajo su jurisdicción. Tuvo que ser así porque éstas se encontraban en una situación tan difícil que, sin recibir la protección de las fuerzas armadas, no podían subsistir. Con anterioridad las organizaciones locales del partido dirigían las de las guerrillas.

La reorganización se efectuó en muy corto lapso: tres meses (de marzo a mayo de 1934).

Al difundirse la noticia los habitantes de las zonas guerrilleras se dispusieron a ayudar al Ejército como en una emulación y prepararon solemnes actos para saludarlo.

Las mujeres de Wangqing hicieron un gallardete de congratulación

y nos lo entregaron, mientras la Juventud Comunista ofreció funciones con el grupo artístico infantil y desarrolló competencias deportivas.

En la zona guerrillera de Sandaowan, distrito de Yanji, tuvieron lugar un acto y desfile de más de mil personas, incluidos los delegados de regiones dominadas por el enemigo.

Con la formación del Ejército Revolucionario Popular de Corea el pueblo se convenció, todavía más, de la certeza de la restauración de la patria y afianzó su decisión de incorporarse a la guerra revolucionaria antijaponesa, formando un solo cuerpo.

La reorganización nos permitió abrir un amplio camino hacia enérgicas acciones con grandes unidades, desplazándonos libremente en lugares más extensos. De no haberla efectuado ni formado oportunamente grandes unidades como regimientos y divisiones, hubiera sido imposible el triunfo de Pochonbo, antorcha que iluminó a la patria sumida en tinieblas, y saborear la alegría de victorias sucesivas en los combates que envolvieron a las unidades élite del enemigo en un sino de muerte en Fusong, Jiansanfeng, Hongtoushan, Limingshui, Taehongdan, Hongqihe y otros lugares del interior del país y de Manchuria, ni habríamos frustrado la tristemente célebre operación de cerco que amenazaba a las zonas guerrilleras después del ataque “punitivo” invernal.

La transformación de las guerrillas populares antijaponesas en Ejército Revolucionario Popular de Corea mostró patentemente dentro y fuera del país la voluntad de la nación coreana de alcanzar a todo trance la restauración de la patria mediante la resistencia armada.

Cuando fue necesario, actuó como Ejército Revolucionario Popular del Noreste.

El noreste no significa ningún país, sino que, a nuestro entender, se usaba para denominar una región.

Que se presentara con esa denominación, y no con la de Manchuria o de China, era conveniente también a los compañeros chinos que definieron como el objetivo de su lucha la oposición a Manchú y a Japón. En conclusión, cumplió a la vez la misión como Ejército Revolucionario Popular de Corea y la de fuerzas armadas

que contribuyeron a la causa antimanchú y antijaponesa de los comunistas chinos.

No tardó en convertirse en el más poderoso ejército en Jiandao, la región oriental de la parte noreste de China y toda la Península Coreana, con el monte Paektu como centro.

La posición de principios y la benevolencia política con que procedieron invariablemente los comunistas coreanos durante la reorganización, hicieron después una enorme contribución a la lucha común de los pueblos coreano y chino contra el imperialismo japonés, y de modo particular, al desarrollo de la lucha armada antijaponesa en la región noreste de China. Si hubiéramos insistido sólo en una forma o en un nombre que correspondiese a la línea propia de nuestra revolución, sin tomar en consideración la situación subjetiva y objetiva de entonces, no habríamos podido llevar a cabo con eficiencia la lucha armada antijaponesa con tan amplio apoyo y respaldo del pueblo chino.

Posteriormente, cuando organizamos las Fuerzas Unidas Antijaponesas del Noreste actuábamos cambiando su nombre a tenor de su carácter de alianza coreano-china y conforme a las circunstancias: en la región noreste de China nos llamábamos Fuerzas Unidas Antijaponesas del Noreste, y en los lugares donde vivían muchos coreanos o en el interior de Corea, Ejército Revolucionario Popular de Corea. Así pudimos vivir y luchar bajo la protección y el afecto de los pueblos coreano y chino en todas las partes donde estuvimos.

Aun valorado desde el punto de vista actual, era justo, y nos da orgullo, que diéramos más importancia al contenido esencial del movimiento que a su denominación. Gracias a ese criterio de principios y actitud flexible, pudimos mantener el carácter nacional y la independencia en la lucha, sin dejar de cumplir nuestra misión como internacionalistas, y precisamente por eso nos granjeamos el profundo respeto y apoyo de los compañeros chinos y La Internacional.

En las publicaciones de entonces al Ejército Revolucionario Popular, creado en Jiandao, no le decían de Noreste sino de Corea.

En la revista *Dongfangzazhi*, que la Editorial Shangwu, de Shanghai, publicó en 1935, apareció un material sobre la lucha guerrillera en la parte noreste de China, en el que se decía que en Jiandao actuaban tres mil hombres del Ejército Revolucionario Popular de Corea, y ese artículo se reprodujo textualmente en *Mártires antijaponeses del noreste de China* que publicó la Editorial Salvación Nacional radicada en París, Francia.

No era exagerado que después de formadas las Fuerzas Unidas Antijaponesas del Noreste, el Ejército Revolucionario Popular de Corea se llamara segundo cuerpo. Tenía carácter de frente unido internacional antijaponés de los pueblos coreano y chino y sus integrantes coreanos apoyaron, bajo la bandera internacionalista, el movimiento de liberación de la nación china, mientras cumplían con autonomía la misión de luchar por la independencia de Corea.

Quienes temían más que nadie a la formación y los crecientes éxitos combativos del Ejército Revolucionario Popular de Corea en Jiandao, y más estrepitosamente hablaban sobre la peligrosidad de su existencia, fueron los agresores imperialistas japoneses.

En muchos casos llamaban a nuestras fuerzas armadas antijaponesas que actuaban en el Este y el Sur de Manchuria “ejército de Kim Il Sung” independientemente de su denominación real.

Cuando, después de reorganizadas las guerrillas en Ejército Revolucionario Popular de Corea, la legión de voluntarios antijaponeses dirigida por Kong Xianyong, Chai Shirong, Shi Zhongheng, Li Sanxia y otros se le unió para mayor éxito de la lucha común, eso significó darle entonces otro nombre: “Ejército Revolucionario Popular Coreano-Chino del Noreste”.

De hecho, la alianza entre las fuerzas armadas antijaponesas coreanas y chinas en Manchuria del Este se formó con solidez en la primera mitad de la década del 30.

En un artículo Zhou Baozhong escribió que “al segundo cuerpo de las Fuerzas Unidas Antijaponesas se le llamaba también ‘Ejército Revolucionario Popular de Corea’... En el proceso de la guerra

guerrillera antijaponesa los pueblos chino y coreano estaban unidos con sangre en aras de la causa común”, y así reconoció su existencia y elogió nuestra alianza, registrada en la historia de la lucha común.

Quizás en este sentido los japoneses habrían dicho que las guerrillas organizadas en Manchuria, sobre todo en Jiandao eran “de pura sangre coreana”.

En una investigación hecha por compañeros nuestros apareció un artículo de B. Lapoport, renombrado especialista soviético en los asuntos de China y Corea, con el título *Movimiento guerrillero en la región septentrional de Corea* y publicado en 1937 en *El Pacífico*, revista política internacional de la Unión Soviética, en el que se señala que “...las guerrillas de Corea están unidas y cuentan con su centro, y se llaman Ejército Revolucionario Popular”, y que “la ampliación de las actuales relaciones y contactos entre las guerrillas de Corea y las de Manchuria inquieta sobremanera a los militaristas japoneses y por eso dirigen gran atención a la zona fronteriza”.

La conversión de nuestras guerrillas en Ejército Revolucionario Popular no significó un simple cambio de nombres ni una reorganización práctica, sino una nueva etapa de la constitución del ejército, destinada a mejorar el sistema de mando de las guerrillas y fortalecerlas en calidad y cantidad y, tras hacer un balance de la ruta combativa recorrida, aplicar sus éxitos y experiencias.

Después de ese acontecimiento desplegamos vigorosas acciones militares encaminadas a frustrar la operación de cerco.

La jefatura del ejército Guandong y los círculos militares de Tokio, al cabo de unas estrepitosas discusiones para poner en claro las causas y las responsabilidades por las ignominiosas derrotas en la operación “punitiva” invernal de la que se habían ufano calificándola de batalla definitiva de aniquilamiento, llegaron a reconsiderar su táctica de exterminio en la primavera de 1934, y adoptaron un plan de “castigo” más perverso: la denominada operación de cerco. Era un siniestro proyecto para eliminar definitivamente las zonas guerrilleras mediante el sitio y el ataque militares, la represión política y el bloqueo económico. Considerábamos ese nuevo intento japonés

como la reedición de la política de la que se había valido Chiang Kai-shek al atacar la región de soviets en China.

Si una tenía por objetivo impedir que el ejército comunista obtuviera ropas y provisiones al “imponerle un mundo inhumano con pánico político y crisis económica”, la otra pretendía lograr que los moradores y combatientes de las zonas guerrilleras sucumbieran acosados por el hambre, el frío, las balas y el fuego. Para ésta los japoneses trataron de separar a los guerrilleros del resto de la población creando aldeas de concentración, y de descubrir y liquidar todas las fuerzas rebeldes valiéndose de un sistema de vigilancia colectiva establecido por las medievales leyes de inculpación común entre diez familias y de acusación mutua de cinco casas.

La política de bloqueo y la operación de cerco tenían también similitud táctica. La de Chiang Kai-shek la regía la fórmula “Wenzha wenda zhobo” que significaba no atacar con premura al adversario cercado, ni acercársele demasiado, y una vez ocupado un lugar, consolidarlo con calma y, pensando en la manera de mantenerlo, pasar a atacar a otro.

La táctica japonesa de “ocupar paso a paso” era parecida. No resultaba infundada la chanza de mis compañeros al decir: “pobres japoneses, ahora se valen de lo inventado por Chiang Kai-shek”.

Como parte de los preparativos de la operación de cerco, desde la primavera de 1934 el enemigo ubicó en las cercanías de las zonas guerrilleras un mayor número de unidades élite de Guandong y de las del ejército de ocupación de Corea, y reforzaron las tropas títeres de Manchuria.

Frente a la crítica situación surgida con la ampliación de dicha operación, dispusimos que las unidades del Ejército Revolucionario Popular de Corea se empeñaran en la defensa de las zonas guerrilleras y a la vez en dar golpes sucesivos mediante acciones de envergadura, a los puntos militares y políticos de la retaguardia enemiga para frustrar de improviso sus tentativas, y por otra parte, ampliaran esas zonas hacia lugares favorables.

Pudimos así solucionar la difícil situación, consolidar los triunfos

alcanzados a costa de sangre y mantener en auge el ímpetu revolucionario de los habitantes.

El Ejército Revolucionario Popular de Corea, en su ofensiva primaveral, asaltó las principales posiciones enemigas en la región de Wangqing y los puntos donde se construían aldeas de concentración como Xiaobaicaogou, Daduchuan, Shitouhezi y Zhuanjiaolou. Los compañeros de Hunchun, Yanji y Helong también emplearon esta última táctica y dieron al traste, desde el comienzo, con los intentos de la operación de cerco.

A fin de consolidar esos éxitos y desarticular totalmente la operación de cerco, manteniendo firmemente la iniciativa, pasamos de inmediato a la ofensiva veraniega, que tendía principalmente a ampliar el área guerrillera tanto hacia el noroeste del distrito de Antu como hacia el noreste del Wangqing. Limitarnos a defenderla permaneciendo estáticos mientras nos rodeaban, habría significado hacerle el juego al enemigo, coadyuvar a su tentativa.

La primera división y el regimiento independiente del Ejército Revolucionario Popular, se encargaron de extender el área guerrillera por el noroeste del distrito Antu, y la segunda de ampliarla por el noreste de Wangqing. Si la zona de acción guerrillera que enlazaba Dadianzi y Fuerhe era la vía respiratoria de Antu, para los de Hunchun y Wangqing lo era la región que abarcaba Luozigou, Laomuzhuhe, Taipinggou y Sandaohezi. Como colindaban con el paso Mudanling o con el Laoyeling, propiciaban una mejor actividad guerrillera, por eso, desde el período del movimiento de los nacionalistas por la independencia, atrajeron la atención de Hong Pom Do, Choe Myong Rok, Ri Tong Hwi, Hwang Pyong Gil y otros renombrados hombres de guerra.

Tracé un plan, según el cual Ju Jin, jefe de la primera división y Yun Chang Bom, comandante del regimiento independiente, atacarían la zona Dadianzi-Fuerhe atrayendo la atención del enemigo, para nosotros avanzar en dirección a Luozigou.

Efectivamente, cuando el ejército Guandong dirigía su mirada hacia la comarca de Dadianzi, del distrito Antu, marché con una

parte de los regimientos No. 4 y 5 de la segunda división del Ejército Revolucionario Popular y las unidades antijaponesas chinas en dirección a Luozigou y ocupamos Sandaohezi y Sidaohezi. En Sandaohezi el Ejército Revolucionario Popular de Corea y más de 1 500 hombres de las unidades antijaponesas, celebraron una reunión conjunta como especie de preparación ideológica con vistas a la batalla por la liberación de Luozigou, en la que participaron por la parte china las unidades dirigidas por Kong Xianyong, Shi Zhongheng, Chai Shirong, Li Sanxia y otros.

Luozigou era un nudo militar que comunicaba con Baicaogou, en el distrito de Wangqing, y con la ciudadela distrital de Dongning.

En la ciudad se estacionaban centenares de efectivos del ejército títere manchú bajo el mando de Wen Changren, jefe de batallón. Luozigou era un poblado no muy grande, con unas 500 familias, pero tras el Incidente del 18 de Septiembre, tuvo un brusco desarrollo como punto de apoyo militar del enemigo, convirtiéndose, desde la primavera de 1932, en una importante base del destacamento provisional para Jiandao. Después de retirado éste, el imperialismo japonés ubicó allí permanentemente más de un batallón reforzado, con la intención de utilizarlo como fuente para la operación de cerco.

Dar el primer golpe y ocupar la región de Luozigou era la condición principal para ampliar el área guerrillera, amén de que destruiría un pilar de la operación de cerco.

Nos reunimos con los comandantes de las unidades antijaponesas en la casa de Ri Thae Gyong, en Sandaohezi, para examinar las operaciones de ataque a Luozigou.

El anciano Ri Thae Gyong era un patriota con antecedentes de servicio tanto en el cuerpo de voluntarios como en el Ejército independentista. Junto a Choe Ja Ik había sido responsable de la sección de asuntos generales en la Junta de administración militar del norte.

No era más que un soldado raso, pero So Il le había asignado ese cargo porque estaba enamorado de su destreza en el tiro y su caligrafía. Asimismo le inculcó la creencia Taejonggyo, que rendía

culto a Tangun (Fundador mitológico de Corea Antigua, primer Estado coreano –N. del Tr.), induciéndolo a ser un fanático. Por otra parte, Kim Jwa Jin le había regalado un revólver por haber apoyado su propuesta de luchar contra el comunismo.

Cuando Kim Jwa Jin se retiró a Manchuria del Norte en vísperas de la “punición” japonesa contra Jiandao Ri Thae Gyong fue a Mishan en pos de su señor. Mas, al refugiarse éste en lo profundo del espeso bosque de Daomugou en el distrito Yanji, sepultó su arma en la zona de Sidaohezi junto con sus colegas, y allí comenzó a trabajar la tierra.

Conservo aún en mi memoria la escena en que, al extender yo el mapa de Luozigou para explicar el propósito de la operación a los comandantes de las unidades antijaponesas, el anciano le puso un guijarro en la punta más cercana a la puerta para que no se moviera con la corriente de aire. Sus familiares lo llamaban piedra de la fortuna. Era un canto extraño, tan liso como un huevo. Ri Thae Gyong me explicó que, cuando servía como jefe de la sección de asuntos generales de la Junta de administración militar del norte en Shiliping, se lo había entregado un amigo antes de morir, diciéndole que si lo conservaba mucho tiempo, tendría buena suerte.

Actualmente ese guijarro se exhibe en el Museo de la Revolución Coreana. Dicen que antes de morir, el anciano lo dejó a su hijo, como un tesoro de familia, pidiéndole que lo conservara con cuidado porque el General Kim Il Sung lo empleaba para pisar el mapa de operaciones. En 1959, el hijo lo entregó a un grupo de visitantes que recorría lugares de combate de la lucha armada antijaponesa en la región del noreste de China. Ri Thae Gyong, aunque decía que no le gustaba el comunismo, se entregaba en cuerpo y alma a ayudarnos.

Me encontré con él por primera vez en el verano de 1933, por mediación de Choe Jong Hwa, jefe de la asociación antijaponesa en Luozigou. Entonces yo realizaba trabajo político entre los pobladores de Sandaohezi adonde fui en mi caballo blanco. En esa ocasión organicé esa asociación y a ella incorporé al anciano Ri Thae Gyong, el prohombre de la aldea, quien, posteriormente, formó a los vecinos.

Todos aceptaban con agrado sus palabras, porque era el más respetado e instruido en el poblado.

La aldea que contara con una o dos personas con antecedentes del cuerpo de voluntarios o del Ejército independentista, era relativamente fácil conducirla a la revolución. Casi todos los que habían pertenecido a éste no dejaron de ser patriotas aunque escondían las armas e interrumpían la lucha como Ri Thae Gyong. Cuando ellos, de casa en casa, exhortaban a ayudar al ejército revolucionario que sufría en las montañas, todos contestaban: “Así será”. Y si preguntaban: “¿qué vamos a hacer ahora que llegó a nuestra aldea el ejército revolucionario?”, decían: “Lo agasajaremos con *tok*”, o “sacrificaremos un buey”. Algunos habían traicionado, pero la mayoría vivió honestamente hasta que les llegó la muerte. Por eso, no descuidé el trabajo con ellos en cada aldea que visité. Eran mis primeros objetivos, entre otros: O Thae Hui, en Shixian; Choe Ja Ik, en Xidapo; Ri Chi Baek, en Macun; Kim Tong Sun, en Dongricun, y Ri Thae Gyong, en Sandaohezi. A veces acostados uno al lado de otro con el *mokchim* bajo la nuca, hablábamos sobre la situación del país.

Después de la liberación, algunos los rechazaban porque tenían otras ideas. Por entonces, a todos los que no profesaban el comunismo los miraban, sin distinción, a través del color particular de sus espejuelos. Esos funcionarios de estrecha visión, al promover a cuadros, apartaban en ocasiones a los que venían del Ejército independentista, lo cual era una insensatez que echaba agua fría a la política del frente unido que veníamos sosteniendo.

Cada vez que chocaba con esa tendencia, decía:

“Es un acto pernicioso rechazar a los que proceden del Ejército independentista por mantener otra corriente ideológica. Si ellos no se han convertido en comunistas, eso no es delito, sino una limitación. ¿O es que ustedes quieren que hasta Chun Hyang y Ri Mong Ryong se hagan comunistas? Los comunistas, aunque estamos en el poder, no debemos desestimar a los predecesores patriotas. Si cada época tiene su corriente ideológica, ¿por qué rechazarlos, apartarlos y cuidarse de ellos? ¿Acaso puede ser delito que combatieran a riesgo

de la vida por la independencia de Corea, mientras otros, rodeados de sus familiares, vivían en cuartos confortables, alimentándose de comidas calientes?

Considero que los integrantes del cuerpo de voluntarios o del Ejército independentista que lucharon con las armas en la mano son mucho más patriotas que los que se guardaron la vida con tranquilidad, en sus hogares. Tengan presente que si los rechazamos, el pueblo nos abandonará.”

Desde este punto de vista, cuando se estableció la Escuela de Hijos de los Mártires Revolucionarios de Mangyongdae, matriculamos también a los de mártires del Ejército independentista, y promovimos a cuadros, según su capacidad, a sus integrantes que apoyaban activamente nuestra línea de construcción de una nueva Corea. Habían pertenecido a ese Ejército Kang Jin Gon, el primer presidente del comité central de la Unión de Campesinos, y Ri Yong, el primer titular del Ministerio de Urbanización del Consejo de Ministros de la República.

Después de terminada la reunión nos preparábamos para el combate, cuando recibimos la información de que el adversario había abandonado la ciudadela para adelantarse a golpearnos. Lo atrajimos a un lugar favorable, y después de derrotar el grueso de sus tropas, acosamos al resto e iniciamos el asalto a la ciudad. Nuestra unidad aliada sostuvo una batalla difícil bajo una torrencial lluvia.

El mayor obstáculo, lo mismo que en la ciudadela distrital de Dongning, era el fortín del oeste. A causa de su desesperada resistencia, la batalla duró tres días. En el último, cuando nos reuníamos en la jefatura de las unidades antijaponesas, una granada de mortero disparada desde ese fortín hirió a Zhou Baozhong y otros oficiales de estas tropas, a unos grave y a otros leve. Zhou Baozhong era jefe del estado mayor del destacamento de Kong Xianyong. Esta circunstancia melló la moral de algunas unidades antijaponesas, que comenzaron a retirarse en desorden.

De no impedir esa retirada, se perdería la batalla. Ocupar o no el fortín del oeste pasó a ser la clave para la victoria o el fracaso en el

ataque a Luozigou. Estaba provisto no sólo de morteros sino también de ametralladoras pesadas y ligeras.

Su fuego puso fuera de combate a Jo Wal Nam, y el jefe de compañía Han Hung Gwon cayó gravemente herido. El vientre lo tenía abierto con tal dolor que nos pidió lo rematáramos a tiros.

A los miembros del Ejército Revolucionario Popular, que rechinaban los dientes pegados a la tierra, sin poder acercarse al fortín, les grité:

—¡Compañeros, ocupemos el fortín a toda costa! ¡Derramemos hasta la última gota de sangre en bien de la revolución!

Y acto seguido, me lancé hacia adelante, descargando el revólver contra los enemigos. Desde el fortín salía una granizada de balas. Algunas me silbaron en los oídos y otras atravesaron la gorra; seguí corriendo, sin tomar aliento. Los guerrilleros se levantaron como impulsados por un resorte y me siguieron.

Al cabo de 30 minutos era nuestro el inexpugnable fortín del oeste e izamos en lo alto la bandera roja.

Eso devolvió el ánimo a las unidades antijaponesas que pasaron al asalto final. Una gran influencia ejerció el espíritu de sacrificio de Zhou Baozhong y otros comunistas chinos. Aunque estaba gravemente herido, Zhou Baozhong se paró con los brazos abiertos ante los soldados antijaponeses que vacilaban y les gritó que vieran la bandera roja que flameaba en lo alto del fortín. Estos interrumpieron la retirada y se lanzaron sobre el enemigo con algarabía.

La batalla terminó con nuestra victoria.

En un último telegrama enviado al comandante en jefe del ejército Guandong, el jefe de batallón Wen y el asesor japonés que defendían a Luozigou, avisaban que, sitiados y atacados durante seis días y cinco noches por una unidad conjunta de 2 000 efectivos encabezados por Kim Il Sung, estaban próximos a sucumbir, y continuaban:

“Se nos agotaron las balas, y nuestro destino llegó a su último momento. Pero nos sentimos con dignidad, porque hicimos lo indecible por el Estado, por la fundación del Estado manchú. Perdónenos, comandante en jefe.”

Entre los primeros triunfos que obtuvo el Ejército Revolucionario Popular de Corea en la guerra antijaponesa los de Luozigou y Dadianzi fueron los mayores.

El asalto a Luozigou propinó un golpe contundente a los intentos de la operación de cerco e infundió al enemigo un pánico irremediable. Después de esa batalla las tropas de “castigo”, acantonadas en las proximidades de las bases guerrilleras, estaban cohibidas, con miedo.

La batalla de Luozigou, al mantener a raya a los enemigos en la región noreste de la zona guerrillera de Wangqing, creó una coyuntura favorable para expandirla e hizo un aporte formidable a la consolidación del frente conjunto con las unidades antijaponesas chinas. Con posterioridad, realizamos también enérgicas actividades político-militares para desbaratar la operación de cerco. Después de disueltas las bases guerrilleras, una parte considerable de las masas revolucionarias de Manchuria del Este se trasladaron a Antu y Luozigou, convertidas desde muy temprano en invisibles bases revolucionarias como resultado de titánicas actividades político-militares.

En la ofensiva veraniega de 1934 nuestro ejército revolucionario derramó mucha sangre. La historia de la batalla victoriosa de Dadianzi está impregnada también de la sangre del comisario de regimiento Cha Ryong Dok, prestigioso comandante y uno de los organizadores de la guerrilla de Helong que procedía de la clase obrera. Resultó ser el primer comisario que murió después de formado el Ejército Revolucionario Popular de Corea.

2. Ricos y pobres

Sin duda, la base guerrillera nos servía de hogar, de cuna, pero yo no podía permanecer sólo allí. Porque, visto desde el plano táctico, un ejército estático en un lugar acaba por sucumbir. Además, no me gustaba andar de perezoso por el valle de Xiaowangqing, consumiendo los alimentos que ofrecían sus moradores y, en especial, me causaba repugnancia ver que los elementos izquierdistas y chovinistas mataban a sus propios hombres acusándolos de miembros de la “Minsaengdan”.

Aproveché todas las oportunidades que tuve para salir con la unidad al territorio contrario, sobre todo después de creadas las zonas semiguerrilleras.

Eso alegraba también a los pobladores, ya que sabían que así conseguirían alimentos y tejidos. Las diatribas contra el comunismo quedaban en la nada allí donde pasábamos siquiera una noche. Los vecinos prestaban más atención a la ética y la urbanidad de los comunistas que al rumor difundido por los adversarios.

Luego de experimentar la vida en zona enemiga, ningún guerrillero quería separarse de mí.

Como acompañante seleccionaba a la compañía No. 5, compuesta de 50 ó 60 soldados, teniendo en cuenta que si la columna era demasiado voluminosa dejaría muchos rastros y tropezaría con dificultades para alimentarse. Cuando necesitaba refuerzos, llamaba a la compañía No. 1. Como yo operaba principalmente en territorio enemigo, la pesada carga de defender a Wangqing recaía sobre los hombros de Choe Chun Guk y Jang Ryong San, encargados de las compañías No. 2 y 3, respectivamente. La No. 4 estaba destinada a la defensa de Yaoyingou.

La compañía No. 5 era la flor y nata, la de mayor capacidad combativa en Wangqing. Si le ordenaba caminar a tres pasos de

distancia o sin que se escuchara la respiración, sabía obedecer. Evitaba acciones de envergadura; sólo entablaba escaramuzas que estaban a su alcance para luego replegarse, en una noche, como llevada por el viento, a ocho o veinte kilómetros.

Esas operaciones perturbadoras impedían que el enemigo se entregara exclusivamente al “castigo” de la base guerrillera.

Liberado el país, algunos funcionarios de la labor propagandística del Partido no divulgaron en absoluto estas experiencias de los comunistas coreanos en las acciones en la retaguardia enemiga, sino, únicamente, las tradiciones o logros de otras naciones. Entonces la enfermedad del servilismo a las grandes potencias que ellos diseminaron, era tan grave que nuestros hombres ni siquiera conocían que durante la guerra antijaponesa había tenido lugar un encuentro tan enconado como la defensa de Xiaowangqing, aunque sí hablaban mucho sobre la batalla en Stalingrado o sobre el choque de tanques en Kursk. En un tiempo, al héroe Ri Su Bok se le llamó “el Matrosov de Corea”. Aun en el período de la Guerra de Liberación de la Patria nuestro pueblo consideraba que en el mundo el primer soldado que había cubierto con su cuerpo la aspillería de una casamata era Matrosov, de la Unión Soviética, y no Kim Jin, uno de sus precursores antijaponeses.

Una adecuada educación en las tradiciones revolucionarias durante los primeros días de la liberación hubiera salvado a muchas personas de la muerte en el período de la retirada. Si divididas en grupos de 5-6 ó de 15-20 y cada cual con hachas a la cintura y llevando auestas quince o treinta kilogramos de arroz hubieran andado por las montañas tiroteando de vez en cuando y esparciendo volantes para luego esconderse en el bosque, habrían podido resistir con seguridad uno o dos meses, pero, como descuidamos educarlas previamente, sufrimos pérdidas que pudieron evitarse.

Fueron las aldeas rurales ribereñas del Tuman donde desplegué más esas acciones. Un cierto año, al viajar en tren a lo largo del río, pude ver en la otra orilla los montes y valles familiares con sus paisajes originales.

Como hay un refrán que dice: Debajo del candil es más oscuro, no estaba mal que permaneciéramos ante las narices del enemigo. Nuestra unidad avanzaba hasta el monte trasero de Tumen. Allí todos vestíamos de civil. Situada la guardia en cada una de sus tres cimas, acampábamos en el bosque y llevábamos una vida bastante tranquila, durmiendo o leyendo. El adversario no conocía que la guerrilla vivaqueaba ante sus narices.

Operamos en Tumen y Liangshuiquanzi, en las riberas del río Tuman, en 1933 y 1934, durante la estación veraniega. Al regresar a Wangqing tras efectuar las negociaciones con Wu Yicheng, realizamos trabajo político entre las masas en las vecindades de Liangshuiquanzi y entonces fue cuando mandé a guerrilleros a la zona de Tumen y yo mismo hablé con los oriundos para escoger un lugar apropiado para la comandancia. Me informaron que eran ideales tres puntos: Songdongshan, Beigaoliling y Caomaodingzi. Efectivamente lo eran para la seguridad de la comandancia, pero resultaban inadecuados para nuestro objetivo.

Inexplicablemente me atraía mucho más el monte trasero de Tumen, el cual solía contemplar en mis frecuentes viajes por Onsong porque se parecía a la colina Moran de Pyongyang. El mapa confirmó que convenía plenamente a nuestro propósito.

El monte contaba con varias cañadas y estaba cubierto de frondosos árboles, condiciones muy buenas para pasar algunos meses de verano en cabañas improvisadas. Y muchos de los poblados de sus alrededores eran terreno cultivado por nuestra organización que había echado sus raíces a partir de 1930, y otros numerosos permanecían aún vírgenes. Planeamos convertirlos en aldeas revolucionarias.

Quise marchar hacia allí tan pronto como terminó la batalla de Luoizigou, pero tuve que postergar la partida porque dediqué algún tiempo en Xiaowangqing a resolverles uniformes y provisiones a las unidades antijaponesas chinas. Aun a mediados de julio, los soldados de la unidad de Qingshan llevaban trajes enguatados, ya gastados, y por falta de otro alimento sacaban las patatas todavía tan pequeñas

como huevos de gorrión. Los sembrados en sus contornos eran devastados sin piedad y sus dueños se quejaban. La carencia de comida y ropa motivó de por sí que las relaciones entre jefes y subordinados se deterioraran y que se fueran convirtiendo en merodeadores. Incluso se sentía una tendencia a capitular ante el enemigo. Igual pasó en la unidad de Kaoshan que aún no pertenecía al Ejército Revolucionario Popular y en la de Shi Zhongheng.

En cooperación con la unidad de Qingshan, atacamos Jiayahe y conseguimos cereales y ropas que pronto se repartieron entre esas tropas, y luego de haber aniquilado al enemigo en Diaomiaotai, partimos rumbo al monte trasero de Tumen. Cuando llegamos al destino se presentó el jefe de compañía Han Hung Gwon, quien nos había seguido a escondidas, tras haber escapado del hospital de la zona guerrillera donde se encontraba recluido con una grave herida en el vientre.

Un mes antes, se le habían salido los intestinos por un balazo; sin embargo, ahora sólo le sangraba la herida de la operación donde acababan de quitarle los puntos de sutura. Preocupado por si se le abría la herida, le ordené volver al hospital. Aquel corpulento hombre me suplicó con cara compungida que le permitiera quedarse. Al final, asigné a Wang, interino del jefe de compañía, para atenderlo.

Antaño Tumen se llamó Hoemakdong, pues allí hubo coreanos que vivían en cabañas calcinando la piedra caliza. Se decía que todo su entorno lo formaban montes cálcicos.

El imperialismo japonés, que después del Incidente del 18 de Septiembre ocupó a Manchuria, extendió de Chaoyangcun a Hoemakdong el ferrocarril Jilin-Hoeryong y le puso a su estación el nombre de Tumen. Con posterioridad, las aldeas de sus alrededores con nuevas construcciones se convirtieron en una villa bulliciosa de consumo, donde se instalaron una oficina del consulado, policía y aduana y también una guarnición, los cuales molestaban a los pobladores que vivían de la cal. Esa nueva villa se denominó Tumen, y a la vieja aldea al pie del monte oeste le seguían llamando

Hoemakdong como habían bautizado los coreanos. Más tarde, entre Tumen y Namyang se tendió el ferrocarril fronterizo. A partir de ahí Tumen empezó a servir a Japón como puerta oriental que defendía sus concesiones en el territorio manchú. También Namyang, allende el río, se convirtió en un importante nudo que ligaba Corea y Manchuria.

En la segunda mitad de la década de 1930, en ese lugar se establecieron aparatos de conspiración y espionaje para agredir a la Unión Soviética. Resultaba, pues, un importante punto militar y político.

Que Tumen se convirtiera en un punto de apoyo para nuestras actividades y un importante corredor que nos ligaba a las zonas semiguerrilleras del interior de Corea, nos favorecía desde diversos ángulos.

Hacía mucho tiempo en Hoemakdong habíamos creado una organización que funcionaba bajo la dirección de O Jung Song. Sus miembros me ayudaron cuando en septiembre de 1930 crucé el río para llegar a Onsong y me despidieron en mayo del año siguiente, en que pasaba a Jongsong. También prestaron asistencia a Choe Kum Suk la vez que estuvo allí para conseguir manzanas y peras necesarias para despertarme el apetito durante mi enfermedad.

Así Tumen, además de estación intermedia que nos enlazaba con Onsong, era una base de intendencia para nuestra guerrilla.

Acampando en el monte trasero de Tumen perseguíamos el objetivo de hacer fracasar la política enemiga de “segregar al pueblo de los bandidos”. Por esto se entendió separar al pueblo del ejército revolucionario al que llamaban “bandidos comunistas”. Los imperialistas japoneses lo proclamaron como una política y actuaban con frenesí para cortar la arteria que ligaba a nuestro ejército con el pueblo, inventando sucesivamente cosas como operación ideológica, política de aldeas de concentración, ley de inculpación común entre diez familias, ley de acusación mutua de cinco casas, operaciones de regreso sumiso u otras por el estilo.

Blanco de esa nefasta “segregación”, muchas organizaciones fueron destruidas e incluso cambió el ánimo de la gente. Hubo

incluso quienes pusieron su cuño en el acta de “solicitud de retorno sumiso”. Esto se vio más en la zona al sur de Wangqing, colindante con el río Tuman.

Lanzamos la consigna de erradicar ese separatismo con la unidad del ejército y las masas y para hacerla realidad nos compenetramos con ellas y las organizamos. Por esa época se recuperó la organización de la aldea Nanyangcun, tierra de O Jung Hup, mientras en Dalazi se creó otra nucleada por los de apellido Choe. Concluida análoga misión en otros poblados cercanos, trasladamos el escenario de nuestro trabajo con las masas a Liangshuiquanzi para identificarnos con taladores y campesinos. Una vez, al frente de un grupo, fuimos hasta Xiongjidong, en Mijiang, del distrito Hunchun, pasando por Solgol, para restaurar las organizaciones de Kyongwon (Saepyol) y Hunyung al otro lado del río Tuman. Así, con la unidad hicimos que el pueblo, que lloraba por esa política de “segregación”, riera.

Cuando frecuentaba el monte trasero de Tumen viajé a menudo por la zona de los seis pueblos para implantar un ordenado sistema de dirección de las organizaciones partidistas de base y otras agrupaciones revolucionarias creadas en diversos lugares de Corea y para extender la tarea de la construcción del partido hacia la profundidad del territorio nacional.

Después que en octubre de 1930 se constituyó la organización del partido en la colina Turu del distrito Onsong, en las riberas del Tuman aparecieron muchas otras merced a los esfuerzos de pilares como O Jung Hwa, Kim Il Hwan, Chae Su Hang, O Pin y de trabajadores políticos clandestinos, entre otros Ri Pong Su, An Kil y Jang Kum Jin. Lo mismo ocurrió en los distritos Hoeryong, Yonsa, Unggi(Sonbong), Musan, Kyongwon(Saepyol), Rajin, y Puryong, y en el barrio Sinam de Chongjin, etcétera.

En agosto de 1933 organicé un cursillo sobre las actividades clandestinas del partido bajo un árbol un poco apartado de la cabaña de carboneros en el valle Paksok, del distrito Kyongwon(Saepyol). Duró dos días. Asistieron trabajadores políticos y cuadros de las organizaciones clandestinas que actuaban en las zonas norteñas y

otras diversas regiones de Corea. Jo Tong Uk, Pak Hyon Suk, Pak Kil Song y yo intervinimos con temas relativos a las actividades de la Unión de la Juventud Comunista, a las de la Asociación de Mujeres, a las del Cuerpo Infantil, y a la constitución de la organización del partido en la clandestinidad, respectivamente.

Precisamente entonces en Onsong dirigimos la reunión de los representantes de las organizaciones partidistas del interior de Corea y otras agrupaciones revolucionarias clandestinas. En la efectuada en febrero de 1934, en el colegio privado Jinmyong del actual poblado obrero Phung-in del distrito Onsong, discutimos como agenda principal la cuestión de ampliar las organizaciones del partido a extensas regiones del país y establecer el sistema de dirección sobre ellas, y decidimos crear al respecto organismos como comités zonales. Según esta resolución, organizamos el de Onsong, presidido por Jon Jang Won. La reunión cumplió una misión trascendental para impulsar la constitución de las organizaciones partidistas en el interior de Corea en la primera mitad de la década del 30.

El diario *Joson Ilbo* en una edición de aquel tiempo, comentó: “En el congreso del partido efectuado en el colegio privado Jinmyong se adoptó, imprimió y distribuyó un programa de acción intrépido y audaz”.

El trabajo en territorio enemigo con el monte de Tumen como centro, dejó muchas anécdotas interesantes.

Una de ellas la guardo fresca en la memoria: el rapapolvo que le dimos a un terrateniente de mala fe. No recuerdo el nombre de la aldea, pero seguro que era un poblado de coreanos.

Un día, ordené a los guerrilleros descansar en el monte trasero de Tumen y decidí ir adonde vivía ese terrateniente. Me vestí de civil con *paji* y *jogori*, ropas tradicionales de Corea. Andábamos siempre con éstas en el morral, teniendo en cuenta que sin ellas no podíamos actuar en las zonas enemigas. Quienes hablaban libremente en japonés guardaban ropas japonesas.

Partí en compañía de mi enlace Ri Song Rim y otros dos soldados.

Era de tarde, pero aún faltaba tiempo para que el sol se pusiera. Estaba ansioso de conocer el ánimo de los pobladores con los que nunca habíamos tenido contactos. Además, la permanencia de varios días en el monte me había sembrado tedio. Pensaba pedirles ayuda a los moradores y vincularlos a la organización si la disposición de ellos era buena. Allí no existían militares ni policías japoneses.

Nos acercamos a la casa más grande y lujosa, y llamamos al dueño. Aunque irradiaban aún los rayos del sol sobre la tierra, los dueños tenían la puerta cerrada por dentro y ni siquiera respondían. Agitamos ruidosamente el aldabón y oímos acercarse a alguien con pasos perezosos, arrastrando los pies. La puerta se abrió y una cabeza asomó; un hombre de mediana edad nos miraba con malos ojos. Era, precisamente, el terrateniente.

Le saludé con cortesía y le expliqué:

—Señor. Somos pasajeros. El sol está en el ocaso y no tenemos donde alojarnos. Por eso, lo hemos llamado a usted, tenga la bondad de permitirnos pasar una noche en su casa.

El dueño contestó con una blasfemia, nos tildó de locos y dijo:

—Caramba. A unos dos kilómetros existe una posada, ¿por qué han venido aquí, a una morada privada? ¿Piensan que mi casa es el molino común de la aldea?

Cuán grosero y repugnante fue su regaño, su mirada fulminante, como a mendigos vagabundos y llamándonos orates. Sentí cólera, pero me contuve y volví a suplicar con calma:

—Señor, nos duelen las piernas y tenemos ampollas en los pies; no podemos caminar más. Permita alojarnos una noche en su casa.

De pronto, se tornó rabioso y echando espuma por la boca, gritó:

—¡Sinvergüenzas! Ya he dicho que la posada está cerca, ¿por qué me molestan como sanguijuelas? Tipejos así no he visto ni siquiera el día de la feria...

Mi enlace intervino:

—Señor, aunque quisiéramos ir, no tenemos dinero. Se dice que hasta la Osa Mayor ve al bienhechor; si usted nos agasaja...

El dueño lo interrumpió y chilló:

—¿Qué me dices? ¿Quieren que les preste dinero? ¡Imbéciles!

Y escupió, cerró ruidosamente la puerta y desapareció.

Por primera vez en casi diez años de revolución recibía tal trato. Actuando en la clandestinidad me había encontrado con muchos ricos en Manchuria central, pero ninguno me trató tan mal.

Ri Song Rim, sin poderse controlar, resopló. Parecía que no imaginó siquiera que su comandante fuera tan humillado por un terrateniente tan inhumano. Su cólera llegó al clímax, y afirmó que tal hombre, peor que un cerdo, no merecía seguir viviendo y propuso matarlo, o por lo menos dispararle al oído para verlo caer desmayado.

Yo tampoco podía contenerme. Es una ley que los compatriotas se hacen más entrañables en tierras extrañas, incluso los que en la patria se llevan como perro y gato, fuera de ella se tienden la mano y departen como hermanos. Esto es común en los humanos. Sin embargo, en aquel terrateniente que nos había insultado, llamándonos dementes, no pude encontrar ni una pizca de ese sentimiento.

La nación estaba arruinada, pero ¿era posible que se ennegreciera hasta la compasión entre los seres humanos? Nuestros antepasados tenían un proverbio: Los pacientes de la misma enfermedad se consuelan mutuamente, en el sentido de que es un principio de las relaciones humanas que los desgraciados se apiaden unos de otros. ¿Dónde en este mundo existirá una nación tan propensa como la coreana a llorar y reír por la conmiseración? También los de la antigüedad decían que a los espíritus los controlan los conjuros y al hombre la misericordia.

Ofrecer hospitalidad al huésped constituye un rasgo característico de los coreanos. Facilitarle alojamiento es costumbre y ética heredadas de generación en generación. En otros tiempos, mi familia, aunque debía mantenerse con lo que ganaba atendiendo tumbas ajenas, no desdeñaba a los que la visitaban. Si carecía de granos, les servía lo que hubiera, aunque para ello tuvieran que mezclarlo con más agua en la olla. Cada vez entonces, a mi madre y tía se les proporcionó sólo comida aguada.

Aun cuando no comieran una o dos veces, nunca se quejaban de la familia de sus esposos, ni de su destino. Esta era la verdadera imagen de la nación coreana que veía desde pequeño.

Un buhonero, que no tenía ni un *jon* en el bolsillo, si se decidía, podía recorrer gratis las ocho provincias de Corea, esto también es una tradición de nuestra nación heredada desde la inmemorable Época de los Tres Reinos. De ahí que los extranjeros que se alojaban, aunque fuera una sola vez, en hogares coreanos, nos alababan como el país de la cortesía en el Oriente.

¿Era entonces que por las venas de ese terrateniente no corría sangre de coreano? ¿Cómo podía tratar con tanto desamor a sus congéneres?

Ante todo, carecía de ética.

Es probable que una nación débil sea privada de todo su territorio, y que pierda hasta su idioma, alfabeto y sus apellidos. Pero es imposible que pierda hasta las cualidades humanas. Si como ese terrateniente, todos se volvieran cerdos que no reconocieran a sus compatriotas, sería imposible que los coreanos restauraran a su país.

Afortunadamente, entre nosotros existían muy pocos como éste.

El suceso me hizo ratificar mi criterio hacia esa clase de ricos.

He aquí otro ejemplo: En el verano de 1933 una tropa de salvación nacional atacó a Shixian y mantuvo como rehén a la esposa de un hombre rico para conseguir provisiones. Ella, cubierta sólo con ropas interiores y con los pies entorchados según la costumbre china, permaneció algunos días en Shiliping donde se estacionaba la unidad. Por medio de una carta se avisó al marido que tenía hasta tal día de plazo para entregar equis cantidad de dinero y que entonces se la devolvería. No obstante, ni siquiera asomó la cabeza, decidió que con ese dinero se casaría con otra mujer más hermosa. En conclusión, el padre de la secuestrada debió ir con el dinero para buscarla.

Así eran los ricos de mala fe.

Para conseguir alojamiento, recorrimos el caserío. Buscaríamos

una casa de techo de paja y no de teja. No lejos de la vivienda del terrateniente, descubrimos una, cuyas puertas estaban abiertas de par en par y donde sus moradores cenaban.

Me acerqué al poyo y repetí lo que dije al terrateniente:

—Somos pasajeros y el sol está a punto de caer. ¿Podría permitirnos pasar la noche en su hogar?

El dueño se viró y, apoyándose en el quicio de la puerta, asomó su cabeza y respondió:

—Entren, de cualquier modo compartiremos la comida aunque es pobre. Perdónenme, no tengo nada más que gacha, y me avergüenza la suciedad del cuarto, pero, pasen, pasen pronto.

—No diga eso. Como viajeros de tránsito, ¿de qué podríamos quejarnos?

Entramos tirados de las manos por el dueño. El cuarto era pobre, pero las palabras y la conducta de sus moradores eran tan bellas como la seda.

El hombre preguntó a su esposa si quedaba algo, a lo que contestó que sí. Me convencí de que los pobres se distinguen de los demás. La misericordia les pertenecía a ellos y no a los ricos. Fue conmovedor que nos invitara a su mesa sin importarle que éramos dos, y le dije:

—Si nos comemos su ración, ¿qué pasará? No, nos basta con dormir.

Me parecía que aunque me sentara ante la mesa no me pasaría la comida por la garganta, y rechacé la invitación.

El dueño se molestó y me reprochó:

—¿Cómo puede portarse así? Si está aquí como huésped, está obligado a aceptar hospitalidad... Parece que rehúsa mi invitación por la pobreza de la comida, pero es verdad que no tengo otra. ¡Oye, mujer, trae cebollas y pasta de soya!...

La esposa solícita trajo lo que le pidió.

Mientras observaba aquel tratamiento tan cálido, como en familia, sentí que se me calentaban los párpados. Me senté ante la mesa, pero no me atreví a tomar la cuchara, pensando en los compañeros que montaban guardia a la entrada del caserío.

—Gracias, tomaré algo más tarde; continúen ustedes. Nuestros compañeros están aún fuera de la aldea...

—¿Hay más?

Al momento, una sombría expresión cubrió su rostro. Era natural, pues tenía reservado nada más que un plato de guiso aguado.

—Sí, otros dos hombres. Se han rezagado por las ampollas en los pies. Mire, ¿es cierto que existe cerca una posada?

—Sí. A unos tres o cuatro kilómetros. ¿Cómo podrían llegar allí arrastrando los pies ampollados? Ahora compartámonos lo que hay y acuéstense. Irán mañana. Llamen a los otros.

Le pregunté sobre el terrateniente.

Respondió que era tacaño, un rufián. Y agregó que si bien daba la espalda a los aldeanos, se llevaba muy bien con los policías y mandarines, y que al parecer por su culpa días antes, un joven llegado de Corea para ver a sus parientes, fue detenido sin ningún motivo e interrogado por la policía, y regresó a su tierra natal arrastrando su cuerpo magullado.

La oscuridad lo envolvió todo.

Llamé al enlace y le ordené que avisara a los centinelas que pasaríamos esa noche en el caserío y que trajeran a los otros guerrilleros que nos esperaban en el monte.

Poco después, Han Hung Gwon apareció al mando de la compañía.

Al ver que unos 60 ó 70 hombres uniformados entraban a la aldea, el terrateniente imaginó que algo grave sucedía, se presentó ante mis compañeros y los saludó con tono halagador:

—Buenas noches, señores —se apresuró a invitarlos a su casa.

Pensé en lo difícil que sería vivir como tal hombre con doble cara.

Han Hung Gwon, que aún no sabía nada, quedó agradecido, y elogiándolo me dijo:

—Compañero comandante, ese terrateniente es tan gentil como Jang, el de Xiaowangqing y el de Tumen.

Jang había ayudado con sinceridad a los guerrilleros, pero luego, fue expulsado a Daduchuan por orden del gobierno del soviético, y el terrateniente de Tumen proporcionó en cumplimiento de nuestro

ruego, una colosal cantidad de diversos materiales de intendencia, entre ellos, tejidos y algodón para más de 500 uniformes a las unidades antijaponesas chinas. Con esa tela se vistió a todos los soldados de las unidades de Xiaowangqing.

El hombre de Tumen frecuentaba Shiliping para ver a sus parientes. Nuestros compañeros, informados de ello lo habían detenido para pedirle provisiones. Pero, mientras regresábamos de las acciones en zona enemiga, los miembros de la dirección lo pusieron en libertad alegando que habíamos aplicado un mal método. Mandé a unos guerrilleros y volvieron a detenerlo fuera de la zona guerrillera. Me entrevisté con él y le expliqué con franqueza la situación del vestido de las unidades antijaponesas. El terrateniente se comprometió a acceder a la petición de la guerrilla y volvió a su casa. Más tarde, cumplió con lealtad.

Relaté brevemente a Han Hung Gwon lo que acabábamos de experimentar en casa del terrateniente, y agregué:

—Mira, jefe de compañía, no te dejes engañar por ese pillo. Es un rufián que ni siquiera abrió su puerta a unos viajeros.

Han Hung Gwon primero se echó a reír fuerte, pero, después frenético, apretó los puños, y gritó:

—¡Maldito sea! No debemos perdonarlo, ahora lo ajusticiaremos. Agité una mano y sugerí:

—No, no lo hagas. ¿Qué ganaríamos con eliminar a un terrateniente? Al contrario, alarmaríamos a los moradores... Más vale advertirle con rigor que no olvide los atributos del coreano.

—Entonces le daremos un rapapolvo. No podemos perdonar a ése que es como una pulga de perro.

—Bueno. Pero no te portes como un bandido.

Le advertí previendo que actuara con insensatez.

Han Hung Gwon apareció y el terrateniente, muy sagaz, salió a su encuentro y le preguntó quién era el jefe. Su intención era recibir sólo al jefe y algunos otros comandantes y de repartir entre el caserío a los demás que no le importaban. Era rápido en cálculos como todo tacaño.

Han Hung Gwon se presentó como jefe:

—Parece que usted vive bastante bien. Aunque nos quedemos dos meses, no tendría ningún inconveniente.

—Algunos días sí, pero dos meses...

El terrateniente se llenó de pánico e inquietud, preguntándose si estaba hablando de verdad.

Han hizo caso omiso y con sorna siguió lanzando una ráfaga de preguntas que lo pasmaban:

—Señor, ¿cuántos cerdos puede sacrificar para mis soldados que no han probado carne durante varios meses? No hablemos de otras casas, pero usted tendrá almacenados, por lo menos, 100 sacos de arroz. ¿Qué dice?

—No tanto. Está usted exagerando. Otros también tienen granos, pero fingen alimentarse de gacha.

—Eso no me importa. Usted tiene que agasajarnos. No se ponga así tembloroso por una cosa tan insignificante para un rico. ¿No cree que si le queda conciencia de coreano debe contribuir de alguna manera a la independencia del país? ¿Sería justo que consumamos los pocos víveres de los pobres en vez de pedir ayuda a hombres como usted? Además, si les acabamos las provisiones, ¿qué comerán en la temporada agrícola?

Ante la actitud coercitiva de Han, el hombre se vio obligado a matar cerdos y ofrecer arroz. También los guerrilleros que se alojaban en otras casas los llevaron y prepararon comida, sin echar mano a los cereales de los dueños de las moradas. Si nos hubiera tratado humanamente, el terrateniente no habría sido tan afectado.

Una vez hecho esto, Han regresó llevándose de aquella casa una estera de paja y una colcha para mi lecho. Desde antes era un maestro para escenificar tales comedias.

Esa noche, en el hogar del campesino honesto, quien nos había ofrecido un plato de cebada con agua, cenamos con el arroz del terrateniente.

El dueño nos preguntó con inquietud:

—¿No sucederá nada por eso?

Traté de tranquilizarlo:

—No se preocupe. Usted no se ha metido en nada. ¿Qué le puede pasar si nos prestó sólo una olla? Si, más tarde, el terrateniente los molesta, díganle que no saben nada, que todo se debe a los guerrilleros.

—¿Son guerrilleros? Entonces podemos estar tranquilos. Qué tontos somos. No hemos reconocido ni a los guerrilleros.

Era imposible que el matrimonio nos reconociera. Sólo por la noble ética de los coreanos habían deseado compartir los pobres alimentos que tenían. Sin embargo, al terrateniente le faltaba tal hospitalidad. Quizás, si hubieran sido policías japoneses los aparecidos ante su puerta, les habría adulado invitándolos a sentarse sobre cojines.

Así era la diferencia entre los ricos y los pobres. Pero, no digo que por ser ricos, todos carecieran de patriotismo y humanismo. Por ejemplo, Zhang Wancheng, padre de Zhang Weihua, era un latifundista, pero poseedor de gran personalidad y fuerte patriotismo. Si aprecio como mujer magnífica a una rica como Paek La Viuda, es porque había sido una patriota de buen corazón, que no escatimó recursos para la civilización y el progreso de la nación. Así fue como las posteridades le llamaron Paek La Bienhechora.

Pero, la mayoría de los ricos fueron tacaños e inhumanos como ese con el que nos habíamos encontrado. El refrán que dice: La generosidad nace de la tinaja de arroz, es, desde luego, una verdad. Pero, no es así en todos los casos. ¿Acaso aquel campesino que nos invitó a compartir la cebada aguada, fue tan hospitalario por tener tinajas llenas de arroz? Francamente, sus tinajas estaban vacías, y sólo un miserable saco de cebada se veía colocado en un rincón de su cuarto.

Aunque se tenga una gran bolsa de dinero y otras abundantes riquezas, si falta la virtud, se acabará abandonado por el mundo. Por el contrario, quien posea ese don, si bien viva en una choza, será millonario en moral, con muchos vecinos, y disfrutará del respeto de los demás. Teniendo en cuenta que es la moral la línea divisoria entre

la nobleza y la mezquindad del hombre, puede decirse que ese terrateniente era un pobre que no merecía calificarse de hombre.

La auténtica sinceridad no surge de las lujosas mansiones sino de las chozas donde viven los hombres simples.

Está el caso del matrimonio de Ri Pong Su contagiado por el tífus exantemático en Machang. El trabajaba de director del hospital y un día su esposa An Sun Hwa salió a rastras para enterrar a su hijo que había fallecido por hambre y lo cubrió con hojarascas.

Ri Pong Su presintió que también moriría pronto como su hijo y en ese momento se quitó el nuevo uniforme que días antes le habían traído sus compañeros, lo dobló cuidadosamente y colocó encima una carta con testamento: “El uniforme no se ha usado mucho, quien lo descubra póngaselo en lugar mío.”

Ese era, precisamente, el mundo espiritual de los revolucionarios, incomparablemente más noble que el de aquel terrateniente.

Ri Pong Su sobrevivió de milagro y continuó la revolución. Su “testamento” quedó de conmovedor exponente de cualidades nobles y auténticas que sólo se dan en un comunista.

De vuelta a la zona guerrillera, reunimos a la tropa y le hablamos de lo que habíamos experimentado en dicha aldea. Refiriéndonos a la naturaleza clasista de las personas dijimos que mientras los pobres nos invitaban a compartir lo único que tenían, el terrateniente nos tiró la puerta en la cara. Era un malvado. Para que no existieran más tales tipejos, debíamos acabar con la sociedad explotadora.

Lo sucedido sirvió de buen material para la educación clasista.

Más tarde, la anécdota del terrateniente y el hombre pobre se difundió de boca en boca por las riberas del río Tuman. Los lugareños maldijeron al terrateniente, calificándolo de malvado, mientras llenaban de elogios al campesino. Todo compañero que vestido de civil llegara a una aldea, era recibido por sus jóvenes quienes le señalaban a los que vivían bien y a los que tenían un buey de la “sociedad Minhoe”.

En el campo se criaban los bueyes de la “sociedad Minhoe”. Después de ocupada Manchuria por el imperialismo japonés, esta

organización reaccionaria distribuyó esos animales a los campesinos. Una vez crecidos, debían devolvérselos. Era otra palanca para explotar la fuerza laboral. Esos bueyes tenían los cuernos marcados con estampas.

Los jóvenes querían decirnos que podíamos sacrificar esos animales; matábamos sólo a aquellos bueyes que ellos nos indicaban. Entonces los japoneses se ponían furiosos: “En esta aldea existen malintencionados; ¿cómo el ejército comunista puede saber las casas que tienen un buey de la ‘sociedad Minhoe’?; seguro que son los aldeanos los que dan la información.”

Los campesinos, a su vez, les contestaban:

“No sabemos nada, ni nos importa. Esos hombres ya traen una lista. Nos consultan con ella y no tenemos otro remedio que obedecerles.”

En mi larga vida me convencí hasta los tuétanos de que los ricos son más sórdidos cuanto más ricos. La riqueza que da la espalda a la justicia y a la ética no es fuente de bellos rasgos, sino trampa que los entierra. El terrateniente mencionado me llevó a esa conclusión. Por su culpa, hasta se alteró mi impresión sobre esa aldea.

Con ese suceso, redoblé mi decisión de destruir el viejo régimen social corrupto e inmoral, donde los terratenientes y los capitalistas se enseñoreaban, y establecer en el país liberado una nueva sociedad, auténtica y sana, en que todos vivieran con la armonía de una familia, sin pobres ni ricos.

En la actualidad, nos esforzamos para llenar de riquezas a todos los trabajadores. Planeamos convertirlos, no en ricos cebados con sangre y sudor ajenos, sino en ricos en moral, honestos y laboriosos, que creen sin descanso bienestar para la sociedad con su trabajo y que disfruten de una abundante vida material y de virtudes. No podemos admitir ese capitalismo donde el dinero es omnipotente. Cuando llegue la época en que todos por igual posean riqueza material y moral, dejará de existir la maldad social que deteriora a la humanidad.

3. Escalando el Laoyeling

Terminadas nuestras actividades en zonas enemigas regresamos a la base guerrillera, pero, nos vimos obligados a echarnos de nuevo la mochila a la espalda y abandonar Wangqing. Zhou Baozhong, que actuaba en Manchuria del Norte, solicitaba nuestra ayuda.

Accedí con toda seriedad a esta petición. Zhou Baozhong era entrañable compañero de armas. Desde la época del comité de soldados antijaponeses veníamos luchando juntos por la causa común, manteniendo estrechos lazos. La batalla de Luozigou profundizó todavía más nuestra amistad. El me llevaba 10 años. Considerando un sagrado deber internacionalista responder a su solicitud, aceleré los preparativos para la partida hacia allí.

En la segunda mitad de octubre de 1934, un día con abundante nieve, el destacamento expedicionario compuesto por más de 170 efectivos de tres compañías seleccionados de Wangqing, Hunchun y Yanji, salió de Duitoulazi e inició la escalada del Laoyeling.

La naturaleza posee una fuerza verdaderamente misteriosa. Las cordilleras sirven a veces de línea para trazar fronteras entre países y otras veces dividen el territorio en provincias y distritos. Esas murallas constituyen en ocasiones factores determinantes de la diferenciación de niveles políticos, económicos y culturales. La cordillera de Laoyeling es como una barrera natural que separa a Manchuria del Este de la del Norte y del Sur y aísla a Jiandao del Este de Jiandao del Norte y del Oeste. También son contrastantes la topografía del norte y la del sur de esta cordillera. En el sur se despliega una especie de denso biombo de montañas y en el norte abundan extensas llanuras que en Corea pueden verse sólo en la región de Honam. Y si la mayoría de los residentes en Manchuria del Este al sur del Laoyeling, eran oriundos de la provincia Hamgyong del Norte, en las zonas al norte vivían muchos provenientes de las provincias Kyongsang del Sur y del Norte.

En cuanto al nivel de conciencia, los del Norte de Manchuria quedaban algo detrás de los del Este. Por consiguiente, pasaba lo mismo con el fervor revolucionario. Una vez, Zhou Baozhong me confesó que la formación política de los pobladores del Norte resultaba mucho más difícil que entre los del Este. Esta situación no pudo menos que constituir una seria dificultad para las actividades de los comunistas de esa parte de Manchuria. El alivio en cierto grado de esa situación, hubiera sido beneficioso también para el desarrollo armonioso de la revolución en el Noreste de China.

Nos proponíamos utilizar el Sur y el Norte como futuros escenarios de operaciones de grandes unidades, al igual que el Este de Manchuria y el interior del país. Hacer todo lo posible para cooperar con los vecinos era la posición en que insistimos invariablemente desde el inicio de la lucha. En esto radicaba la razón de que uno de los principales objetivos de nuestra expedición al Sur fuera el encuentro con Ri Hong Gwang y Ri Tong Gwang, y nos esforzáramos tanto por alcanzar este propósito. Ayudar al Norte de Manchuria significaba precisamente prestar auxilio a Kim Chaek, Choe Yong Gon, Ho Hyong Sik, Ri Hak Man, Ri Kye Dong y otros comunistas coreanos que desarrollaban allí acciones guerrilleras.

Desde el momento de la partida, a los expedicionarios los embargaba la emoción. Un territorio desconocido siempre provoca imaginaciones tan bellas como el arco iris. Y esto fue más en el caso de esos jóvenes que tenían entre 18 y 20 años, edad en que la curiosidad es más fuerte. Con igual estado emotivo guié la unidad.

Pero, desde el mismo instante en que salimos de Duitoulazi, no pude librarme de algo que trataba tercamente de atarme los pies, de impedirme caminar. Cuanto más nos apartábamos de la base, tanto más crecía mi preocupación.

Marchaba hacia Manchuria del Norte cuando nuestras bases seguían amenazadas por el asedio enemigo. La operación especial de larga duración para la seguridad era un programa de “castigo” de envergadura que el imperialismo japonés había confeccionado después de conocer el amargo sabor de la derrota en la ofensiva

veraniega del Ejército Revolucionario Popular de Corea. El contenido principal consistía en una operación de año y medio, desde septiembre de 1934 hasta marzo de 1936, dividida en tres etapas y se iniciaría en localidades donde la seguridad estuviera relativamente garantizada para finalizar con la aniquilación de los últimos puntos de apoyo del Ejército Revolucionario Popular. Como a la táctica de “ocupación paso a paso”, que significaba extender los territorios dominados de modo gradual, se añadía la de la operación duradera, según la cual aumentaría el tiempo neto consumido en la “punición”, el asedio podía convertirse literalmente en el dogal para ahogar la revolución.

Desde luego, la expedición al Norte de Manchuria que emprendimos entonces abrió una amplia brecha en esos intentos del ejército agresor japonés.

Sobre el destino de las bases guerrilleras pendía otra amenaza no menor que la operación de asedio. Era el enfrentamiento a la “Minsaengdan” con métodos de extremo izquierdismo que se llevaba a cabo en todo Jiandao. Esta campaña se realizaba de modo diferente al objetivo original definido por el partido en Manchuria del Este. Aprovechada para sucios fines políticos por elementos ambiciosos, arribistas, chovinistas, y fraccionalistas serviles que ocupaban cargos, tuvo graves consecuencias como la desintegración desde dentro de las filas de la revolución y amenazar la existencia misma de las bases guerrilleras.

Las terribles ferradas de la implacable “liquidación de la contrarrevolución” quitaban diariamente la vida a numerosos revolucionarios verdaderos, fieles sin límites a su causa, y a habitantes patriotas. Esos actos se cometían a ciegas, sin ninguna consideración o distinción. La mayoría absoluta de los guerrilleros y otros pobladores de las bases estaban bajo sospecha de pertenecer a la “Minsaengdan”.

De todo esto, saltaba a la vista que la punta de lanza de la campaña antiminsaengdan se dirigía contra los coreanos, en especial, contra los principales cuadros del partido, guerrilla y las organizaciones

de masas, y contra otros elementos de la vanguardia. La mira de la “liquidación de la contrarrevolución” apuntaba siempre hacia los activistas, combatientes y demás personas entusiastas, en quienes confiaban y seguían las masas. La sentencia de Ri Yong Guk, secretario del partido del distrito Wangqing, bajo la acusación de ser minsaengdan, fue uno de esos ejemplos. Seguía vigilado Ryang Song Ryong, jefe del batallón de Wangqing, aunque ya había estado una vez encarcelado por el mismo motivo y apenas pudo salir gracias a nuestra fianza. Así pues, algunos ambiciosos e intrigantes de Jiandao, so pretexto de liquidar a los reaccionarios, atentaron contra verdaderos revolucionarios. Kim Myong Gyun, jefe de asuntos militares del partido en el distrito, y Ri Ung Gol, secretario del partido de la zona No. 1, lograron evadirse de la base en vísperas de su ejecución inculpados de ser minsaengdan.

A finales de octubre, en Manchuria continental comienza a nevar con abundancia y baten frías ventiscas a las que la gente del lugar llamaba vientos siberianos.

También a la partida de Duitoulazi, en el Laoyeling una furiosa nevasca nos dificultaba la marcha. El monte parecía un arco a punto de soltar la flecha; Laoyeling, traducido literalmente significa monte añejo, lo que quiere expresar muy alto y escarpado. Pasamos todo aquel día en la subida. A menudo oía a Ri Song Rim quejarse por lo difícil que resultaba el terreno.

En todo el trayecto hacia arriba Ko el Tesoro animó a los compañeros con sus habilidades. Ya he mencionado que cuando Dong Changrong estuvo encarcelado en Longjing, Ko el Tesoro, en cumplimiento de la tarea que le dimos, cometió ex profeso un robo y al ser metido en la celda logró transmitirle nuestro mensaje. Como movía las manos tan rápido como un relámpago, era capaz de apropiarse en un santiamén de todo el dinero que hubiera en un mercado. Si quería, podía hacerse millonario valiéndose de sus habilidades de manos, por lo que resultaba extraño que se internara voluntariamente en remotas montañas y se sumergiera en el fragor de la revolución, y al mismo tiempo, un hecho digno de elevado elogio.

La destreza con sus manos no pasaba de ser una de sus especialidades. Los efectos más interesantes los lograba con el rostro, la boca y su humor. No había sonido que no pudiera salir de su boca ayudado con las manos, y si hacía algunos gestos faciales, los ojos y la boca se desplazaban a un lado, cobrando su cara un aspecto muy cómico. Viéndolo así se desternillaba de risa hasta Wang Detai, comandante del segundo cuerpo, una persona taciturna y poco sociable. Era imposible no romper en carcajadas al verlo saltar a la pata coja.

Cuando con una bolsa grande echada sobre el hombro erraba por los caminos canturreando pregones, parecía el más chiflado entre todos los chiflados, razón por la cual sin ninguna dificultad burlaba a los enemigos.

Gracias a esas habilidades y arte de disfrazarse, pudo cumplir con frecuencia misiones de reconocimiento en las ciudades y aldeas. Por eso recibió el sobrenombre de Ko el Tesoro, el cual creo que era para calificarlo de persona tan valiosa como una joya. La mayoría de sus compañeros lo llamaba así. Yo también le decía ese apodo. Era casi desconocido su nombre verdadero.

Unos decían que provenía de la provincia Hamgyong del Norte, mientras otros sostenían que de Hamgyong del Sur o Kangwon. Ni él lo sabía bien.

Si se le preguntaba dónde había nacido, decía simplemente que en un litoral de Corea. No lo conocía exactamente porque, según explicaba, sus padres se habían trasladado a Manchuria cuando él era un bebé y murieron temprano. De pequeño se fogueó en el trabajo físico y no había tareas que no realizara. Podía desempeñar el oficio de herrero, de constructor o de barbero.

Por algún tiempo fue enlace para asegurar las relaciones entre el Este y el Norte de Manchuria. Parco, cuidadoso en cuanto a qué se dedicaba y dónde, si algunos de sus compañeros le preguntaban: “¿De qué estás ocupándote estos días? ¿Eres guerrillero?”, él respondía afirmativamente, y si le decían “¿Eres inspector?”, volvía a contestar que sí. En estos casos en su rostro aparecía una sonrisa

indescifrable que confundía si hablaba en serio o en broma. Era una de sus singulares maneras de guardar bajo una densa neblina todo lo referente a su misión.

Ko el Tesoro me seguía y respetaba de modo absoluto y yo también lo trataba con plena confianza y afecto.

Cuando, por fin, alcanzamos la cima del Laoyeling, aparecieron dos biplanos de combate japoneses y volaron casi a ras de la cima y después desaparecieron. Parecía que los de la unidad de “castigo” que nos perseguían habían comunicado al mando nuestra posición.

Aquel día nevó tan copiosamente como raras veces, desde la mañana hasta el anochecer.

Las lomas y los valles de la parte norte de la cordillera quedaron completamente cubiertos por un manto blanco, haciendo imposible distinguir unos de otros. Para colmo de males, al entrar la tarde empezó un fuerte viento. Hasta Ko el Tesoro quedó desorientado, aunque conocía la topografía de la zona tan bien como el patio de su casa, sin hablar de nosotros que habíamos ido pocas veces a Manchuria del Norte. Llegados a un sitio, a 32 kilómetros de Badaohezi, perdimos el rumbo y nos detuvimos. En medio de una densa nevada y un frío cortante los soldados miraban con atención sólo mi rostro.

Incluso Ko el Tesoro, siempre tan alegre y animoso, se veía preocupado, con los hombros caídos como si él fuera culpable.

—Cada año ocurre que los viajeros se desorienten en este lugar y algunos pierdan la vida al caer en los huecos de nieve. El año pasado murieron como 8 soldados de la tropa antijaponesa china. ¿No sería mejor volver a la aldea más cercana para pernoctar y reiniciar la marcha después de que se aplaque la nevasca?

Hizo esta propuesta con mucha prudencia, mientras no dejaba de mirar ansiosamente los valles del norte del Laoyeling.

La rechacé, porque el retroceso en tal situación no aportaba ningún beneficio.

—No, no podemos hacerlo. Usted ha caminado por aquí tan frecuentemente como para gastar los pies. ¿Por qué titubea? Si es

verdad que nos encontramos en Laoyeling y no en Haerbaling o en Mudanling, los caminos deben estar aquí, no pueden haber desaparecido. Tengo una brújula que nos orientará hacia el norte, todo saldrá bien. No tenga miedo. Ánimo, compañero. Nos aguardan los compañeros de Manchuria del Norte.

Mis palabras lo alentaron. Emitiendo con la boca el sonido del motor de un camión se puso al frente de la fila y abrió camino entre la nieve. Todos los expedicionarios rieron tan ruidosamente que el eco recorrió toda la cordillera.

Al segundo día de la caminata, llegamos a un pequeño pueblo chino. No bien entramos en él, nos sorprendieron tropas de “castigo” que se estacionaban en una aldea vecina. Fue ese nuestro bautizo de fuego en Manchuria del Norte.

Las unidades “punitivas” japonesas y las tropas títeres manchúes de esa zona nunca se habían enfrentado al Ejército Revolucionario Popular. Tenían hasta ese momento como adversarios grupos armados incapaces y heterogéneos como hordas de merodeadores o gandules de bosque que nada más de ver la sombra de los japoneses huían atemorizados.

Las tropas japonesas de “castigo”, acostumbradas a perseguir y aniquilar sin dificultad a los contrarios débiles con métodos convencionales arremetieron contra nosotros seguros de sí y sin precaución, quizás, tomándonos por una de aquellas bandas.

Ocupamos con rapidez posiciones en una loma y contrarrestamos el ataque, por una parte, y por la otra, enviamos una sección a su retaguardia para golpearlas en el cogote. Le dimos tan fuerte que quedaron aturdiditas, sin saber qué estaba ocurriendo. Tuvieron muchas bajas entre muertos y heridos.

La noticia corrió en boca enemiga por amplias zonas de Manchuria del Norte. Todo el mundo hervía. Hubo quienes decían que de Manchuria del Este habían llegado unidades “coreanas” que peleaban muy bien. Otros, interesados en saber quién estaba al mando, preguntaban si era la unidad de Kim Il Sung, aquella que había asaltado la ciudadela distrital de Dongning. Ya desde entonces los

periódicos escribían sobre nuestra unidad. Los enemigos calificaban a la guerrilla de “bandoleros comunistas” y también nos llamaban indistintamente partido comunista o ejército antimanchú.

El triunfo fue nuestro, pero de pronto nos encontramos en una situación de soledad y aislamiento, sin tener siquiera donde comer, pues los moradores se habían ido en busca de refugio.

Permanecer mucho tiempo en la aldea, hasta que localizáramos la unidad de Zhou Baozhong, precisaba conocer la situación del enemigo, pero no teníamos ni red de servicios de inteligencia ni tampoco personas del lugar que conociéramos, razón por la cual nos fue difícil pasar a la siguiente etapa de acción. El paradero de la guerrilla de Ningán, no lo sabía con precisión ni el mismo Ko el Tesoro.

Esa noche no pudimos dormir en el pueblo; nos internamos en un valle desconocido. Al día siguiente, Ko el Tesoro y O Tae Song que fueron a cumplir una misión de reconocimiento encontraron la cabaña donde se alojaba Zhou Baozhong. Junto con unos 20 ó 30 soldados recibía tratamiento por la herida de granada de mortero durante la batalla de Luozigou, que aun a varios meses no había cicatrizado.

Zhou Baozhong, apoyándose en un bastón, además de que sus soldados le ayudaban, recorrió una buena distancia desde la cabaña, para recibirnos.

—Como ven, todavía me encuentro en un estado deplorable. — Bajando el bastón que acababa de levantar dibujó una sonrisa triste. Después, me estrechó con fuerza la mano—. No sabe usted cuánto me alegro de que nos volvamos a ver. Espero mucha ayuda de ustedes.

Fue un saludo breve, pero en su voz y en la expresión de sus ojos se podía leer su gran esperanza.

Nuestro encuentro constituyó un acontecimiento que simbolizaba un nuevo capítulo en la historia de nuestra Lucha Armada Antijaponesa. Tomándolo por punto de partida, el Ejército Revolucionario Popular de Corea entró en plena fase de la lucha común con las guerrillas dirigidas por los comunistas chinos.

Si nosotros concedimos mucha importancia a esta cooperación, también los comunistas chinos de Manchuria se esforzaron desde diversos ángulos para realizar el frente conjunto con las unidades armadas guiadas por los comunistas coreanos. Después del Incidente del 18 de Septiembre, cuando en oposición a la no resistencia de Chiang Kai-shek surgieron por doquier agrupaciones armadas de voluntarios antijaponeses con múltiples denominaciones, entre otras, unidades antijaponesas, Ejército de salvación nacional, destacamento “Lanzas rojas” y destacamento “Sables grandes”, y desafiaron a la invasión japonesa, los comunistas coreanos y chinos por igual prestaron mucha importancia a la creación de un frente conjunto con esas unidades y dedicaron a ello colosales energías. Aquí no haría falta referirme a los grandes resultados de dichos esfuerzos.

Después de 1934, las actividades de esas agrupaciones entraron paulatinamente en una etapa de debilitamiento. Ante el recrudecimiento de la ofensiva militar japonesa no fueron pocos los jefes que llevaron a sus unidades al interior de China, mientras otros se rendían o convertían en merodeadores. Algunas fuerzas, como el caso de Shi Zhongheng, dieron un giro a la dirección, o sea, a su ideal rector: del nacionalista al comunista. A éstas los enemigos llamaban “bandidos políticos”.

En tales circunstancias, la Lucha Armada Antijaponesa en las regiones de Manchuria se desarrollaba en el sentido de crear un ejército con un ordenado sistema, mediante la unión de las guerrillas populares antijaponesas, organizadas y dirigidas por los comunistas coreanos y las diversas tropas antijaponesas bajo la influencia de los comunistas chinos.

Zhou Baozhong nos dijo que no era nada fácil el proceso de fundación de la guerrilla antijaponesa de Ningán, y repitiendo explicó qué había ocurrido. Los soldados antijaponeses, unos 20, que le acompañaron desde Luozigou, sirvieron de punto de sostén de la guerrilla antijaponesa de Ningán.

Al disolverse la dirección de Jidong y constituirse el comité del distrito unificado Suining, Zhou Baozhong, designado jefe de la

sección de asuntos militares, inició de inmediato la tarea de ampliar las filas armadas, teniendo como armazón aquellos 20 combatientes. Poco después, el destacamento creció llegando a tener 50 hombres al unírsele una guerrilla integrada por coreanos. Con posterioridad, y tras varias negociaciones, la unidad logró fusionarse con la de Pingnanyang que tenía su base en la zona de Erdaohezi.

Zhou Baozhong encargó a Pingnanyang la comandancia de la unidad conjunta y él se responsabilizó con los asuntos militares.

El verdadero nombre de Pingnanyang era Li Jingpu. De porqué se le llamaba así y no por el real, había toda una historieta. Pingnanyang significa pacificar el sur. Por esa época, las tropas agresoras japonesas se hallaban concentradas en la parte sur del distrito Ningan.

Li Jingpu se había impuesto la misión de combatir contra esas fuerzas invasoras. Su unidad se ganó el nombre de Pingnanyang y él mismo, que la mandaba, con el tiempo se llamó así.

Como se ve, era un destacado hombre, intrépido, y ardoroso patriota. Pese a su férrea voluntad antijaponesa y valor, tenía dificultades a causa de la indisciplina de sus subalternos. También eso constituía un dolor de cabeza para Zhou Baozhong, quien era el administrador de esta unidad y poseía el real poder de su mando.

En nuestro encuentro manifestó su esperanza de que yo trabajara en su lugar con Pingnanyang.

—Pingnanyang tiene pronunciada propensión a actuar con demasiada audacia, y guarda una buena impresión del comandante Kim. Esto se debe a que quien le salvó la vida fue un comunista coreano.

Le agradecí la confianza y le dije que pesaba esa tarea sobre mis hombros. Sonrió pronunciando estas palabras: “Sólo confío en la extraordinaria influencia del comandante Kim que logró persuadir a los comandantes Yu y Wu.”

Zhou Baozhong estaba preocupado además por las relaciones con las tropas antijaponesas.

En la región de Ningan se movía un gran número de éstas, entre

grandes y pequeñas. No pocas de ellas se mostraban hostiles con los comunistas. Era un obstáculo que debía eliminarse con urgencia para las actividades de la guerrilla antijaponesa de Ningán.

Las unidades antijaponesas de Daping, Sijihao, Zhanzhonghua, y Renyixia, que actuaban en torno a Beihutou, en el oeste de Dongjingcheng, fueron aliadas de Pingnanyang por un tiempo, pero al cabo se separaron. Además de que manifestaban hostilidad hacia los comunistas, el ejército Jingan metió cuña al aconsejarles el retorno sumiso, creándose una situación tal que resultaba difícil predecir qué ocurriría.

Las tropas antijaponesas de Shuangshan y Zhongyang que se dedicaban al merodeo en la parte noroeste de Dongjingcheng, estaban igualmente amenazadas por el ejército Jingan. La de Jiang Aimin, la más poderosa en la zona de Tangdaogou, en la parte este de Ningán, vacilaba después del duro golpe que le propinó la operación de “castigo” de la decimotercera brigada japonesa.

Ya antes unidades bajo el mando de Jiang Aimin habían huido a Manchuria del Este ante el hostigamiento persistente de esa brigada japonesa. Se dieron entonces a saquear víveres e incluso solicitaron su retorno sumiso. A duras penas nuestros compañeros impidieron que esto se llevara a vías de hecho.

Según la afirmación de Zhou Baozhong, la unidad de Chai Shirong, estacionada cerca de Machang, mermaba también sus actividades.

Contó que en Ningán existía el caso de Zhanzhonghua, parecido al de la unidad de Guan, en Wangqing, y como consecuencia su unidad quedó sin poder actuar legalmente.

Se trataba de un nefasto suceso que tuvo lugar antes de que Zhou Baozhong y Pingnanyang se unieran. Cuando la unidad de éste pasaba dificultades por la compleja situación interna, los revoltosos emborracharon a Pingnanyang y a sus hombres, los desarmaron, y desertaron.

Hasta Pingnanyang quedó sin pistola. Para restablecer su unidad completamente desvalijada de pertrechos, él y sus fieles subalternos lograron arrebatarse armas a la unidad de Zhanzhonghua, en la

cercanía de Nanhutou, que estaba tratando de entregarse. Desde este incidente las unidades antijaponesas de Manchuria del Norte declararon a la guerrilla de Ningán, relacionada con el nombre de Pingnanyang, su enemiga.

En conclusión, Zhou Baozhong me rogaba que desempeñara yo el papel de intermediario en la gestión de mejorar las relaciones con esas unidades antijaponesas para hacer que su guerrilla pudiera actuar libremente.

Lo que más le preocupaba era la situación del movimiento revolucionario de la zona de Ningán. Estaba muy impaciente, creyendo que por su limitación o falta de atención no se desarrollaba allí la revolución.

—Desde la posición de la gente de Manchuria del Este, Ningán es un lugar apacible, casi sin viento revolucionario. No comprendo por qué es tan pobre el ánimo de las masas. Por más exhortaciones que hago para que se incorporen a la revolución, no me dejan acercarme. ¿Sabe qué opinan los campesinos del lugar? Dicen que aunque los terratenientes no los dejan en paz, pueden sobrevivir de cualquier manera. Como en las regiones montañosas abundan tierras, y habilitándolas pueden obtener medios para vivir, preguntan ¿por qué entonces hacer la revolución, derramando sangre y sufriendo vicisitudes? Visto con la óptica del pueblo, puede ser una dicha poseer extenso territorio, pero por el momento constituye un freno que embota la conciencia clasista. En este estado de cosas, no sé precisamente si para nosotros es motivo de orgullo o de lamentación que exista mucha tierra en Manchuria del Norte.

Reí a carcajadas.

—¡Ja, ja! Para la nación china de 400 millones de personas es una ventura poseer abundante tierra.

También él rió alegremente y se borró la expresión del ceño.

—Tiene razón. Amplio territorio y tierras fértiles constituyen fuente del bienestar para todo el mundo. Así que parece que mis preocupaciones son infundadas. Compañero Kim, estas son las cosas que me atormentan. Espero de usted una valiosa ayuda. Encontrando

siquiera la vía para imprimir auge a la revolución en tierras de Ningan, podría dormir a piernas sueltas, pero todavía no tengo ninguna idea.

Este es un resumen de lo que me habló en Manchuria del Norte.

Para mí eran más que comprensibles las preocupaciones de Zhou Baozhong. Poseía capacidad y mucha instrucción, pero sus condiciones físicas eran muy deplorables para enfrentar las dificultades de la revolución en Manchuria del Norte. A causa de la grave úlcera que se le había formado en la herida, no podía actuar a plena capacidad. Además, no tenía a su disposición suficientes fuerzas de avanzada, bien preparadas.

En la cabaña de Badaohezi permanecimos varios días juntos y tratamos de encontrar la vía para el avance de la revolución en Manchuria del Norte.

En la compenetración con el pueblo hallamos respuestas para resolver diversas dificultades que encaraba la revolución en Manchuria del Norte.

Concientizarlo y movilizarlo permitiría sacar a ésta de su inmovilismo. Era precisa, pues, la labor política entre los habitantes y, al mismo tiempo, intensificar las operaciones de las guerrillas. Es una ley que las filas armadas crecen en el fragor de los combates y lo mismo sucede con la revolución. No se puede avanzar si se permanece con los brazos cruzados, sin luchar.

Además, el incremento de las acciones militares convertiría en alianza las hostiles relaciones con las tropas antijaponesas, y mejoraría la imagen de Pingnanyang manchada a causa del incidente de Zhanzhonghua.

Nuestras opiniones coincidían.

En la cabaña de Zhou Baozhong se encontraba también Wu Ping, enviado especial de La Internacional a Manchuria. Nos mostró el programa de 6 puntos para la resistencia antijaponesa y la salvación nacional, que traía de Shanghai. El título original de este documento era: “Programa básico del pueblo chino para la operación antijaponesa”, que fue dado a conocer en nombre de la reunión

preparatoria del comité de autodefensa armada de la nación china y estaba firmado por conocidas personalidades, entre otras Song Qingling, Zhang Naiqi, He Xiangning y Ma Xiangbai. Wu Ping explicó que la persona que firmaba el documento se hacía automáticamente miembro del comité de autodefensa armada de la nación china y ya los tenía por miles.

El programa de 6 puntos reflejaba la política de frente unido antimperialista planteada por el Partido Comunista de China en vista de que el imperialismo japonés, declarándose abiertamente protector de China, había tratado de ocupar por la fuerza de las armas a Huabei, y que Chiang Kai-shek iniciaba la quinta operación “punitiva” contra el ejército comunista. También en la revolución china la aspiración de los comunistas consistía en agrupar y movilizar al máximo las fuerzas de la nación. Por eso, lo consideré un documento oportuno.

Durante unos 10 días, Wu Ping y yo sostuvimos conversaciones sobre amplios temas.

Llegué a saber que los comunistas chinos, en virtud de la idea estratégica de Mao Zedong, empezaban la gran marcha de 10 000 kilómetros para romper el cerco de Chiang Kai-shek y dirigirse al norte para la lucha antijaponesa. Nos animó mucho el hecho de que la revolución china iba acumulando éxitos con un avance parcial luego de la retirada a causa del fracaso de la primera revolución interna.

El movimiento antijaponés de salvación nacional, que al unísono con la incontenible corriente de la marcha hacia el norte, preparada por los comunistas chinos, se desenvolvía dinámicamente en el territorio continental, podía crear condiciones favorables para la lucha revolucionaria de los comunistas coreanos y chinos en el Este y otras partes de Manchuria.

Para las acciones conjuntas Zhou Baozhong nos entregó efectivos de más o menos una sección. El cuerpo expedicionario, junto con este refuerzo, partió de la cabaña de Badaohezi.

Algunos días después, en Shitouhe, en las riberas del lago Jingbohu, sonó el primer disparo del combate conjunto que iba a

demostrar la amistad fraternal de los comunistas coreanos y chinos y el poderío del internacionalismo proletario. Una unidad “punitiva” japonesa de más de 200 efectivos que había partido de Beihutou, al recibir la información de la aparición del ejército revolucionario, fue diezmada, blanco de nuestras ametralladoras, en la parte central del Jingbohu.

A continuación asestamos duros golpes a los nipones en las cercanías de Fangshengou. Por fin, comenzaron a aparecer grietas y máculas en el mito del invencible ejército imperial japonés, hasta entonces amo y señor en la extensa naturaleza de Manchuria del Norte. Así pudimos abrir una amplia brecha también en su operación de asedio ofensivo contra las zonas guerrilleras del Este.

Los pobladores de la región de Ningang volvieron a difundir noticias sobre los “coreanos”, con jubilosos elogios.

El primero que al recibir esta noticia vino a nosotros fue precisamente Pingnanyang, jefe de la guerrilla antijaponesa de Ningang. Acompañado por el enlace de Zhou Baozhong, apareció de pronto cuando marchábamos en dirección a Xiqinggouzi después de estar en la zona de Nanhutou y encontramos con un militante de avanzada de la organización zonal del partido, que con posterioridad prestaría ayuda material y espiritual a nuestra unidad de Wangqing. Sin presentarse, Pingnanyang dijo repetidamente “¿Cómo están ustedes?”, ese fue su saludo.

Di la orden de alto y sostuve con él una conversación franca, sin cumplidos.

—En toda Manchuria del Norte se habla de la unidad de Kim Il Sung. Mis subalternos están indeciblemente contentos con tal noticia. Permítame estrechar la mano del comandante Kim, quien mantiene en un puño a los japoneses.

Envolviendo una de mis manos con las dos suyas me miró detenidamente con una expresión afectuosa. Y continuó:

—En este momento mis hombres están al norte de Dongjingcheng y tengo la información de que han sido hostigados duramente por parte de los mocosos del ejército Jingang. Me muero de rabia porque

siempre que nos encontramos con el ejército japonés o el Jingan, nos golpean sin que nosotros podamos resistir.

—Vamos a encarar al ejército Jingan. ¿Qué dice? —le propuse.

—Sí, pero con tal que sea junto con la unidad del comandante Kim. ... De pelear juntos, crecerá la audacia y tendremos cosas que aprender de ustedes.

Hice tal como deseara Pingnanyang. Incluí en nuestro cuerpo expedicionario a unos 40 soldados suyos y envié de vuelta a la cabaña de Badaohezi, con el enlace que lo guió, al refuerzo que Zhou Baozhong me había dado. Ante la tensa situación creada en Manchuria del Este a causa de las operaciones de “castigo” del enemigo, también mandé de regreso a Jiandao a la compañía de Yanji.

Con Pingnanyang, Zhou Baozhong había enviado a un enlace procedente de Manchuria del Este. Y él nos contó en detalle lo que estaba ocurriendo en Jiandao.

Al cruzar por las cercanías de Beihutou ordené a la unidad caminar paso sobre paso.

Teníamos que atravesar próximo a un punto de concentración del enemigo, y era necesario eliminar rastros. Caminar paso sobre paso, significaba pisar las huellas dejadas por el que iba a la cabeza, de modo que las de diez, cien o mil personas, parecieran de un solo caminante.

Observar cómo yo instruía a cada compañía para perfeccionar no sólo ese método de caminar, sino también el de borrar huellas, marchar en grupos separados y acampar en las aldeas, hizo afirmar a Pingnanyang que el Ejército Revolucionario Popular de Corea era hábil en la guerra de guerrillas.

En los alrededores de Xinanzhen, junto con el destacamento de Pingnanyang, aplastamos dos batallones del ejército Jingan, bajo el mando del teniente coronel japonés Takeutzi; a seguidas, en una operación conjunta con la unidad antijaponesa llamada Zhongyang, golpeamos a otra agrupación del mismo ejército a orillas del río Dahailong; y en una localidad denominada Laozhuanjia, en el valle

Badaohezi, castigamos a una compañía de su caballería y a la sexta de infantería.

Esas victorias dieron como resultado que continuamente se nos unieran unidades antijaponesas que se encontraban retraídas.

Luego de una breve estancia junto con Zhou Baozhong en la cabaña de Badaohezi en la segunda quincena de diciembre, a petición de las unidades antijaponesas de Daping, Sijihao, Zhazhonghua y Renyixia, entre otras, cruzamos de nuevo el Mudanjianghe y cerca de Xinanzhen atacamos a una unidad del ejército Jingan y asaltamos una estación de la policía títere manchú. Estos combates tenían la finalidad de reincorporar a la guerrilla de Ningán a aquellas tropas antijaponesas que se habían separado de Pingnanyang. Las intensas acciones que efectuábamos con iniciativa, golpeando al enemigo sin tregua, le dieron a la guerrilla de Ningán la posibilidad de ampliar más y más sus filas con la incorporación de unidades antijaponesas y voluntarios locales.

El día en que atacamos al ejército Jingan en Xinanzhen, Pingnanyang me estrechó la mano y aseguró:

—Comandante Kim, ahora nada me da miedo. Tengo plena confianza en poder combatir tanto al ejército japonés como al Jingan. No sé cómo pagarle por ...

Le dirigí palabras alentadoras:

—Usted no me debe nada. Si está dispuesto, golpee sin cesar al enemigo. El ejército se forja en medio de los combates. ¿No es así?

En nuestro recorrido sostuvimos encuentros con Chai Shirong y Jiang Aimin, con quienes analizamos asuntos del frente conjunto antijaponés.

Jiang Aimin, completamente desorientado por el duro golpe propinado por la decimotercera brigada japonesa, fue hasta Manchuria del Este para verme, pero al conocer que estábamos operando en el Norte, vino para acá. Parecía alegre y vigoroso, lo que resultaba increíble si se tenía en cuenta que era jefe de una unidad que venía sufriendo derrota tras derrota.

—Estuve en Wangqing para solicitar colaboración a su unidad,

pero uno llamado Fang Zhensheng explicó con embarazo que su situación era difícil y no podían ni pensar en auxiliar a otros. Comandante Kim, le ruego nos ayude.

Jiang Aimin, sin pensar en lo más mínimo en su orgullo de jefe de una gran unidad, habló con franqueza de sus preocupaciones.

Fang Zhensheng era un chino incorporado a nuestra unidad como jefe de un regimiento después que nos fuimos al Norte.

En las operaciones conjuntas con la tropa de Pingnanyang y otras grandes y pequeñas unidades antijaponesas aprendimos muchas cosas. El objetivo militar-político que se había propuesto el destacamento expedicionario estaba alcanzándose de modo relativamente satisfactorio.

Concluida la misión y de vuelta a Jiandao, recibimos la alentadora noticia de que Zhou Baozhong había logrado constituir el quinto cuerpo del Ejército Revolucionario Popular del Noreste en Manchuria del Norte, que tenía como soporte la guerrilla antijaponesa de Ningan. En él se alistaron casi todas las unidades antijaponesas que profundizaron la amistad combativa con nuestro grupo expedicionario mientras juntos recorríamos aquellas tierras en medio de la nevasca y el frío inclemente.

Entre los jefes de la nueva estructura no fueron pocos con los que trabé amistad durante el recorrido por el Norte de Manchuria. Pingnanyang dirigió de entrada el primer regimiento de la primera división y después fue promovido a comandante de división, y Chai Shirong estuvo al frente de la segunda división y luego desempeñó el cargo de vicecomandante del cuerpo. Jiang Aimin mandó el quinto regimiento de la segunda división. En sus unidades existían bastantes comunistas coreanos que junto con nosotros abrieron el paso a precio de sangre.

Al conocer de la fundación del quinto cuerpo, desde el otro lado de Laoyeling felicité para mis adentros a Zhou Baozhong.

Nuestra primera expedición a Manchuria del Norte constituyó, al igual que la batalla de Luozigou, el punto de partida, la fuerza motora para frustrar la operación enemiga de asedio ofensivo. Como

resultado de nuestra ofensiva militar el grueso de la decimotercera brigada japonesa, dislocada en Ningan y el ejército Jingan quedaron desarticulados.

En aquellas tierras derramamos mucha sangre. Las más dolorosas pérdidas fueron la del comisario de la compañía de Yanji y la del pequeño enlace Ri Song Rim.

Ri Song Rim fue el primer enlace que alistamos en Wangqing. Sus padres habían muerto durante una acción “punitiva” japonesa y recogimos al huérfano y lo criamos. Lo vestimos e instruimos y a cabo del tiempo era un lindo muchachito. Cuando dormía se abrazaba a mi cuello, razón por la cual Ryang Song Ryong decía que de él no saldría un hombre recio, pues convertido ya en todo un muchacho seguía siendo demasiado engreído. Y propuso enviarlo a la escuela del Cuerpo Infantil.

Ri Song Rim lloró resistiéndose a ir.

A Ryang Song Ryong le cayó mal desde que el muchachito comenzara a ir con frecuencia a la escuela del Cuerpo Infantil para alardear de la pequeña pistola que yo le había obsequiado. Estando nosotros reunidos en la jefatura, se escapó, fue a la escuela, y a los chicuelos que jugueteaban en la cancha los invitó a seguirle hasta el dique con sauces llorones. Lleno de orgullo, quería mostrarles su pistola. En lo que la desarmó y armó varias veces, pasó el tiempo de recreo y sonó la campanada de reinicio de las clases. La maestra entró en el aula, pero se asustó y dio la señal de alarma. Ninguno de los que estaban con el enlace admirando la pistola se había presentado.

Por todo esto, Ryang Song Ryong me aconsejó que lo sustituyera porque podía traerme graves consecuencias.

No acepté el consejo.

Ri Song Rim me acompañó a Onsong y Jongsong, y estuvo mucho tiempo conmigo en un monte cerca de Tumen. Era audaz y valiente, sin miedo a la muerte.

Según recuerdo, cayó en el combate que se libró en las cercanías de Tuanshanzi.

Entonces enfrentamos una operación conjunta del ejército japonés y el Jingan.

Ri Song Rim corría hacia donde estaba la unidad de Pingnanyang para transmitirle una orden, y en el camino fue sorprendido por los enemigos. Después de su muerte, no encontramos ni una bala en su revólver. En cambio, por los alrededores de su cuerpo vimos 5 ó 6 cadáveres del enemigo. Vendió muy cara su vida.

Abrazados a su cuerpo lloramos tanto que también Pingnanyang rompió en llanto.

Al descubrir el cuerpo sin vida de Ri Song Rim después de batir y vencer al enemigo, en lo que primero pensé fue en la escuela del Cuerpo Infantil de Wangqing donde él iba tan frecuentemente, como si fuera su huésped preferido. En este plantel tenía muchos amiguitos de la infancia y otros con quienes se llevaba muy bien.

“¿Con qué cara podría aparecer ante los miembros del Cuerpo Infantil de Wangqing después de haber enterrado a Song Rim en territorio de Manchuria del Norte?”, sentí un nudo en la garganta y los ojos se me humedecieron.

Cuando los compañeros excavaron la tierra helada e iban a colocar su cuerpo en la fosa, pedí que no lo cubrieran con aquella tierra porque tenía la impresión de que reviviría y se arrojaría entre mis brazos. Me fue muy difícil y doloroso dejarlo solo, todavía un adolescente, bajo una tierra congelada, tan dura como un roble.

Ri Song Rim, quien se había quejado tanto por lo escarpado que fuera Laoyeling, hoy yace, junto con otros compañeros caídos, en un punto del extenso territorio de Manchuria, escuchando la canción de la nueva vida.

4. Melodías de armónicas en tierras de Ningán

Para un ejército que lucha en bien del pueblo no hay cosa más dolorosa, deprimente, que recibir de éste un trato frío. Si digo que el destacamento expedicionario fue tratado así desde el mismo momento de pasar el monte Laoyeling, quizás no lo creerían cuestionando: los pueblos son artífices, protectores y representantes de las auténticas obligaciones morales, ¿acaso pudo haber uno que, sin embargo, volviera las espaldas y tratara fríamente al ejército revolucionario que defendía sus intereses?

Diciendo que sí hubo gente como esa, me veo obligado a rechazar tal noción.

Todo el mundo sabía que la tierra de Ningán era abundante y fértil, un granero. Mas, desde que el destacamento expedicionario llegó al otro lado del Laoyeling, zona fronteriza con Manchuria del Norte, sus habitantes ni siquiera se ofrecieron para cocinarnos. Si se hubieran mostrado tan hurafios por la miseria, los habríamos compadecido. Pero nos daban la espalda sin ton ni son, presa de un preconcebido malentendido y desconfianza, lo cual nos dejó muy confundidos, puesto que estábamos acostumbrados al apoyo y acogida de los pobladores. Si veían de lejos a los integrantes de la expedición, con las piernas cubiertas con polainas y barajones en los zapatos, los lugareños llamaban de inmediato a las mujeres y niños para que entraran en las casas, y cerraban las puertas, porque se acercaba el “ejército rojo de Coryo”. Después observaban con cautela nuestros movimientos. Ese comportamiento inamistoso hería fuertemente nuestro amor propio.

Durante cierto tiempo tuvimos que comer y dormir a la intemperie, experiencia no conocida en absoluto en Jiandao. Allá cada vez que regresábamos victoriosos de los combates, sus

habitantes salían en tropel a nuestro encuentro y nos entregaban flores entre aplausos y al son de tambores y platillos. Algunos ofrecían agua caliente y mazorcas tiernas cocidas. En Macun levantaron incluso una puerta adornada con ramas de pino para felicitar a los guerrilleros.

Los de Ningán, por el contrario, se mostraban huraños con nosotros. Enviábamos a exploradores y movilizábamos organizaciones clandestinas, mas no pudimos captar lo que pensaban. Se comportaban con mucha más frialdad de lo que conocimos de antemano en Manchuria del Este a través de Zhou Baozhong y Ko el Tesoro, quien frecuentaba la Manchuria del Norte.

En el distrito Ningán existía una aldea llamada Wolianghe, nombre que se originó, se decía, por la fertilidad de sus tierras y la abundancia de cereales, pero sus vecinos ni siquiera se dignaban mirarnos, no ya invitarnos a comer.

Si para realizar labor política entre ellos, se les pedía que se reunieran, no accedían, por eso era imposible hasta darles una conferencia sobre la situación imperante. Ri Song Rim se había irritado al pasar el Laoyeling por lo abrupto que era, pero más arisca y escarpada resultaba esa barrera de comportamiento.

Algunos guerrilleros sentenciaron que los moradores de Ningán tenían sangre fría por naturaleza, pero yo no lo creía así. La generosidad se manifiesta según las regiones, por lo tanto era improbable que allí no se hubieran implantado las bellas costumbres y rasgos morales de los coreanos o chinos de tratar con soltura a los huéspedes y asegurarles comodidad.

¿A qué se debía entonces, esa falta de cordialidad que dejó pasmado al destacamento expedicionario?

Está consignado que Ningán fue capital de Palhae durante una etapa, y que en un tiempo residían allí 100 mil personas.

Así que la historia de su desarrollo era relativamente larga, y se contaba que tenía tierras fértiles y moradores prudentes, sencillos y leales, confiables y amantes de la justicia y las reglas morales, cualidades generalmente reconocidas, que pese a que la capital de

Palhae cambió de sede, sus habitantes se dispersaron, y el crecimiento y decrecimiento demográficos se alternaron durante muchos siglos, se transmitían de generación en generación, sin desteñirse.

Resultaba, pues, injusto afirmar que por naturaleza eran desafectos y avaros.

Hubo guerrilleros que sostenían absurdamente que Ningan no era apropiado para desarrollar el movimiento comunista. Su primera razón radicaba en que sus habitantes no aceptaban el comunismo por tener un bajo nivel de conciencia, y la segunda consistía en que en ese distrito no existían contradicciones hostiles en las relaciones socio-clasistas, y por consiguiente, no tenían lugar luchas clasistas porque el número de campesinos era relativamente poco en comparación con la amplia extensión de tierras cultivables.

Tal argumento de tinte nihilista fue refutado de inmediato. ¿Acaso hay en el mundo lugares susceptibles de implantar el comunismo y no susceptibles? Si eso es cierto, ¿cómo conquistar el universo con tal comunismo? y ¿cómo hacer realidad la idea del *Manifiesto comunista* expresada en “¡Proletarios de todos los países, uníos!”?

Eso de que no existían contradicciones hostiles por el reducido número de habitantes y la extensa superficie de tierras era también un criterio superficial, a causa del desconocimiento de la realidad. De esa teoría se derivaría que Alemania, con una densidad demográfica mayor que la de Rusia, debía tener más agudas contradicciones clasistas y salir victoriosa primera en la revolución. Esto era un sofisma. Con tales razonamientos replicamos esos argumentos.

Para entender el por qué los moradores de Ningan no comprendían el comunismo y hostilizaban a sus partidarios, precisaba analizar los medios y métodos que los imperialistas japoneses ponían en juego, a todo trance, para combatirlo. Desde temprano, al activarse el movimiento comunista en ese territorio, ellos se aferraban obstinadamente a una infame propaganda enfilada a meter cuña entre los comunistas y demás habitantes y estos fueron engullidos, por su

relativamente lenta formación político-ideológica.

Se puede afirmar que la responsabilidad por la atmósfera anticomunista en Ningán recaía también en los noveles comunistas coreanos que tenían el vicio de perpetrar actos fraccionalistas. A mediados de la década del 20, después de la fundación del partido comunista en Corea, el grupo Hwayo estableció en ella un organismo tan pomposo como la dirección general del partido comunista de Corea en Manchuria que se ocupaba de la ampliación de la influencia de su fracción bajo el rótulo del comunismo. Enarbolando la independencia de Corea y el inmediato establecimiento del socialismo, habían impulsado a las sencillas e ingenuas masas hacia insensatas rebeliones y manifestaciones.

Los agitadores del izquierdismo exhortaron a los habitantes de Ningán a alzarse en la rebelión del 30 de mayo. Si en Jiandao el objetivo principal de esta rebelión eran los organismos de dominación colonialista de Japón y los terratenientes chinos, en Ningán lo era la Asociación general de coreanos y otras agrupaciones integrantes del movimiento nacionalista. Las manifestaciones iniciadas en la cabecera distrital no pudieron evitar duros golpes.

También las promovidas allí el primero de mayo de 1932 por los comunistas dejaron como doloroso saldo que se descubrieran los elementos de avanzada ante los enemigos y que las calles de Ningán se anegaran en sangre. Todas esas demostraciones aventureras incidieron en la destrucción en racimo de las organizaciones revolucionarias de la región. A partir de las del Primero de Mayo el movimiento comunista se precipitaba de modo acelerado hacia su extinción. La dirección del partido interrumpió las tareas de formación de las fuerzas armadas y el establecimiento de zonas guerrilleras y sus integrantes se dispersaron por Muling, Dongning, Wangqing y otros poblados. Algunos que renunciaron a la revolución se trasladaron también a Ningán.

El terrorismo blanco del imperialismo japonés y los soldados y policías manchúes deformó sin piedad la imagen del comunismo.

El pánico por la cárcel y la muerte que seguían a las luchas desilusionaba o estremecía a la gente. La idea de que el destino de la

revolución sería la muerte y el nihilista concepto de que era inútil desarrollar el movimiento comunista, se apoderaron de la mente de muchas personas.

Los comunistas coreanos no supieron arraigarse entre las masas en la región de Ningán, y la abandonaron tras declarar que era incultivable. Después entraron en ella comunistas chinos para reanudar el trabajo de reconstrucción de las organizaciones, mas estos también quedaron confundidos ante la indiferencia hacia la revolución.

Algunos nacionalistas coreanos fueron vehículos directos para regar la ponzoña anticomunista por la región. Los remanentes del Ejército independentista, regresados a Ningán después del incidente de Heihe, en Rusia, adonde se habían exiliado atemorizados por la gran operación “punitiva” de 1920, estaban enardecidos por la propaganda antisoviética y anticomunista. Decían que la hecatombe de Heihe había sido promovida por los comunistas coreanos exiliados en confabulación con la Unión Soviética. Los nacionalistas afirmaban incluso que Kim Jwa Jin había muerto en un complot comunista. Esta propaganda fue una tergiversación de su asesinato que los ingenuos habitantes creyeron.

Los pobladores de Ningán no sólo recelaban del comunismo sino también de todos los militares independientemente de su procedencia y misión, porque constituían una carga, consumiendo sus cereales y dinero. El ejército japonés, el títere manchú e, incluso, algunas unidades chinas que abogaban por la salvación nacional contra Japón, les sacaban por la fuerza dinero, cereales y ganado. De igual forma los nacionalistas coreanos reunieron dinero y granos mediante el aparato administrativo llamado Junta Sinmin. Para colmo de males, les molestaban los bandoleros, que frecuentemente les caían encima y se llevaban rehenes. Los moradores no podían menos que hartar a todos esos comilones. Así las cosas, ¿cómo sería su estado de ánimo?

Teniendo en cuenta esos históricos motivos, no podíamos acusarlos de gente sin piedad. No constituía un problema que el

destacamento expedicionario no recibiera ayuda material. Lo que más nos hizo padecer fue la imposibilidad de alcanzar el objetivo de nuestra misión de sembrar la semilla de la revolución entre los habitantes de Manchuria del Norte. Si éstos no se franqueaban con nosotros, la revolución nunca se abriría camino allí.

Para lograr que los moradores de Ningán avanzaran por la trocha de la revolución, era indispensable encontrar un arremetadero.

En el análisis de las actividades del comité zonal del partido en Badaohezi y mediante su secretario Kim Paek Ryong, llegamos a conocer más a fondo la situación del distrito Ningán. Opinaba que dentro de ese territorio, Badaohezi era el más influenciado por la revolución.

El poblado se conocía por otro nombre, Soraejiphang, y allí se encontraban las sedes de los comités distrital y zonal del partido. La palabra Soraejiphang tenía su raíz en el nombre del superior de la secta Taejonggyo en el distrito de Helong: Kim So Rae.

Me habló de él por primera vez So Jung Sok cuando yo estudiaba en la escuela secundaria Yuwen, en Jilin. Me dijo, entre otras cosas, que había ocupado una cátedra en la escuela Konwon establecida por Kim So Rae en Helong. Fundador y director del plantel, éste tenía estrechas relaciones con So Il y profunda amistad con figuras de alto nivel de la Junta de administración militar del norte y de la asociación nacional de Jiandao. Como poseía fuertes sentimientos antijaponeses ayudó al movimiento de salvación nacional enviando a los graduados de su escuela a las unidades de Hong Pom Do, Kim Jwa Jin y otros valerosos comandantes del Ejército independentista.

Después de que este ejército se retiró del norte de Jiandao, Kim So Rae compró tierras en el valle de Badaohezi y se estableció como terrateniente, pero suministró fondos militares a la unidad de Kim Jwa Jin. También Ri Kwang consiguió de éste varias armas en el período incipiente de la guerrilla.

Los revolucionarios de la región de Ningán lo veían con malos ojos porque era el superior de la secta Taejonggyo.

Entre los que no conocían bien la historia existían quienes consideraban japonesa esta secta, puramente coreana, que aparece en la mitología donde se refiere el surgimiento del Estado; sus dioses eran Hwan In, Hwan Ung y Hwan Kom.

Kim Paek Ryong afirmó que el valle de Badaohezi medía por lo menos entre 30 y 40 kilómetros de largo, con muchos diminutos caseríos dispersos, y los coreanos ocupaban una considerable proporción en la composición de sus habitantes. Había prosperado como base de suministros para el Ejército independentista, y al entrar en la década del 30, pasó a servir de punto de apoyo para las actividades de la guerrilla de Ningán.

Con muy pocas esperanzas envié un grupo de trabajo político a una aldehuela de Badaohezi indicada por Kim Paek Ryong, con la misión de reconocer la situación enemiga y averiguar cómo pensaban los moradores. Lo formaban los más hábiles propagandistas y agitadores.

No obstante, su jefe, Wang Tae Hung, comisario de la compañía No. 5, de regreso, visiblemente cansado, se presentó:

—Hemos fracasado. No surtieron efecto ni las palabras más dulces. Es más fácil enseñar a los bueyes los cuatro libros canónicos y los tres textos sagrados del budismo que hablar con los vecinos de Ningán —informó, desilusionado.

Kim Paek Ryong suspiró largo, como si por culpa suya los moradores de Ningán se hubieran comportado con frialdad con los visitantes de Manchuria del Este:

—De verdad, los habitantes de aquí son un dolor de cabeza. Envié visitantes a Manchuria del Este para que aprendieran de sus experiencias, pero seguían siendo desconfiados. Lo único que hicimos después que ese grupo regresó fue establecer una escuela para el Cuerpo Infantil. Al comienzo se reunían en ella unos 50 niños, y, ¡zas!, desapareció sin dejar rastro.

¿Cómo comprender a un pueblo que da la espalda a los revolucionarios que lo defienden y lo representan?, reflexioné ante esa barrera, nunca vista en mi vida. No era fácil llevar la revolución a

Fuerhe y Wujiazi, pero sus moradores no eran tan desconfiados como los de Ningán.

En miles de años de historia de Corea nunca se comportó mal el pueblo. Y ni una vez he hecho diferenciación de pueblos buenos y malos.

Los que manchan o burlan la historia no son los pueblos sino los gobernantes. Existen por supuesto traidores, avaros, tramposos, estafadores, ambiciosos y depravados. Mas su número es tan insignificante como un grano macho entre el arroz.

El pueblo, esa enorme masa de seres, ha empujado siempre con honestidad las ruedas de la historia.

Cuando ésta necesitaba un buque tortuga (El primer buque blindado en el mundo, construido en nuestro país en el siglo XVI —N.del Tr.), lo fabricó, y si requería un pirámide, lo construyó. De igual modo, cuando la época exigía la sangre, no demoró en salir al encuentro con la muerte, abalanzándose sobre los fortines enemigos.

El problema radicaba en que no encontrábamos el camino que llevara directamente a los corazones de los moradores de Ningán.

Con seguridad, el grupo de trabajo político guiado por Wang Tae Hung había realizado una entusiasta propaganda antijaponesa.

¿Acaso los habitantes de Ningán habían escuchado pocas arengas? Estarían ensordecidos de tanto oírlas. Sabían pronunciarlas tanto los del Ejército independentista y las tropas de salvación nacional como los bandoleros. ¿Cómo entonces hubiera podido resultar exitoso el trabajo político de Wang Tae Hung?

El error radicaba en que ellos trataron de enseñar sin ton ni son a los habitantes. ¿Desde cuándo considerábamos que nosotros éramos maestros y el pueblo nuestro discípulo? Ciertamente que conducirlo desde las tinieblas a la luz es misión de los comunistas, pero considerarnos sus maestros resultaba demasiado inmodesto.

Existen varias sendas que llegan a la profundidad del corazón del pueblo, sin embargo, el único salvoconducto es la sinceridad, capaz de hacer circular por una misma arteria nuestra sangre y la del resto del pueblo.

Si no entrábamos entre las masas como verdaderos hijos, nietos,

hermanos, nos veríamos repudiados para siempre por los habitantes de Ningan.

Cada vez que el grupo artístico infantil de Wangqing ofrecía funciones, el local se llenaba de espectadores. Los niños, al igual que los guerrilleros, clamaban por la revolución, y ¿por qué el público aplaudía a aquéllos, mientras se hacía el desentendido ante éstos?

—¿Usted vio aquí la función del grupo infantil? —pregunté a Kim Paek Ryong.

—Sí, fue formidable.

Y recordó que los niños conmovieron a Ningan.

—Usted me dijo que en cada lugar donde actuó el grupo no cabía la gente, y eso puede verse como un trascendental cambio de actitud de los de Ningan que no veían con buenos ojos la propaganda comunista. ¿Cuál cree que sea el secreto de tantos espectadores?

—Esos niños se encariñaban con los lugareños. Los dejaban encantados con sus actuaciones, con sus seductoras sonrisas les influenciaban. Cuando los pequeñuelos se franqueaban con los moradores de Ningan como con sus propios padres, ¿cómo ellos, aunque eran tan insensibles como un tronco o una piedra, no se iban a conlover?

—Esos talentosos muchachos tenían mucha popularidad también en Wangqing.

—Además de estas actividades se granjearon el afecto de los vecinos. Su conducta me dejó encantado. En Badaohezi se levantaban muy temprano y barrían con sumo cuidado toda la aldehuela. De día salían al campo para ayudar a los adultos.

Esta retahíla de elogios me colmó de satisfacción.

—Aunque eran pequeños, usaban plenamente la razón.

—¡Y cómo se entendían con los vecinos! En cuanto avistaban a un adulto, desde lejos le saludaban a lo pioneril, y lo abrazaban llamándolo “abuelito”, “papá”, “hermana”, “tía”, etc. ... En fin, gozaban de mucho aprecio.

El grupo artístico infantil se ganó a los pobladores de Manchuria del Norte, sin lugar a dudas, por su dulzura. ¿No había sido una

expresión sincera del afecto hacia el pueblo dedicar medio día para tratar de rescatar un hacha caída por un hoyo en el hielo del río Tuman? Una vez que veía la sinceridad en nuestros actos el pueblo nunca la negaba ni nos rechazaba.

La falla del trabajo político de Wang Tae Hung y sus compañeros consistió en que no actuaron con esa sencillez. Pensaban sólo en el objetivo práctico de insuflarles conciencia revolucionaria y no en franquearse y compenetrarse con ellos. No resultaba extraño pues que no abrieran su corazón con nosotros.

Hicieron mal, ante todo, en empezar con un discurso. ¡Cuán aleccionadoras eran las actividades de ese grupo de niños que primero hizo comprender su franqueza y la profundizó con emotivas canciones!

Me decidí a cambiar la forma de trabajo político y lo consulté con los jefes. Luego mandé a los comisarios de compañía que citaran a los que tocaban con habilidad la armónica. Con todos reunidos en la jefatura, les ordené que la tocaran uno a uno.

Hong Pom, de la compañía de Yanji, lo hizo con tanta destreza que los oyentes, subyugados, movieron rítmicamente los hombros. Emitía sonidos parecidos a los de un conjunto de acordeones. En comparación, el guerrillero de la compañía No. 5 de Wangqing era un bisoño aunque tenía fama por su destreza con ese instrumento. Hong Pom tocaba la armónica desde la escuela primaria.

A un visitante se le había quedado una, y como no volvió a recogerla se quedó con ella. Al cabo de varios años de tocarla, llegó a adquirir un virtuosismo sorprendente, pero ya estaba muy cascada. Afortunadamente, seguía sonando como antes.

Al ver su vetusta armónica, mientras nos preparábamos en Duitoulazi para la expedición a Manchuria del Norte pensé que podría conseguirle otra. Pero, antes de partir no me fue posible hacer realidad ese propósito.

Muchos guerrilleros y pobladores de la región de Jiandao conocían bien a Hong Pom, aunque era un guerrillero común, gracias a su extraordinaria destreza para tocar la armónica.

Los que sabían tocarla disfrutaban del afecto de los compañeros de armas en todas partes.

Hong Pom nació en Jongsong, en la provincia de Hamgyong del Norte. De niño se trasladó a la región de Jiandao, junto con sus padres, y muy joven abrazó el movimiento revolucionario. Como miembro de la guardia roja, participó en las demostraciones masivas contra el tendido de la línea Dunhua-Tumen. Disuelta la zona guerrillera de Hailangou, se trasladó, con su armónica en la mochila, a Wangyugou, donde se alistó en la guerrilla.

Dije a Wang Tae Hung que volviera con los tocadores de armónica a la aldea, de la que había regresado tan dolido días antes su grupo de trabajo político, para conmover el corazón de sus habitantes. Luego pedí a Kim Paek Ryong que, mediante la organización clandestina, comprara cuantas pudiese.

El mismo día, fui al secretariado del comité distrital del partido en Ningán para preparar materiales de propaganda que se distribuirían a los pobladores.

Mientras hablaba con sus compañeros, Wang Tae Hung llegó muy contento.

—Compañero jefe, logramos pasar. Esos hombres tan serios como unas estatuas abrieron su corazón.

Wang Tae Hung era un comandante de conducta singular que siempre informaba primero del resultado de su misión y luego con coherencia, del proceso de su cumplimiento.

Era aleccionador el resultado que obtuvo el grupo de las armónicas que logró atraer a esa gente, tan indiferente con el ejército revolucionario.

Sus integrantes empezaron por quitar la nieve del amplio patio de una casa situada en el centro de la aldehuela. Después de colocar un centinela, presentaron el primer número: el dúo de Hong Pom y otro guerrillero, a la par que el resto del grupo bailaba al compás. Al instante, unos pocos chicuelos que jugaban al trompo en una callejuela cerquita, corrieron hacia la valla del patio para no perderse el espectáculo. Desde otros sitios llegaron más niños, sujetándose los pantalones que se les caían.

El dúo interpretó *Levantémonos todos, Niños* y *¿A dónde llegamos?*. Los pequeños, encantados de las alegres notas que sacaba Hong Pom de la armónica, lo seguían batiendo palmas. Algunos, recorriendo las calles, gritaban que el “ejército rojo de Coryo” estaba bailando. Los adultos se pusieron a ver el espectáculo desde lejos, con los brazos cruzados, unos cuantos se acercaron y observaron con atención a los “payasos” del “ejército rojo de Coryo”.

Al reunirse entre 40 y 50 personas, el conjunto ejecutó *Arirang*, que atrajo, por fin, a todos los demás aldeanos. El número de espectadores subió pronto a 300.

En ese momento, Ko el Tesoro salió al centro y cantó *Melancolía en Phyong-an*. El público, haciendo un cordón, aguzó el oído, emocionado, a la amena melodía.

Ko el Tesoro interrumpió de modo inesperado, y con una voz ligeramente afectada, comenzó a hablar.

“Señoras y señores, ¿dónde nacieron ustedes? ¿En Kyongsang del Norte, Hamgyong del Sur, Kangwon? Sí, sí, entendido. Estará de más decir que existen también oriundos de Phyong-an del Sur. No me pregunten, por favor, dónde vi la luz. No, no es modestia, soy un bicho que no conozco mi lugar natal. Lo único que sé es que fue en Corea, en un punto costero. Después de vivir algún tiempo allí crucé un río cabalgando en los hombros de mis padres. No sé cómo se llama ese río, si es el Tuman o el Amnok, soy un tonto de nacimiento...”

Arrastrados por la declamación unos trataban de no ahogarse con la risa, mientras otros intercambiaban en voz baja sus impresiones.

El orador continuó narrando, igual que un cuento de viejas, su errar por tierras de Jiandao como una hoja seca, y sobre algunas batallas, en las que él, hecho guerrillero, había participado y luego, como si cambiara la cara de un disco, pasó al tema de la revolución:

“Señoras y señores, ¿cuál es nuestro deseo unánime? Regresar a la patria. Pero allí se mantienen obstinados los japís. ¿Debemos seguir tolerándolos? Yo no. Por eso tomé el arma y me hice guerrillero. Para combatirlos estoy aquí, en Ningan. Me dijeron que los soldados nipones aquí son más petulantes.”

Al llegar la arenga a este punto, en la cabeza de Ko el Tesoro apareció de sopetón una gorra militar japonesa. La tenía escondida en el cinturón.

Seguidamente se puso un bigote y espejuelos. Con ese sencillo procedimiento se convirtió en un oficial japonés.

Así, ridículamente ataviado, se desperezó con todo el cuerpo y dio un largo bostezo. Con las manos a la espalda, el mentón alzado insolentemente, y haciendo gestos estrambóticos, dio dos vueltas al local, caracterizando de maravillas el estado de ánimo de un japonés que, acabado de levantar, daba un paseíllo por el patio del cuartel.

Los espectadores que al principio se reían por lo bajo, terminaron por deshacerse en carcajadas.

Pasado ese momento de humor Ko el Tesoro se dio vueltas, y frente a una anciana rió como una vieja, ante un señor muy mayor como un viejecito, y con unas muchachas jóvenes como una recién casada, así siguió riendo según el caso. Rieron tanto que tenían que sujetarse la barriga y las lágrimas se les saltaban.

Después de alegrar así a la aldea, los intérpretes de la armónica continuaron su propaganda antijaponesa, exhortando a ayudar al ejército revolucionario.

Este sorprendente éxito fue producto enteramente de la llaneza y la autenticidad de las actividades de ese grupo.

La experiencia nos permitió compenetrarnos más con las masas, y poco a poco infundimos conciencia revolucionaria a decenas de aldeas del distrito Ningán. Había caído, por fin, la barrera de hierro que separaba al “ejército rojo de Coryo” de los habitantes de Ningán. Por los lugares por donde pasó este ejército se ampliaron con rapidez las filas del partido, la Juventud Comunista, la Asociación de Mujeres, el Cuerpo Infantil y otras organizaciones revolucionarias.

Los pobladores que abrieron su corazón a los comunistas se sentían muy honrados al apoyar y ayudar al ejército revolucionario.

Muchas de esas imágenes se han grabado en mi memoria, entre ellas la del anciano Kim, de la empresa maderera de Tianqiaoling, la del viejo Jo Thack Ju, en Dawaizi, la de la anciana china Meng

Chengfu, en Wolianghe, y la del viejo Ri en Nanhutou.

La anciana Meng, junto con la esposa de su primo, proporcionó al destacamento expedicionario mucha información importante sobre los movimientos del adversario, aunque por ello fueron detenidas y torturadas cruelmente por la policía japonesa.

El viejo Ri, en Nanhutou, aparecía en una lista negra, estaba a toda hora bajo vigilancia. El enemigo había incendiado su casa, de ocho cuartos, por ayudar a la guerrilla. Una vez lo arrastraron a la gendarmería y lo molieron a palos. Pese a tantos vejámenes el anciano nos visitaba a menudo con provisiones o calzado que necesitábamos.

—¿No tiene miedo? —le pregunté en una ocasión.

—¿Cómo no? Si se descubre que entrego materiales al ejército revolucionario, mis tres hijos y todos los demás parientes serán asesinados. Pero no hay otro remedio. Mientras los señores del ejército revolucionario sufren sin comer ni dormir debidamente para rescatar el país, no podemos permanecer con los brazos cruzados, pensando en nuestra seguridad personal.

Los habitantes de Manchuria del Norte guardaban en su corazón la inapreciable llama de amor a la patria y la justicia.

Su calor no se diferenciaba ni una pizca del que llevaban los de Manchuria del Este.

Si existía algo distinto era la corteza que lo envolvía, mucho más gruesa y difícil de atravesar.

El pueblo no titubea en abrir las puertas de su corazón a los que simpatizan con él y lo entienden. Y lo abraza con fervor. No obstante, las cierra sin piedad ante los ingratos que olvidan que han nacido y crecido en su seno, los petulantes que consideran que él tiene la obligación de servirles y ellos el derecho de gozar de esos servicios; los burócratas que creen que pueden tratarlo de cualquier manera; los explotadores que lo toman por una vaca de la que pueden extraer leche a toda hora; y los parlanchines, hipócritas, holgazanes y estafadores que, si bien dicen ruidosamente que lo aman, cierran los ojos y pasan de largo cuando él sufre.

No existe a mi lado ni un compañero de armas que pudiera

recordar la primera expedición a Manchuria del Norte. De más de 170 participantes fueron pocos los que regresaron a la patria liberada.

Entre los de la compañía de Wangqing recuerdo que retornaron O Jun Ok y Yon Hui Su.

Cuando llegamos al territorio de Ningan, Kang Kon era miembro del Cuerpo Infantil. Por la edad, aún debía estar vivo y dedicado a la revolución. Cayó en la primera línea a principios del otoño del mismo año en que se desató la gran Guerra de Liberación de la Patria. Era jefe del Estado Mayor General del Ejército Popular de Corea.

Ko el Tesoro sirvió como comisario de un regimiento en el quinto cuerpo dirigido por Zhou Baozhong.

Unos afirman que murió en un combate y otros que fue en la Unión Soviética. No está aclarada cuál de las dos suposiciones es la correcta. Al recibir la noticia de la muerte de ese talentoso optimista que con sus inacabables chistes y bromas levantaba un aire de alegría en todo Jiandao, no podía creerlo. Era inimaginable que pudiera morir.

Más de la mitad de los integrantes del grupo de las armónicas que junto a Ko el Tesoro abrieron el camino para la expedición a Manchuria del Norte, quedaron allí a petición de Zhou Baozhong o fueron abatidos en los combates que efectuamos al regreso. No se sabe lo que sucedió con el destino de la otra mitad.

No hay manera de averiguarlo. Ya no recuerdo sus nombres.

Un día, transcurrido cerca de medio siglo desde la primera expedición al Norte, recibí la alegre noticia de que uno de sus participantes vivía en Pyongyang. En la foto que me llevaron reconocí a Hong Pom, el número uno de los intérpretes de armónica.

Alrededor de sus ojos se veían claramente las huellas de las dificultades que sufrimos abriéndonos paso entre el rudo invierno de Manchuria del Norte. Por capricho del tiempo su semblante era difícil de reconocer, pero, para mi gozo, conservaba la forma de su cuello que recordaba el de una garza.

De verdad que era Hong Pom a quien su maestría en la ejecución

de la armónica le había granjeado el afecto de los pobladores de Jiandao. Pero, ¿por qué este inapreciable hombre, participante y testigo de aquella primera expedición daba señales de vida apenas ahora, aunque vivía tan cerca?

Pedí que me averiguaran qué había sucedido.

Hong Pom no fue a verme antes justamente por su extremada sencillez.

El veterano de la lucha antijaponesa, llegado a la última etapa de su vida, se justificó:

“Aunque participé en la revolución antijaponesa, no realicé acciones dignas de mención. Si tengo algún mérito es que acompañé al querido Líder en la expedición a Manchuria del Norte. De regreso cogí una fiebre en lo profundo del valle de Sandaowan. Por eso no llegué a conocer que se había desmantelado la base guerrillera, ni, por ende, pude localizar la unidad. Volví, pues, a mi pueblito natal. Si hubiese dado a la publicidad que había participado en la guerra antijaponesa, el Partido me habría atendido como a un tesoro, mas no quería ser una carga.”

Con 70 años de edad, servía de guardián en la estación de seguridad pública de Jongsung. Y su casa tenía una sola pieza. Ese músico guerrillero que había sufrido toda clase de vicisitudes en medio del torbellino de la lucha antijaponesa, se sentía contento de tener ese modesto hogar, mientras otros nacidos en las décadas de 1950 y 1960 se mudaban a nuevas casas de tres o cuatro habitaciones. Hong Pom no quería recibir privilegios o tratos especiales.

Tales eran los participantes de la guerra antijaponesa.

Hong Pom guardó durante toda su vida la armónica que le compré en Ningán. Cuando nuestros investigadores de los hechos históricos visitaron su casa para hacer un reportaje ejecutó, con ella, con la misma destreza, las canciones revolucionarias que interpretaba en la expedición.

Falleció en un apartamento nuevo que el Partido le otorgó en el reparto Kwangbok.

Los luchadores que pasaron por peliagudas pruebas como la expedición a Manchuria del Norte y la Marcha Penosa, arrostraron también después de la liberación, los más difíciles contratiempos, junto a nosotros.

¡Cuán profunda y pujante verdad contiene la sentencia de nuestros antepasados de que lo sufrido en la primera etapa de la vida es tan valioso como el oro! La dificultad y la prueba son la madre de toda fortuna.

5. Nevasca en el monte Tianqiaoling

Después de cumplir las tareas militares y políticas que habíamos fijado para el contingente expedicionario emprendimos el viaje de vuelta a finales de enero de 1935.

De los 170 que lo componían cuando partimos de Duitoulazi, en Wangqing, quedaban ahora unos 50 ó 60. A poco de iniciada la expedición habíamos despachado la compañía de Yanji a la Manchuria oriental y, seguidamente, retiramos de la región de Ningan también a la de Hunchun, porque se había creado una situación crítica y nos urgía salvaguardar de la operación de sitio del enemigo el centro de dirección táctica y estratégica de nuestra revolución. También habíamos sufrido no pocas bajas entre muertos y heridos en las batallas que tuvimos que librar una tras otra, durante tres meses. El destacamento se redujo así a un tercio, después de evacuar a los heridos hacia lugares seguros.

No teníamos una forma especial de suplir las bajas. En las aldeas donde acampábamos los jóvenes nos pedían su ingreso en la Guerrilla, a todos los asignábamos a la unidad de Zhou Baozhong.

Este se preocupó mucho por nuestro regreso.

—Según las informaciones que hemos recibido, el enemigo anda loco rastreando su tropa, comandante Kim Il Sung. Parece que se las quiere cobrar caro. ¡Qué golpe tan duro ustedes le han propinado este invierno! Con toda franqueza, me preocupa su seguridad.

Mientras miraba mi rostro, sus ojos no podían ocultar su profunda angustia.

—Gracias. No se preocupe. Esta vez la nevasca del monte Laoyeling nos envolverá de nuevo con su manto. Pase lo que pase, regresaremos sin novedad —le respondí, como si eso no nos importara, aunque le estaba agradecido por el sentimiento de amistad que se expresaba en su preocupación por nosotros.

—¡Va a atravesar el peligro ahora mismo y se porta con tanta serenidad! Usted es un optimista nato.

Para facilitar el viaje de retorno nos indicó el camino más seguro y dispuso que más de cien soldados suyos nos acompañaran. Era un rodeo por la ruta Tianqiaoling-Laoyeling-Barengou, completamente distinta a la ordinaria, la Duitoulazi-Laoyeling-Badaohezi por donde llegamos a Manchuria del Norte. El itinerario cruzaba estribaciones muy apartadas de las ubicaciones adversarias. Zhou Baozhong nos garantizó que se trataba de una vía que el enemigo no podía ni imaginarse.

Ese trayecto lo conocía Pingnanyang mejor que Zhou Baozhong.

—Si ustedes pasan por el Tianqiaoling no les ocurrirá nada. En los aserraderos de por allí hay muchos víveres. Y raramente aparecen tropas “punitivas”. Se lo aseguro —me dijo, dándome golpecitos en un codo.

Tianqiaoling significa literalmente puente celeste. Se trataba de una empinada serranía que daba la impresión de un puente.

Hicimos lo que aconsejaban los compañeros de Manchuria del Norte: regresar a Jiandao dando el rodeo Tianqiaoling-Laoyeling-Barengou. Existían otros dos o tres pasos de montaña en el Laoyeling, pero estaban ya bloqueados por el enemigo.

Nos alejamos de la cabaña de Zhou Baozhong bajo una calurosa despedida.

Nuestros corazones lloraban al pensar que volvíamos a Jiandao sin siquiera hacerle túmulo a los numerosos Ri Song Rim que yacían sin almohada en la tierra helada, ni levantar lápidas en su memoria.

¡Descansen en paz, compañeros de armas! Volveremos cuando se independice el país. Aunque ahora los dejamos sobre heladas tierras a miles de kilómetros de sus lugares de origen, los llevaremos a las espaldas hasta los montes de sus terruños cuando venga el día de la liberación. En homenaje a sus almas levantaremos lápidas, instalaremos altares en sus tumbas, plantaremos flores y vendremos cada año para rendirles tributo. ¡Hasta ese día, compañeros de armas!

Ordené a la columna guardar tres minutos de silencio, en memoria

de los compañeros caídos en tierras desérticas de Manchuria del Norte.

Ese día descendió del cielo una nevada tan copiosa que al rato llegaba a los tobillos, como si quisiera asegurar un descanso tranquilo a los compañeros cuyos cuerpos reposaban con ropa de verano en los desconocidos montes y valles de Ningán. La nieve borraba nuestras pisadas. El tiempo era propicio para realizar una marcha silenciosa, sin dejar rastros.

Pero ni este generoso regalo de la naturaleza pudo protegernos plenamente de la observación tan aguda, como la del águila, que el enemigo realizaba con catalejos. Cuando nuestro contingente hacía un breve descanso en una cresta a unos 700 metros sobre el nivel del mar después de almorzar lo que nos habían preparado los compañeros de la zona, apareció a lo lejos una manada de almogávares de la tropa de “castigo”.

Era la mar de sorprendente que nos persiguieran sigilosamente en esa selva milenaria en la que Pingnanyang, apostando su honor, nos había garantizado seguridad absoluta.

Los integrantes del destacamento, con los ojos dilatados de asombro, se preguntaban qué había sucedido, si nos habíamos desviado de la ruta, y repetían nerviosamente que esperaban poder descansar un poco durante el viaje, pero se encontraban con una molestia mayor porque el enemigo nos pisaba los talones. Con ese estado de ánimo era obvio que la unidad no podría abrirse con éxito el camino de regreso.

Debía advertir a los compañeros para que no mostraran debilidad ni aflojaran la tensión desde el mismo comienzo.

—Compañeros, en los últimos años vivimos siempre sitiados. Tuvimos enemigos por delante, por detrás, a los flancos e incluso en el cielo. Aparecieron dondequiera que estábamos los guerrilleros. Respondan si hay alguno que no ha probado la persecución del enemigo durante la caminata. ¿Cuántas veces en la historia de nuestra guerra antijaponesa se ha dado el caso de una caminata exenta de tiroteos o de encuentros a bayoneta calada? Por tanto, compañeros, en esta ocasión también debemos estar dispuestos a

combatir. Es precisamente la única salida que nos permitirá llegar a Jiandao rompiendo el cerco.

Con mis palabras se pusieron todos en tensión espiritualmente.

Despachamos una escuadra de reconocimiento para averiguar quiénes eran los que nos perseguían.

Esta, después de zurrarlos, trajo prisioneros a dos integrantes de su vanguardia. Durante el interrogatorio se escapó con frecuencia de sus bocas el nombre de Yoshizaki, jefe de una unidad del ejército Jingan que había sufrido continuas derrotas en enfrentamientos con nosotros.

Para remediar esa vergonzosa situación reforzaba sin parar su tropa con nuevos efectivos. Esa era precisamente la que nos rastreaba.

La guerrilla Jingan, organizada inmediatamente después del Incidente del 18 de Septiembre como un cuerpo especial independiente que ayudaría al ejército Guandong, bajo la guía del mayor Komatsu, miembro de su Estado Mayor, y después transformada en ejército Jingan, fue una tropa mixta nipo-manchú.

Al fundarse el ejército del Estado manchú el Jingan fue incorporado en noviembre de 1932 a éste, y dos tercios de sus comandantes, incluido el general mayor Hujii Juro, lo formaban japoneses.

El ejército Jingan tenía una reserva compuesta en su mayoría por jóvenes de 17 y 18 años, graduados de escuelas secundarias procedentes de Japón.

El ejército Guandong lo proveía de armas y uniformes.

Se llamaba también “Hongshudai” (Textualmente en chino “tropa de brazos rojos” –N. del Tr.) por llevar sus miembros un brazalete rojo. Educaba a sus soldados en el espíritu de “permanecer siempre en el campo de batalla”, y les inculcaba, junto con el “yamato tamashi”(Significa el espíritu de la nación de Yamato, o sea de la nación japonesa –N. del Tr.) también el pernicioso “seian tamashi”(Significa en japonés el espíritu de pacificación –N. del Tr.).

La mayoría de los chinos que integraban dicho ejército procedía de las clases propietarias y hablaba bien el japonés.

El designio del ejército Jingan organizado con fieles perros de presa del imperialismo japonés era oponer su guerra de guerrillas a la de los comunistas, es decir, tenía por objetivo aniquilarnos.

Inmediatamente después de formada la guerrilla Jingan contaba con alrededor de tres mil efectivos.

Este número superaba un tanto el de un regimiento del ejército japonés.

Yoshizaki era precisamente el jefe de la primera unidad del ejército Jingan.

Su unidad era la más tenaz y perniciosa. Cualquier fuerza que se enfrentara con ella en sus correrías, por muy potente que fuese, debía estar dispuesta a derramar mucha sangre.

Siempre que una unidad bajo sus órdenes quedaba diezmada, la reemplazaba de inmediato. En sus manos había cuantas reservas quisiera para golpear sin tregua al grupo expedicionario del Ejército Revolucionario Popular.

Nosotros no contábamos con esa reserva.

Teníamos que tirotearnos con el enemigo cuatro o cinco veces al día. Si marchábamos o acampábamos ellos también lo hacían. Parecían verdaderas sanguijuelas que se nos pegaban para dejarnos exhaustos, jadeantes.

Como me había dicho Zhou Baozhong, el ejército Jingan lo sabía todo: que éramos la tropa de Kim Il Sung, del número de nuestros efectivos, de las tácticas que utilizábamos y de que en Tianqiaoling y sus cercanías no existían otras fuerzas armadas comunistas que pudieran ayudarnos. El ejército japonés se movía con suma agilidad en el trabajo de inteligencia. Quería decir, por tanto, que íbamos a pelear totalmente expuestos.

El enemigo lanzó sin cesar nuevos efectivos, pues consideraban “un gran éxito si matamos a uno del ejército comunista a cambio de cien muertos nuestros. Podemos suplir cien personas, pero la guerrilla no puede conseguir ni una”. Su abundante reserva humana hacía incomparable su atrevimiento. La pretensión del ejército Jingan era tal que estaba dispuesto a sacrificar a mil soldados para aniquilar

nuestra tropa. Si lo lograba, se acababa, además, el destino de Kim Il Sung, y sin Kim Il Sung ni ejército de los comunistas coreanos ni la lucha antimanchú y antijaponesa evitarían igual suerte que el sol poniente.

Por encima de esta crueldad y obstinación, en ese invierno fueron tan furiosas las nevascas que dificultaban distinguir a los nuestros del adversario. Se sabía sólo cuando una de las dos partes hablaba, a partir de ahí se daba inicio a la escaramuza.

Los soldados de las tropas antijaponesas que nos acompañaban se separaron sin poder superar la prueba. Para ellos, que carecían de espíritu de sacrificio, era desafío insuperable la tenaz persecución del ejército Jingan, pegado siempre a sus talones, y el inclemente frío. Lejos de ser protegidos por ellos, nosotros los habíamos protegido hasta el fin.

Además, se habían agotado pronto los víveres preparados por Pingnanyang, para el viaje.

La nieve nos sustituyó la comida varios días. En aquella tierra despoblada e inhóspita donde no se percibía señal humana alguna la nieve era la única comida que podíamos conseguir sin pagar. Organizamos pelotones suicida y asaltamos varias veces los campamentos contrarios, pero los comestibles capturados no bastaban para alimentar al destacamento.

Tampoco el enemigo, cuando salía a combatir, llevaba muchos víveres.

Debemos llegar contra cualquier dificultad hasta el aserradero de Tianqiaoling, pensé. Pingnanyang nos había dicho que allí podíamos conseguir alimentos.

Esperanzados aceleramos el paso, estimulándonos y sosteniéndonos unos a otros.

Cada vez que conseguíamos un poco de comida la dividía entre los soldados. Hubo días en que todo el contingente se sostuvo con un tazón de maíz. Los pocos granos que me correspondían se los daba a los más jóvenes, y yo mitigaba el hambre con nieve. ¿Qué efecto nutritivo habría hecho esa nieve? Apretando los dientes, abrimos

camino por entre la nevasca y trepamos escarpados desfiladeros.

Han Hung Gwon incitó a la curiosidad con su teoría de que la nieve contenía sustancias nutritivas.

Creía que chocaría contra una fuerte protesta de los demás. Pero, fueron pocos los que la calificaron de infundada. La mayoría de los compañeros, adelantándole un paso más, elaboró la hipótesis de que el agua podría contener elementos de valor, desdeñando el descubrimiento de Han Hung Gwon.

Apoyé esa idea. Si la calificaba de absurda o de ignorante podía echar agua fría a los fervientes afanes con que el contingente, a pesar de lo absurdo de la hipótesis, se debatía en su defensa para olvidar el hambre.

Era verdaderamente hermosa e impresionante aquella escena en que los expedicionarios para tratar de olvidar las dificultades discutieran la posibilidad de encontrar sustancias nutritivas en la nieve que ingerían en lugar de arroz o pan.

Dicen que los compañeros chinos comieron sus cintos de cuero hervidos cuando realizaban la gran marcha de 10 000 kilómetros. Sabíamos que a falta de cereales esa prenda de vestir servía. Pero no teníamos tiempo para hervirlos. La fatiga de la caminata me hacía recordar escenas descritas en la novela *El torrente de hierro* que leí cuando estudiaba en Jilin, y eso me hacía recobrar fuerzas.

Lo mismo que otros guerrilleros cumplí cada noche el servicio de guardia. Nuestra situación era demasiado desesperada para gozar de privilegio por ser jefe.

Cuando se requería más que nunca la capacidad y habilidad de mando, el destacamento tuvo que sortear otra contingencia: en las cercanías de Tianqiaoling caí en cama aterido. ¡Cómo no iba a ser atacado con facilidad por el monstruo de la enfermedad un cuerpo extenuado por el hambre, la falta del descanso y el sueño!

La fiebre, con una temperatura tan terrible que me quemaba como una hoguera, me derribó sin piedad sobre la nieve.

Si cuando sentí ligeros escalofríos me hubiera calentado con el amor de la lumbre, mi estado no se hubiera agudizado, pero los

soporté para no preocupar a los compañeros. Como resultado, se me engarrotaron las manos y los pies y caí yerto. Recobré el conocimiento con dificultad después que me dieron masaje en las manos, los pies, los brazos y las piernas.

Había oído decir que del aterrimiento se podía salir tomando un tazón de miel y sudando acostado en un cuarto caliente. Pero en aquellos parajes inhóspitos a más de mil metros sobre el nivel del mar tal fortuna era una quimera.

Han Hung Gwon preparó con los soldados un trineo del que podían tirar los hombres.

Me sentaron sobre el trineo, me envolvieron con cobertores y piel de corzo y halaron de él por turno. Preocupados por mí, internamente rogaban que no continuara la persecución enemiga, pero la tropa “punitiva” no tenía piedad. Los guerrilleros, por una parte, debían rechazarla y, por la otra, tenían que treparse palmo a palmo a la escarpada montaña tirando del trineo cargado conmigo. Tan enorme tensión exigía un trabajo agobiador que consumía la máxima fuerza espiritual y física.

Yoshizaki incorporó otra compañía más, la comandada por Kudo, conocido como el “rey del castigo”. Kudo, por sus méritos en Manchuria fue considerado “dios de la guerra” de Japón después de su muerte. Los restos de los considerados así se enterraban, según se decía, en el templo Yasukuni. En el sector de Tianqiaoling ordenó a sus tropas:

“Kim Il Sung, ahora gravemente enfermo, ha perdido la capacidad de mando. Por tanto no hay necesidad de entablar un combate especial. Continuaremos sólo el hostigamiento, sin entablar batalla, hasta que el ejército comunista agote completamente sus fuerzas. En la persecución matad a tiros uno a uno. Así podremos aniquilarlo totalmente en un mes, más o menos.”

Con esta pretensión Kudo causó varias bajas a nuestro destacamento expedicionario. La puntería del enemigo era impecable.

Cuando recobré el conocimiento, a mi alrededor había sólo 16 compañeros.

Por mucho que quisiera ver, no aparecían más que dieciséis.

¿Dónde estarán los demás? ¿Habrán sido sepultados por la nieve del Tianquiaoling? A veces me asaltaba esa duda.

“¿Dónde está Wang Tae Hung?”

Escribí esto sobre la nieve con la funda de la pistola ametralladora que estaba bajo los cobertores, al no poder hablar a causa de la ardiente sed. Y clavé una débil mirada en el rostro de Han Hung Gwon, jefe de compañía. Este, en lugar de responder, agachó la cabeza pesadamente. Bajo su mentón cubierto de negra barba su nuez subía y bajaba.

—El compañero comisario político cayó —confesó con voz llorosa el jefe de sección Kim ThaeK Gun, quien en Shiliping me había cuidado hasta el cansancio cuando enfermé de tifus exantemático. También en su rostro la barba había crecido bastante. De sus ojos se desprendían gruesos lagrimones.

Al caer el contingente en el cerco el comisario político de compañía Wang Tae Hung había organizado con Kim ThaeK Gun y otros guerrilleros un pelotón suicida que trabó una lucha cuerpo a cuerpo para abrir una vía de escape. Mató a bayonetazos y culatazos a cinco soldados del ejército Jingan. Y hundido él mismo en un hoyo de nieve, no pudo levantarse más.

Wang Tae Hung fue uno de los cuadros militares y políticos más apreciados por mí y un guerrero ágil que disfrutaba del respeto de todos. Como su nombre, Wang Tae Hung, parecía chino y hablaba con fluidez en ese idioma, la gente lo daba siempre por tal, pero en realidad era coreano de pura sangre. Acumuló méritos al ayudar al ejército y a la población en Manchuria del Norte. Por su facilidad para hablar esa lengua, dondequiera fue bien acogido por los chinos. No sin razón Zhou Baozhong lo codiciaba.

¡Mejor lo hubiera dejado allí cuando me pidió que se lo diera...! Hice una plegaria por las almas de los compañeros que se habían ido de mi lado; estaba tan afligido que parecía que mi cuerpo y mi corazón se hacían mil pedazos.

—Por la urgencia de la situación no pudimos enterrar el cadáver del compañero comisario político.

Otra vez hizo vibrar mis tímpanos la voz del jefe de sección ThaeK Gun, llena de tristeza y remordimiento de conciencia.

“Aquí hay mucha nieve. ¿Por qué no lo han cubierto aunque sea con ella?”, fue la réplica que por poco se me escapaba.

Por fortuna la razón la reprimió.

¡Era imposible que Kim ThaeK Gun no lo hubiera sabido!

¡Cuán apremiante debió ser la situación cuando un hombre tan generoso no lo había podido enterrar!

Otra vez escribí sobre la nieve con la funda de la pistola ametralladora:

“¿Has retenido exactamente en la memoria el lugar donde murió Wang Tae Hung?”

—¡Cómo no! ¡Cómo olvidarlo! —respondió Kim ThaeK Gun.

“Bien. Cuando se derrita la nieve vendremos a enterrarlo.”

Cada vez que yo hacía una letra sobre la nieve, los compañeros empujaban el trineo un poco hacia adelante para evitar que se toparan.

Pero no pudimos ir.

En el Tianqiaoling, además de Wang Tae Hung, quedaron otros compañeros de armas que no logramos sepultar. Ese recuerdo me desgarró el corazón. Me siento como un eterno deudor. ¿Cómo expresar tal sentimiento de culpa?

Después de la liberación, Jo Ki Chon, me visitó con el manuscrito de su poema *Monte Paektu*, quería que fuera su primer oyente. Lo que me atrapó completamente más que la destreza de la redacción fue su contenido. El poema contenía muchas partes que hacían vibrar las fibras del corazón:

...

Tú, leñador de estas montañas,

Tala los troncos con cuidado

En el bosque descansan los espíritus

De combatientes muertos por la patria.

Tú, caminante de estos grandes montes,

*No pises con el pie las piedras del camino
Quizás ellas oculten en su lecho
De los valientes inmortales restos.*

Aquí el autor expresa su sentimiento al describir la escena en que Chol Ho, enviado al interior del país con una misión, cruza el Amnok y entierra a Yong Nam derribado por balas enemigas.

Mientras recitaba estas estrofas Jo Ki Chon sollozaba y yo también lloré.

Recordé a muchos Wang Tae Hung que habíamos dejado en tierras de Manchuria del Norte sin poder hacerles un túmulo, así como también los numerosos Tianqiaoling. En los montes, llanos y ríos de Manchuria permanecen los restos de numerosos mártires y compañeros de armas.

Cuando me desempeñaba como Primer Ministro un responsable del Ministerio de Educación me contó la siguiente anécdota:

Un profesor de la Facultad de Historia de la Universidad Kim Il Sung recibió la visita de uno de sus compañeros de los tiempos de la guerra. Ambos se encontraron con alegría e intercambiaron recuerdos. El profesor tenía un hijo —el único—, que asistía al círculo infantil, y con el cual el huésped se familiarizó pronto.

El niño, sentado sobre sus rodillas manoseaba su traje, sus botones y las insignias de sus condecoraciones, pero al tocar su mano miró con sobresalto al padre. Era una prótesis fría, sin sangre ni calor. El chico, tomándola, preguntó al visitante:

—Tío, ¿por qué no tiene mano?

—La perdí durante la guerra en los combates contra los yanquis.

—¿También los soldados del Ejército Popular son heridos?

—¡Cómo no! A veces los pueden matar.

El hijo del profesor se lamentó mucho. Porque le era totalmente increíble que los combatientes del Ejército Popular pudieran ser heridos y muertos. La respuesta del huésped trastornó esa convicción suya.

Hasta entonces nuestros libros de dibujos y filmes para niños

habían descrito pocas escenas sobre la muerte de los miembros de nuestro Ejército Popular, prefiriendo más las de la muerte de los enemigos. Por eso, nuestros pequeños llegaron a pensar que los integrantes del Ejército Popular y de la Guerrilla Antijaponesa no eran heridos ni morían.

Nuestros pedagogos y literatos fallan al no enseñar correctamente, en forma realista, a las jóvenes generaciones a qué precio se logró la victoria en las guerras revolucionarias contra los imperialistas norteamericanos y japoneses. Escalamos la empinada cima del triunfo en la guerra antijaponesa colocándose peldaños con indescriptibles penas e infinidad de cadáveres.

¿Es posible evitar sacrificios en el enfrentamiento para derrotar al poderoso imperialismo, que no transige ni con la apelación ni con el ruego ni con el terrorismo? La muerte no distingue a los nuestros de los enemigos, ni a la justicia de la injusticia. Sólo son diferentes sus sentidos. Para un ejército revolucionario con la muerte uno salva a diez, los diez a cien y los cien a mil.

Poco después de conocer la noticia de la caída de Wang Tae Hung perdí de nuevo el conocimiento. Me abrasaba la fiebre y de pronto se abrió ante mis ojos un mundo vago, no sabía si era una alucinación o un sueño. Wang Tae Hung y yo atravesábamos el monte Oga con una camilla.

Sobre ésta yacían uno junto al otro, con las manos como almohada, Cha Kwang Su y Zhou Baozhong.

Lo más extraño fue que no daba ni remotamente por muertos a Cha Kwang Su ni a Wang Tae Hung, y que vivos y muertos se mezclaban armónicamente, sin ningún reparo.

Era un día de verano, abrasaba el sol, pero aún nos faltaba un largo trecho y el monte era altísimo. Jadeábamos por la sed y el calor sofocantes.

Cuanto más subíamos tanto más torturaba la sed. Sin poder soportarla, corrí a un charco y me dispuse a beber su agua. En ese instante oí, no sabía de dónde, una conocida voz que me gritaba. “¡No la bebas!”

En la cima del monte mi madre vestida de blanco me agitaba la mano, junto con mi hermano menor Yong Ju.

“No la bebas. El agua está envenenada”, me decía mi madre.

No pude menos que sorprenderme al ver de cerca el charco. Estaba lleno de huevas de rana parecidas a racimos de uva. ¿Por qué me dirá que está envenenada? El agua me parecía aguamiel o un líquido purificado. Me arrodillé para beber. Al instante se escuchó la segunda advertencia de mi madre.

“Te dije que no la bebas”.

Me desperté sobresaltado oyendo esta advertencia. Y dirigí la mirada hacia la cima. No se veían ni mi madre ni mi hermano.

Desvariaba. Pero alguien me llamaba ahuyentando el sueño:

—Hermano Song Ju, abra los ojos y vuelva en sí. Si no se levanta, nuestro país no podrá salir de las tinieblas.

Estas palabras me hicieron salir del letargo.

Inclinado sobre el trineo, un miembro de la Juventud Comunista, llamado Wal Nam, miraba atentamente mi rostro. Desde Jilin me ayudaba en la copia de algún escrito y en otros trabajos.

El panorama del bosque cubierto de nieve que lucía como sangre, teñida de densos arboles crepusculares, se deslizaba hacia atrás mientras avanzaba el trineo. Me parecía que el gélido cielo penumbroso giraba sobre mi cabeza.

Wal Nam, pegado al trineo, me llamaba “Hermano Song Ju, hermano Song Ju”, y dejaba rodar los lagrimones por sus mejillas.

Tras él, se me arrojó alguien, quizás fuera O Tae Song, que balbucía:

—Si usted nos deja ahora así, compañero comandante, Corea será condenada a la ruina.

Los compañeros que caminaban calladamente detrás y delante del trineo me rodearon y empezaron a sollozar a coro.

Aunque quería aconsejarles que se calmaran mi estado no me permitía abrir la boca. Mejor dicho, también yo estaba llorando en ese momento.

Otra vez caí en un sopor, me desvanecí.

A la otra mañana, cuando me recobré al bajar mi temperatura por un momento, abrí los ojos, y vi que estábamos detenidos en un claro del bosque y los dieciséis compañeros permanecían tendidos en sus alrededores.

Ahora la situación era tal que debía estimularlos a ellos y no ellos a mí. ¡Qué fuerza les quedaría después de varios días de combate sin comer ni beber nada! ¡Cuánto trabajo habrían pasado para salvarme! Aunque hemos sufrido toda clase de dificultades en tierras de Jiandao en estos últimos años, ¿cuándo los rostros de estos jóvenes estuvieron tan demacrados, y sus ropas y calzado, tan destruidos?

Sentía sofocación. ¿Qué debía hacer? Aún nos quedaba mucho por andar y mis compañeros tan viriles estaban vencidos por el agotamiento. ¿Tendrán fuerza para ponerse otra vez en pie y regresar a Wangqing? Pueden quedar sepultados bajo la nieve para siempre. ¿De qué me vale sobrevivir? Si hasta ahora he podido luchar sin descanso desafiando a toda clase de contratiempos, con la bandera antijaponesa en alto, ha sido porque me han apoyado y sostenido sin alteración, y porque confié en ellos y en sus fuerzas.

Sin ellos no puedo vivir ni hacer la revolución. Ahora me toca a mí salvarlos. ¡Qué desgracia que no tenga fuerzas para mover siquiera un dedo cuando debo levantarme para salvar a los compañeros hundidos en la nieve y continuar la revolución!

Mi conciencia empezaba de nuevo a desvanecerse como asaltada por una densa niebla.

Que el propósito de toda mi vida de volar por un firmamento diáfano cual ave intrépida fracasara, perdiendo por fin sus alas, me laceraba el corazón.

De repente martilleó en mi mente la idea de que si nos quedábamos allí rendidos se entristecería y se desesperaría la nación que depositaba en nosotros la esperanza de su resurgimiento. Me estremecí, como electrizado. La tristeza de la nación coreana significaba precisamente la alegría del imperialismo japonés, y su desesperación, el placer de éste. De nuestra caída, se alegrarían sólo los ricos y los militaristas de Japón.

Los imperialistas japoneses esperaban ahora que muriéramos de hambre y frío, que nos rindiéramos desesperados en este rincón de Manchuria.

La historia no me había dado aún el derecho a morir. Sería un hijo desleal si me redujera a un puñado de tierra sin cumplir con la tarea que tenía asignada ante la historia y la época, un hijo desleal no sólo dentro del límite de una familia o estirpe, sino también del pueblo en cuyo seno había nacido y crecido. Jamás seré un hijo desleal.

Cogí un puñado de nieve, me froté los párpados que caían pesadamente y enlacé con serenidad los hilos de mis pensamientos que corrían con precipitación.

La desaparición del ejército revolucionario sepultado para siempre bajo la nieve del Tianqiaoling multiplicará por diez o por cien la represión del imperialismo japonés contra el pueblo.

¿Con qué saña se esfuerza para exprimir el sudor y la sangre de nuestro pueblo y japonizar a nuestra nación aun ahora cuando el Ejército Revolucionario Popular de Corea está sano y salvo?

Después de retirarse de la Liga de las Naciones en 1933, el imperialismo japonés se proponía suplir las pérdidas causadas por el bloqueo económico con el saqueo a la nación coreana. Si el plan de aumentar la producción de arroz y la política de fomentar el cultivo de algodón y la sericultura, practicados en la década del 20 por el gobernador general Saito, aceleraron en el campo de Corea la diferenciación clasista y agravaron la tragedia del abandono de la agricultura y del éxodo de los campesinos, la política de industrialización de Corea en la época del gobernador general Ugaki, de fomento de la extracción de oro y de preferencia a la producción de algodón en el sur y de cría de ovejas en el norte estaba convirtiendo a la precaria economía de nuestro país en un apéndice para el mantenimiento de la economía que huele a pólvora. Tanto el acero y el carbón como el algodón y la lana servían de ofrendas a los altares para el enriquecimiento de Japón y el fortalecimiento de su ejército.

El idioma y el alfabeto coreanos se redujeron a un simple

dialecto, a una lengua no oficial. También los libros progresistas recibieron el bautizo del fuego de los imperialistas japoneses. Lo que crecía en la tierra patria eran sólo los polígonos de ejercicios militares y las cárceles. La tristemente famosa Cárcel de Sodaemun, salpicada con la sangre de nuestros patriotas se ampliaba para hacer frente a la gran cantidad de presos. Los plutócratas y militarotes de Japón que soñaban con dominar el mundo y sus perros de presa corrían como locos por su órbita guerrerrista. El desencadenamiento de la guerra chino-japonesa era sólo cuestión de tiempo. Apretar el disparador dependía de la decisión de los militarotes nipones. Avanzaban a toda velocidad los negros nubarrones de una nueva guerra mundial desde el oeste y el este de la Tierra empujados por los fascistas de Alemania y Japón.

Cuando la contrarrevolución forcejea, echando espuma por la boca, ¿cómo nosotros, que nos hemos decidido a derrotarla, vamos a permanecer lamentando esta adversidad de hoy, sumergidos en la desesperación aunque sea por un momento?

Aun cuando se hunda el cielo, debemos sobrevivir acopiando todas las fuerzas y proseguir la revolución. Si no logramos regresar vivos, ¿en qué pararán los muchos trabajos que nos esperan en la Manchuria oriental? Si nos rendimos aquí, el pueblo coreano se convertirá en esclavo perpetuo del imperialismo nipón.

De pronto me vino la inspiración de lo que hoy se llama *Canción de la lucha antijaponesa*.

*Atruenan más los cascos japoneses.
Hollando la hermosa patria nuestra,
asesinan, queman, saquean,
y menoscaban a decenas de millones de compatriotas.*

*Bajo las bayonetas enemigas se desangran
mis padres, tus hermanos, nuestras esposas e hijos.
A ceniza mi casa se ha reducido
y arrasado tu sembrado a mano enemiga.*

...

Levantaos y uníos, masas laboriosas,

Luchemos con inalterable decisión.

Gritemos alto vivas de triunfo,

y con la bandera roja acabemos al terrorismo blanco.

Sacudí a Wal Nam tumbado cerca del trineo y cuando éste se incorporó a medias, le dicté el texto. Al comienzo la cantamos sólo él y yo.

Al oírnos otros se levantaron y se unieron al dúo.

Alrededor de las diez de la mañana entramos de paso en un aserradero en Xipianlianzi, para conseguir aunque fuera un poco de atol y hacernos sudar.

Aquel día mi temperatura sobrepasó los cuarenta grados. La cura de entonces se limitaba a tomar atol y beber un aguardiente chino mezclado con azúcar parda.

Mi estado mejoraría si sudaba, pero, como había seguido temblando sobre el trineo, a la intemperie, empeoraba de hora en hora. Viendo cómo me debatía por la fiebre, aletargado, juzgaron que no había posibilidad de que se salvara nuestra expedición. Nadie pensaba con optimismo que podríamos regresar a Wangqing superando ese momento crítico. Al contrario, con la conclusión de que estábamos acabados, apesadumbrados confiaban todo al jefe de compañía Han Hung Gwon.

Este pidió al anciano Kim, que trabajaba de sirviente en el aserradero, que preparara el atol. El grupo no comía nada desde hacía dos días. Nuestros compañeros tomaron al anciano por chino, ya que usaba esa ropa e idioma.

Al saber que éramos guerrilleros coreanos venidos de Jiandao, el anciano Kim se presentó como compatriota nuestro. Y nos confesó que su hijo era Kim Hae San que actuaba como jefe de guerrilla en Badaohezi.

Kim Hae San había participado en la Conferencia Invernal de Mingyuegou en 1931. Luego que su hijo marchara a la guerrilla el

anciano en el verano cultivaba algunos pedazos de tierra en el monte para tener qué comer y en el invierno cumplía diversos servicios en el aserradero para conseguir sal o aceite.

Poco después de nuestra llegada al aserradero Han Hung Gwon recibió el informe de reconocimiento de que la tropa “punitiva” se acercaba.

Wal Nam calentaba agua para mí en el fogón, en una cacerola de campaña sin tapa, mientras secaba mi calzado.

Se puso a sollozar desconsoladamente y a lamentarse de que todo había acabado porque mi salud no mejoraba ni había posibilidad de romper el cerco.

Al partir de Jilin junto conmigo, había hecho un firme juramento. Pensaba que si me moría, él también se moriría.

El anciano Kim, que entraba con una brazada de leña, le preguntó la razón de su congoja.

—El comandante está enfermo... La tropa “punitiva” nos ha sitiado con varios anillos... En una hora se abalanzará sobre este aserradero, y no tenemos manera de salir. Por eso lloro angustiado. Para salir, tenemos que cruzar el río ... Este, además de ser ancho, no está congelado. Por eso, ¿cómo podremos cruzar? El puente es la única posibilidad. Pero lo vigila una compañía enemiga. Estamos en una ratonera. ¿No es así?

El anciano Kim le insinuó entonces un artilugio para romper el cerco.

—Muchacho, no te aflijas tanto. Aunque se esté desplomando el cielo, hay donde salvarse. El dueño del aserradero es un esbirro del Estado manchú. Puede venir pronto. Captúrenlo. Si logran persuadirlo para que avise a la tropa “punitiva” que no venga, ustedes pueden permanecer aquí hasta la noche. Lo demás lo pensaremos después.

Wal Nam informó a Han Hung Gwon lo que había dicho el anciano Kim.

El jefe de compañía conversó con éste y estableció el plan para salir de allí.

Tal como había propuesto el anciano, Han Hung Gwon ató al dueño del aserradero y lo provocó:

—Canalla, ¿quién te dio permiso para montar el aserradero? No hemos reconocido al Estado manchú. Si quieres purgar tu culpa debes pagar una gran suma como contribución para nuestro ejército. ¿Cuánto nos darás?

Acobardado ante la amenaza de aquel hombre, tan alto que casi llegaba al techo y de aspecto muy serio, se mostró obediente desde el comienzo:

—Les pagaré cuanto quieran.

Han Hung Gwon pidió tan enorme cantidad de uniformes, cerdos y harina de trigo como para desmayarse por la desesperación, y le preguntó si podía pagarnos tanto.

—Si no me matan procuraré que la tropa “punitiva” no venga mientras ustedes estén aquí.

—¿Cómo piensas lograrlo?

—Puedo hacerlo si digo que los guerrilleros se han escapado en otra dirección. Los oficiales de esa tropa son íntimos amigos míos y creerán mis palabras.

—Te perdonaré si lo cumples. Nuestro objetivo es combatir contra Japón. Si quieres pagar la culpa y combatir contra Japón, ayúdanos.

—Suéltense, por favor. Cumpliré su demanda.

Ese comerciante chino era un hombre inteligente. Se percató pronto de que lo que necesitábamos no eran materiales sino la seguridad física y salir del cerco.

Preguntó varias veces quién era el jefe. Han Hung Gwon, para no ponerme al descubierto, contestó: “Soy yo”.

Entonces él, indicando hacia mí, preguntó: “¿De qué está enfermo ese hombre?” A lo que aquel respondió en forma vaga que padecía una indisposición.

El comerciante cumplió con honestidad su palabra. Gracias a su colaboración aun al anochecer no apareció la tropa “punitiva”.

Allí comimos a la vez el desayuno y el almuerzo, y luego la cena

en cuya mesa fue servida hasta carne de cerdo. No tenía apetito y tomé sólo un poco de atol para aplacar la sed.

Después de cenar el anciano expuso la segunda parte de su plan para nuestra evasión, que era también muy ingeniosa.

—Ahora queda el problema de pasar a salvo el puente —dijo—. Es muy peligroso, deben preparar bien la táctica. Una posibilidad es cruzar como sea por el puesto de control, y otra, ir hasta el puente con el dueño del aserradero a la cabeza, para que éste engañe a los guardias. Cuando estos se les acerquen para el registro tienen que segarlos con agilidad y pasar el puente. De lograrlo, podrán adentrarse en el monte llevando a cuestas al comandante Kim. A unos ocho kilómetros del puente se halla la boca de un valle y en lo más profundo de una cañada de este valle existen tres casas de coreanos, que cultivan la tierra, ocultos para no ver a los odiosos japoneses, y que no están registrados por el Estado manchú como sus habitantes. Con su ayuda no les será difícil curar al comandante Kim.

Han Hung Gwon aceptó el plan y el anciano añadió contento:

—Si sucede algo cuando pasen el puente será mejor que del combate se encargue el jefe de sección, y que los demás me sigan. El jefe de compañía como es alto y fuerte, que vaya conmigo llevando a las espaldas al comandante Kim. Conozco como las palmas de mis manos las montañas de más allá del puente. Así que no importa que los enemigos nos persigan. Si logramos pasarlo sin novedad, nos llevan a mí y al dueño hasta las cercanías de la ciudad de Ningán y allí me golpean un poco y lo amenazan a él para que no pueda hacer ninguna fechoría ... Mientras tanto los otros, junto con el jefe de compañía, conduzcan al comandante Kim al valle.

Han Hung Gwon me comunicó el plan del anciano. Lo encontré perfecto.

Aunque sin ser especialista militar el anciano me pareció un estratega intrépido que podía llegar incluso a comandante de una tropa de voluntarios. Era digno padre de un comandante de la guerrilla. Su plan de evasión resultaba una idea excelente, difícil de concebirse incluso por un comandante medianamente preparado. Sentí de

corazón que el cerebro de nuestro pueblo era manantial de ingenios capaces de resolver cualquier problema difícil de este mundo.

Tales experiencias forjaron en mí la convicción de que cuanto mayor es la dificultad que enfrento más debo confundirme con el pueblo.

Confíé todo a la decisión de Han Hung Gwon, dije que hiciera lo que estimara, pues no había otro remedio mientras yo estuviera postrado.

Al anoecer, Han Hung Gwon indicó al dueño que preparara cinco trineos tirados por caballos. En el aserradero había muchos equinos. El jefe de sección Kim ThaeK Gun, muy experto en el combate, ocupó el primer trineo junto con el chino; yo iba en el tercero.

Cuando nos acercábamos, los centinelas del grupo mixto nipo-manchú que guardaban el puente gritaron en la oscuridad: “¿Quién vive?”

Según el plan, el dueño del aserradero les contestó con tono natural: “Llevan al hospital a mis obreros enfermos y yo voy a la ciudad de Ningan para hacer unas compras.”

Reconocida su voz, los centinelas ordenaron “Pasen”, sin siquiera acercarse a los trineos.

Los cinco trineos avanzaron raudos como una flecha. Percibía el temblor del puente de madera, causado por el galopar de los caballos. Abajo corría un furioso torrente. Era un gran tributario que desembocaba en el río Mudanjiang.

“¡Ya! ¡Lo logramos!”

Al pasar el último trineo el anciano Kim abrazó lleno de contento a Han Hung Gwon.

De modo tan satisfactorio bajó el telón de ese drama que parecía leyenda o novela de aventuras. El destacamento ejecutó sin novedad otras acciones posteriores según como habíamos planeado.

De no ser por el anciano Kim no me habría salvado de la muerte. Y el contingente expedicionario hubiera sido aniquilado en el Tianqiaoling adentro. Fue un gran benefactor, un hombre excelente

que nos ayudó desafiando el peligro, como digno padre de un comandante de la guerrilla.

Cada vez que me hallaba ante el dilema de sucumbir o sobrevivir, aparecían sin explicación paladines como el anciano Kim y me rescataban. Tal como en Jiaohe una mujer desconocida había evitado que fuera arrestado y en la meseta de Luozigou el anciano Ma proporcionaba un descanso tranquilo a mi destacamento que temblaba de hambre y frío, así también en Tianqiaoling el anciano Kim, a quien veíamos por primera vez, nos sacó de un foso abismal, a punto de perecer.

Algunos dicen que me ayudó la suerte. Otros, lo consideran el resultado de una necesidad. Afirman que no puede atribuirse sólo a la suerte la aparición de tales personajes que ayudan a los patriotas que luchan con abnegación en aras del país y la nación.

No tengo la intención de calificar cuál de esos criterios es justo. Ya que en mi vida he disfrutado de ayuda como esa varias veces digo que esa suerte ha estado, por cierto, a mi lado. Es que hasta la suerte extiende su mano bienhechora a los que consagran su vida al pueblo.

Si el pueblo no hubiera sabido que nuestra Guerrilla luchaba justamente para la emancipación de los hombres, y si su imagen no hubiera quedado impresa en su retina como algo hermoso, sagrado y noble, nosotros no habríamos podido recibir entonces la ayuda del anciano Kim. Ni tampoco habría aparecido una leyenda tan asombrosa como la del Tianqiaoling en la historia de nuestra Lucha Revolucionaria Antijaponesa.

6. Amor del pueblo

Después de atravesar con éxito el triple cordón de guardias enemigos nos alojamos aquella noche azorada en el valle de Dawaizi, en una casa quemada de la que quedaban sólo las paredes. Mis compañeros dedicaron una noche y un día a cuidarme. Pero no tenían otra alternativa que mantener encendida una fogata y, sentados a su alrededor, darme masajes por turno en brazos y piernas.

Desde la mañana siguiente algunos peinaron la montaña para encontrar las casas de los coreanos que, según se decía, no estaban registrados en el Estado manchú. No era fácil descubrir los escondrijos de quienes vivían aislados de este mundo, evadiendo los ojos del ejército y la policía japoneses y los funcionarios manchúes. A medianoche fue que dieron con una cabaña en medio de una selva milenaria, en la ladera del monte Laoyeling, cubierto densamente de pinos piñoneros, abedules y abetos. Era precisamente la casa del anciano Jo Thæk Ju, conocida ampliamente entre nuestro pueblo con el nombre de la “casa solitaria de Dawaizi”. Choe Il Hwa, autora del relato histórico *¡Hacemos votos por una buena salud y larga vida!*, es su nuera mayor.

En el bosque de la montaña, a ambos lados de un arroyuelo, había sendas chozas de una pieza, de tamaño y forma iguales, como gemelas. En la orilla norte, al pie de una rampa, residían nueve almas: el matrimonio del anciano Jo, el de su hijo mayor Jo Uk y sus nietos, y en la sur los cinco familiares de su segundo hijo Jo Kyong. Las viviendas tenían un techo tan bajo que podría decirse que eran cabañas semisubterráneas. Las dos estaban cubiertas de una densa capa de tierra con varios pinos enanos por encima, lo que resultaba una manera de camuflaje para ocultar su presencia. Por esta razón nuestros exploradores las hallaron tras muchos esfuerzos y dificultades.

Los que atravesaban el monte Laoyeling desconocían que en un intrincado paraje montañoso de Dawaizi habitaba un grupo de personas con un peculiar concepto de la vida, que no quería que los demás supieran su paradero. Me dijeron que nada más lo sabían tres personas que cumplían la tarea de enlace viajando de la Manchuria oriental a la Manchuria del norte y viceversa.

Cuando los exploradores le explicaron la razón de su visita el anciano Jo Thaek Ju ordenó de modo tajante a su hijo Jo Uk y a su nieto Jo Yong Son, empujándolos por las espaldas, que fueran enseguida y trajeran a los guerrilleros, diciendo que si el aterimiento torturaba al comandante Kim Il Sung, eso era algo peor que el hundimiento del cielo. Y mandó a su nuera Choe Il Hwa que calentara agua y preparara gacha.

Estábamos acampados a más de ocho kilómetros, por un atajo, de la casa del anciano Jo. Cuando Jo Uk y Jo Yong Son llegaron junto con los exploradores, los compañeros, sentados en torno a la fogata, calentaban agua en una cacerola de campaña para mí que estaba sin conocimiento. Partieron conmigo a las espaldas con destino a la casa del anciano. Wal Nam, en la retaguardia borró con ramitas de pino las pisadas.

El anciano, que según dijo había pasado por todo en su vida, hizo a Han Hung Gwon algunas preguntas, y le explicó que el aterimiento era un mal grave, a veces mortal, ocasionado por un cansancio extremo, desnutrición y enfriamiento, pero que podía curarse en tres días si se calentaba el cuerpo y se sudaba en abundancia. Y añadió que para restablecerse era necesario reposo absoluto.

—Si el comandante Kim ha estado así, sin recobrar el conocimiento, la causa consiste en que no circula bien la sangre por el cuerpo. Hay que eliminar esta indisposición para que todo se resuelva. Ustedes no se preocupen, vayan a la casa de mi segundo hijo y descansen a sus anchas.

El anciano hizo esta consideración mientras, junto con su nuera, me daba masajes en las manos y los brazos, los pies y las piernas. Los miembros de nuestro grupo expedicionario, que permanecían sentados,

con cara afligida, a mi alrededor, cobraron ánimo al escucharlo.

Conducidos por Jo Yong Son, fueron a la casa de Jo Kyong, allende el arroyuelo, según el consejo del anciano. A mi lado quedaron los familiares de Jo Thaek Ju y dos escoltas.

El anciano echó media cuenca de miel en el agua hirviendo y me la hizo beber, y permaneció sentado a mi cabecera tanteándome a veces la frente con la mano. Poco después, me dio a tomar gacha con miel. Los escoltas me contaron más tarde que mi rostro cogió color después de ingerir la gacha y me desperté del letargo que no sabía si era sueño o no. Me parecía que la cabeza se despejaba como el aire de un claro día primaveral y que mi cuerpo y alma flotaban tan ligeros como plumas. A mi alrededor no se veía ni el trineo cubierto de pieles ni el paisaje nevado de la selva, tan infinito como tedioso, ni la tormenta de nieve, no se sentía ni el frío, ni el tiroteo de los perseguidores que estremecía mis tímpanos. Lo más extraño era que no sentía ni el dolor tan agudo que me punzaba la cabeza, ni fiebre ni escalofríos. ¿Qué sucedía? ¿Sería posible que la dolencia que forcejeaba de mil maneras para empujarme al abismo de la muerte se hubiera alejado sin dejar rastro?

Agucé los sentidos, presté oídos al ruido del viento que hacía vibrar la ventana. El zumbido de su papel se parecía al del motor del biplano que volaba sobre nosotros en la cima de Laoyeling el día que partimos de Duitoulazi. Mi mirada chocó con los ojos de un anciano desconocido que me observaba con ternura bajo unas cejas largas y plateadas.

Su mano callosa que rodeaba ligeramente mi muñeca derecha me hacía sentir el calor de la mano de mi abuelo de Mangyongdae que en mi infancia acariciaba con frecuencia mi frente y mis mejillas.

—¿Dónde estoy? —pregunté quedamente al enigmático anciano.

Que yo hablara le ocasionó una reacción imposible de describir. La tenue sonrisa que cubría sus labios se propagó al instante a sus mejillas y ojos imprimiendo un aspecto misterioso a aquel rostro surcado de arrugas, tan manso e ingenuo como la tierra misma. Me parecía ver por primera vez en mi vida un rostro tan noble y confiable.

Wal Nam, que estaba sentado junto al anciano como una estatua, me explicó de un tirón, dejando que las lágrimas le saltaran bruscamente, cómo el destacamento había llegado de la empresa maderera de Xipianlianzi a ese valle de Dawaizi desafiando la muerte.

—Abuelo, muchas gracias. Su ayuda me ha salvado.

—No. Usted es un general que el Cielo ha enviado a la tierra; si se ha recobrado en esta choza, no se debe a la ayuda de mi familia sino al deseo del Cielo.

Mientras decía esto, el anciano Jo levantó la cabeza y miró hacia el techo como si verdaderamente el Cielo me hubiera devuelto la vida. Sus palabras me pusieron en un aprieto.

—Abuelo, no me exalte. Es una exageración llamarme un general enviado por el Cielo. No soy providencial sino un hijo y un nieto del pueblo, nacido en una desconocida familia de campesinos. Como un combatiente de Corea he hecho hasta ahora muy pocas cosas.

—Falso. Todo el mundo conoce sus grandes méritos alcanzados en la guerra, comandante Kim. Aunque no paso de ser un miserable que me sustentó a duras penas roturando hazas en esta desconocida cañada, estoy al tanto de las noticias que circulan en las tres provincias del Noreste. Hijos y nietos, este es el famoso comandante Kim, el mismo que, hemos oído, asaltó en el otoño del antepasado año la ciudadela distrital de Dongning con su ejército coreano, en cooperación con la unidad del comandante Wu. Venid pronto y hacedle reverencia —ordenó con voz entusiasmada a sus hijos y nietos que entraban como una avalancha por la puerta de la cocina junto con los guerrilleros, que llegaron de un salto, al despertarse con la noticia de mi recuperación.

Recibí sus saluciones, incorporado a medias bajo la colcha.

Estallaban sin cesar risotadas imprevistas en aquella casucha de troncos, oculta en la remota profundidad de la montaña, cuya existencia no tenía registrada el organismo gubernamental y a la cual ni llegaba un cartero.

—Ahora sí podemos reír y hablar en alta voz, pero cuando

estábamos cercados por el enemigo, por los cuatro lados, nos veíamos desesperados. Pensábamos que todo se había acabado —expresó el jefe de sección Kim ThaeK Gun, arrasados los ojos en lágrimas.

—Por mí ustedes ya han sufrido bastante. Es una fortuna que se hayan salvado. No olvidaré sus favores, compañeros, aun cuando llegue a peinar cana.

Imprimí hondamente en la memoria la imagen de los compañeros de armas que me miraban con los ojos llenos de lágrimas. Todavía esos rostros están en mi mente tan frescos como aquel día, cincuenta años atrás. Sin embargo, he olvidado los nombres de más de la mitad. En mi corazón late el deseo de transmitir a las futuras generaciones aunque sea tan sólo sus nombres, pero lamentablemente, mi capacidad retentiva me ha defraudado. Sobre esos dieciséis nombres aparecen mezclados, confundidos, los de otras decenas de miles de hombres con quienes tuve relación directa o indirectamente, por un motivo u otro durante mi pasada trayectoria de más de medio siglo. Para extraer cada uno de esos nombres enterrados en los profundos estratos de la historia de nuestra Lucha Revolucionaria Antijaponesa se necesita la ayuda de documentos históricos, y desgraciadamente no los tenemos. No nos lanzamos a la guerra antijaponesa para dejar inscritos nuestros nombres en documentos, sino que empuñamos las armas para abrir una nueva época en la que las masas trabajadoras se convirtieran en dueñas.

Pero sé que esto no me justifica, pues, con todo, fui el jefe de la Guerrilla y he olvidado los nombres de más de la mitad de los inolvidables compañeros de armas que me salvaron de la muerte.

—Abuelo, ¿dónde está su tierra natal? ¿Por qué se ha metido en este rincón de lo más profundo de la montaña?

Poniendo mis manos sobre las abultadas venas del dorso de las manos de garfios del anciano Jo ThaeK Ju fijé una mirada casi compasiva en su arrugada cara que parecía reflejar exactamente medio siglo de historia política.

—Soy oriundo del cantón Samjang, distrito Musan. No pude

soportar el maltrato de los japoneses y abandoné el terruño; llegué a Helong cuando tenía veintinueve años, –me respondió con tono triste.

Durante cerca de tres decenios desde que cruzó el río Tuman el viejo había cultivado tierra arrendada. Dos años después del Movimiento Independentista del 10 de Junio, su familia se mudó más allá del monte Laoyeling y empezó a roturar un barbecho que tenía registrado como posesión la compañía arrocera japonesa.

Ante mis ojos desfilaba como un filme la historia de martirio de una desdichada y paupérrima familia campesina junto con la historia de esclavización de Corea.

El primer sitio donde el anciano clavó las estacas y colocó las primeras piedras para su cabaña fue un caserío llamado Dawaizi donde vivían tres familias coreanas y cinco chinas. El número de las coreanas aumentó a diez y así, también en ese remoto poblado, echaron sus raíces el cuerpo de autodefensa antijaponés, la asociación de mujeres, la vanguardia de niños, el Cuerpo Infantil y otras organizaciones. Pero el oleaje del Incidente del 18 de Septiembre las arrasó de una vez y borró sus huellas. Y el asalto “punitivo” redujo a cenizas toda la aldehuela.

Sus moradores reconstruyeron las casas sobre los escombros y reiniciaron con tenacidad la vida. En la primavera de 1933 un segundo desastre aplastó a Dawaizi. Otra vez las casas se envolvieron en llamas y muchos de ellos fueron quemados.

Un año después la familia de Jo Thaeck Ju levantó una cabaña de troncos en una cañada bien escondida de Laoyeling, a unos doce kilómetros de Dawaizi y se mudó. Era aquella donde resucité luego de tomar gacha de mijo con miel. Las nueve almas de su familia prepararon una pequeña choza en la entrada de la cañada, a ocho kilómetros de su casa, y roturaron allí unas hazas de desmonte. En la temporada agrícola, cuando no bastaba la mano de obra, toda la familia dormía y comía allí para no perder tiempo. Recogían los cereales con rapidez, los llevaban a las espaldas a la casa, los almacenaban en un depósito subterráneo y los consumían

descascarillados poco a poco en el mortero de pie.

Aunque resultaba una economía de autoabastecimiento primitivo, el anciano estaba satisfecho. Los Jo cargaban hasta la ciudad de Ningán los cereales sólo cuando tenían necesidad de trueque. Era inevitable esta operación mercantil para conseguir tela, calzado, fósforos, sal, hilo de coser y otras cosas por el estilo. Salvo esto no mantenían contacto con el mundo exterior. La civilización urbana no pudo asomarse a ese paraje solitario donde no había ni carreteras ni vehículos ni electricidad. Los niños estaban completamente aislados de la educación. La suplían las admoniciones del anciano Jo, y la literatura y el arte eran los cuentos de Choe Il Hwa, y sus canciones, que si se contaban sobran dedos de las manos.

—Abuelo, ¿no siente soledad en este retirado y deshabitado punto de la montaña? —le pregunté con discreción sintiendo algo violento parecido al rencor.

El anciano sonrió tristemente:

—¿Puede haber mayor soledad que esta? Pero me parece que al no ver las fechorías de los malditos japoneses engordo más cada día. ¿Acaso no es mejor este lugar que el *Ryultoguk*?

La palabra *Ryultoguk* oprimió mi corazón.

¿Cómo este rincón de la montaña puede compararse con ese país? ¿La aspiración de la nación coreana se habrá reducido a tal grado? Japón, con el éxodo de sus ciudadanos, se apodera de las fértiles tierras de Corea, mientras nuestros compatriotas tienen que vivir en estrechas cañadas como ratoneras incluso en esta desierta tierra de Manchuria. ¿Dónde en el mundo existirá una cárcel peor que ésta?

Sí, sin duda, estábamos en una cárcel. Si alguna diferencia había era que no existían carceleros ni muros altos como los tradicionales. Sus mayores guardianes eran los militares y policías de Japón y del Estado manchú, y su muro lo constituía el peligro con que éstos amenazaban. Que comparara esa cárcel con *Ryultoguk*, significaba un autoconsuelo fuera de lugar.

Ese modo de pensar del anciano, considerar como un paraíso la

cárcel donde estaba encerrado, me desilusionó un tanto. Si cada coreano aceptaba la realidad como él, jamás Corea vería la luz de su resurgimiento, deduje sombríamente.

—Abuelo, es verdaderamente deplorable la suerte de los coreanos que han llegado a considerar este lugar como *Ryultoguk*. No habrá mayor soledad ni en Samsu y Kapsan, lugares de destierro. Mientras los japoneses estén anidados en Corea y Manchuria, no tendremos ni *Ryultoguk* ni tiempo de reposo. Por tanto, debe estar alerta, pues el día menos pensado puede irrumpir la tropa “punitiva” también en este recóndito sitio de la montaña.

Se lo dije con el corazón en la mano aunque sabía que mis palabras podían intranquilizarlo.

El anciano me miró por un rato, moviendo las cejas, y con ojos ensombrecidos por la desesperación.

—Si esos monstruos entran hasta este rincón, no habrá en el mundo pedazo de tierra donde podamos vivir los coreanos. Malditos sean los que han empujado al pueblo a este atolladero ... Siempre que nos mudábamos a un nuevo lugar, maldije a los cinco ministros vendepatrias.

Estas fueron, más o menos, las palabras que en aquella madrugada intercambiamos el anciano Jo y yo.

La mañana siguiente me levanté y empecé a dar paseítos y a leer. Pasado poco tiempo, pude realizar trabajos manuales ligeros. De día, impartía clases militares y políticas y, de noche, participaba en los entretenimientos colectivos que organizaban mis compañeros. Cada vez que se hacían, los 2 ó 3 que se alojaban en la casa del anciano y yo íbamos a la de Jo Kyong situada en la otra orilla. También en aquella cabaña oscura y estrecha de refugiados se cumplía puntualmente el horario de la guerrilla como cuando estábamos en Wangqing.

A los tres o cuatro días de nuestra llegada quise dar la orden de partida. Pensaba que contravenía tanto a la razón como al sentido común que nosotros, que superábamos en número a esa gran familia de campesinos montañeses agotáramos como parásitos su pobre granero.

Mi intento chocó en el acto con la resistencia del jefe de compañía Han Hung Gwon. Me retuvo con mil ruegos diciendo que no podía aceptar esa aventura puesto que si un convalesciente de aterimiento se exponía al frío, era igual a suicidarse. Se opuso incluso a que yo pasara por el bosque.

En realidad, la cantidad de alimentos que consumen casi veinte hombres en un día no puede considerarse pequeña. Si hacemos el cálculo a base de la ración actual para un adulto, se necesitaban cuatro sacos de cereales para veinte días. Así, consumimos casi toda la reserva de víveres que tenía la familia del anciano.

Pero éste no se mostraba intranquilo ni fruncía el ceño por la carga que significábamos. Al contrario, cuando tratábamos de pedirle perdón por las molestias, no nos permitía ni abrir la boca aduciendo que eso para él no constituía una molestia, pues ayudar al ejército de su país era un deber moral y una obligación del pueblo. Se trataba de un anciano con asombrosa entereza.

También su nuera Choe Il Hwa era una mujer bonachona. Aunque no había arroz porque lo que cultivaban era hazas de montaña, preparaba tres veces al día sabrosas comidas con mijo, soya, cebada, avena, patata y otros cereales, conforme a nuestros gustos. A veces preparaba *piji*(Comida hecha con soya triturada –N. del Tr.) y *maktubujang*(Guiso de grumos y pasta de la soya –N. del Tr.).

Se sentía muy apenada de no poder ofrecerme carne a mí que había enflaquecido.

—Para que no se descubra nuestro escondrijo, no criamos ningún animal. Lo siento mucho estos días. Si tuviéramos una gallina, en una ocasión como ésta podríamos prepararla en un santiamén para usted, estimado General ... Aunque nos abrasa el deseo de ir a comprar carne así sea a cuarenta kilómetros de aquí, no podemos por temor a la persecución de los locos militares de la tropa “punitiva”. ¡Ay, qué mundo tan maldito ...!

La benevolencia que se percibía en sus palabras modestas y toscas era extraordinariamente afable y de profundo sentido.

—Tía, si habla así, me siento más culpable. Soy también hijo de

hombres comunes, y he crecido comiendo sólo hortalizas y sopa de hojas de nabo. Por eso no se preocupe tanto por no ofrecerme carne. Usted se apena de prepararme sólo *maktubujang* por no poder hacer cuajada de soya a falta de salmuera, sin embargo, parece que engordo gracias al *maktubujang* y el *piji*.

—He escuchado decir que los hombres de la provincia Phyong-an son de carácter impulsivo y violento, aunque usted, comandante, parece que tiene un corazón tan blando como la seda. Siento el deseo de tener una hija para casarla con un muchacho de la provincia Phyong-an. No le ofrecemos otros platos, pero ojalá coma mucho y que se reponga plenamente bajo este techo.

Cuando yo comía, a ella, acucillada junto al fogón, el corazón se le encogía. Temía que dejara la comida a la mitad.

Incluso sin tener apetito me comía todo el cereal y lo demás servido en la mesita, para no defraudar su devoción. Entonces a sus labios asomaba una tenue sonrisa.

La ayuda que el pueblo nos daba era verdaderamente sincera y desinteresada. Si pudiera compararla con el agua del río o del arroyo le pondría el adjetivo de “cristalina” o “perlada”. Ese sentimiento era infinito, no se podía medir con ninguna unidad de longitud ni de peso.

¡Quien vive envuelto en el amor del pueblo es feliz y quien no lo disfruta es desdichado!

Este es el concepto del valor de la felicidad que he mantenido toda la vida. Hoy, como ayer, considero el amor del pueblo como el mayor honor y felicidad. El es portador del verdadero sabor de la vida. Sólo quien conoce este sabor puede ser un genuino hijo del pueblo y su fiel servidor.

Gracias al devoto cuidado de los Jo mejoró con rapidez mi salud. A pesar de la oposición de Han Hung Gwon amplíé el paseo. Algún que otro día partía leña y descascarillaba cereales con el mortero de pie para ayudar a los Jo.

Habían volado raudos más de diez días desde que llegamos a esa cañada de Dawaizi y empezamos a recibir la bondadosa ayuda de la familia del anciano. Volví a pensar en nuestro regreso a la zona

guerrillera. Me parecía un suceso remoto el habernos alejado de Wangqing. Aunque no habían pasado más que tres meses me preocupaba mucho la situación allí durante nuestra ausencia y cómo acogería a nuestro contingente. Hasta me asaltaba cierto desasosiego.

Cuando actuábamos en Badaohezi, los enlaces llegados de la Manchuria oriental nos insinuaron varias veces que a causa de la “liquidación” la población de la región de Jiandao estaba muy intranquila. Algunos mascullaban que se desmoronaban totalmente las posiciones de la revolución bajo el golpe de la lucha anti-Minsaengdan y otros auguraban que las bases guerrilleras se acabarían en uno o dos años si se intensificaba un poco más el trabajo de depuración.

En mi mente se afianzó cada día más la decisión de volver a la zona guerrillera y remediar cuanto antes las consecuencias de la ultraizquierdista lucha anti-Minsaengdan.

Un día, mientras daba un corto paseo por el bosque, me dirigí a la casa de Jo Kyong para comunicar mi decisión al jefe de compañía Han Hung Gwon.

Este, sentado en un tocón cerca de la casa, miraba con nostalgia hacia el cielo del norte. Su postura rígida, parecida a una estatua de madera, con las manos cruzadas sobre el pecho, denotaba un sentimiento de tan violenta angustia que nadie se atrevería a acercársele. Al percibir mi presencia se levantó secándose de prisa los ojos.

Al notar que los bordes de sus ojos estaban enrojecidos, me dio un brinco el corazón. ¿No le habrá ocurrido algo raro durante la noche? ¿De no ser así, este gigantón tiene un sufrimiento espiritual que no puede confesar a nadie?

—Jefe de compañía, ¿por qué está así desde la mañana, de un modo tan indigno para Han Hung Gwon?

Después de lanzarle esta pregunta empecé a caminar en torno a él.

Han Hung Gwon me miraba con melancolía, no sabía por qué; con los ojos húmedos todavía parpadeó, exhaló un largo suspiro y me dijo con palabras entrecortadas:

—Éramos decenas cuando partimos hacia Manchuria del Norte. Pero quedamos sólo dieciséis ... ¿Cuánto nos costó crear nuestra compañía?

Lo mismo que él, recordé los días en que organizábamos la compañía No. 5.

La habíamos creado separando una parte de la compañía No. 2 de Wangqing que estaba destacada en Shiliping.

La conduje a Luozigou y la engrosamos con los jóvenes recién ingresados allí. Así nació la compañía de Han Hung Gwon.

Estaba a la vez, bajo mi mando. Mientras dirigía batallones y regimientos, me la llevaba siempre y con ella también perturbábamos la retaguardia enemiga. Era una unidad élite, la de mayor combatividad y experiencia de la guerrilla en la Manchuria oriental. Esta era la compañía, que habiendo sufrido muchas bajas, tenía que regresar a la zona guerrillera con sus miembros tan escuálidos como esqueletos con piel. Demasiado lógico resultaba que Han Hung Gwon sufriera apretándose la cabeza con las manos.

—Si pienso en las pérdidas de la compañía No. 5 se despedaza también mi corazón. Pero encuentro consuelo en el hecho de que hemos realizado trabajos útiles para los compañeros en Manchuria del Norte. A decir verdad, han sido inmensos también nuestros resultados. Compañero Hung Gwon, la sangre derramada no será en vano. ¡Amplíemos otra vez nuestras filas y vengamos mil veces a los compañeros caídos!

Le dije, pero en realidad esas palabras eran dirigidas a mí mismo.

Han Hung Gwon no dejó de mirar hacia el cielo del norte, apretando fuertemente los labios. Tenía una herida espiritual que no podía cerrar palabra de consuelo alguna. Quizá sea imposible medir la profundidad e intensidad de la tristeza de un hombre. Su silencio, lejos de desesperarme o enojarme, me hizo multiplicar la confianza en él.

Algunos días después, pese a que el anciano Jo quería retenernos, di al contingente la orden de partida.

Los rostros de nuestros compañeros que se alinearon delante de la

cabaña del anciano para rendirle el saludo de despedida, se veían muy serios.

—Abuelo, he llegado a su casa a las espaldas de otros, pero me marché a la zona guerrillera por mis propios pies. De no ser por su ayuda, no habría podido sobrevivir ni curarme. Jamás lo olvidaré.

Me daba pena no poder expresar con palabras más apropiadas mi agradecimiento. Tal vez estén en proporción directa la magnitud de la emoción y la imposibilidad de la expresión verbal.

El anciano se mostró atribulado al escucharme.

—Es demasiada alabanza a un hombre que no ha podido ofrecerle ni un pedazo de carne. Lamento no poder retenerlo más en mi casa, comandante Kim. Pero no me empecinaré en que se quede porque urge su viaje para Corea. Cuando se independice el país, también nosotros abandonaremos esta montaña y regresaremos a la patria. Depositamos nuestra confianza sólo en usted.

—Muy culpables nos sentimos nosotros, los hijos de Corea, cuando los vemos a ustedes viviendo ocultos aquí donde no penetra ni la luz del sol, en tierras extrañas a las que vinieron para subsistir. Sin embargo, abuelo, llegará sin falta el día en que vivirán viendo brillar el sol. En la primavera se recrudecerá la correría del enemigo y también en esta cañada serán frecuentes los tiroteos. Por eso, le sugiero que se trasladen a Luozigou aunque les cueste trabajo. Es un lugar con mayor influencia de la revolución y les será más seguro.

Después de ofrecerle estos consejos partimos de la cañada de Dawaizi.

Choe Il Hwa nos dio como reservas de víveres para tres días el mijo y la cebada descascarillados y aventados durante toda la noche y para merienda, envuelto en corteza de abedul, cocido de cereales con pasta de soya picante. Jo Yong Son, su hijo mayor nos guió hasta Barendou abriéndose paso por entre la nieve acumulada en el monte Laoyeling.

Posteriormente, sonaron con frecuencia los tiroteos en las cercanías de la casa del anciano Jo. Se hacía realidad nuestra profecía. Su familia abandonó el hogar sigilosamente a medianoche

con provisiones y viejos vestidos y llegó a Taipinggou, donde empezó a cultivar tierra arrendada.

En junio de ese mismo año(1935) me encontré de nuevo con la familia del anciano Jo en Taipinggou. Nuestro destacamento, después de aniquilar en Laoheishan una peligrosa unidad del ejército Jingan, permanecía acantonado en Xintunzi, una aldea frente a Taipinggou, haciendo una fervorosa labor política entre las masas. Enviamos también a Taipinggou a trabajadores políticos que eran los que junto conmigo habían sido objeto de la ayuda de los Jo en el valle de Dawaizi. Por casualidad, se encontraron en la calle con el anciano y me informaron de ello.

Ese mismo día lo visité. Medio año atrás, yo había llegado a su anterior casa moribundo a las espaldas de los guerrilleros. Eran sólo dieciséis, extenuados al máximo en las escarpadas montañas de Manchuria del Norte. Pero en esta oportunidad lo visité con un cuerpo sano y pletórico, conduciendo no a dieciséis combatientes, sino un gran destacamento. No obstante, nuestra preparación era insignificante y pobre si se tenía en cuenta que íbamos a ver a personas tan benévolas, a quienes me habían salvado de la muerte y profesado mil cuidados con la máxima devoción que pudiera dedicarse a un hombre que estaba ante el dilema de la vida o la muerte. A mi disposición había unos cuantos *kun* (Un *kun* equivale aproximadamente a 600 gramos. –N. del Tr.) de carne y un poco de dinero con el que se podía comprar víveres para uno o dos meses. Imaginaba qué henchida de gozo se sentiría mi alma si esa poca carne y dinero se convirtieran en decenas de reses y una carreta de oro.

No sabía cómo expresar la vergüenza y angustia que sufría al no poder recompensar los favores de que había sido objeto.

Sin embargo, apreté el paso, con animación, abierto de pleno el pecho. Aunque era pobre el obsequio, teníamos la suerte de reencontrarnos vivos. ¡Qué enorme felicidad saber que yo estaba bien de salud y lo estaban también todos los miembros de la familia del anciano Jo!

Su miseria había llegado al extremo: en un cuarto rústico que denotaba bien la pobreza habitaban apiñados sus numerosos familiares, vestidos de andrajos. Pero cubrían sus rostros anchas sonrisas cual flores hermosas. Me senté en una piedra del poyo y conversé con el anciano evocando el pasado. Su curiosidad se centraba en la victoria del ejército revolucionario en la batalla contra el ejército Jingan, mientras que mi interés se enfocó a la penuria económica de su familia.

—Abuelo, ¿cómo cultiva la tierra y trae leña sin un buey?

Esa preocupación la tenía desde cuando estábamos en Dawaizi.

—Lo hacemos a mano. Los catorce tiramos del arado y traemos leña como bueyes y caballos.

Mientras me hablaba, como algo ordinario, sin exageración ni menoscabo, sobre la pobreza que sobrellevaba desde hacía sesenta años, ese día me parecía extraordinariamente bizarro.

—¿Cuántos sacrificios pasará usted para sustentar a tantas personas?

—Sí, son increíbles. Pero, por muy duro que sea el trabajo de cultivar la tierra, ¿será eso mayor que las penas que pasa usted, comandante Kim? En estos días andamos con la cabeza levantada aunque estamos mal alimentados.

—¿Ha sucedido algún acontecimiento jubiloso?

—Sí. Nos creemos ricos porque su ejército, General Kim, zorra continuamente a los japoneses. Los triunfos del ejército revolucionario nos hacen olvidar el hambre. Nos desesperábamos cuando lo despedíamos en Dawaizi. Me preguntaba qué haría con un ejército tan escaso como mi familia. Pero ayer vi regresar triunfalmente de Laoheishan a cientos de combatientes suyos. Por eso me di palmadas en las rodillas gritando para mis adentros: ¡Ahora sí! ¡Ha ganado Corea!

El anciano Jo, que cuando vivía en Dawaizi hablaba mucho de la vida del pueblo, aquel día para mi asombro se interesaba sólo en los resultados de los combates del ejército revolucionario. La época lo había hecho otro hombre en medio año. De ermitaño impotente y

sumiso que había dado las espaldas al mundo con odio, se había convertido en un optimista que, regresado a ese remolino de la vida del cual se había separado, vivía con alegría, lleno de esperanza en el porvenir.

¡Si el ejército combate bien, crece la fe del pueblo!

Este fue el impacto que recibí en esa oportunidad viendo al anciano Jo.

Al dejar su hogar le entregué un poco de dinero y al día siguiente le envié un caballo blanco capturado en la batalla de Laoheishan. Aunque el equino estaba un poco enclenque deseaba que lo engordara y lo utilizara como animal de tiro. Era una recompensa demasiado pequeña si lo comparaba con lo que su familia había hecho por mí. El dinero u otros bienes resultaban insuficientes para pagarles mis deudas.

El caprichoso destino, con sus altibajos y peripecias, cortó el cordón de mi íntima relación con los Jo. En aquella época el principal escenario de mi actividad era la zona del monte Paektu. Después de llegar aquí no me fue posible ir más a la aldea de Taipinggou. En el otoño de 1959 me enteré de donde se encontraba la familia. El Grupo de visitantes de los ex campos de batalla de la Lucha Armada Antijaponesa, enviado a la región noreste de China, me informó que había hallado a Choe Il Hwa en Ningan.

¡Estaban vivos mis más inolvidables salvadores cuyo paradero buscaba con tantas ansias durante decenas de años, aunque se hallaban en otro rincón de la Tierra! ¡Qué deseo de correr de inmediato a Ningan atravesando la frontera y rendirles reverencia, de compartir con ellos la añoranza acumulada en la patria donde florecía el sueño de los mártires, rebuscando las huellas del pasado cubiertas de musgo con el paso del tiempo!

Empero, la barrera de la frontera me separaba de su familia. Nuestro encuentro podía realizarse sólo mediante trámites complejos. Sin embargo, ni esa barrera pudo enfriar en mí las ansias del encuentro que crecían cada día más.

Hubiera querido convertirme en un ciudadano común con

pasaporte ordinario, aunque solo fuese por algunos meses, y recorrer los antiguos campos de batalla, cubiertos ya de árboles e hierbas, plantar césped en los túmulos de mis compañeros de armas y visitar y saludar a los hombres benévolos que me ayudaron y protegieron a riesgo de sus propias vidas, andando con calzado de trabajo y polainas, y con mochilas a la espalda, comiendo bolas de arroz y cruzando a veces a pie los ríos que mojaban hasta las rodillas, con las perneras arremangadas, como en la época de guerrillero.

Tal vez todo político conserve su simpatía y nostalgia por la vida de simple ciudadano. No es nada extraño que un jefe de Estado envíe esa condición.

Después de la liberación visité a China y la Unión Soviética en varias ocasiones. En Manchuria y en la región centroasiática de la Unión Soviética había muchos compañeros de armas y benefactores con quienes debía encontrarme. Pero mi rango oficial de jefe de Estado no me permitía incluir en el programa asuntos privados. Todos mis nervios se concentraron en la reconstrucción de la patria, destruida y empobrecida por dos guerra: la antijaponesa y la antinorteamericana.

Si hubiera ido a la Unión Soviética y a China en calidad de ciudadano ordinario, no habría encontrado dificultades para ver a quienes tuvieron relación conmigo durante la guerra antijaponesa. Es esa precisamente, la razón por la que envidiaba a veces la vida de un ciudadano común.

Si se dice que un jefe de Estado siente restringida su vida privada, algunos se preguntarían: “¿cómo puede suceder eso?”. Cuando planeo ir a alguna localidad para dar orientaciones personalmente, algunos funcionarios me dicen: “Allí hace mal tiempo”. Y si expreso mi deseo de encontrarme con la gente en un determinado lugar me alegan: “Allí no puede entrar el automóvil porque hay pantanos.” Por supuesto sé que se trata de una preocupación o cuidado por mí, aunque no deja de ser una cierta restricción.

Al año siguiente, la tía Choe Il Hwa se repatrió junto con su familia. La tortuosa vida ambulante de su familia, que se había

iniciado con la mudanza del anciano Jo ThaeK Ju a Helong, cerró por fin sus cortinas con la llegada de sus descendientes a Pyongyang al cabo de seis decenios llenos de indecibles avatares. ¡Cuánto no se emocionarían sus corazones con la patria independizada, la patria libre, la patria que se alzaba con vigor eliminando las ruinas, con la bandera del autosostén en alto!

Su regreso coincidió con la impactante etapa histórica en que todo el país bullía de emoción por haberse iniciado la repatriación de los compatriotas residentes en Japón, que el mundo llamara “gran éxodo de una nacionalidad desde el capitalismo hacia el socialismo”.

La tía Choe Il Hwa tenía entonces 67 años. Su cabeza estaba cubierta de cabellos blancos como si hubiera caído sobre ella la nieve amontonada en las sombras de la cañada de Dawaizi. Lo mismo que la esposa de Ryang Se Bong, también ella, al verme, sólo sollozaba con mis manos entre las suyas.

—Tía, ¿por qué llora en este día tan feliz? ¡Nos hemos encontrado vivos!

Cuando saqué el pañuelo para enjugarle las lágrimas, se llevó a los ojos las cintas de su *jogori*.

—Porque me recuerdo de sus sufrimientos por el aterimiento, estimado Primer Ministro.

—¿Qué pena fue la mía? Verdadera pena tuvieron usted y su suegro. Sin poder olvidar sus favores, después de la liberación de la patria envié a Manchuria a nuestros hombres para buscar a su familia. Si mal no recuerdo, nos despedimos en Taipinggou en el verano de 1935, ¿no? Supe que después ustedes se mudaron a Ningan por haberse recrudecido las correrías “punitivas”. ¿Cómo vivieron después?

—Nos sustentábamos a duras penas vendiendo leña que hacíamos con ayuda de aquel caballo que usted nos regaló. De no ser por ese animal nos habríamos muerto todos de hambre.

—Me alegro de que el caballo les haya servido de algo. ¿Es verdad que el anciano Jo ThaeK Ju falleció en 1953?

—Sí, mi suegro hablaba siempre de usted. Cuando los aviones

yanquis bombardeaban a Pyongyang no dormía y repetía: “El General Kim Il Sung debe estar a salvo” y “¿qué penas estará sufriendo?”

Lo narrado por Choe Il Hwa de que Jo ThaeK Ju no me había olvidado y había rogado por mi salud hasta el último momento de su vida, me conmovió.

El sentimiento del pueblo es inalterable. Aunque todas las cosas de este mundo cambien, el amor del pueblo no se altera. Ese amor es algo eterno: sin perder su destello en medio de ninguna adversidad ni dificultad, brilla como un diamante que se hereda de ayer a hoy y de hoy a mañana.

—Si hubiera vivido siete años más, habría podido regresar a la patria. ¡Qué desgracia! Todavía recuerdo esa cabaña de Dawaizi. ¿Ha ido allí alguna vez?

—No. Me parece que ahora no podría vivir en esa montaña.

—¿Por qué ha de vivir de nuevo allí? Toda su vida ha sido de duras penas. Ahora debe pasar el resto de su existencia con comodidad disfrutando también de la ayuda de sus hijos. Escogeré una casa para usted.

El 15 de abril de 1961, la anciana Choe Il Hwa me visitó en casa para felicitar me en ocasión de mi 49 cumpleaños, y me regaló una estilográfica. Avergonzada, me la entregó con estas palabras:

—Estimado Primer Ministro, aquel caballo que usted regaló a mi familia se ha convertido en esta estilográfica. Según su consejo, lo alimentamos bien y así lo utilizamos en el trabajo del campo. Pero lo reemplazamos por un buey temiendo que los canallas se lo llevaran para el ejército. Pudimos sustentarnos gracias a ese buey. Después de la liberación lo entregamos a la cooperativa. Al regresar a la patria recibimos de ésta su precio y con ese dinero compramos esta estilográfica. Considérela como expresión de nuestra sinceridad, pues se la regalamos deseándole éxitos en todos sus trabajos y buena salud y larga vida.

Profundamente emocionado, pasé revista a la historia de martirio de nuestra nación que se expresaba en miniatura en la trayectoria de

la vida de la familia del difunto anciano Jo Thaek Ju, la de la conversión de aquel caballo en una estilográfica.

—Gracias, tía, serviré al pueblo viviendo largamente como usted me desea.

El 15 de agosto del mismo año, cuando todas las familias del país festejaban el decimosexto aniversario de la restauración de la patria, fui a casa de la anciana Choe Il Hwa, situada a orillas del Taedong.

En los cuartos, donde se notaban las frescas señales de los recién mudados, se oían las risas alegres de los más pequeños de la familia. Yo mismo había escogido el área y examinado el proyecto de ese edificio para escritores y familiares de los antiguos combatientes revolucionarios antijaponeses. Hasta entonces en Pyongyang no existía edificio multifamiliar mejor que ése.

Los pyongyaneses consideraban como la yema del huevo la zona del barrio Kyongsang donde estaba ubicado aquel edificio.

—Tía, ¿le gusta la casa?

—¡Cómo no! Por primera vez en mi vida veo una casa tan formidable como ésta.

Quiso mostrarme la vista que tenía la vivienda y abrió de par en par las ventanas que daban al Taedong. Una corriente de aire fresco entró desde el río y alborotó ligeramente sus cabellos plateados por las penas.

—Escogí para usted las orillas del río porque hasta ahora vivió siempre en la montaña. Aunque no sé si la echa de menos.

—No. Me gusta más contemplar el Taedong. Me parece que aquí, junto al río, cobro vida a cada momento.

—Pero tal vez haya momento en que siente nostalgia por el monte. Dawaizi, aunque era un rincón inhóspito, tenía aire puro. Cuando sienta añoranza por el monte, suba a la colina Moran. Indiqué darle esta vivienda cerca de ella previendo que pudiera tener nostalgia por el monte. Pasee, pues, con frecuencia por la colina. En el futuro cuando construyamos mejores edificios mudaremos a su familia a otro nuevo.

—Primer Ministro, estamos contentísimos de esta casa. Nos basta con tal que vivamos cerca de usted.

La anciana salió hasta el vestíbulo para despedirme. Cuando le tendí la mano la estrechó entre las suyas y me preguntó con seriedad:

—Estimado Primer Ministro, ¿tiene cerca de usted médicos competentes?

Tan inesperada pregunta me dejó atónito.

—Sí, hay muchos médicos. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque me recuerdo del aterimiento que usted padeció tanto. ¡Ojalá que no le coja otro mal como ése!

—Pierda cuidado, tía. Estoy bien de salud. Aun cuando padezca, por casualidad, una enfermedad tan grave, no tengo miedo, porque usted, la mejor curadora de aterimiento, está junto a mí.

Después de despedirme de ella, y sumergido en una profunda meditación recorrí largamente las avenidas centrales de la capital que bullían en un ambiente de fiesta. Estas calles, entre ellas la Sungni y la Inmingun, para cuya construcción se había encendido la antorcha del movimiento para veinte mil viviendas, iban perfeccionando su fisonomía con formidables edificios públicos y de apartamentos múltiples. Después de la guerra, en ocho años decenas de miles de capitalinos habían abandonado sus covachas y mudado a nuevas viviendas levantadas en medio de la sinfonía de la reconstrucción.

Apenas se daban los primeros pasos. Todavía más de la mitad de los vecinos de la capital habitaban lúgubres covachas y hogares de una sola pieza, que correspondían al período anterior a la civilización, por así decirlo. Todos ellos se habían visto obligados a soportar sacrificios y dolores tan crueles como no había probado ninguna otra nación de este mundo, en medio del fuego de las guerras antijaponesa y antiyanqui. ¿Existe en el mundo un pueblo que haya derramado tanta sangre, que haya estado tan expuesto al frío y pasado tanta hambre como el nuestro? Debemos fabricar más edificios confortables, producir más telas de óptima calidad e instalar más escuelas, casas de reposo y hospitales maravillosos para esas gentes. Y debemos conseguir que regresen más compatriotas que sientan en otros países nostalgia por la patria. Este es el deber de toda

la vida que tengo con el pueblo que me salvó del aterrimiento y de la muerte.

Con estos pensamientos tampoco dormí esa noche.

La tía Choe Il Hwa, fallecida hace varios años, descansa en paz en el Cementerio de Mártires Patrióticos. Su hijo Jo Yong Son que nos había acompañado hasta Barengou, y su hija que nos traía agua, ya son ancianos setentones. Es verdaderamente una fortuna que, al final, más de la mitad de la vida la hayan podido pasar en la patria restaurada.

Dawaizi dista de Pyongyang cientos de kilómetros. Han transcurrido casi sesenta años desde que dijimos adiós a ese retirado paraje montañoso cubierto de una gruesa capa de nieve. Pero aún siento en los oídos el susurro del bosque que protegía las solitarias casas de los Jo de las furibundas tormentas de nieve.

